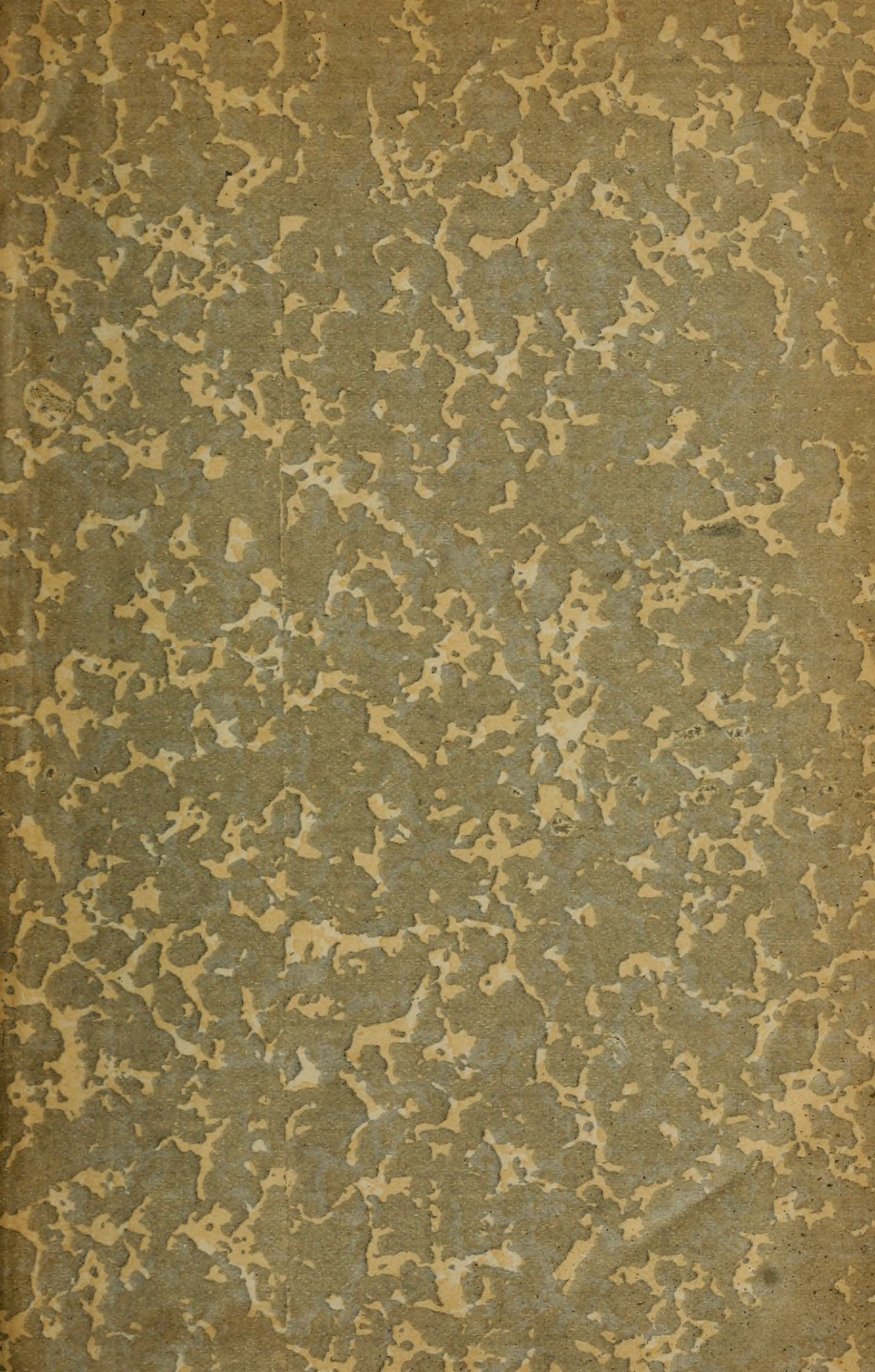






TIERRA BAJA

TIERRA BAJA

DRAMA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

D. Angel Guimerá

TRADUCIDO DEL CATALÁN

POR

JOSÉ ECHEGARAY

DECIMA EDICIÓN

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.
TELÉFONO. M 551
1921

ADVERTENCIA

Casi todas las palabras van escritas correctamente; pero los actores deben embastecerlas.

Así se dirá: *entavía* en vez de *todavía.*

Sus digo, por *os digo;* y en vez de *para, pà.*

Enjamás, donde diga *jamás. Denguno,* por *ninguno.* *Manque,* en lugar de *aunque.*

Todas los terminaciones en *ido* se convertirán en *io;* así: *perdío,* por *perdido,* etc. Y las en *ida* en *ía.*

Casi todas las terminaciones en *ado* se sustituirán por terminaciones en *áo;* como *abandonáo* por *abandonado.*

Las en *ada,* análogamente.

Y así en general.

Véase lo que a este propósito se explicó municiosamente en la traducción del drama **MARIA ROSA.**

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
MARTA	SRA.	GUERRERO.
ANTONIA		DOMÍNGUEZ.
PEPA		ALVERÁ.
NURI		RUIZ.
MANELICH (1)	SR.	DÍAZ DE MENDOZA.
SEBASTIÁN		GARCÍA ORTEGA.
EL ERMITAÑO (Tomás)		DONATO GIMÉNEZ.
MOSÉN		CIRERA.
JOSÉ		DÍAZ.
NANDO		CARSÍ.
PELUCA		TORNER.
MORRUCHO		ROBLES.

1) Se pronuncia Manelik.

ACTO PRIMERO

Entrada de una casa-molino de payeses. A la derecha una puerta pequeña. A la izquierda, primer término, el hogar, y en segundo otra puerta, también pequeña. Al foro y a la derecha puerta grande, tras de la cual se ve un cobertizo, y más lejos árboles y rocas. Hacia esta parte se supone que está el molino. A la izquierda del foro y avanzando un poco, una puerta que conduce al interior de la casa; se sube por unos cuantos escalones, y está cubierta por una cortina de percal que llega hasta el suelo. Por la escena, y hacia la derecha, hay esparcidas herramientas del molino; sacos de trigo, etc., etc. En primer término una mesa de pino, y sobre ella un velón apagado; alrededor algunas sillas de madera.

ESCENA PRIMERA

EL MORRUCHO, cribando trigo; después, PEPA y ANTONIA; por último, NURI

MOR. Bastante me importa a mi que el trigo quede limpio o que no quede limpio. Para el amo va a ser, conque, ¿qué más da?

PEPA (Entra con un cestito de judías.) Buenas tardes.

MOR. ¡Ya están ahí esas! Las perdigonas.

ANT. (Entrando.) ¡Hola, Morrucho!

MOR. (Indiferente.) ¡Hola!

PEPA Venimos a hacer compañía a la Marta, ¿sabes? Mentira parece... El molino... pegadito a nuestra casa, y si nosotras no viniéramos... ¿verdad?

MOR. (Cribando siempre.) ¡Verdad!

ANT. (Llamando.) Somos las perdigonas. Sal, mujer.

MOR. Me parece que no sale. De modo que, si venís a curiosear... no hay de qué... Ya os podéis marchar.

PEPA ¿Conque marcharnos? ¡Ahora verás! (Se sienta y empieza a mondar las judías.) Ayúdame, Antonia.

ANT. (A Pepa, en voz baja.) Pregúntale lo de la boda.

PEPA (A Antonia, también en voz baja.) Espérate.

ANT. Anda, mujer.

PEPA (En voz alta, a Morrucho.) Conque dí, ¿se casa o no se casa la Marta?

MOR. (Sin hacerles caso, se pone a tararear una canción.)

«A la puerta de la iglesia
esperando está la novia.»
....

PEPA Pero, contesta, hombre; ¿se casa o no se casa?

MOR. Pues contestad vosotras, ¿os casais, o no os casais?

ANT. ¿A ti qué te importa?

PEPA ¡Mira con lo que sale!

MOR. Es que ya vais para viejas. ¿Cuántos años tenéis? Vamos, ¿cuántos? La verdad.

ANT. (Muy incomodada.) Tenemos los que nos da la gana.

MOR. ¡Eso quisiérais!

ANT. Es que nosotras...

PEPA (Conteniéndola.) Monda judías, mujer.

MOR. Monda... monda.

PEPA Pues... Mira, Morrucho, en lo que decíamos no hay malicia.

MOR. Ni en lo que yo decía tampoco. ¿Que si se casa la Marta, decíais? Y yo os digo: ¿os casais vosotras? Y lo digo por interés vuestro. Para que no se pierda la casta de los perdigones... que es... como os llaman: los perdigones. Porque, mira; se casa tu hermano mayor, José, y a los cuatro días se queda viudo. Y Nando, o Fernando, soltero todavía. Y vosotras dos, solteras, que estais al que salte, y no salta ninguno. De modo que si no se casa la Nuri cuando sea mayorcita, se acabaron los perdigones... (Vuelve a cribar, riéndose descaradamente.) Y sería una lástima.

PEPA Lo que tú tienes es rabia porque no te has podido casar con la Marta.

MOR. (Cantando.)
«A la puerta de la iglesia...»
PEPA Canta, canta, que ya habrás tragado saliva. Cuando murió el padre de la Marta, tú dirías para ti: «Ahora me caso con ella y soy el molinero, y soy el marido de la molinera...»
MOR. (Cantando.)
«A la puerta de la iglesia...»
ANT. Allí estás esperando, pero no llega la novia.
PEPA ¡Qué poca vergüenza tienes, Morrucho!
MOR. Cada uno tiene la vergüenza que le dejan tener los demás.
NURI (Presentándose en la puerta y deteniéndose en ella. Viene haciendo una zamarra, que así parece que llaman en Cataluña a los chaquetones de punto.) Ya he recogido mis pavos. ¿Entro?
ANT. Entra, mujer.
NURI Es que como me reñís cuando vengo a buscar a la Marta, tengo reparo en entrar; y vengo porque ella, la Marta, me quiere más que me queréis vosotras.
PEPA ¿Quieres callarte, charlatana?
NURI Oye tú, Pepa, ¿quieres cogerme estos puntos de la zamarra? Al venir, como venía tan aprisa, la enganché en unas zarzas.
PEPA ¡Mia tú que llamarle a esto zamarra!
NURI Pues yo la llamo así.
PEPA Déjate de charlar y cuenta.
NURI ¿Qué he de contar?
PEPA ¿Pues a qué te mandamos a la ermita, cabeza de veleta?
NURI ¿A mí me mandásteis...? ¡Ah, sí! Pues... no estaba el ermitaño. La ermitaña sí que estaba. ¡Me ha dicho unas cosas!... ¡Qué cosas me ha dicho la ermitaña!
ANT. (Con afán.) ¡A ver, a ver!
NURI Pues... me ha dicho: «Todo eso que ves, todo, todo es del amo Sebastián: la casa en que vivís vosotras (la nuestra, quería decir), y la ermita, y el molino, y la masía, todo es del amo.» ¡Ave María Purísima, cuánta tierra!
PEPA ¡Vaya una noticia!
ANT. ¿Y no te ha dicho más?
NURI ¡Ya lo creo! Esperaos, esperaos que me vaya acordando. Me ha dicho que si caminaba

desde aquí hasta mañana, todas las tierras por donde pasase serían del amo Sebastián. Veréis, veréis. Agarro un pájaro: pues tengo que soltarlo, porque es del amo Sebastián. Pasa una lagartija: pues no puedo aplastarla con una piedra, porque es del amo Sebastián. Veo un pez en el río, pues no puedo echarle el anzuelo, que si se le mete por las agallas es como si se le metiese al amo Sebastián por la garganta.

ANT. ¡Pero qué tonterías dices!

PEPA De la boda de Marta es de lo que habías de preguntar.

NURI Pues como hace cuatro días que han llegado Tomás y la ermitaña, su mujer, la ermitaña no sabe nada de esa boda.

PEPA ¿Y dónde estaba el ermitaño?

NURI ¡Ah!... Se había ido a buscar al pastor.

ANT. ¿A qué pastor?

NURI A ese... que viene de muy lejos a casarse esta noche con la Marta.

PEPA ¿Esta noche?... ¿Oyes, Antonia?

ANT. ¡Ya me lo temía yo!

MOR. (Volviendo a cribar.) Ya lo averiguaron.

PEPA ¿Y quién le dió el encargo a Tomás de traer al pastor? Fué Sebastián, ¿no es verdad?

NURI ¡Déjame a mí! (No queriendo contestar.)

ANT. Cuenta, chiquilla. ¡Si no...!

NURI Pues el amo, el amo. El amo *de tú* y *de mí*, y de Tomás y de la Marta. ¡Los casa porque quiere y porque es el amo! Cógeme este punto. (Alargando la zamarra.)

ANT. (Al Morrucho.) Tú no querías que lo supiéramos.

(El Morrucho se ríe.)

PEPA Pues ya lo sabemos, y a la boda hemos de ir, ¡aunque revienten todos!

MOR. ¿A mí qué?

NURI Pues yo... ya lo sabía que la Marta era del amo, y que en mandando él que se casara... se había de casar.

PEPA ¿Qué dice ésta?

NURI Que lo sabía, que un día lo oí. Pero no os dije nada porque me daba vergüenza. No sé por qué... pero me daba.

ANT. Cuenta... cuenta.

PEPA Sí, cuéntalo.

NURI — Pues veréis. Una tarde estaba yo con mis pavos a la sombra de los castaños, y veo venir por el camino de abajo al amo Sebastián con la Marta, y voy, ¿y qué hago?, me escondo detrás de un tronco muy grande. Ellos pasando despacito y yo escondida. Y ella, Marta, decía casi llorando: «Ya lo sé, ya, que siempre tendré que ser tuya.» (Imitando la voz llorosa de Marta.) Y él, el amo: «Pues yo, aunque te cases y aunque me case yo, siempre tuyo; no tiene remedio.» (Imitando la voz gruesa de Sebastián.) ¿Habéis oído? ¡Qué cosas! La Marta, bueno, ya se sabe que es del amo, como todos nosotros; ¡pero el amo ser de la Marta! Esto sí que no lo entiendo. ¿Lo entendéis vosotras?

PEPA — ¿No te lo decía yo, Antonia?

ANT. — Claro; si ya se sabía.

MOR. — ¡Hasta los chiquillos han de enterarse!

NURI — Pero, ¿me queréis explicar cómo puede ser el amo de la Marta?

MOR. — ¡Cállate, chiquilla!

NURI — Pues, ¿no lo sabéis vosotras? Pues, ¿por qué no he de saberlo yo? ¡El de ella y ella de él! ¡Anda, que esto está más enredao que los puntos de la zamarra!

MOR. — ¡Cállate, que viene la Marta!

ESCENA II

MARTA, PEPA, ANTONIA y NURI; después JOSE y NANDO. Las mujeres creen que Marta vendrá por la puerta que da al interior, y hacia ella se agrupan; pero Marta viene de fuera, avanza hacia el centro con la cabeza baja, y, al fijarse en el grupo de las mujeres, se mete de pronto en la casa por la puerta pequeña de la derecha

ANT. — (La ve cuando ya está para entrar.) ¡Toma, si viene del molino! Nosotras creíamos...

PEPA — A ver qué nos dice cuando nos vea. ¡Marta! (Llamando.)

ANT. — Va rezando.

PEPA — ¡Marta, Marta!

ANT. — ¡Que somos nosotras!

PEPA — ¡Pues no hace caso!

MOR — (Se va hacia el molino.) Ya os pondría yo las lenguas entre las piedras del molino.

PEPA — Pues a tu boda iremos, que quieras que no, ¡poca vergüenza! (Como hablando con Marta, que ya salió.)

NURI — Eso, ¡a la boda!, para que aprendamos cómo hay que hacer para casarse.

ANT. — Hay que avisar a José y a Nando.

PEPA — Ya están aquí. (Entrando José y Nando con herramientas y muy agitados.)

JOSÉ — ¡Lo sabemos todo... lo sabemos!... ¡Ya... ya!

NANDO — Esta noche se casan; que muy en secreto lo han preparado: los papeles, el cura y todo.

PEPA — También lo sabíamos nosotras.

JOSÉ — Nosotros antes, que nos lo ha dicho Peluca.

ANT. — Antes nosotras, que nos trajo la noticia la Nuri.

PEPA — Se lo contó la ermitaña.

NANDO — Y a peluca el ermitaño mismo.

PEPA — ¿Tomás?

NANDO — Tomás.

ANT. — Que está ahí dentro la Marta emperifollándose. (Para que no levanten la voz.)

JOSÉ — (Bajando la voz.) ¡Como que a mí me engaña nadie! Hace tiempo que el amo le buscaba marido a *esa*. Pero no lo encontraba. Querían los dos un marido que fuese muy bruto, y más bruto que los dos de por aquí... no lo encontraba.

PEPA — Sigue.

ANT. — Sigue, José.

NURI — A ver... a ver si yo lo entiendo.

JOSÉ — Esperaos, que me atraganto. Pues Tomás, que llaman el ermitaño y que es un infeliz sin malicia, le dijo al amo que conocía un chico, que es pastor, que siempre había vivido entre rebaños, allá por el cerro de la Cabreriza, y que es un pedazo de pan. Y como el amo oyó hablar de Manelich, que así se llama el pastor, echóse a reír, porque ya le conocía; como que el rebaño de Manelich es de Sebastián. Y fué y dijo que, como el chico quisiera, era cosa hecha. Y así se ha verificao, que esta noche se casa Manelich con la Marta.

ANT. — Ya será él un sinvergüenza.

PEPA — Como ella... otra sinvergüenza.

NANDO — Un bruto, un animal, que en toda su vida

no ha visto más que cabras; casi ningún hombre; y mujeres... ni las ha olfateado tan siquiera. Fuera de sus padres... las cabras.

PEPA Pues si Marta es la primera, buena mujer se lleva.

ANT. ¡Buena... buena!

NURI ¡No digáis vosotras! Que Marta es muy buena y me quiere mucho. Un día me dijo llorando que cuando chica era igual que yo.

PEPA ¡Igual que tú!

ANT. ¡Ya quisiera!

NURI ¡Pues no, que sería igual que vosotras!

PEPA Cállate, simple.

ANT. Sigue, sigue tú. (A José.)

JOSÉ Si no queda nada por contar. Cuando Tomás subió a la Cabreriza, se paró a echar un trago en casa de Peluca y se lo contó todo, y Peluca se lo ha contado a todo el mundo; cuando menos lo piensen se encontrarán con todo el pueblo en la boda. Ahí tenéis.

PEPA Buen papel hace Tomás.

NANDO Si el pobre viejo no sabe nada de eso de Sebastián y de la Marta, si hace cuatro días que tiene la ermita.

ANT. Pues yo se lo contaré.

JOSÉ ¡Sí, charla, charla y que el amo nos quite la casa y las tierras!

PEPA (A Antonia.) Nosotras, mudas.

JOSÉ El amo siempre tiene razón.

NANDO Pá eso es el amo.

JOSÉ ¿Estamos? Bestias.

PEPA ¡Pues mira que vosotros!...

ANT. ¿A quién llamas bestias?

JOSÉ ¿A quién estoy viendo, a vosotras? Pues a vosotras.

NANDO ¡Eso, a lo que se ve!

(Hablan todas a un tiempo, disputando con calor.)

NURI Callaos, que viene la Marta.

MARTA (Entrando.) Fuera de aquí. Todo el mundo fuera.

PEPA Si ya lo sabemos, mujer.

MARTA Que os vayais, digo.

JOSÉ Es que veníamos...

MARTA A vuestra casa. (Cogen las espuertas y se las tira al cobertizo.)

ANT. ¡Ay, mis judías! ¡Qué fiera!

PEPA Vaya unos modos. ¡Ni que fueras *el ama!*

MARTA Fuera... y pronto.

ANT. Ayúdame, Pepa, a coger las judías... que la Marta está hoy de fiesta. (Entre ella y Pepa recogen las judías.)

PEPA Ya voy, ya voy... ¡pues para ser el día de la boda estás buena!

MARTA Si es que no quiero ver a nadie.

NURI ¿A mí tampoco? Yo soy la Nuri.

MARTA Sí... ven... dame un beso. (La besa llorando.) Toma... y déjame.

NURI Pobrecilla... Muy afligida está... Si me ha mojado toda la cara.
(Salen todos.)

ESCENA III

MARTA

¡Pues no estoy llorando! ¡Tantos años sin que se mojasen los ojos! Y yo ya creía que se me había olvidado llorar. (Pausa.) Yo debía haberle dicho siempre a Sebastián que no, que no; que a la fuerza no había de llevarme a la iglesia ese hombre. (Pausa). ¿Por qué no? Si yo no soy nadie; para él nunca he sido nadie. Yo siempre he sido para él a manera de las bestias. ¡Ay, madrecita mía que estás en la gloria, cómo me veo! ¡Que me he de casar! ¡Y que me he de casar! Que me dejen, si quiero estar sola; ahora que he aprendido a llorar, me basta con esto para consolarme. Sí... sí... como Sebastián me viese estas lágrimas, buena tunda me daba el malas entrañas... No, pues a él tampoco le gusta que me case: a su modo, me tiene voluntad... porque, si no, no tenía más que echarme... ¡No me veré yo en esa! ¡Libre de esta esclavitud! Yo soy muy mala; si no fuera tan mala, cien veces me hubiera escapado de esta casa o me hubiera tirado al remolino de la presa... ¡Pero cá! Si yo no tengo coraje para nada bueno. (Pausa, llora como una niña.) ¿Qué es eso? ¡Alguien viene! ¿Qué ruido es ese? ¿Será Manelich? ¡Ah! No quiero verle... (Huye hacia el interior.)

ESCENA IV

NURI, TOMAS, MORRUCHO, PEPA y ANTONIA

NURI (Entra saltando delante de todos,) El ermitaño, el ermitaño.

TOM. ¡Ay, ay! ¡Qué cansado vengo, Morrucho!

MOR. Pero... ¿qué es eso, Tomás? ¿No viene el pastor?

TOM. De camino viene; sino que el pobre chico se retrasa algo porque ha tenido que quedarse aleccionando al zagal que ha de cuidar del rebaño. De modo que podéis avisar a la Marta y mandar tocar las campanas.

NURI Yo la avisaré, yo.

MOR. ¡A ver, aquí todas! ya vendrá ella cuando quiera venir.

TOM. Cuando pienso que yo he sido el que ha hecho esta boda, me da una alegría ..

ANT. ¿Y a Manelich, le da alegría también?

TOM. El pobrecillo está como si *volviera a nacer.*

PEPA Pues yo he oído decir que es un alcornoque.

ANT. Un bobalicón.

MOR. (Aparte.) Yo se lo cuento todo al Tomás.

TOM. ¿Quién ha dicho eso? Manelich es un ángel de Dios: más bueno... que el pan blanco... con un corazón de manteca... y unos brazos... que lo mismo puede ahogar con ellos a un hombre que a un lobo, y no sería el primero.

NURI Pues a mí, sin conocerle, me parece que ha de ser muy bueno y muy guapo.

PEPA ¡Cállate, chiquilla!

ANT. Pero... cuenta, cuenta tu viaje.

TOM. (Muy alegre.) Pues nada: llegué al amanecer y me lo encontré todavía dentro de la cerca, en medio de las cabras y cantando; cuando me sintieron los perros, rompieron a ladrar. y Manelich se agarró a la escopeta; pero en cuanto me vió, se puso a saltar de gozo, porque está más encariñao con la Marta...

NURI Cuando se está encariñao, ¿se salta? ¿Y qué hay que hacer para encariñarse?

TOM. ¡Qué curiosa eres, chiquilla! Eso no se enseña ni en la doctrina ni en la escuela. Ya lo

aprenderás tú solita. Manelich no lo sabía; pues ya lo aprendió. Todo el día se pasa diciéndole cosas a la Marta.

ANT. Pues ¿cómo es eso? ¿La Marta sube a la Cabreriza?

PEPA ¡Vaya una mujer... ir a buscar al novio! ¿Oyes, Antonia?

TOM. No lo entendéis. Es que Manelich le ha puesto el nombre de Marta a una de las cabras, y todo el día se lo pasa llamándola: ¡Marta aquí! ¡Marta allá!... Pues la cabra aprendió el nombre, y acude. Es cosa de risa.

PEPA ¡Vaya un simple!

ANT. Por simple le escogieron.

TOM. Basta de charla, que el chico debe estar para llegar.

NURI Sí, vamos a recibirle.

(Todos se dirigen hacia la puerta.)

ANT. Vamos, vamos.

NURI Sa! de prisa.

PEPA Vamos pronto.

MOR. Espérese, Tomás.

(Salen las tres mujeres.)

TOM. (A Morrucho.) ¿Qué hay?

MOR. Oiga. No estuvo usted nunca por aquí, ¿verdad?

TOM. No, hijo.

MOR. ¿Ni en casa del amo?

TOM. Tampoco. Yo trabajaba unas tierras del tío de Sebastián, allá, cerca de la ciudad; pero ya no podía... porque me voy haciendo viejo, ¡y Sebastián nos dió la ermita para mi mujer y para mí!

MOR. De modo... ¿que no sabe usted nada?

TOM. ¿De qué?

MOR. Pues... de la boda.

TOM. Pues ya te lo dije todo; y, habla claro, que no te entiendo.

MOR. Claro va a ser: atienda. Que si Manelich es un simple, como dicen, no se debe casar con la Marta; y si no es un simple y tiene vergüenza... menos.

TOM. Lo que tú tienes es envidia.

MOR. ¡Envidia yo! Aunque me diesen a la Marta forrada de oro, no la tomaba; y sepa, por si no lo sabe, que estoy buscando otro amo.

Pero es que entre todos están ustedes haciendo una picardía.

TOM. Mira lo que dices.

MOR. Pues aprenda lo que no sabe; y si no sabe la historia de Marta, apréndala.

TOM. Pues dímela tú.

MOR. Bien corta es, pero ya tiene que contar. Marta era una chicuela que pedía una limosna por esos mundos con su padre, o uno que decían que era su padre, y Sebastián los recogió a los dos, y al viejo lo colocó en este molino. ¡Buenas entrañas tiene el amo!

TOM. ¡Obra de caridad fué, mala lengua!

MOR. ¡Buena obra de caridad! Pues ¿no sabe todo el mundo que la Marta y el Sebastián?... ¡Ea...! ya me entiende usted.

TOM. ¡Eso es mentira!

MOR. No se haga usted el bobo.

TOM. Te digo que mientes.

MOR. Y yo digo que Sebastián la casa para cubrir el escándalo, y porque así le conviene, porque sepa usted que Sebastián tiene comprometidas las haciendas y comprometidos los rebaños, y la justicia se va a echar encima de todo. Conque él está para casarse con una ricachona, y hay que quitar del medio a Marta, que es un estorbo. ¿Lo entiende ahora?

TOM. Nada de eso es verdad. ¡Vete de aquí, mala lengua!

MOR. ¿Que yo soy un mala lengua? Lo que yo veo es que usted lo consiente.

TOM. ¿Que yo lo consiento? ¿Eso dices?

MOR. Sí que lo digo.

TOM. ¡Ah, tunante!

MOR. Pues lo digo, y ya veremos quién es más tunante de entre todos.

ESCENA V

MANELICH, MORRUCHO, TOMÁS, PEPA, ANTONIA, NURI, JOSÉ, NANDO y PELUCA. Hombres y mujeres con trajes de fiesta; pero las mujeres sin nada a la cabeza. Gritos y algazara fuera

JOSÉ (Desde la puerta del cobertizo.) ¡Ya está aquí Manelich!

MOR. (Aparte.) El tonto soy yo que me meto en lo que no me importa.

GRITOS ¡El novio! ¡El novio! ¡Manelich!

PEPA (Entrando.) ¿Pero no sale la Marta?

ANT. Esa mujer, ¿qué hace?

NANDO (Con dos o tres aldeanos.) ¡El novio! ¡El novio!

MAN. (Entrando.) ¡Y vaya si está aquí el novio! ¡Y corriendo que viene como un gamo!

NURI (Entrando.) ¡Dejadme que lo vea, que le quiero ver!

TOM. (A Manelich.) ¿Con que has venido corriendo?

MAN. (A Tomás.) ¡Vaya si he venido corriendo! Pero ¿dónde está... dónde está?

PEPA ¡Marta! ¡Marta! ¡Que te llama tu novio!

ANT. ¡Sal, mujer, que al novio no se le puede hacer esperar!

TOM. Ahora saldrá. Tened paciencia.

MAN. (Mirando a los que le rodean.) ¡Y cuánta gente hay en el mundo, madre de Dios! ¡Si parece que estamos en una romería! (Todos se ríen, él va corriendo a mirar por la puerta que da al interior, y luego vuelve al centro.) ¿Con que todos estáis contentos? Pues yo también; pero no quiero pensar en la montaña, porque como piense en la montaña... me voy a poner triste. Claro; allí me dejo mis cabras y mis perros, y los pobres animales me quieren como a un hermano, aunque mal me esté el decirlo. ¡Ay, Tomás, qué mal lo van a pasar no estando yo allí! ¿Quién los va a defender del lobo? ¡Ya hará de las suyas el maldito! Pues mirad, esto me da mucha pena. (Todos se ríen, y al fin Manelich se echa a reir candorosamente. Luego vuelve a mirar por la puerta de la izquierda, por si viene Marta.)

NURI ¡Ay, qué gracia tiene este demonio de hombre, y qué bueno es!

TOM. Vamos, descansa.

MAN. Yo no me canso. Oigan: ¿por aquí no baja nunca el lobo?

MOR. Algunas veces. Ya lo verás, si Dios no lo remedia.

(Todos ríen maliciosamente y se hacen señas.)

MAN. (Mirándolos.) ¡Qué alegres estáis! No parece sino que todos nos vamos a casar.

TOM. Basta de broma. Dejad tranquilo al chico, y fuera.

MAN. No, que no se vayan. Y cuando ella venga, entonces que se vayan. Es guapa la Marta,

¿eh? (Va recorriendo los grupos atolondradamente preguntándoles a todos si es guapa Marta.)

PEPA Vaya si es guapa, y muy fresca.

JOSÉ ¡Muy fresca, sobre todo!

ANT. Ya lo creo. ¡Como una lechuga puesta al sereno!

MAN. ¿Y por qué no sale?

ANT. Se estará lavando la cara.

MAN. Para mí se la lava.

(Todos se echan a reir.)

ANT. Sí, para ti. Para ti se la lava, y hace bien. ¡Que se lave, que se lave con fuerza!

PEPA Oye, para entretener el tiempo, ¿no nos quieres contar cómo se apañó eso de la boda?

MAN. ¿Por qué no?

JOSÉ (Y mucha gente.) Cuenta, cuenta.

ANT. (Y otras.) Que lo cuente, que lo cuente.

NURI (Poniéndose a su lado.) Yo, aquí, para oirlo mejor.

MAN. (Se sienta sobre la mesa; tiene a su lado Nuri, y de cuando en cuando la caricia; al fin pone las piernas sobre la mesa, como si fuera sobre una roca de la montaña) Pues, señor, habéis de saber que allá, en la montaña, en cuanto iba a anochecer, lo primero que hacía era recoger mis cabras. ¡Pobrecillas! Después ponía mis perros de centinela, que se quedaban con la cabeza tiesa y las orejas de punta. ¡Más nobles y más valientes! Luego me metía en la choza, y antes de que me cogiera el sueño, todas las noches, sin faltar una, rezaba; primero, un Padrenuestro, y luego otro Padrenuestro, que son dos Padrenuestros. El primero por las almas del padre y de la madre, que, como se querían tanto, con uno bastaba para los dos, porque ellos se lo repartirían allá en la gloria. Y el otro Padrenuestro, ¿sabéis para qué lo rezaba? Pues para que Nuestro Señor me escogiese una buena mujer. (Todos se ríen. Morrucho se ha marchado al cobertizo. Tomás está aparte y cabizbajo, Manelich se enfada porque se ríen.) No reirse de esto, que no es cosa de risa. (Vuelven a reirse.) Pues al que vuelva a reirse le suelto una bofetada que se queda con la boca de risa para ocho días.

TOM. (Aparte.) ¡Pero si yo no puedo creer esto, Virgen Santísima!

NURI Sigue, sigue, que es muy bonito lo que cuentas.

MAN. (Poniendo otra vez la cara risueña.) Sí que lo es, sí. Bueno; pues figuraos que una noche voy y rezo el Padrenuestro de los padres, y empiezo el otro y no lo acabo; que a la mitad me coge el sueño y me quedo dormido. Pues aquella noche soñé que el rebaño se me espantaba y que corría desbandado hacia las charcas del Breñal. Yo persiguiendo al rebaño y el rebaño huyendo delante de mí, conque me desciño la honda, pongo un guijarro y allá va por los aires. Y el guijarro va a caer en el centro de la charca grande, y el agua empieza a rebullir y a rebullir y a echar hacia arriba así como un humo espeso y negro, y por en medio del humo salían unos ojos y unos brazos y unas faldas muy largas que arrastraban por encima del agua y que no se acababan nunca; que yo no sé si todo aquello eran brujas o no eran brujas. Y una de aquellas visiones se hizo muy hermosa, que parecía la Virgen que va en la procesión, y yo me puse de rodillas y acabé de rezar aquel Padrenuestro, que no acabé de rezarle al quedarme dormido; pues con esto me dormí ya del todo y no supe si era una bruja o era la Virgen. Sólo sé que me dijo que pronto me casaría. (Todos murmuran: «Sí.. sí... brujerías son, Manelich».) Y aquella misma mañana, por entre la niebla, vi subir la cuesta, en tres mulas, tres personas de carne y hueso: el amo, Tomás y la Marta. Me faltó tiempo para degollar un cabrito, espatarrarlo en el fuego... ¡y venga reir! Con que aún no lo estabamos comiendo, cuando me llamó el amo aparte y me dijo. «¿Estás contento con ser pastor, Manelich?» Y yo le contesté: «Pues claro; lo que siempre he sido.» Y él: «¿No te gustaría más ser molinero?» Y yo: «No sé... no sé.» Y él: «¿Y no te gustaría casarte con una chica guapa?» ¡Me dió no sé qué! «Toma, digo, si ella me quisiera, y en siendo guapa de veras.» ¿Te acuerdas? (A Tomás.)

TOM. Sí... Marta se había apartado conmigo para que hablases con el amo.

MAN. Eso, y el amo me dijo en voz muy baja. «A *esa* y a su padre los recogí yo... y los di el molino que está junto a mi casa... y el padre murió... y hace falta un hombre en el molino... Con que mira si quieres casarte con la Marta, que papeles y gastos y todo corre de mi cuenta.» Con que yo me acerqué a la Marta y me pareció que me gustaba, que me gustaba mucho; ¡pero mucho! Y le dije al amo «que bueno, que me casaría». Entonces el amo se acercó a ella, y yo detrás del amo. Y el amo le preguntó si me quería, y ella con la cabeza dijo *que sí*. Yo quise *reirme*, pero la vi tan llorosa, que me pareció más propio lloriquear; pero no pude y rompí a reir tan fuerte que retemblaron los montes y se espantaron las cabras y empezaron a ladrar los perros. Bueno, pues ya éramos novios. (Esto lo dice con sencillez.)

ANT. ¡Qué suerte has tenido, Manelich!

PEPA ¡Buena suerte! Dios te la conserve y te la *aumente*.

MAN. Claro. Ya estaba hecho. De modo que aquella noche ya no recé más que un Padrenuestro, porque mujer ya la tenía. Y ahora, ¿qué os parece lo del sueño? ¿Fué la bruja o fué la Virgen?

(Todos ríen.)

NURI ¡La Virgen! ¡La Virgen!

MOR. (A Tomás.) ¡La bruja!

TOM. ¡Calla!

ESCENA VI

DICHOS, SEBASTIÁN y MOSÉN (el mayordomo), después MARTA

NURI ¡El amo... el amo!

SEB. ¿Llegó Manelich?

(Morrucho se va al cobertizo.)

MAN. Aquí estoy, señor amo. Déjeme que le bese la mano.

SEB. No. Quita. ¿Y la Marta?

TOM. Por allí.

SEB. Anda, Mosén, que salga.
(Vase Mosén.)

MAN. (A Tomás.) ¿Quién es ese? (Por Mosén.)

TOM. El mayordomo. Empezó a estudiar para cura... y por eso le llaman *el Mosén.*

SEB. Ya todo lo tengo dispuesto... papeles y todo... El cura llegará en seguida... os casáis en la ermita... y listos.

MAN. Yo no sé explicarme, señor amo... pero si no fuera por el respeto... y por el miedo de apretar demasiado... ¡le daba un abrazo, señor amo! (Conmovido.)

SEB. Bueno, gracias; luego. (Rechazándole.)

MOSÉN (Saliendo.) Que viene en seguida.

SEB. ¡Marta!... (Llamando impaciente.)

TOM. (En voz baja.) Quisiera que hablásemos, Sebastián.

SEB. No; luego. ¡Marta! Gracias a Dios que viene esa mujer.

MARTA ¡Qué prisa!

SEB. Ya tienes aquí a Manelich.

MARTA Si es la hora... vamos.

MAN. ¿Y nosotros?... ¿No nos decimos nada? (A Marta.)

MARTA (A parte.) Me da más repugnancia que Sebastián.

MAN. (A Tomás.) ¡Le doy vergüenza!

PEPA (A parte a Antonia.) Se casa a la fuerza.

ANT. ¡Como que parece que está llorando!

SEB. (Acercándose a Marta y en voz baja.) Quiero que le hables.

MARTA (A Sebastián.) ¡Por Dios, Sebastián!

SEB. Lo mando.

MARTA (Con risa forzada a Manelich.) Yo estoy muy contenta. ¿Y tú?

MAN. (Riendo.) Pues ya lo ves.

SEB. Dile algo más, Marta.

MARTA No.

SEB. (A Marta.) ¡Cuidado, Marta, cuidado!

MOSÉN (Aparte a Sebastián.) Calma, calma. (En voz alta.) Y ¿no se pone el novio el traje nuevo?

SEB. Es verdad; hay que vestir al buen mozo con el traje de boda. (Todos se echan a reír y dicen unos a otros: «Al buen mozo». «Al buen mozo».

MAN. Pues no hay que reírse. Si es ser buen mozo tirar piedras con la honda más lejos que nadie, y saltar de peña en peña como las

cabras, y llevar a Marta a cuestas por las pasaeras del río cuando se derriten las nieves, sí que soy buen mozo.

(Peluca y Nando reventando de risa.)

PEL. Pues anda, anda a vestirte, que vas a parecer un lechuguino, como aquellos señoriticos que vinieron de Madrid.

NANDO ¡Sí! que se ponga lechuguino.

PEPA Que se ponga, que se ponga.

(Todos se echan a reir.)

ANT. ¡Que vaya adentro, a ver cómo le ponen lechuguino!

MAN. (Riendo muy fuerte.) Bueno; pues lechuguino. (Dnspués se contiene y se va poniendo serio.) Pero, ¿qué quiere decir eso? ¿Por qué me has dicho tú eso? (A Peluca. Se arroja con rabia sobre él.) Dilo, dilo. (Todos procuran separarlos. Las mujeres chillan.) ¿Qué es eso que soy yo?

NANDO ¡Hombre! Yo no lo sé.

MOSÉN No te enfades, Manelich, lechuguino quiere decir currutaco.

MAN. (Soltando a Peluca.) ¡Ah! ¡Bueno! Eso es otra cosa. Haberlo dicho dende el principio. (De pronto estalla con nueva rabia.) Pero ¿qué quiere decir currutaco? Que tampoco lo sé. (Todos se echan a reir. Carcajada general.) Pues os hago pedazos si no me contestáis. (Se prepara a acometerlos. Todos retroceden.)

SEB. ¡Manelich!

MARTA (Aparte.) ¡Qué vergüenza! Pues ¿no le tienen miedo?

MAN. Pues ¿no me enfadaba yo?

SEB Vamos, en este cuarto tienes el vestido nuevo.

MOSÈN En aquél cuarto está.

MAN. Pues vamos, que me voy a poner majo y eso que decíais, que ya no me enfado porque me lo digáis, que hoy no quiero enfadarme por nada.

(Se van todos por la puerta de la derecha.)

PEPA (A las demás mujeres.) Vamos a mirar por la ventana.

ANT. (Y las mujeres.) Vamos, vamos.

(Se van por otra puerta.)

TOM. Sebastián, tengo que hablarte.

SEB. Espérame allá fuera, que en seguida voy.

TOM. Pues allá espero. (Vase por el foro.)

SEB. (A Mosén.) Entretenle tú, y que esté todo preparado en la ermita; y cuando lleguen, que los casen sin esperarme... será mejor...

MOSÉN El Morrucho se lo ha charlado todo a Tomás.

SEB. Pues despídele al Morrucho. Oye, y que no se te escape el decirle a la Marta que Manelich no sabe nada. Es preciso que la Marta crea que Manelich es consentidor de todo esto. ¡Así le despreciará más!

MOSÉN No tengas cuidado.

SEB. Ahora déjame con ella. (Todo esto lo dice en voz baja.)

ESCENA VII

MARTA y SEBASTIÁN. Marta ha estado de codos sobre la mesa y con la cabeza entre las manos en todo el final de la escena anterior

SEB. ¡Marta!

MARTA ¡Sebastián! Puedes tirar por donde quieras; no me caso con ese hombre.

SEB. No te gusta, ¿eh?

MARTA No.

SEB. ¡Ya! Tú quisieras un marido que te arrullara. Tú dirás: «Año nuevo, vida nueva.» Tú ya no te acuerdas de mí ni de nadie. Tú no te acuerdas de cuando te saqué de enmedio del aguacero como se saca una ranilla de un charco. Tú ya no me quieres, Marta. (Marta retrocede con espanto.)

MARTA ¡Sebastián, por Dios, no me cases con ese hombre! Te lo pido por el alma...

SEB. ¡Deja en paz a los muertos! Conque ¿te repugna Manelich?

MARTA Mucho.

SEB. ¡Pues si eso es lo que yo quiero! ¡Si tú no sabes la alegría que me das! Pues ¿piensas tú que si te gustase, te había yo de dejar casar con él? ¡Aunque me costase la hacienda y la misma vida, no te habías de casar!

MARTA ¡Virgen Santísima! ¡Que se haya encontrado un hombre que, siendo yo como soy y sabiéndolo él, haya querido casarse conmigo! ¡Si es pa morirse de vergüenza! ¡Por él, y por ti, y por mí, y por todos!

SEB. Pues ahí tienes; se encontró el hombre.

MARTA Yo era una chicuela cuando te conocí, y no soy lo que soy por interés, bien lo sabes. A mí no me compraste tú, y a él le compras, ¿a qué precio? No lo sé; pero le compras.

SEB. No media dinero, Marta, eso no. Le dejo el molino... y, en fin, ya no se morirá nunca de hambre. Pero tú no te des por entendida con él.

(Se oye una carcajada de los que están dentro.)

MARTA No me caso. ¡Antes me voy, antes me tiro por la presa del molino!

SEB. Ni te vas, ni te tiras por la presa, ni te separas de mí. ¡Si yo te quiero! A mi manera, malamente, como sea; pero te quiero. Y no quiero que me dejes de querer; ¡si aunque me hagan pedazos, yo no te dejo! Pero ya lo sabes; lo sabes como yo; que estoy perdido; que necesito casarme con esa mujer para desempeñar mis haciendas y levantar las hipotecas y los embargos. Y hay más: mi tío, en cuanto te cases, rompe el testamento en que me desheredaba. De modo que ya lo ves, hay que tener calma y juicio, y que engañar a todos esos, que aún son peores que nosotros, y peores que yo; porque yo, al fin, sé querer, y te querré hasta la hora de mi muerte, y si fuera preciso, me perdería por ti.

MARTA Sebastián, no me cases, que yo me iré y te quedarás libre de mí sin mentira y sin vergüenza y como manda Dios.

SEB. ¿Marcharte? ¿Perderte? (Cogiéndola por un brazo con rabia.) Eso sí que no. Aunque se pierda todo, y aunque nos perdamos todos: tú te quedas, y te casas con ese bestia, y me obedeces, bien a bien por el cariño, o mal a mal por el miedo; que después de tantos años, no has de perder la costumbre de un día; con que responde: ¿obedecerás?

MARTA ¡Sebastián!

SEB. ¿Obedecerás? ¡Contesta!

MARTA ¡Sebastián! ¡Me haces daño!

SEB. ¿Obedecerás, te digo? ¡Mira que no me conoces, aunque crees conocerme!

MARTA ¡Déjame!... ¡Déjame!... Me das mucho miedo. Obedeceré, sí, obedeceré.

(Sebastián la deja y se estira las mangas de la chaqueta.)

SEB. ¡Vaya si obedecerás!

ESCENA VIII

MARTA, SEBASTIÁN, MANELICH, JOSÉ, NANDO, PELUCA y otros HOMBRES. Después PEPA, ANTONIA, NURI y otras MUJERES por el foro. Después TOMÁS y MOSÉN

NANDO (Saliendo el primero.) Que no quiere ponerse el traje nuevo.

JOSÉ (Parándose en la puerta.) Que no quiere ponerse lechuguino.

MAN. No quiero, se ríen de mí. Y además me da pena quitarme mi zamarra. Ea, dejadme pasar; ni el rebaño cuando hay pedrisco se me echa más encima que vosotros.

SEB. Pues bueno; de cualquier modo. ¡Marta, vamos andando! (Marta vacila.) ¡Marta!

MARTA ¡Sí, sí! ¡Ya voy! Pero entre nosotros todo se ha acabao.

SEB. (Aparte.) ¡Se ha acabado! Sí, sí; esta noche volveré.

NANDO En cuanto se casen echo a vuelo la campana de la ermita.

NURI Toma la mantilla, Marta.

MARTA ¡Nuri, Nuri!

NURI ¿Verdad que me quieres mucho? (Abrazándola.)

MARTA Déjame que te mire. (A Nuri.) Dame un beso... No... déjame.

SEB. A la ermita todo el mundo.

TOM. (A Sebastián en voz baja; van saliendo todos.) No: hasta que yo hable contigo no pueden casarse.

SEB. Déjales que se vayan. Hasta que yo no llegue no ha de ser la boda.

MOSÉN (Aparte a Sebastián.) Con que, ¿qué hacemos?

SEB. (A Mosén.) Vé con ellos y que se haga la boda como te he dicho, sin esperarme a mí. Yo entretendré a Tomás.

MAN. ¡Hupa! ¡Hupa! ¡Allá va el rebaño! ¡Allá va el rebaño! ¡Hupa! ¡Hupa! ¡Allá va la cabrota! (Se va entre la gritería de todos.)

ESCENA IX

SEBASTIAN, TOMAS y MORRUCHO, que habrá entrado al final de la escena anterior

SEB. ¡Morrucho! ¡Vete a la boda!
MOR. ¡No voy a esa boda!
SEB. ¿Por qué?
MOR. Porque no; está dicho.
SEB. Pues coge los trastos y fuera de aquí.
MOR. Eso sí.
SEB. Pero... en seguida.
MOR. Lo que tarde en recoger mis trapos. (Se va al interior de la casa.)
SEB. (A Tomás.) ¿Qué tenías que decirme?
TOM. Que no sé lo que me pasa.
SEB. Pues ya me lo dirás cuando lo sepas.
TOM. Es que me han dicho... no quisiera ofenderte, pero no hay tiempo que perder, ¡ea... de un golpe!... que tú y la Marta os queréis, pero de mala manera. Y que a ese pobre muchacho... ¡vamos, si no quiero creerlo! Y como yo en esta boda he venido a ser como el padre y el padrino de Manelich... ¡Vamos, que no estoy en mí! Hijo, no te ofendas; pero dime la verdad.
SEB. Pues la verdad es que todo eso es mentira.
TOM. Eso he dicho siempre. (Ha vuelto Morrucho con un lío de ropas y una manta, y dispuesto a marcharse. Al Morrucho.) ¿Oyes tú, mala lengua?
MOR. Dije la verdad y la dije.
SEB. Tú habías de ser; que no vuelva a verte.
TOM. (A Morrucho.) ¡Desagradecido! ¡Después de tantos años como estás comiendo el pan del amo!
MOR. No me diga usted desagradecido, que no lo sufro...
SEB. Largo de aquí, porque si no... (Amenazándole.)
MOR. (Cuadrándose delante de Sebastián.) Atrévase, que tengo buenos puños.
TOM. (A Morrucho.) ¿Contra tu amo?
MOR. Ya no lo es, ¡y ojalá no lo hubiera sido nunca!
SEB. ¡Vete, canalla!
MOR. ¡A mí canalla! Ahora verás. (Tira el lío y la manta.) Sí; yo se lo dije a Tomás; pero no se

lo dije todo, que tú y la Marta os queréis de mala manera; que entras aquí de noche; muy a escondidas, por la puerta del corral; que pasas por el corredor alto, por detrás de aquella cortina; que yo lo he visto.

SEB. ¡Déjame! (A Tomás, que lo contiene.)

MOR. Que me condene Dios si miento. Y si no, que jure él que miento yo. A ver si lo jura.

SEB. Vámonos, Tomás. Deja a ese tunante. (Se dirige hacia la puerta.)

MOR. Que no jura, que no jura; ya lo ve usted, con eso me basta. (Recoge el lío y la manta.)

ESCENA X

TOMAS, MORRUCHO y el MOSÉN

MOSÉN (Desde la puerta.) Pero ¿qué haces aquí, Tomás? Tu mujer ha tenido que encender los cirios.

TOM. No, no: que no se casen.

SEB. Que no salga de aquí Tomás, lo mando. (Al Mosén. Después sale.)

TOM. No, no; que no se casen.

MOSÉN ¿Qué dices? ¿A dónde quieres ir? (Deteniéndole.)

TOM. No, no: que no se casen.

MOSÉN ¿A dónde quieres ir? (Deteniéndole.)

TOM. A impedir que se casen.

MOR. Tomás, de prisa. (A Mosén.) Déjale tú al abuelo.

TOM. No. ¡Dios mío! ¡Pobre Manelich! ¡Es imposible; no pueden casarse! (Toque de campana.) ¡Ah! ¡La campana! ¡Ya es tarde! ¡Ay, Dios mío! ¡Lo que hemos hecho con ese pobre muchacho! ¡Y he sido yo también! ¡Que Dios me lo perdone!

MOR. Con Dios, Tomás.

TOM. Adiós, hijo mío, dame un abrazo.

MOR. Adiós, abuelo, perdóneme lo malo que le haya dicho. Adios. (Vase el Morrucho. Tomas ha caído sobre un banco. El Mosén ha salido a la puerta a esperar a los que llegan. Se oye el rumor de la gente.)

TOM. (Aparte.) Parece que me han echado un nudo

a la garganta y que me han puesto una plancha de fuego en la cara. (Vase desesperado.)

VOCES ¡Vivan los novios! ¡Vivan los novios!

MOSÉN Ea, muchachos: se acabó la fiesta; todo el mundo a su casa.

MAN. Parece un rebaño desparramao.. Cabras aquí, cabras allá. ¡Lástima de honda!

MOSÉN (Sale el último y dice desde la puerta.) Ahora, cerrar vosotros y hasta mañana.

ESCENA XI

MARTA y MANELICH

MAN. (Mirando desde la puerta cómo se alejan.) ¡Si yo tuviese aquí la honda y un buen guijarro, pronto arreglaba ese ganao. (Después se vuelve de pronto.) ¡Marta!

MARTA (Como desesperada.) ¿Qué hay? ¿Qué quieres?

MAN. Han dicho que cerrásemos; ¿cierro?

MARTA Cierra. (Marta se levanta y va arreglando las sillas y recogiendo vasos que habrá sobre la mesa en desorden.) Todo se acabó.

MAN. ¡Tururú! Listos. ¿Pues no estoy cansado? Más quiero una tronada allá en los ventisqueros, que este barullo de todos los demonios. Yo no pueo estar así; esto rinde más. Al suelo, al suelo, como allá en la montaña. Siéntate aquí a mi lado. Alla arriba no tenemos sillas, ni falta. Miá tú que esos palitroques... Pero, ¿qué hace aquélla? ¡Hupa, Marta!

MARTA ¿Qué?

MAN. Que vengas aquí.

MARTA No, déjame.

MAN. ¡Qué arisca! Pues si te pones así no te voy a decir una cosa. Ya no me acordaba. ¡Con la alegría se pone uno más burro! (Levantándose. Después de buscar en los bolsillos y en el pecho, saca al fin un pañuelo atado por las puntas. Aparte.) ¡Verás, veras tú ahora! ¡Ya pesa, ya!... ¡Esto no te lo esperabas!

MARTA ¡Ah!.. ¿Otra vez? ¡Déjame!

MAN. No he tenido animal más arisco en mi vida. (Extiende el pañuelo en la mesa.) Mira... ¿Ves?...

¿Ves esto? ¡Es una peseta! (Echándola en el pañuelo.) ¡Es la primera que gané! Nunca la he querido gastar para ver si criaba, y mira... mira si ha criado. (Revolviendo monedas de plata y cobre, que echa en el pañuelo.) Allá arriba, cuando las contaba, sonaban de otro modo. Este modo de sonar es más alegre: será porque estás tú. ¡Ah! toma, toma... (Sacando un duro de entre las monedas.) ¿Ves este duro? ¿Ves estas manchas? Son de sangre; sangre mía. Me lo regaló un día el amo: el señor Sebastián, ¡que Dios se lo pague! ¡Tócalo! ¡Tócalo! (Cogiéndole la mano para obligarla a que lo toque; ella se resiste pero sin repugnancia.)

MARTA Estate quieto.

MAN. Bueno... pues yo lo beso. (Lo besa y lo tira al pañuelo.) Has de saber que todas las noches venía el lobo al rebaño. Y todas las mañanas un perro patas arriba, destripado, y una oveja menos o un carnero: según. Yo me condenaba. Hasta que una noche... me quedé en acecho detrás de unas piedras, al lado del barranco. El carro del cielo, ¿sabes tú lo que es? Pues el carro del cielo son siete estrellas que dan la vuelta allá arriba, como la rueda de una carreta... Pues digo que el carro estaba clavado en las doce, y luego pasó a la una... y yo escuchando... ¡Nada! Los esquilones... El agua de la nieve que se derretía... El airecillo de la madrugada... ¡Las siete estrellas del carro siguiendo la vuelta, que me parecía que estaba oyendo rechinar el eje! ¡De pronto siento ruido, pisadas, y veo un bulto negro que, dando un bote como un demonio, pasa por encima de mí, resoplando tan fuerte, que sentí el resoplido aquí, en el cuello! Los pelos se me pusieron de punta, y por dentro del pecho sentía unos golpes!... ¡pum! ¡pum! ¡pum! que me ahogaba. Luego siento ladridos de perro y el balar de las ovejas, y sin manta al brazo, ni nada para resguardo, con el cuchillo en la mano y el pecho libre, me puse en mitad del camino por donde había de pasar el lobo. ¡Llega el animal con la oveja atravesada en el hocico, tropieza conmigo, me agarro a él, le clavo todo el cuchillo, y caemos

barranco abajo revueltos el lobo y yo... mordiéndole yo, mordiéndome él; aullando él y aullando yo con más fuerza aún; contra su hocico mi cara; contra sus colmillos mis dientes, que desde entonces tengo esta mella!

MARTA (Conmovida e interesada, a pesar suyo.) ¿Y qué? ¿Qué?

MAN. Que al otro día unos pastores nos encontraron a los tres en el fondo del barranco; la oveja muerta, el lobo muerto y yo medio muerto, con todo el cuerpo lleno de mordiscos y desgarrones. Me llevaron a la choza, me dieron con nieve y aceite de lagarto... y al cabo de unos días subió el amo y me dió este duro. Yo, con la prisa de besarle la mano, me desgarré esta herida; por eso son las manchas de sangre que has visto. El amo Sebastián me prometió un duro por cado lobo que matase; pero desde entonces no he matado ninguno. (Lo dice con mucha tranquilidad.)

MARTA Manelich, ya es muy tarde.

MAN. Pues toma todo esto. Son veintitrés duros. Guárdalos. (Recogiendo el pañuelo.)

MARTA No... no... es tuyo. Guárdalo en tu cuarto. (Aparte.) Pero, ¿qué es este hombre?

MAN. ¿En mi cuarto? En el nuestro, querrás decir, allá.

MARTA Enciende la luz (Señalando al hogar.) y vete... Vete a tu cuarto... y buenas noches.

MAN. ¿Que ese es mi cuarto? ¿Y que aquel es el tuyo?

MARTA Ya lo sabes, mal hombre. ¿Para qué quieres que te lo repita? ¡Vete! ¡Mal hombre, vete!

MAN. ¡Que yo soy mal hombre! ¿Por qué soy mal hombre? ¿Por qué? ¡Dilo! ¡Dilo! ¡Quiero que lo digas!

MARTA Ya lo sabes.

MAN. ¡Que yo lo sé!

MARTA Sí, que tú has consentido en todo.

MAN. ¿En qué?

MARTA En casarte conmigo.

MAN. ¡Toma! ¡Eso sí!

MARTA ¿Y por qué has consentido?

MAN. ¿En qué? ¿En que fueras mi mujer? Pues, porque te quería ¡Toma! ¡Porque te quería

más que a nadie en este mundo! ¡Más que a mi padre! ¡Más que a mi madre! Más.

MARTA ¡Manelich! (Se queda mirándole con ansia y angustia.)

MAN. (Acongojado.) ¿Por qué me miras de ese modo? ¡Mira que me parece que no eres mi mujer!

MARTA ¡Manelich!

MAN. Si me parece que estoy soñando.

MARTA (Aparte.) ¡Ay, Dios mío, que me han engañado y han engañado a este pobre hombre!

MAN. ¡Marta!

MARTA ¡Déjame .. déjame!

MAN. ¡Es que me has dicho unas cosas! No las entiendo. .

MARTA No... no. . no he dicho nada. Es que esta noche estoy como loca... que no sé lo que han hecho conmigo.

MAN. ¡Lo que han hecho contigo!

(En este momento pasa una luz por detrás de la cortina.)

MARTA (Retrocediendo con horror. Aparte.) ¡Ah, él, Sebastian! ¡Canalla!

MAN. ¿Qué es aquéllo? ¡Una luz! ¡Pero no estamos solos! ¿Quién hay allí?

MARTA ¡Nadie, nadie!

MAN. (Empuñando el cuchillo.) Pues yo voy a verlo.

MARTA (Poniéndose delante de él.) No, déjalo; ya estaría la luz.

MAN. No, te digo que no. (Desaparece la luz.) ¿Ves? La han apagado.

MARTA Yo creo que no había ninguna. Si no que a ti te ha parecido que la había.

MAN. ¿Pues no decías antes que ya estaba la luz? Si la he visto yo... Si tú también la has visto.

MARTA Yo no he visto nada. Tú lo has dicho.

MAN. ¿Que tú no has visto una luz?

MARTA No, no.

MAN. ¿Que tú no la has visto?

MARTA ¡Ea! Tú tampoco la viste.

MAN. ¿No? (Se queda mirando fijamente a Marta. Aparte.) ¿Que no la he visto? ¿Que no la he visto?

MARTA (Sentándose.) (Yo aquí he de pasar la noche; aquí, como si fuera piedra.) Oye, ya te lo he dicho. (Señalando su cuarto.)

MAN. Ya... ya... ya lo sé. No me lo vuelvas a decir. Yo, allá dentro. (Repitiendo la orden de ella.)

Pero todavía... todavía no me iré a dormir; a mi.. ¡Vamos *allá dentro!* (Se deja caer poco a poco en el suelo, siempre con los ojos fijos en la cortina.)

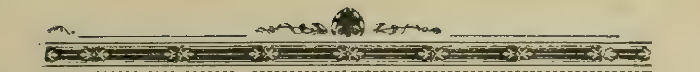
MARTA (Aparte.) ¡Y ese canalla... siempre ha sido un canalla! (Manelich, siempre en el suelo, se va acercando a Marta. Aparte.) ¡Pensará este... pobre... que no le oigo!

MAN. (Muy triste y medio lloroso. Aparte.) ¡Aquí... cerquita de ella, muy cerquita! Pero no como su marido... eso no. Como si estuviese solo allá arriba en mi choza de los Picachos. Ahora a rezar (En voz baja.) el Padrenuestro de mis padres. El Padrenuestro para... mi mujer... no tengo que rezarlo... porque mujer... mujer... ya la tengo... ya la tengo... «Padrenuestro...» (Solloza.)

MARTA (Aparte.) ¡Ah! ¡Qué castigo el mío!

MAN. Todo está dormido en la choza. ¡No .. el lobo no vendrá... no vendrá... no vendrá!... (Sigue moviendo los labios mientras cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior. Es de día.

ESCENA PRIMERA

MANELICH, sentado; NURI, haciendo la zamarra que empezó en el acto anterior

MAN. (Muy abatido.) ¿Cómo no viniste ayer tarde, Nuri?

NURI Pues hombre... los pavos tuvieron la culpa; ya te dije que me mandaron sacarlos por la mañanita y por la tarde. Pero como hoy pica mucho el sol, los volví a meter en el corral; y yo a ver a Manelich.

MAN. Te lo agradezco, Nuri.

NURI Pues mira, buenas angustias paso. (Se levanta y va a mirar hacia la puerta izquierda.)

MAN. ¿Y por qué pasas esas angu-tias?

NURI Porque tengo miedo de que venga la Marta. ¡Me da más pena esto! Verás, hombre, verás; antes me quería mucho la Marta, siempre me estaba besando, y decía que quería ser igual que yo. Pues desde que os casásteis me tiene una rabia que me come con los ojos. ¡Yo, no! ¡Ahí tienes! Yo no le tengo rabia; y no le tengo rabia, porque sé que te quiere mucho.

MAN. ¿A mí?

NURI ¡Claro! (Manelich se levanta y se pasea.) ¿Qué tienes?

MAN. Nada. (Vuelve a sentarse.)

NURI Digo yo que me tiene rabia, porque tiene rabia a todos los de mi casa. Figúrate que ha llamado al Mosén, y yo no sé lo que le ha dicho; y el Mosén—que es el mayordomo—ha ido a mi casa amenazando a todos y les ha dicho que no vinieran más al molino a murmurar. Que al molino no tenían que venir sino los que trajeran trigo para moler.

MAN. ¿A murmurar dices que venían?

NURI Eso dijo el Mosén.

MAN. ¿Y tú sabes qué murmuraciones eran esas?

NURI No sé; los de casa siempre están lo mismo: nada, que les gusta hablar de todo el mundo.

MAN. ¡Qué buena chica eres, Nuri!

NURI (Poniéndose muy contenta y riendo.) ¡Mira tú quien lo dice! (Pausa.) Ya hace diez días que estáis casados, ¿verdad?

MAN. Sí... diez días.

NURI ¿Sabes lo que estoy pensando?

MAN. ¿Y qué dicen de mí tus hermanas?

NURI Pues pensaba en hacerte una zamarra en cuanto acabe ésta, pero no ha de ser de este color, sino azul y con unos vivos encarnados. ¡Y vaya si te sentará bien!

MAN. No me hagas la zamarra, Nuri. Yo te lo agradezco. Pero no me hagas la zamarra.

NURI (Con extrañeza.) ¡Hombre! ¿Por qué?

MAN. Porque para cuando tú acabes la zamarra, ¡Dios sabe dónde!... Ea, pues, nada... pero no me hagas la zamarra.

NURI (Levantándose.) Pues me enfado y me voy.

MAN. (Haciéndola sentar.) No te vayas, Nuri.

NURI Bueno, me quedo; pero entoavía estoy enfadada.

MAN. (Levantándose y yendo a echarse de bruces sobre la mesa, o tomando otra posición en armonía con su naturaleza tosca. Aparte.) ¡Aquella luz que pasó por detrás de la cortina, la llevaba un hombre! Y lo que yo necesito es saber quién era aquel hombre; le mato y me voy allá arriba.

NURI ¡Manelich!, que yo todavía estoy enfadada.

MAN. Sí, Nuri, sí; pobrecilla.

NURI Tú tienes tristeza, Manelich.

MAN. No.

NURI Y yo sé por qué. Porque te han casado con una mujer muy rabiosa.

MAN. ¿Dice la gente que es rabiosa la Marta?

NURI No sé: todos hablan, y hablan, y no paran nunca. ¿Y sabes por qué te quiero yo tanto? Primero, porque me cuentas aquellos cuentos de lobos y de brujas que me dan tanto miedo y que son tan bonitos. Y además, porque oigo que la gente dice: «¡Pobre Manelich! ¡Pobre Manelich!» Con que yo dije también: «¡Pobre Manelich!» Pues voy a hacerle una zamarra.

MAN. ¡Pobre Manelich! ¿Con que todos lo sabían? ¿Y qué más? ¿Qué más?

NURI Pues oye: ayer, al salir de misa, había un corro en que hablaban de ti, y yo pasé, haciéndome la distraída.

MAN. ¿Y qué decían?

NURI «¡Pobre Manelich!» Como siempre.

MAN. ¡Cuándo querrá Dios que vuelva el amo pa contárselo todo! Pero nada, se fué a la ciudad y no vuelve.

NURI ¿Crees tú que el mundo es tan malo como dicen, Manelich?

MAN. El de la tierra baja me parece que sí. El de la montaña no lo era, no. Puede ser que no lo fuera, porque como allá arriba no había hombres... por eso.

NURI ¡Pobre Manelich!

MAN. (Con rabia.) ¿Tú también?

NURI ¡Es que te tengo mucha lástima! Oye, Manelich, ¿no tienes ningún hermano?

MAN. No. Soy yo solo; y tan fuera de mí quisiera estar, que me parece que me sobro.

NURI ¡Pues me da pena! ¡Quisiera que tuvieras un hermano menor, así, de mi tamaño!

MAN. ¡Pobre Nuri!

ESCENA II

MANELICH y NURI. MARTA, que viene del interior

NURI ¡La Marta! ¡Me escapo!

MAN. ¡No te muevas!

MARTA (Aparte.) ¡Siempre está la Nuri con él! ¡Si sufriera tan de veras por mí, no le gustaría

hablar con nadie! (Se acerca al hogar, aviva el fuego y arregla la olla como para preparar la comida.) Este fuego no se enciende hoy. Parece que lo hace adrede. ¿De qué estarán hablando? ¡Ni me hace caso! Y ¿para qué había de hacerme caso? Yo no quiero que hable con la Nuri. Pero, ¿quién soy yo para mandar en él? ¡Qué martirio! ¡Virgen de los Angeles! (Haciendo un movimiento desesperado se va por la puerta de la izquierda.)

NURI Ya se marchó. Bien calladitos hemos estado los dos.

MAN. ¿Por qué callabas tú?

NURI Porque estaba contando puntos. ¿Y tú?

MAN. Porque estaba contando días.

NURI ¿Quieres tú mucho a Marta?

MAN. ¡Más que a nadie! ¡Más que a nada en el mundo la quiero! Vamos, que no sé decírtelo. Yo me pienso que le tenía cariño desde antes de conocerla. Mira, Nuri, la primera vez que la vi en la Cabreriza, estuve por decirla: «¡Vamos, mujer, que bien te has hecho desear; ya era hora de que viniera la Marta!» ¡Ves tú qué cosas! ¡Bah! ¡Si yo te lo contara todo!...

NURI Cuenta, cuenta, Manelich, que me gusta mucho oirte.

MAN. Si supieras tú cuántas veces desde arriba. desde los picachos miraba yo la *tierra baja*, buscando algo en ella... El sol lo alumbra todo, cerros y llanos, hasta el fin de lo que se ve. Y yo cavilando: «¿Hacia dónde estará por todas estas tierras mi mujer?» Pues, ¿a que no aciertas cómo me las componía para saber hacia dónde estaba? ¡A que no! ¿A que no lo aciertas?

NURI No lo sé, no. A ver cómo.

MAN. Pues ponía una piedra en la honda, daba tres vueltas con los ojos cerrados, tiraba la piedra con mucha fuerza, sin saber hacia qué parte; los abria de pronto para mirar donde caía .. y por allá... por donde había caído. . había de estar mi mujer, que ya se estaría criando y que iría creciendo como un brazado de flores, para mí, para mí solo.

URI ¿Y hacia dónde caía?

MAN. Hacia la tierra baja, nunca hacia la montaña. De la tierra baja vino Marta. ¡Mira tú que me dan ganas de llorar!

NURI Vaya, hombre, no llores, que me haces llorar también. Pero a ti, ¿quién te manda tirar piedras a ciegas? ¿Y si hubiera pasado alguien por la montaña y le hubiera alcanzado el pedrusco?

MAN. ¡No le alcanzó a nadie, que me alcanzó a mí en mitad del pecho!

NURI Pero, ¿por qué son esas penas?

MAN. ¡Porque yo... sé lo que sé! Yo seré un simple... y un ciego para las cosas del mundo; pero a veces los ciegos ven. Un ciego, y muy ciego, iba allá a la Cabreriza algunas veces, porque yo le daba leche de mis cabras; pues cuando le cogía la tempestad y se encendía un relámpago, se tapaba el ciego los ojos con las manos; conque yo digo que, aunque era ciego, el resplandor del relámpago se le metía y le hacía ver. Pues yo soy como el ciego de la Cabreriza, y tanto se ha inflamado la nube, que se me han incendiado los ojos y la he visto.

MARTA (Volviendo del cuarto interior. Aparte.) (Todavía están aquí los dos.) Nuri, Nuri.

NURI ¡La Marta! Ten el pañuelo, ten, que no vea que lloras. (A Manelich.)

MAN. (Sin tomarlo.) ¡Si no lloro!

MARTA Oye, Nuri. No quiero verte aquí más, ¿oyes? No quiero que vuelvas.

NURI ¿No ves tú, Manelich? ¿No ves que me echa la Marta?

MARTA No es que te eche, mujer, sino que no sé lo que tengo. Cuando me hablan, parece que me están dando golpes dentro de la cabeza. (Se va hacia el fuego y se sienta.)

NURI Ten, Manelich. (Dándole la cestita con el ovillo y la zamarra.) Voy a aventar el fuego, porque la pobre Marta no puede. (Acercándose a Marta.) Dame el aventador.

MARTA No.

NURI Dámelo, mujer, que tú tienes ya poca fuerza; como que vas para vieja. (Bromeando.)

MARTA (Fuera de sí.) Vete, vete; digo que te vayas.

NURI Pero, mujer, ¿por qué?

MARTA Porque no quiero verte.

NURI (Enojada.) Pues no me marcho hasta que me lo mande Manelich. El es el marido y él manda.

MARTA ¡Es verdad! ¡El manda! (Sentándose abatida.)

MAN. Mira, Nuri, haz lo que Marta te mande. Te ha echado, pues te vas. Marta está en su casa.

MARTA No, Manelich; eso no.

MAN. (A Nuri.) Toma todo esto y vete, pobrecilla. (Dándole el cesto y la zamarra.)

MARTA Nuri, quédate. Ahora no quiero que te vayas.

NURI (Llorando.) Pues ahora me voy.

MAN. No llores, Nuri. Yo te acompañaré.

MARTA No; eso no. Quiero que te quedes aquí.

MAN. ¿Yo? ¿Que me quede yo? ¿Para qué?

MARTA ¡Es verdad! Haz lo que quieras.

NURI (A Manelich.) Se queda llorando.

MAN. No lo creas. ¡Pues si estamos más contentos los dos!... ¡Siempre riendo, y siempre juntos! ¡Mira, mira que fuerte ríe! (Marta solloza con mucha fuerza.) ¡Y yo lo mismo! Siempre juntos, siempre juntos. Anda, Nuri: anda pa delante. (Se ríe sarcásticamente y sale él y Nuri.)

ESCENA III

MARTA, llorando

¡Dice que siempre juntos! Y lo que él espera es que vuelva Sebastián pa contárselo todo y marcharse. ¡Ojalá que no viniese nunca Sebastián, que se quedase siempre allá en el pueblo ese mal hombre! ¡Qué malo, qué retemalo es!... Nunca le quise, pero ahora le odio con toda mi alma. Si no volviera más... ¡Quién sabe! Puede que Manelich me perdonase, porque es muy bueno, y bien se ve que me quiere mucho. Pues qué, ¿se figura que yo no le oigo todas las noches cuando viene a echarse y a llorar a la puerta de mi cuarto? Pero no sé... no sé. Ya no me dice nada. Me deja hacer todo lo que yo quiero. No, yo no quiero que esté con la Nuri; con

ella no. Ahora mismo me voy a casa de esas mujerotas. Veremos, veremos.
(Dice todo esto muy agitada, muy nerviosa, entre lágrimas y gritos rabiosos, y se dirige hacia la puerta.)

ESCENA IV

MARTA y TOMÁS, que le cierra el paso

TOM. ¿A dónde vas, Marta?
MARTA Pues no lo sé. Mira, ya no voy a ninguna parte.
TOM. Desde la ermita he visto salir a Manelich. Por eso vengo, porque sé que no está. Con él no quiero encontrarme. Está el pobre más desesperado...
MARTA ¿Por qué?
TOM. ¡Vaya una pregunta! ¿Pues no tiene el pobre ojos para ver que todo el mundo se ríe de él?
MARTA La gente es muy mala.
TOM. Muy mala. Y ahora quiero que tú me digas qué le contesto yo cuando me pregunte por qué hice que te casaras con él.
MARTA Pues... ¿yo qué sé?
TOM. Y más todavía. ¿Qué le contesto cuando me pregunte quién es el hombre... el hombre... ¿comprendes?.. el hombre que le está afrentando ante todo el mundo?
MARTA ¿Y yo qué sé? ¡Si yo no sé nada! ¡Si a mí no se me ocurre nada! (Esconde la cara entre las manos.)
TOM. Pues se ha dejado decir Manelich, y ya corre por el pueblo, que antes de dejarte y marcharse a la Cabreriza, quiere saber quién es el hombre, para matarlo.
MARTA (Con satisfacción que no puede contener.) ¿Ha dicho que lo mataría? ¿Lo ha dicho de veras? Sebastián también es mucho hombre. ¡Y como es el amo!... Yo creo que Manelich no se atreve.
TOM. Pues Manelich lo ha dicho. Y lo que te dije antes: que después de despedirse de Sebastián, porque de Sebastián no sospecha nada y después de matar al hombre, te deja para

siempre abandonada y se vuelve a la Cabreriza.

MARTA Para eso último no necesita mucho valor.

TOM. Pues yo le he dicho que hace bien. Que te deje, que te deje para siempre, ¿lo entiendes? Y antes hoy que mañana, ¿lo entiendes? Que quien hace lo que tú has hecho, más merecía.

MARTA ¿No ha tenido usted nunca una hija?

TOM. ¡Una hija! Sí que la tuve. Y se me murió cuando era todavía muy chiquitita. Y cuando veo lo que es el mundo, y cuando te veo a ti, digo: ¡bien muerta está! ¡Que así Dios me la tenga en su santa gloria!

MARTA (*Acercándose a él y con acento sombrío.*) ¿Y si usted se hubiera muerto antes que ella? ¿Y si ella hubiera crecido y crecido siempre sola? ¿Y si hubiera tropezado con Sebastián?

TOM. (*Tapándose los oídos.*) ¡Maldita mil veces, maldita, no digas eso, que tú eres quien ha perdido a Sebastián!

MARTA (*Rompiendo a llorar.*) ¿Que yo le he perdido? ¿Que fuí yo? ¡Ay, Dios mío, que no tiene usted entrañas! ¡Ay, madre mía, que no puedo más... no puedo más! ¡Dios mío, llévame de una vez!

TOM. ¡Pues toma, llora de verdad!

MARTA ¡Todos contra mí! ¡Contra mí! ¡Porque me ven tan sola en el mundo, por eso, que hasta ahora no sabía lo sola que estaba!

TOM. Vamos, no llores que yo soy muy tonto, y tengo muy tiernos los ojos; y aunque no lo mereces... vamos, que me pondré a llorar también.

MARTA (*Con nuevo arranque.*) Ea, yo quiero contárselo todo a usted, todo, y verá usted quién ha perdido a quién.

TOM. (*Lloriqueando.*) Pues no quiero oirte, porque me voy a creer todo lo que me cuentes, y todo va a ser mentira

MARTA ¿Mentira? Oígame usted, y ya veremos si es mentira o no.

TOM. Tan bién es empeño. Ea, cuenta, pero acaba pronto.

MARTA (*Enjugándose las lágrimas con resolución.*) Oiga usted: dicen por ahí, para afrentarme, que yo nunca he tenido padres; que yo he naci-

do de la tierra, como los sapos que se crían en las charcas.

Tom. ¿Ves tú? Eso sí que no lo he creído nunca. ¡Así Dios me castigue!

Marta Yo he tenido una madre que era ciega, y no he tenido a nadie más; pero madre sí he tenido. Y ella y yo pedíamos limosna allá abajo, en la ciudad. Yo me acuerdo que nos sentábamos en la grada de una iglesia que tenía una puerta que no se acababa nunca de alta que era. Pues allí pedíamos. ¿Desde cuándo? ¡Y quién lo sabe! Creo que desde antes de nacer yo, ya mendigábamos. A mi madre la había visto siempre con la mano extendida en el portal de la Iglesia. Y hasta de noche, durmiendo, extendía la mano, lo cual que me daba mucho miedo. Un día ya no fuimos las dos solas a pedir, porque a nuestro lado se había sentado un hombre que yo me figuré que tampoco veía. Yo pensaba entonces que todos los pobres eran ciegos. ¡Como que yo era muy chiquitina y no conocía nada del mundo! Aquel hombre que tenía la cara roja y la barba blanca, acabó viviendo con mi madre. Unas veces se pegaban y otras veces reían los dos, muy contentos; pero a mí, aquel hombre, ni me pegó nunca, ni me hizo una caricia, ni me dijo una palabra. Pasaron años, y un día mi madre no se levantó para ir a la iglesia, y a los piés de su cama se puso a llorar el hombre aquel de la cara roja y de la barba blanca. ¡Y cómo me chocó! Yo pensé que los ciegos no lloraban, que como no tenían ojos para ver, tampoco tenían ojos para llorar.

Tom. ¿Y murió tu madre?

Marta Sí, murió. Y aquel hombre no podía consolarse de la muerte de mi madre, de mi pobre madre, que se quedó con los ojos más empañados que nunca, y, muerta y todo, con la mano derecha extendida. ¡No parecía sino que iba también a pedir algo al otro mundo.

Tom. ¡Pobre chica! Ya decía yo que me habías de hacer llorar! Sigue, Marta, sigue.

Marta Pues, mire usted, aquel hombre me llevó consigo, y no sé como fué, que, al separar-

nos de la fosa en que habían echado a mi madre, yo le dije sin pensarlo: «¿Y qué hacemos, padre?» y él llorando mucho, me dijo: «Ven conmigo, hija.»

TOM. Vamos, acaba pronto tu historia.

MARTA No falta mucho: que cuando se va por el camino por donde va todo el mundo, se puede ir despacio; pero cuando se cae en un barranco, se caé deprisa. Volvimos a nuestra vida, a las gradas de la iglesia a pedir limosna, y yo iba creciendo y haciéndome mocita. Conque un día le dije: «Padre, ¿y si trabajásemos?» Y él me dijo que le parecía bien, que buscaría trabajo para los dos; pero seguíamos *pidiendo*, hasta que supimos que iban buscando a los pobres para recogerlos, y entonces nos escapamos... y corriendo muchas tierras, llegamos por fin a estas llanuras, donde nos cogió un nublado muy negro y un aguacero, con lo cual nos guarecimos en la masía de Sebastián. Estaba mucha gente y el amo; me hicieron que bailase y que cantase, y el amo... me dijo que era muy graciosa... Nos recogió... nos dió este molino... venía todos los días... y me regalaba mucho... y cuando huía de él se ponía furioso... y me decía que yo no era nadie... que no era sino como los sapitos que se crían en las charcas después de la lluvia... y a fuerza de amenazas y halagos, golpes y abandono, llegué a lo que soy casi sin saberlo.

TOM. ¡Pobre chica!... ¡Ah!... Sebastián... no tienes perdón de Dios.

MARTA ¿Y qué había de hacer? ¿Huir? ¡No podía! ¿Matarme? Es pecado; y además, la muerte da tanto miedo, y yo tenía tan pocos años! ¡Señor, se nace para vivir, no para morirse en seguida! Soy mala; pero no lo soy del todo, porque me pesa mucho el serlo y quisiera ser buena, que hubiera un alma caritativa que me ayudase a serlo. No se enfade usted... ¡Yo quisiera que Manelich me ayudase! Mire usted, fuí a casarme arrastrada por la fuerza, y Manelich me daba repugnancia y asco, porque me pensé que se había vendido. Y con todo, a pesar de

la pena y del asco, cuando salimos casados, me decía yo, sin querer decírmelo, así, con unos dejos de consuelo, «que aquel hombre era, ya por bien o por mal, mi marido; que era mío por ley de Dios; mío, y de nadie más...» ¡Triste de mí, que no había tenido nada que fuese mío en la tierra!

TOM. ¿Y si vuelve Sebastián al molino? ¿Y si vuelves a ser cobarde?

MARTA ¡No!... ¡No!... ¡Que no vuelva!...

TOM. Pero, ¿y si vuelve?

MARTA ¡Ahora tengo a Manelich!... ¡Tiene que defenderme!... ¡Es su obligación!... Si no, ¡es más malo que yo, y más cobarde!

TOM. Pero si te desprecia... ¡si no te quiere!...

MARTA ¡Sí me quiere!... ¡Aunque me desprecie, me quiere!... ¡Y yo... yo le quiero... le quiero!... ¡Ea!... ¡Le quiero!... Por mala que sea una persona, puede querer, ¡esto no hay quien me lo niegue! Y yo no he sabido lo que es cariño en el mundo hasta que no he tenido a Manelich a mi lado.

TOM. ¿Y si se lo dijeses todo a Manelich?

MARTA ¿Y cómo se dicen estas cosas?

TOM. Como me las has dicho a mí.

MARTA A usted es distinto. Pero a él... a él... no sé... no puedo... se me pega la lengua al paladar... Y así nos estamos horas y horas, sin decirnos palabra, ¡que no hay angustia mayor!

TOM. ¡Pobre mujer!... ¡Vaya que tienes desgracia!

MARTA Ayúdeme usted como si fuera su hi...

TOM. ¡Dilo, tonta! ¡Como si fueses *mi hija!* ¡Sí que te ayudaré! ¡Tú eres buena!.. ¡Lo has sido siempre!... ¡Ea!... ¡Lo digo! ¡Y aunque no lo hubieses sido, sólo con querer serlo, ya lo eres casi del todo! ¡Pobrecilla!... ¡Dame un abrazo!...

MARTA ¡Señor Tomás!.. ¡Usted sí que es compasivo.. usted sí que me da consuelo! (Le abraza.)

TOM. ¿Quién viene?

MARTA ¡Ah!... ¡Las vecinas!... ¡Las perdigonas!.. ¡No quiero verlas!... Echelas.. Echelas... ¿Volverá usted?

TOM. ¡Sí que volveré!.. Adiós, ¡y ánimo!... ¡Qué demonio... todo se arreglará...!

MARTA Adiós... Adiós... Que no me vean esas mujeres. (Vase.)

ESCENA V

TOMÁS, PEPA y ANTONIA; después JOSÉ, NANDO y PELUCA

PEPA ¡Mira, mira! ¡Si está aquí Tomás! (Desde la puerta.)

ANT. (Desde la puerta.) Pero, ¿qué tiene el ermitaño? ¡Tiene los ojos encendidos!

TOM. Es del humo La pobre Marta no lograba encender el hogar.

PEPA Vamos a entrar, Antonia, que ahora no nos pueden echar. Verá usted: dijo el Mosén que nadie se acercase al molino que no trajera trigo para moler; que era orden del amo.

TOM. Pues entonces, ya os podéis marchar antes que os echen.

NANDO (Desde fuera) ¡Ya estamos aquí!

PEPA (Riendo.) Entrad, entrad vosotros.

JOSÉ (Entrando con medio saco de trigo.) Traemos trigo para molerlo.

NANDO (Entrando con Peluca.) Ya estamos aquí y traemos lo que tenemos que traer. Traemos trigo. Y venimos al molino porque traemos trigo.

PEL. Y el molino está para moler el trigo.

JOSÉ ¡Y vaya si nos ha costado trabajo encontrar ese poco de trigo!

PEL. Yo lo saqué de casa, que lo guardábamos para la siembra.

JOSÉ Pues ya estamos aquí.

PEL. Pero, ¿no salen Manelich o la Marta a por eso? (Se refiere al trigo.)

JOSÉ Oiga usted, Tomás, que usted lo sabrá: ¿en qué ha quedado esto de la boda?

PEPA Usted sabrá algo. Diga, Tomás, diga.

TODOS Cuente, cuente.

TOM. Pues yo os lo diré; diré lo que sepa.

TODOS ¡Sí! ¡Sí!

TOM. Pero que no nos oigan. (Tomás dice esto bajito y con tono burlón; pero todos lo creen, corren a mirar por las puertas si alguien escucha, y vuelven a agruparse a su alrededor.)

PEPA Ya puede usted empezar.

ANT. Y no se deje nada.

JOSÉ Todo, todo. En estos casos, todo.

TOM. Pues, señor, una vez riñeron San Miguel y el diablo; porque el diablo decía que todas las mujeres eran *charlatanas* y *chismosas*, y decía San Miguel que alguna habría que no lo fuese. Conque San Miguel se fué por el mundo buscando una mujer que no fuera *charlatana*, que no fuera *chismosa* y que no fuera *enredadora*.

PEPA ¡Mira con lo que sale!

ANT. ¡Vaya con el hombre!

JOSÉ No importa; acabe, a ver en qué para eso.

TOM. Pues San Miguel ya estaba cansado de tanto andar por el mundo sin encontrar la mujer que buscaba, y se echó al pie de unos setos vivos de madreselva, y al otro lado había unas mujeres que, mirando a San Miguel por entre los setos, se pusieron a decir que era *un borracho*, porque tenía la cara muy encarnada, y que era *un ladrón*, que lo que llevaba puesto era robado, porque era el vestido de San Miguel, que, sin duda, lo había robado en la Iglesia. Pero entre las mujeres había una viejecita que no dijo nada malo de él, sino que le miraba y sonreía con mucha dulzura. Pues aquella noche, cuando la pobrecita vieja estaba durmiendo en su cama, va San Miguel y la coge, y envolviéndola el cuerpo en la sábana, y tapándole los mechones de canas de la cabeza con sus alas de Arcángel bien encorvadas, va a las puertas del infierno y se pone a llamar al demonio, gritando: «Demonio de todos los demonios, sal aquí, que te traigo la única mujer que no murmura.» Sale el diablo muy sofocado del calor que había dentro y se echa a reir, y va y dice: «¡Toma, como que es sorda y es muda de nacimiento!» Conque... ya lo sabéis. Eso es lo único que yo he oído contar por ahí. (Vase Tomás y se quedan todos murmurando.)

ANT. ¡Vaya una gracia!

PEPA ¡Más le valía a él no haber hecho lo que ha hecho!

ANT. Nosotras no hemos hecho ningún mal, y él ha hecho mucho mal a ese pobre chico.

JOSÉ ¡Bien se ha reído de vosotras!

NANDO ¡Bien se ha reído!

PEL. ¡Pues yo también me he reído! ¡Mira tú que San Miguel tapándole a la vieja la cabeza con las alas!... ¡Buena figura harian los dos!

ANT. Callaos, que ya viene Manelich.

JOSÉ Sí, a callarnos.

(Todos se callan.)

ESCENA VI

DICHOS. MANELICH entra sin verlos y se sienta junto a la mesa

MAN. ¡Yo no espero ni un día más! ¡Hoy vuelve el amo, cumplo con él, y después a la montaña!... ¡A la montaña a morirnos de pena y de rabia!

ANT. (Acercándose a él e imitándole a media voz.) ¡Hup; la cabrota!

MAN. (Volviéndose.) ¿Quién está ahí?

JOSÉ Buenos días, Manelich.

PEPA Buenos días.

MAN. ¿Qué queréis?

PEL. ¿Hay agua para moler?

MAN. ¿Agua? Sí. Agua sobra. Ya podéis arrimar el trigo a la muela.

(El Peluca lleva el trigo al cobertizo y luego vuelve.)

ANT. Mala cara tienes hoy, Manelich.

MAN. ¿Mala cara?, la de siempre.

JOSÉ Es que no se encuentra desde que dejó de guardar sus cabras.

PEPA Pues ahora tiene a Marta.

ANT. Pero Marta no necesita que la guarden; se guarda ella sola.

(Se ríen todos con disimulo.)

MAN. ¿Por qué os reís, y por qué os escondéis para reiros?

ANT. ¡Si no nos reímos!

PEPA Si no nos reímos, Manelich. (Dicen esto sin poder contener la risa.)

MAN. Sí que os reís y que os ponéis encendidas, y no de vergüenza, que no la habéis tenido nunca.

JOSÉ (Adelantándose con mucha furia.) ¿A mis hermanas le dices tú eso? (Se queda en actitud de provocarle.)

MAN. Sí, a tus hermanas se lo digo. ¿Qué hay con eso?

JOSÉ (Volviendo la espalda con mucha calma y con mucha dignidad.) ¡Que no me lo dirías a mí!

NANDO / PEL. } Eso, eso.

MAN. (Furioso.) ¡Mal rayo me parta! ¡Que habléis claro o a todos os hago pedazos!

NANDO ¡Manelich!

(Todos retroceden.)

PEPA ¡Está loco!

ANT. Lo que tú quieras saber se lo preguntas al Morrucho.

PEPA Eso; al Morrucho.

MAN. ¿Al Morrucho dices?

PEL. Eso, eso decimos.

PEPA Y si no, se lo preguntas a la Marta, que ahí la tienes.

ESCENA VII

DICHOS y MARTA

MARTA ¿Qué buscáis aquí?

JOSÉ Traíamos trigo a moler.

MARTA La muela está allá afuera.

PEPA Como no teníamos prisa... esperábamos aquí.

MARTA Pues esperáis ahí fuera, que aquí no tenéis nada que hacer.

(Se van murmurando frases sueltas y volviendo la cabeza con curiosidad. Las frases pueden ser estas: «Ahora, ahora va a ser... Está como loco... Mal lo va a pasar la Marta... Mejor... mejor... que lo pague.» Salen todos.)

MAN. (Sentado junto a la mesa y aparte.) El Morrucho... han dicho el Morrucho; de modo que aquel hombre era el Morrucho...

MARTA Y ahora a comer. (Amarga va a ser la comida. ¡Pobre Manelich! ¡Da pena verle!)

MAN. (¡El Morrucho! Aquella noche debí entrar y degollarle a él y después a ella.)

ESCENA VIII

MARTA y MANELICH

MAN. (¡A ella! (Pausa.) ¡Toma! ¡Es que por eso me buscaron a mí y me casaron con la Marta! ¡Porque creían que yo no había de revolverme contra ellos! (Pausa. Sentándose.) ¡Pero si es que entonces no pensaba yo en nada malo! ¡Ahora sí!... ¡Ahora sí!...) (Todo esto bajo.)

MARTA (¿Cómo haría yo para que este hombre hablase? ¿Cómo? ¡Yo no quiero verle siempre callado y despreciándome! ¡Que me castigue, que me arrastre por el suelo! ¡Que me trate como a cosa suya!) (Todo esto bajo.) ¡Manelich! (Llamando en voz alta, pero dulce.)

MAN. (Como si no la hubiese oído.) ¡Oyéndola, cómo engaña! ¡Parece una niña!

MARTA ¡Manelich! (El se levanta.) Mira, ya está la comida.

MAN. ¡Ah, sí! ¡La comida!... ¡La comida! (Toma el cuchillo y empieza a cortar pan. Marta ha ido al hogar.) (No debe costar mucho degollar a un hombre. ¡Y a ella... menos! (Encontrándose con la mirada de Marta, que vuelve a la mesa.) ¡Si no me mirara!... ¡Ah!) (Arrojando el cuchillo con rabia y tristeza.)

MARTA Ponte tú, Manelich. (Se sirve él; después ella.)

MAN. (¡Quién tuviera hambre, mucha hambre, como allá arriba! Pero no hay bocado que no se me atragante.)

MARTA ¡Ay, Dios mío, ayúdame!

MAN. (Mirándola.) (¡Que le ayude Dios!) (Va a hablar y se detiene.)

MARTA ¿Qué? Dilo. ¿Qué ibas a decir?

MAN. (Apartándola.) ¡Nada! ¡Nada!

MARTA Habla de una vez en tu vida. Yo te lo pido por...

MAN. (Con ironía.) ¿Por quién me lo pides?

MARTA Por...

MAN. Por... ¿él?... ¿Por quién? (Esperando a que ella hable.) (¡Qué asco me da esta mujer!) (Levantándose.) ¡Ea, fuera! Yo me vuelvo a mis montañas.

MARTA (¡No, Manelich, no! ¡Escúchame y perdóname!

MAN. ¿Que te perdone? ¡Así te confunda Dios! ¡Habla! Di, ¿qué te había hecho yo? ¿Por qué habías de engañarme a mí? ¿Por qué?

MARTA ¡Porque yo no era nadie! ¡Porque no sabía más que obedecer! Yo no te conocía, ni tan siquiera te había mirado. Yo no supe en jamás lo que era un cariño de verdad.

MAN. Pues entonces, ¿por qué te has casado conmigo y no con aquel hombre? (Muy rabioso.) ¡Dilo! que no lo sé y me consumo y por empeñarme en saberlo voy a volverme loco! (Corriendo hacia ella.) ¡Vamos, dilo! ¿Por qué? ¿Por qué? Responde.

MARTA ¡No, Manelich, no puedo decirlo, que me aborrecerías más de lo que me aborreces!

MAN. ¡Aborrecerte!... ¡Matarte es lo que yo tenía que hacer!

MARTA ¡Ah! ¡Matarme, sí! ¡Si es lo que yo quiero!

MAN. ¡No, no! ¡Más vale que me vaya, que me vaya para siempre!

MARTA (Rabiosa y deseando impedir que se marche.) ¡Es que no te atreves a hablarme, no, no te atreves! ¡Es que tienes miedo, me tienes miedo, cobarde! ¡Miedo! ¡Miedo! (Va detrás de él desesperada.)

MAN. (Parándose.) ¿Qué? ¿Que yo tengo miedo?

(Al pararse él, ella cambia de tono y se echa a llorar.)

MARTA ¡Insúltame, Manelich! ¡Pégame! ¡Pero no te vayas! (Queriendo abrazarle las rodillas.)

MAN. ¡Aparta! ¡Suéltame! ¡Si todo esto es un charco de miserias! ¡Revuélcate en él! (Desprendiéndose de ella y dirigiéndose hacia la puerta. Ella cae, apoyándose con los brazos en el suelo.)

MARTA (Dice lo que sigue para detenerle, rabiosa, riendo y llorando al mismo tiempo.) ¡Así me dejas con el hombre que quiero! ¡Por él, por él te he engañado a ti, y tú ni tienes aliento para castigarme! (Ella va hacia él andando de rodillas. Manelich se detiene.) (No se va, no.) (Cambiando de tono con súplicas amorosas.) ¡Manelich! (El ha dudado, pero vuelve a irse. Ella vuelve al tono de antes.) ¡Ah! ¡Y soy de otro! ¡Y tuya... no lo soy; no... no lo soy!...

MAN. (Vuelve hacia ella amenazándola con el puño.) ¡Calla! ¡Calla!

MARTA (Satisfecha de que se encolerice y no se vaya.) ¡Y te he engañado, y estoy muy contenta de

haberte engañado! ¡Mira, me río de ti! ¡Como todo el mundo! ¡Oye, oye cómo me río! (Riendo como una loca.) ¡Sí, sí! ¡Ahora mismo estoy esperando que venga el otro! (El corre hacia la mesa y coge el cuchillo.)

MAN. Y ahora mismo te mato.

MARTA (Sujetándole el brazo izquierdo.) ¡Ca! No me matas. ¡Y yo te engaño! ¡Te engaño! Entodavía te engaño. (Ríe convulsivamente.) ¿A que no me matas? ¿A que no?

MAN. No. No quiero. ¡No puedo!

MARTA (Al ver que se separa de ella.) ¡Ah, cobarde! ¡Bien se ve que te has vendido por dinero! (Agarrados los dos y como luchando, resulta herida la Marta.)

MAN. ¡Maldita!

MARTA (Satisfecha.) ¡Ah! Por fin.

MAN. (Arroja el cuchillo con espanto.) ¿Qué es lo que he hecho, Dios mío?

MARTA ¡Sangre!... ¡Sangre mía!... Y tú has sido, tú. (Se apoya en la mesa para no caer. Ríe frenéticamente.) ¡Qué alegría, Virgen Santísima! ¡Qué alegría! Ven aquí. Aquí has de dar el golpe. (Señalando el pecho.)

MAN. (Apartándose con terror y llorando, cae en una silla.) ¡No, no! Déjame.

MARTA ¡Pero si es que no puedo vivir de este modo! ¡Si es que he sido contigo la mujer más mala de este mundo! ¡Si no puedo deshacer lo que hice! ¡Esta vida... esta vida pasada! Que tampoco puedo deshacerla, porque no hay fuerzas que las deshagan! ¡Ven... ven!... Que mientras pensaba en vivir no tuve ánimos para decirte lo que he hecho y lo que he consentido; pero ahora que me vas a matar, ahora sí te lo digo. (Se ha ido apoderando poco a poco del corazón de Manelich. El está sentado en una silla baja, ella de rodillas en el suelo, casi en los brazos de Manelich.)

MAN. (Que ha procurado interrumpirla.) Pues dímelo.

MARTA A mí me han tratado como a una piedra suelta de una carretera, que se la da con el pie para que ruede. ¡Mátame, mátame!

MAN. ¡Si yo no te puedo matar. ¡Marta, no puedo! Porque te quiero, y te quería... desde allá arriba. Yo era un puñado de nieve de la que hay en los picachos, y me derretía mirán-

dote. Y cuando, hace pocos días, bajaba de la montaña para casarme contigo, bajaba a saltos, como baja el agua de las cimas hasta dar en el agua del mar, que dicen que es amarga. Que lo sea. Yo te quiero, no sé por qué. Será porque me has engañado o porque he sentido el calor de tu sangre. Porque te he respirado a toda tú, y te he respirado todo yo. Yo no quiero más que besarte, morderte, tan hondo, que la mordedura te llegue hasta el alma. ¡Y apretarte en mis brazos con afán tan rabioso, que la vida se confunda con la muerte! Como hombre y fiera. ¡Hombre y fiera, todo junto! ¡Y contigo y contra ti, y contra todos los de la tierra! (Mira hacia la cortina, como recordando de la luz, y se la lleva hacia la parte opuesta.) Ahora que vengan a quitármela. ¡Que prueben, que prueben!

MARTA ¡Dios mío!

MAN. (Cogiéndola en sus brazos y queriendo besarla.) ¡Marta!

MARTA ¡No!... ¡No!... (No consintiéndolo y huyendo de él.)

MAN. (Siguiéndola.) ¡Marta!

MARTA (Con energía.) No. Perdonarme así no. No quiero que me perdones de ese modo. (Pausa.) Tú me perdonas porque no lo sabes todo. Y yo quiero que lo sepas. Y lo has de saber por mí.

MAN. Sí. Saberlo todo; pero no aquí abajo, Marta. Que el cielo se ha enturbiado con estas miserias, ¡y Dios no te vería la cara cuando hablases!

MARTA Pues allá arriba y ahora mismo.

MAN. Pues vamos. Que allá se perdona todo y no se corrompe nada. Hasta los cuerpos se conservan en la nieve. ¡Con que mirá tú las almas!...

MARTA Pues, vámonos, vámonos aprisa...

ESCENA IX

DICHOS y MOSÉN; después SEBASTIÁN

MOSÉN (Entrando.) ¿Qué hay de nuevo?

MARTA (Que iba a salir con Manelich.) (¡Ah! Mosén... ¡Dios mío!)

MAN. Pues a tiempo llegas. Mira, dile al amo que aquí le queda el molino, y que muchas gracias... y... nada más. Oye... y que me llevo lo mío. Vámonos, Marta.

MOSÉN (Sin entenderlo.) Pero, ¿qué es lo que te llevas?

MAN. Bien claro lo he dicho: que me llevo a la Marta.

MARTA Sí, sí.

MOSÉN Todo eso se lo contáis al amo, que ya ha vuelto. (A Marta.)

MARTA ¡Dios mío!... ¡Vámonos, Manelich!...

SEB. (Entra riendo.) Ya te encontré. Mira, Mosén; mira... ¡Pues no salía a recibirme! (Marta retrocede con horror.)

MOSÉN (Riendo.) Claro.

MARTA ¡Manelich, no te separes de mí!

SEB. Mira tú, Marta, ¡vengo más contento! ¿Sabes? Se arregló mi boda. Esta misma noche llega el padre de mi novia. Ya puedes suponerte a lo que viene: a echar una mirada a todo esto. (A Mosén.) Pero, ¿qué tiene esa? (Por la Marta.)

MOSÉN (Riendo.) Pregúntaselo a ella.

MAN. Yo lo diré. Que me voy con la Marta.

SEB. (Corriendo a ella.) ¡Marta!.. ¿Qué dice éste... qué dice?... ¡Contéstame... contéstame pronto! (Cogiéndola por un brazo.)

MARTA Sí, que nos vamos.

SEB. Marta... Marta... ¡Rayo de Dios! (Sacudiéndola por un brazo.)

MAN. (Interponiéndose.) Señor amo... mire lo que hace... ¡Es la Marta!

SEB. (A Manelich.) ¿Qué te has creído tú?... Yo mando en ella.

MAN. ¡Es mía!... ¡Es mi mujer!

SEB. (Riendo con ironía.) ¿Tuya, tuya la Marta?

MARTA Sí que lo soy.

SEB. ¡Marta!

MARTA Se acabó todo. (Quieren salir Manelich y la Marta.)

SEB. Mosén... Llama gente... y que echen de aquí a ese hombre.

ESCENA X

MARTA, MANELICH, SEBASTIÁN, MOSÉN, PEPA, ANTONIA, JOSÉ, NANDO y PELUCA

MAN. ¿Y por qué me han de echar a mí?

SEB Porque aquí soy yo el amo. Como siempre lo he sido. Tu amo... y el de todos... ¡Y de ella... de ella!...

MARTA No le escuches... ¡Vámonos, Manelich!

MAN. Vámonos.

SEB. ¡Ah!... ¿Con que quieres llevártela?... ¡Toma, pillastre! (Le pega una bofetada.)

MAN. (Rabioso.) ¡Ah!... ¡A mí!

MARTA ¡Manelich!... (Con rabia.) ¿Y tú lo sufres?... ¿Y te dejas pegar?

MAN. (Llorando rabioso.) ¡Qué rabia... qué rabia! ¡Si es el amo!

MARTA ¡Ah!... ¡El amo!... Oye: ese, ese, ese que dices que es el amo es el que me perdió a mí, Manelich. El que me perdió.

MAN. ¡Sebastián... él! ¿Tú? ¡Ah, canalla, canalla, canalla! (Manelich se precipita furioso sobre Sebastián; pero antes de llegar a él le detienen los demás y a la fuerza le arrastran hacia la puerta.)

MOSÉN (A los hombres.) ¡Quitárselo!

JOSÉ (A los demás.) ¡Que lo va a matar!

MAN. ¡Quiero sangre... sangre!... (Forcejeando para desprenderse.)

SEB. ¡No lo soltéis!

MAN. ¡Quiero su vida...! ¡Su vida! ¡La quiero!...

SEB. ¡Ella es mía... mía para siempre!

MARTA ¡Manelich!

MAN. ¡Mientes, mientes!... Marta no es tuya... ¡Ah, cobarde! ¡Ya te encontraré yo, ya te encontraré!

(Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos anteriores. Es la caída de la tarde.

ESCENA PRIMERA

JOSÉ y NANDO. Están muy tristes. Hablan despacio. Al levantarse el telón se les ve callados y cabizbajos.

JOSÉ ¡Nando! Créeme: yo no estoy a gusto... Yo tengo algo aquí dentro.

NANDO No hables alto, que te puede oir la Marta.

JOSÉ Es que hemos hecho una acción muy negra.

NANDO (Levantando la voz.) ¡Sí que la hemos hecho! ¡La hemos hecho! ¡Que no sé cómo no se nos cae la cara de vergüenza!

JOSÉ No grítes, hombre, que está la Marta descansando.

NANDO Nosotros hicimos mal en echar del molino a Manelich.

JOSÉ Mal hicimos; pero ahora lo que tienes que hacer es callarte. Hicimos lo que hicimos por lo que lo hicimos. Que si no los asepáramos, con la fuerza que llevaba Manelich ahoga a Sebastián. (Mirando al exterior.)

NANDO Separarlos, bueno; pero no haber echado a Manelieh como a un perro; que eso fué desajuntarle de mala manera de su mujer. Y lo que te digo es que ya no me pongo más de lado de Sebastián, y que en cuanto vea al Sebastián se las canto muy claras.

JOSÉ — Bien pensado. Que yo también se las quiero cantar muy claras. Y si lo toma a mal, que lo tome.

NANDO — Aun anda por ahí fuera el amo, ¿no es verdad?

JOSÉ — Está con el Mosén dando vueltas alrededor del molino, así como muy desasosegado.

ESCENA II

JOSÉ y NANDO; PELUCA, que entra fatigado

PEL. — Ya estoy aquí. Y ¡vaya si he corrido!

NANDO — ¿Pues qué pasa?

PEL. — Y ahora me sale el amo con que he ido a paso de buey. Que hubiera ido él más aprisa.

JOSÉ — Pero, ¿a dónde te mandó el amo?

PEL. — No se lo digáis a nadie. Me mandó a que avisase a los guardias y que les dijese de su parte que había echado a la calle a un hombre que se llama Manelich. «Y que le busquen a ese hombre y que le vigilen, porque al echarle nosotros por orden del amo, se las había jurado, diciendo a gritos que le mataría.» Conque yo cumplí lo que me había mandado Sebastián. Y les dije a los guardias que era verdad, que yo le oí a Manelich jurárselas al amo.

JOSÉ — Pero, ¿tú has dicho eso a los guardias?

PEL. — Asimismo. De parte del amo, como él me mandó.

NANDO — Pues ya te has perdido. ¿No ves que te llamarán a declarar?

JOSÉ — Claro que te llamarán. Y tendrás que jurar delante de un Santo Cristo. Y si tropiezas o te atragantas, ya te has ganado la cárcel.

PEL. — Es que yo he dicho que vosotros también estábais presentes. Y que lo habéis oído todo.

NANDO — A mí no me metas tú en esas cosas.

JOSÉ — Yo no estaba allí, ¿lo entiendes?

PEL. — ¡Gallinas! ¡Más que gallinas! Pues ea, yo tampoco estaba.

ESCENA III

JOSÉ, NANDO, PELUCA y PEPA; después ANTONIA

PEPA (Viniendo del cuarto de Marta.) ¡Que no gritéis! ¡Que no gritéis! Que Marta se ha quedado descansando un rato.

NANDO (Bajando la voz.) ¿Y cómo está?

PEPA Pues no lo sé. La pregunto, y ella, unas veces llora como una Magdalena, y otras veces se pone furiosa que da miedo. Pero lo que es a mí no me contesta.

JOSÉ ¿Y cómo te parece a ti que va a acabar todo esto?

PEPA Qué sé yo.

NANDO Yo de ti se lo hubiera preguntado a la Marta.

PEPA (Gritando.) ¿Pero no te he dicho que ya se lo he preguntado y que no responde?

ANT. (Desde la puerta del cuarto de Marta.) Pero mujer, ¿qué gritos son esos?

JOSÉ Antonia: ven acá, Antonia. ¿A ti qué te parece de estas cosas que pasan?

ANT. ¡A mí! Me parece que ya está todo arreglado. ¿No han echado a Manelich? Pues la Marta vuelve con Sebastián como antes. Y Manelich vuelve con sus cabras como antes. Y todo vuelve a quedar como antes.

PEPA No digas esas cosas, Antonia. La Marta ya nunca más vuelve con Sebastián. Que esto ya lo sé. Y el otro, cuando le echásteis, dijo a gritos que había de matar al amo. ¡Que esto todos lo sabemos!

PEL. (Muy aprisa.) No sabemos nada de todas esas cosas ¡Que no sabemos nada!

NANDO (Lo mismo.) ¡Nosotros no hemos oído nada! Yo me vuelvo con la Marta, a ver si le pasó aquello y me cuenta algo.

MOSÉN Callaos, que viene Sebastián.

NANDO Pues yo me hago el distraído.

ANT. Y yo me escapo. (Se va hacia el cuarto de Marta.)

ESCENA IV

ANTONIA, JOSÉ, NANDO, PELUCA y SEBASTIÁN; después PEPA

SEB. ¡Antonia!

ANT. ¡Es que voy a hacer compañía a la Marta!

SEB. (Con mal humor.) ¿No has oído que te llamo? Ven aquí. ¿Cómo está aquélla?

ANT. Está echada y está llorando.

SEB. Dile que venga, que estoy esperándola.

ANT. Allá voy. (Vase.)

SEB. (Sin reparar en los demás y sentándose aparte.) (¡El padre de la otra que va a llegar a la masía! ¡No falta más sino que ahora se enrede todo por ese pillastre!) (En voz alta.) ¡Hola! ¿Estáis aquí? Ya habéis visto cómo se ha portado ese Manelich, después de haberle sacado de la miseria. Eso tiene el hacer favores a bestias.

NANDO No se puede hacer favores.

JOSÉ (A Nando.) ¿Pues no decías que ibas a hacer frente al amo?

NANDO (A José.) Tú también lo decías.

JOSÉ Sí que lo dije, y ahora verás tú.

SEB. (Aparte.) Ella es aún peor que él. Porque él, al fin y al cabo... Pero la Marta... ¡Ah! ¡La maldita!... ¡La ingrata!...

JOSÉ Nuestro amo...

SEB. (Dando un puñetazo en la mesa.) ¿Qué?

JOSÉ (Atemorizado.) Nada... No decía nada...

SEB. Vosotros habéis sido testigos. (Riendo.) Dijo que me mataría. Bien claro lo dijo. ¿No es verdad, muchachos?

PEL. Estos dicen que lo oyeron.

NANDO Los que lo oyeron fueron esos.

JOSÉ Yo... algunos días estoy algo sordo.

SEB. (Aparte. Sin hacerles caso.) Pero esa mujer que no viene. ¡Se ha empeñado en apurarme la paciencia!

NANDO (A José.) Que no te atreves a decirle nada.

JOSÉ (A Nando.) Ahora verás. Y después tú. (A Sebastián.) ¡Señor amo!

SEB. ¿Qué queréis? ¿Qué hay?

JOSÉ Que ese Manelich... Vamos... parece que es valiente. ¿Verdad, señor amo, que el chico es valiente?

SEB. ¿Valiente? Un pillastre y una bestia feroz.

JOSÉ Eso... eso quería yo decir.

NANDO (Adelantándose.) (Ahora yo.) Pues digo que Manelich...

SEB. ¿Qué?

NANDO Que Manelich es lo que ha dicho mi hermano. Y de lo que ha dicho mi hermano no rebajo nada; eso, una bestia feroz; y no rebajo nada.

SEB. Bueno; dejadme. ¡Marta! (Llamando.)

JOSÉ (Aparte a Nando.) Cuando yo me pongo a hablar...

NANDO (Aparte a José.) ¿Pues y yo? Yo no me quedo atrás.

SEB. No espero más. ¡Marta!

PEPA (Desde la puerta.) La Marta... no puede venir.

SEB. Es que yo lo mando.

PEPA Es que la pobre está muy trastornada, y está afligida de verdad; y vamos, que no quiere venir.

SEB. Pues a la fuerza.

PEPA ¡Señor amo!

SEB. ¡Aquí, aquí! ¡Pronto! Vosotras adentro, a traerme la Marta. (Antonia y Pepa, hablando acaloradamente se van hacia el cuarto de Marta.)

JOSÉ (A Nando.) A mí me parece que nosotros debemos marcharnos.

NANDO (Aparte.) Lo mejor es quitarse de en medio. (Los hombres se van por el foro. Las mujeres se quedan protestando todavía en la puerta del cuarto de Marta.)

ESCENA V

SEBASTIÁN y MOSÉN

SEB. No parece sino que todos se han empeñado hoy en que yo me pierda.

MOSÉN (Entrando.) Sebastián, ya me tienes aquí.

SEB. ¿Qué pasa? ¿Vienes de la masía?

MOSÉN ¡Suceden cosas muy graves en tu casa!

SEB. ¿Aún hay más? Hoy voy a volverme loco. ¡Habla!

MOSÉN Ha llegado el padre de tu novia.

SEB. ¡Condenado de hombre!

MOSÉN Vamos allá.

SEB. Ya iré, ya. Para mí es ella antes que todo en este mundo.

MOSÉN ¡Parece mentira! Lo que fuiste y lo que eres!

SEB. (Furioso.) ¡Vete de aquí! ¡Digo que te vayas!

MOSÉN ¡Ciego, más que ciego! Ese hombre sospecha todo lo que está pasando. Que la boda de Marta no ha sido más que una farsa; que por celos echaste del molino a Manelich. ¡Sebastián! ¡Sebastián! Ese hombre habla de que va a deshacer tu boda con su hija. Si él viene aquí, lo has perdido todo.

SEB. Pues vamos, vamos.

MOSÉN ¡Gracias a Dios! ¡Eh, vosotros!

SEB. (José y Nando se asoman a la puerta.) Os estáis ahí fuera. Y vigilar alrededor del molino... El caso es que nadie entre ni salga, ¿entiendes?

MOSÉN ¡Ahora vamos!

SEB. Sí, vamos... pero... en cuanto pueda, vuelvo... Aunque se pierda todo. (Dice esto preparándose para salir.)

MOSÉN ¡Ten cuidado! El Morrucho ha vuelto... se le ha visto hablando con Manelich... y ronda el molino... ¡Si vuelves aquí le avisa a Manelich... y estás perdido!

SEB. ¡Qué me importa!... ¡Volveré! (Vase.)

ESCENA VI

JOSÉ, NANDO, PELUCA y TRABAJADORES; luego PEPA y ANTONIA; después NURI

NANDO ¡Me parece a mí que al amo se le extravía el juicio!

ANT. Déjala. (Saliendo del cuarto de Marta.) ¡Pepa, déjala! Lo que es yo no me estoy más con ella.

PEPA ¡Vaya una cara que tiene la Marta! ¡Y qué oscuro está ésta! (Enciende una luz.)

JOSÉ (Volviendo desde la puerta.) ¿Pasa algo? ¿Es que no sale esa?

ANT. ¡Que no sale! ¡Y que no sale!

PEPA ¡Que yo no la aguanto más! Así como así, no cuenta nada... conque para qué hemos de estar.

ANT. Ea, vámonos todas a casa.

JOSÉ (Con cierto misterio.) Nosotros no podemos movernos de aquí hasta que vuelva Sebastián. (Se oye llorar a lo lejos a la Nuri.)

NANDO (Que se había quedado cerca de la puerta.) ¿No oís? Parece que están llorando por ahí fuera.

JOSÉ Sí que lloran.

NURI (Entra llorando.) ¡Vaya, que me he cansado de estar sola en casa! ¡Que no quiero estar más tiempo sola!

PEPA Pues ven, mujer.

JOSÉ Tiene razón la chica.

NURI ¡Ya no os acordáis de mí! ¡Pobrecita de mí! Y todo se ponía oscuro, oscuro, y me daba miedo estar sola. ¡Ay, Dios mío! ¡Que entodavía tengo miedo cuando pienso en aquel miedo que tuve! ¡Y al venir se me figuró que corrían tras de mí persiguiéndome! ¡Jesús mío! ¡Cómo he corrido y qué cansada vengo! (Muy fatigada. Al final riendo entre lágrimas.)

PEPA Calla y descansa.

NURI Si no puedo callar. No puedo callar porque tengo que contaros el susto que he pasado.

JOSÉ ¿Pues qué ha sido?

NURI Ya veréis, ya veréis. Yo estaba preparando vuestra cena y ya había puesto la olla a hervir, y de pronto oigo una voz muy honda... pero muy honda, que venía no sé de dónde, y que decía: «¡Nuri! ¡Nuri!» Aquella voz... era propiamente como si saliese de un pozo. Conque me encomendé a la Virgen, y aun tuve alientos para cerrar la puerta de la calle. Pero no por eso dejé de oir la voz que, desde lejos, seguía diciendo: «¡Nuri! ¡Nuri!» Yo me pensé que si aquella voz desconsolá no era la de un alma en pena, era la de Manelich que me llamaba: ¡Nuri! ¡Nuri! ¡Todavía siento escalofríos!

NANDO Y después, ¿qué pasó?

NURI Después no pasó nada. ¡Ah, sí! La olla rompió a hervir. Pues no lo creeréis: cuando ya no oí nada más que el hervor de la olla, el miedo me entró con más fuerza. Conque ya no pude resistir más, y rompí a cantar, y me fuí a la puerta de la calle, y la abrí de pronto y me eché fuera, y corriendo y can-

tando he venido hasta aquí. Que aquella voz «¡Nuri! ¡Nuri!» y una olla que hierve solita, dan mucho miedo. ¡Ay, qué miedo! (Corre a esconder la cabeza sobre el pecho de Antonia.)

ANT. ¡Anda, chiquilla, que me has asustado a mí también!

NURI (Apartándose de pronto de Antonia.) ¿Dónde está la Marta?

ANT. Echada está.

NURI ¡Pobrecilla! (Mira a todos, pero ninguno se atreve a sostenerle la mirada.) ¿Y dónde está Manelich?

PEPA Por ahí estará.

NURI ¿Por dónde?

NANDO Pues por ahí dentro.

PEPA Se habrá quedado dormido.

JOSÉ Eso: dormido. (Todo esto lo dice lleno de confusión.)

NURI Me decís todo eso de una manera ..

ANT. ¿Pues cómo quieres que te lo digamos?

NURI ¿Y por qué no volvéis a casa? (A los hombres.)

JOSÉ Verás tú. Esperábamos... pues... esperábamos...

NANDO A Sebastián, porque quiere que nos quedemos aquí vigilando...

NURI Y ¿qué habéis de vigilar?

JOSÉ Lo que a ti no te importa, chiquilla. (Los otros indican lo mismo.)

NURI ¡Ay, Dios mío! (Pausa.) Yo quiero ver a Manelich. ¡No está! (Corre al cuarto de la derecha.)

PEPA (Deteniéndola.) No grites.

ANT. (Lo mismo.) ¿A dónde vas?

NURI Es que quiero verle. (Golpeando con los pies.) Quiero verle. (Entra Peluca sin llamar la atención.)

NANDO (Riñéndola.) ¡Chiquilla!

NURI ¡Pues entonces voy a llorar! ¡Porque al Manelich le ha pasado algo muy malo!

PEPA ¡No llores! ¡No grites! (Todos quieren hacerla callar.)

NURI ¡Es que me pienso que se ha muerto, que le habéis matado a fuerza de penas!...

JOSÉ ¡No seas simple! ¡Que nosotros no matamos a nadie! ¡No hemos hecho otra cosa que echarle de esta casa! ¡Y bien arrepentidos que estamos!

NANDO ¡Del todo! (Todos indican lo mismo.)

NURI ¡Ay, qué alegría! ¡Pues entonces puede volver!

JOSÉ Pero, ¿qué dices, chiquilla?
NURI Pues que voy a llamarle.
NANDO ¡Si el amo no quiere que vuelva!
NURI ¡Dejadme! Que me dejéis, digo.

ESCENA VII

NURI, PEPA, ANTONIA, JOSÉ, NANDO, PELUCA y MARTA

MARTA ¡Nuri! (Desde la puerta del cuarto.)
NURI (Corriendo hacia ella.) ¡Marta! ¡Ay! ¡La Marta!
MARTA (Abrazándola.) ¡Nuri! (Se adelanta apoyada en ella.)
NURI ¡Pobrecita Marta! ¿Sabes tú eso de Manelich? ¡Pues le han echado... le han echado, como si no fuera nadie!
MARTA ¡Ya lo sé, Nuri! ¡Ya lo sé! ¡Ayúdame a andar, hija!
PEPA ¡Nosotras te ayudaremos!
MARTA No; apartaos vosotras.
JOSÉ Nosotros... ¿sabes tú? no hicimos más que obedecer.
MARTA (Llorando.) ¡Sí! Ya sé que vosotros no hacéis más que obedecer. ¡El odio que siempre me habéis tenido y las burlas que habéis hecho de Manelich, no ha sido más que por obediencia! Pues Manelich no os había hecho nada malo.
NURI No llores, no. (Se seca los ojos y se los seca a Marta.)
MARTA Y ahora, ¿por qué no queréis que la Nuri le llame? ¿Qué mal hay en esto? ¡Si lo que yo quiero es irme con él, con mi marido! ¡Subir por la montaña arriba, hasta donde no encontremos gente! ¡Que no habiendo gente nadie se reirá de nosotros! Y si en llegando al picacho más alto todavía llegasen allí vuestras risotadas, subir aún más, y en cuanto que llegásemos adonde está Dios, nadie habrá de reirse de nosotros, que allí se quiere y se perdona.
NANDO (A media voz.) Pues a mí se me figura que tiene razón.
PEPA (A los otros.) ¡No sé por qué habíais de hacer lo que habéis hecho!
PEL. ¡Pobre mujer!
NURI (Llorando.) ¡Ves, Marta...! Pues si casi están

llorando por ti. Si todos te quieren. ¿No es verdad? ¡Ven conmigo: te juntas con él y os vais los dos!

MARTA — Sí; eso sí: con él.

NANDO — Pero es que eso... no puede ser.

JOSÉ — Si no fuera por Sebastián... Pero está Sebastián por medio y no puede ser.

MARTA — Ya ves tú, Nuri, que no me dejan salir.

NURI — ¡No le sabéis decir nada para consolarla! ¡Ven y déjalos! (Llevándosela a un lado.)

NANDO — (A los otros.) Pues yo me voy, que me da mucha pena ver a esa pobre mujer.

ANT. — ¡Y a nosotras también!

JOSÉ — ¿No nos dijo el amo que podíamos vigilar desde fuera? Pues vámonos afuera.

PEPA — Sí; vamos.

NANDO — Oye, tú, Marta. Si quieres puedes cerrar, que nosotros no te estorbaremos. (Van saliendo todos cabizbajos.)

ESCENA VIII

MARTA y NURI

MARTA — Tú no te muevas, Nuri.

NURI — No; yo contigo. Nadie te quiere más que yo. (Riendo con tristeza, como si hablara a una niña.) Así; las dos solitas. ¿Quieres que cierre?

MARTA — Sí; cierra, cierra. (Nuri cierra la puerta.)

NURI — Ya está. Y ahora, ¿qué hacemos? ¿Quieres que hablemos de Manelich? (Riendo con cariño.)

MARTA — ¡Ay, Nuri! ¡Que me estoy muriendo de angustia! ¡Estas paredes parece que se me caen encima! ¡Y detrás de ellas me figuro que está Sebastián! ¡Cierro los ojos para no verle, y todavía me creo que ha entrado, que está delante de mí, y que me sujeta, y que me arrastra, y que me lleva con él! ¡No; eso no! ¡Yo quiero salir de aquí! ¡Nuri! ¡Quiero irme con Manelich! ¡No sé dónde está; pero como pudiera escaparme, ya le encontraría!

NURI — Pues oye, Marta, te digo la verdad: que yo no entiendo nada de eso, no sé por qué no te dejan salir los de casa. ¿No es esta tu

casa? ¿Pues qué tienen que ver ellos contigo?

MARTA Los de tu casa son unos...

NURI No lo digas, Marta, no lo digas. ¡Ya lo sé yo! Pero, ¿qué quieres? ¡Son los de casa... y no lo digas! (Con mucha tristeza.)

MARTA (Abrazándola.) ¡Te quiero mucho, Nuri!

NURI Pues yo estoy muy rabiosa conmigo misma. ¡Tan rabiosa estoy, que me daría de cachetes!

MARTA ¿Y por qué, Nuri?

NURI Porque no sé cómo me las podría arreglar para hacer que te escapases en seguida. Pero en seguida.

MARTA ¡Eso, eso!... Porque si viene Sebastián... ¡Que no venga, Dios mío! ¡Que no venga! (Esto de Sebastián lo dice aparte, y después esconde la cabeza entre las manos.)

NURI Oye, tú, Marta; ¿quién sabe más en el pueblo? ¿No es el señor cura? Pues yo quisiera saber tanto como el señor cura para buscar el modo de que te escapases.

MARTA (Mirando hacia la puerta.) Y todos esos estarán ahí fuera, sentados bajo el cobertizo y en la puerta del molino, cuidando de que no me escape. ¡Asómate, Nuri! ¡Asómate!

NURI (Dando patadas en el suelo, después de asomarse con precaución.) Sí, sí; ahí los tienes: los de casa, y han puesto una luz cerca de la puerta para que si te escapas te dé la luz y verte...

MARTA ¿Lo ves tú? No puedo marcharme... no puedo.

NURI Espera, mujer. (Pensativa y luego alegre.)

MARTA ¿Qué quieres decir?

NURI Que me abraces, mujer, porque ya lo he cavilado, porque al fin te vas a escapar de aquí.

MARTA ¡Yo, Nuri!

NURI (Riendo y como si hablase con una niña.) ¡Mírenla! ¡Mírenla! ¡Qué contenta se pone! ¡Ay, pobrecita de mi alma!

MARTA Pero si no puede ser. ¡En cuanto salga me ven!

NURI No hables alto; cállate, mujer. Cuando digo que te vas a escapar... Y soy yo, soy la Nuri, la que hace que te escapes. ¿Se lo dirás a Manelich? ¿Verdad que he sido yo? Pues cuando le veas, has de decirle que me acuerdo mucho de él; y cuando bien a bien pue-

da, que me mande a decir si se acuerda de mí. ¡Ay, Virgen Santísima! ¡Estoy más contenta!...

MARTA Pero, ¿cómo puede ser eso, Nuri? (Sin creerlo.)

NURI Verás tú. Salgo de aquí, y en cuanto salga, vuelves tú a cerrar. Pues yo voy y me meto entre mis hermanos y los que están con ellos y me pongo a retozar y a jugar con todos; la noche está muy obscura; tú apagas esa luz. (Riéndose.) ¿Me entiendes ahora?

MARTA No, hija, no. Explícalo más claro.

NURI Pero qué tonta eres, Marta. Yo jugando con ellos, doy un tropezón con la luz y la apago; y el cobertizo se queda todo negro. Ellos entran en el molino a encender la luz otra vez: y yo sigo enredando y riendo, y dándoles empujones; y tú, entretanto, abres esta puerta y te escapas.

MARTA ¡Ay, sí, Nuri!... ¡Eso... eso... en seguida!

NURI Pues me voy, y al avío.

MARTA (Con angustia.) Espera. ¿Cómo sé yo cuando debo salir?

NURI Es verdad... ¿Pues cómo lo sabes tú?... ¡Qué demonio de tropiezo! ¡Ah, sí; ya está!... Yo daré una gran risotada, bien fuerte.

MARTA ¡Diste en ello: anda corriendo, Nuri!

NURI Pues dame un beso.

MARTA No basta uno, no; toma... toma... (Besándola.) y que Dios te lo pague.

NURI Pues hasta... ¿hasta cuándo diré? Hasta la risotada.

MARTA Adiós; deprisa. (Marta abre la puerta. Se oye la conversación de los que están fuera. Sale Nuri, y al entornar Marta la puerta, Nuri vuelve a asomar la cabeza.)

NURI Que no se te olvide lo de Manelich: que si se acuerda de mí.

MARTA Sí, sí. ¡Qué buena es, Dios mío, qué buena!

ESCENA IX

MARTA

¡Hay que esperar! ¡Hay que esperar! (Coge un pañuelo de la cabeza.) Me parece que hace un año que espero. (Anda por la escena agitada.)

¡Ay, Manelich! (Pausa.) ¡Ah! La luz. Ya se me olvidaba. (Apaga la luz.) Así no me verán cuando abra la puerta. (Queda la escena iluminada por el fuego del hogar.) ¿Y si me fuese por allí? (Señalando a su cuarto.) No. ¡Si también habrán puesto gente! Y además, ¿quién sabe? Puede ser que por allí venga Sebastián. ¡Virgen Santísima! No, no; lo que ha dicho Nuri es lo mejor. ¡Dios mío! Me ahogo. Se me acaba el aire. (Se sienta y luego se levanta y se acerca a la puerta.) Aquí cerca: ¿a ver si se oye algo? A ellos sí les oigo, pero a ella no... Ahora habla ella, pero reir no se ríe nadie. ¿Por qué no se ríe Nuri, Señor? ¿Por qué? A reir, a reir todo el mundo. ¿Será que no la dejan apagar la luz? ¡Ay, Virgen Santísima, ayúdanos! (Suena una carcajada. Después otra más estrepitosa.) ¡Ahora... por fin! ¡Fuera! ¡A ver si me alcanzan! (Abre la puerta y da un grito. Vuelve corriendo.) ¡Ah!

ESCENA X

MARTA y SEBASTIAN

SEB. (Desde la puerta.) ¿Quién hay aquí?

MARTA (En voz baja y aterrada.) ¡Ah!... ¡Sebastián!

SEB. ¿Quién es el que salía? ¡Ah!... ¿eres tú? ¿A dónde ibas?

MARTA (Aparte.) ¡Dios mío, ampárame!

SEB. (Cogiéndola por un brazo.) ¿No oyes que te pregunto a dónde ibas? Responde. ¿A dónde ibas a estas horas?

MARTA Déjame. Digo que me dejes. (Procurando desprenderse.)

SEB. ¡Cómo tiemblas! ¡Si estás muerta de miedo! (Soltándola con desprecio.) ¡Anda allá, que me das lástima!

MARTA (Aparte.) Quisiera morirme ahora mismo.

SEB. (Con risa sarcástica.) Mira, quítate ese pañuelo de la cabeza que te está delatando. (Ella se lo quita rápidamente. Sebastián se ríe.) ¿Ves, mujer? ¿Ves como es verdad que te escapabas?

MARTA (Volviéndose a poner rabiosa.) Pues sí que me escapaba, y nadie puede detenerme.

SEB. (Sarcástico.) Así me gusta; que te atrevas a decírmelo cara a cara.

MARTA Déjame, déjame marcharme.

SEB. (Riendo.) ¡Si la oigo y me parece que no es ella! Que la deje salir...

MARTA No te rías, no te rías, Sebastián.

SEB. Que no me ría. ¿Pues qué quieres que haga? ¿Vale más que te haga pedazos y te pisotee? No, mujer. Más vale que me ría.

MARTA Pues vete tú, o mátame si no.

SEB. ¿Conque te deje salir... o que me vaya o que te mate? Pues mira, sal. (Va hacia la puerta y la cierra.)

MARTA No, eso no. ¡Abre, por Dios, abre!

SEB. No. Aquí encerrados tú y yo, los dos solos. Aquí se acabó el mundo para nosotros. Y todo lo del mundo, tierra y cielo, y todo, está aquí dentro.

MARTA (Retrocediendo.) ¡Dios mío! ¡Jesús mío!

SEB. ¿Por qué te has vuelto conmigo tan mala, tan desagradecida y tan perversa?

MARTA ¡El infame! ¿De qué te he de estar agradecida yo? ¿De qué? ¿De que me arrastrases por el suelo hasta hacerme renegar de Dios! ¡Y me dejas con vida sólo para volverme a perder más de lo que estaba! Te digo que eres un ladrón y un infame. Te lo digo, te lo digo.

SEB. (Suplicante.) ¡Marta! ¡Dime lo que quieras! ¡Maltrátame! ¡Pégame! ¡Pero no digas que me aborreces!

MARTA ¡Sí que te aborrezco, sí!

SEB. (Tapándole la boca.) ¡Calla! ¡Calla! Tú me quieres. Me tienes que querer. Porque yo lo he sacrificado todo por ti. Porque yo he sufrido como un condenado trayéndote a ese hombre. Lo que no consiento es que digas que le quieres a él. Eso, no; eso, no. (Solloza desesperado con la cabeza entre las manos y los codos en la mesa.)

MARTA ¡Que no te diga que le quiero! ¡Que te da mucha pena! ¡Gracias a Dios que me has dado alguna alegría en este mundo! ¡Sí; le quiero con toda mi vida, con toda mi sangre, con toda mi alma le quiero!

SEB. (Acercándose a ella.) ¡Calla! ¡Calla!

MARTA Hasta que me ahogues he de estarlo repi-

tiendo. Pues si es lo único que puedo decir en este mundo sin que me dé vergüenza.

SEB. Que calles, te he dicho.

MARTA Si es que tengo que defenderme. Por él. Por él. Nada más que por él. La Marta no vale nada; pero la mujer de Manelich vale mucho.

SEB. Te has propuesto perderme, y lo has conseguido. Lo has conseguido, porque yo no te dejo. Ni te dejo, ni por nada de este mundo te entrego a ese hombre, que sólo con nombrarlo tú se me envenena la sangre y me abraso por dentro.

MARTA No te oigo, no quiero oirte.

SEB. Fuiste mía, eres mía y serás mía.

MARTA Que antes se abra la tierra y me trague.

SEB. Pues que se abra y nos trague. Y si hemos de condenarnos, que nos condenemos juntos.

MARTA ¡Déjame! ¡Calla! ¡Manelich!

SEB. ¡No le nombres!

MARTA ¡Manelich!...

SEB. Tú vienes conmigo.

MARTA Si me llevas hecha pedazos, puede ser que vaya. De otro modo, no.

SEB. Pues sí. (Riendo brutalmente y cogiéndola.)

MARTA No. Digo que no. (Resistiéndose, agarrándose a los muebles; después a la pared.)

SEB. Si así me gustas más. Cuando estás rabiosa.

MARTA ¡Suelta! (Se desprende de él y corre hacia el centro.)

SEB. Mira que voy a perder el juicio.

MARTA Si te acercas a mí, ya que no pueda matarte, te araño y te escupo. Conmigo te atreverás tú; con Manelich, no.

SEB. Con él y contigo, y con los dos me atrevo.

MARTA No. No te acerques. ¡Manelich!

SEB. Ahora verás.

ESCENA XI

MARTA y SEBASTIÁN; MANELICH, por la puerta del cuarto de Marta

MAN. ¡Ahora veremos todos!

MARTA ¡Manelich! (Abrazándose a él.)

MAN. ¡Marta! (Abrazándola.)

SEB. (Rabioso.) ¿Por dónde has entrado?

MAN. Por donde entrabas tú. ¡Por tu puerta de amo y de ladrón! ¿Qué te pensabas? ¡Te aceché! ¡Te seguí! ¡Arrastrándome, llegué a la pared! ¡Y con los dedos y las uñas subí por ella! ¡Y ya estoy aquí! ¡Y ya estamos solos! ¡Y ya estamos cara a cara!

SEB. ¡Vete de aquí, o si no!...

MAN. (Riendo.) ¡Que me vaya! ¿Pues no se cree que aún manda en mí? ¡Eso, eso; eso se piensa, Marta! ¡Que yo soy el que pasa por todo! ¡Pues no; ahora el que manda soy yo. ¡Y ahora vas a ver cómo soy yo el amo!

SEB. ¿El amo tú? Vas a verlo. (Se dirige hacia la puerta.)

MARTA (Comprendiendo la intención.) ¡Manelich!

MAN. (Interponiéndose.) ¡No sales, cobarde! ¿No te he dicho que estamos solos tú y yo? ¡Que vengo por esa; es mía! ¡Y que vengo por ti, como que vengo a matarte!

SEB. ¿A mí? ¡Tú a mí!

MAN. A ti, a ti.

SEB. ¡Es que yo también sé matar hombres!

MAN. Y yo lobos. ¡Ahí tienes a la Marta! ¿No la querías? ¡Ahí la tienes! ¡A disputármela; con sangre se gana! (Sacando el cuchillo.)

SEB. ¡Ah, cobarde! ¡Que llevas armas!

MAN. ¡Me basta el corazón! El arma me sobra. (Tira el cuchillo.)

MARTA ¿Qué haces?

MAN. (A Sebastián.) Ya estamos iguales. ¿Qué esperas?

SEB. Vas a verlo. (Queriendo coger el cuchillo; en el momento en que va Sebastián a coger el cuchillo, se adelanta Manelich y se agarran: ha de conocerse la intención de Sebastián, pero al agarrarse los dos no debe estar encorvado Sebastián.)

MARTA ¡Ah!

MAN. Querías cogerlo. ¡Cobarde!

SEB. ¡Maldito!

MAN. Y ahora todo se acabó para ti. (Luchando.)

MARTA ¡Dios mío, Dios mío!

MAN. ¡Infame! ¡Cobarde! ¡Canalla!

SEB. ¡Me ahogo!

MARTA (Cayendo de rodillas.) ¡Santísima Virgen!

MAN. ¡Ni puedes defenderte, ni sabes, ni te valdría! (Balanceando a Sebastián, que ya no se mueve.)

¡Acaba de morir! ¡Y muere de cara a ella! (Le arroja al suelo a los pies de Marta.)

MARTA (Levantándose horrorizada.) ¡Ah! ¡Jesús!

MAN. ¡Ahí lo tienes! (Abriendo la puerta.) ¡Aquí todos! ¡Ea, todos!

ESCENA ULTIMA

MANELICH, SEBASTIÁN, MARTA, PEPA, ANTONIA, JOSÉ, NANDO, PELUCA y otros. Marta medio caída en una silla

NANDO ¿Qué pasa?

MAN. ¡Que os llamaba el amo!

JOSÉ ¡Muerto!

PEPA ¡Jesús!

MAN. Reirse, reirse vosotros. Vámonos de la tierra baja.

MARTA ¡Sí, sí. Pronto; llévame.

MAN. Apartarse. Apartarse. Maté al lobo. Maté al lobo.

FIN DEL DRAMA

OBRAS DE D. JOSE ECHEGARAY

El libro talonario, comedia en un acto, original y en verso.

La esposa del vengador, drama en tres actos original y en verso.

La última noche, drama en tres actos y un epílogo original y en verso.

En el puño de la espada, drama trágico en tres actos original y en verso.

Un sol que nace y un sol que muere, comedia en un acto original y en verso.

Cómo empieza y cómo acaba, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogía.)

El gladiador de Rávena, tragedia en un acto y en verso. (Imitación.)

O locura ó santidad, drama en tres actos original y en prosa.

Iris de paz, comedia en un acto original y en verso.

Para tal culpa tal pena, drama en dos actos original y en verso.

Lo que no puede decirse, drama en tres actos original y en prosa. (Segunda parte de la trilogía.)

En el pilar y en la cruz, drama en tres actos original y en verso.

Correr en pos de un ideal, comedia original en tres actos y en verso.

Algunas veces aquí, drama en tres actos y en prosa.

Morir por no despertar, leyenda dramática original en un acto y en verso.

En el seno de la muerte, leyenda trágica original en tres actos y en verso.

Bodas trágicas, cuadro dramático del siglo XVI original en un acto y en verso.

Mar sin orillas, drama original en tres actos y en verso.

La muerte en los labios, drama en tres actos y en prosa.

El gran Galeoto, drama original en tres actos y en verso precedido de un diálogo en prosa.

Haroldo el Normando, leyenda trágica original en tres actos y en verso.

Los dos curiosos impertinentes, drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogía.)

Conflicto entre dos deberes, drama en tres actos y en verso.

Un milagro en Egipto, estudio trágico en tres actos y en verso.

Piensa mal... ¿y acertarás? casi proverbio en tres actos y en verso.

La peste de Otranto, drama original en tres actos y en verso.

Vida alegre y muerte triste, drama original en tres actos y en verso.

El bandido Lisandro, estudio dramático en tres cuadros y en prosa.

De mala raza, drama en tres actos y en prosa.

Dos fanatismos, drama en tres actos y en prosa.

El conde Lotario, drama en un acto y en verso.

La realidad y el delirio, drama en tres actos y en prosa.

El hijo de carne y el hijo de hierro, drama en tres actos y en prosa.

Lo sublime en lo vulgar, drama en tres actos y en verso.

Manantial que no se agota, drama en tres actos y en verso.

Los rígidos, drama en tres actos y en verso, precedido de un diálogo exposición en prosa.

Siempre en ridículo, drama en tres actos y en prosa.

El prólogo de un drama, drama en un acto y en verso.

Irene de Otranto, ópera en tres actos y en verso.

Un crítico incipiente, capricho cómico en tres actos y en prosa.

Comedia sin desenlace, estudio cómico-político en tres actos y en prosa.

El hijo de Don Juan, drama original, en tres actos y en prosa, inspirado por la lectura de la obra de Ibsen titulada *Gengangere.*

Sic vos non vobis ó la última limosna, comedia rústica original en tres actos y en prosa.

Mariana, drama original en tres actos y un epílogo en prosa.

El poder de la impotencia, drama en tres actos y en prosa.

A la orilla del mar, comedia en tres actos y un epílogo en prosa.

La rencorosa, comedia en tres actos y en prosa.

María-Rosa, drama trágico de costumbres populares en tres actos y en prosa. (Traducción.)

Mancha que limpia, drama trágico en cuatro actos y en prosa.

El primer acto de un drama, cuadro dramático en verso.

El estigma, drama en tres actos y en prosa.

La cantante callejera, apropósito lírico en un cuadro y en prosa.

Amor salvaje, bosquejo dramático en tres actos original y en prosa.

Semíramis ó la hija del aire, (refundición). Drama en tres jornadas y en verso.

Tierra baja, drama en tres actos y en prosa. (Traducción.)

La calumnia por castigo, drama en prosa en tres actos y un prólogo.

La duda, drama original en tres actos y en prosa.

El hombre negro, drama original, en tres actos y en prosa.

Silencio de muerte, drama original en tres actos y en prosa.

El loco Dios, drama original en cuatro actos y en prosa.

Malas herencias, drama original en tres actos y en prosa.

La escalinata de un trono, drama trágico original en cuatro actos y en verso.

La desequilibrada, drama original en cuatro actos y en prosa.

A fuerza de arrastrarse, farsa cómica, original, en un prólogo y tres actos, en prosa

Entre dolora y cuento, monólogo.

El moderno Endymión, ídem.

El canto de la Sirena, ídem.

El preferido y los cenicientos, drama vulgar ó escenas de familia, en un prólogo y dos actos, por Librado Ezguieura.

MAR Y CIELO

MAR Y CIELO

TRAGEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

ANGEL GUIMERÁ

Y TRADUCIDA DEL CATALÁN POR

ENRIQUE GASPAR

Estrenada con extraordinario aplauso en el TEATRO CALVO-VICO, de Barcelona, el 26 de Julio de 1888, y en el TEATRO ESPAÑOL, de Madrid, el 20 de Noviembre de 1891

TERCERA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

—

1912

Al concienzudo y leal crítico

D. Luis Alfonso

Mi querido Luis: Ibamos á sentarnos á la mesa, cuando te pusíste á leer los primeros versos de la incomparable tragedia Mar y cel, *de Angel Guimerá. Aquella noche comíamos dos horas más tarde de lo ordinario, ávidos de conocer el fin.*

Pocas semanas después, te ofrecía la dedicatoria de mi traducción, débil reflejo del original, cuya oferta me complazco hoy en hacer pública, dándote así testimonio de lo mucho que te agradezco la visita que me hiciste á Oloron con tan valioso regalo, y del deseo de que la repitas, así por lo que se aprende contigo, como por la expansión que con ello procuras á la antigua amistad que nos une.

Tuyo,

Enrique.

Perpiñan, 1891.

Reparto en los dos teatros

PERSONAJES		ACTORES

EN BARCELONA

BLANCA.....................	Doña	Luisa Calderón.
SÁID	Don	Rafael Calvo.
CARLOS..................		Donato Jiménez.
FERRÁN..................		Ricardo Calvo.
JUAN.....................		Carlos Sánchez.
HASEN..		Antonio Perrín.
MALEK...................		José Calvo.
OSMAN..................		Fernando Calvo.
MAHOMET		Pedro Moreno.
GUILLÉN................		Jaime Rivelles.
ROQUE..................		Francisco Perrín.

EN MADRID

BLANCA..................	Doña	Luisa Calderón.
SÁID.....................	Don	Ricardo Calvo.
CARLOS..................		Donato Jiménez.
FERRÁN..................		José Pérez.
JUAN.....................		Ramón Vallarino.
HASEN		Jaime Rivelles.
MALEK...................		José Calvo.
OSMAN..................		Manuel Molina.
MAHOMET.......		Eduardo López Chico.
GUILLÉN................		Fernando Calvo.
ROQUE..................		Enrique Paradas.

Corsarios, marineros, soldados, etc.

Año 1630.—Izquierda y derecha, las del actor



ACTO PRIMERO

Cámara de un bajel de corsarios argelinos. El palo mayor atraviesa la escena. En el fondo derecha, la puerta de un camarote. A la izquierda, la escala que conduce á cubierta; por encima del último escalón se divisa el cielo entre las jarcias. En el lado derecho una gran porta; sobre la que descansa un cañón, y por la que se ve el agua y el cielo. A la izquierda, la litera del Said. Delante del palo mayor, entre la puerta del camarote y la de la escala, cajas y sacos; encima de ellos un farol grande apagado. Mesas y escabeles, armas suspendidas, cadenas, garfios é instrumentos de abordaje, cubren la escena. Cae la tarde.

ESCENA PRIMERA

SAID, dormido en la litera; HASEN, de pie al lado suyo; JUAN, recostado junto á la mesa; MAHOMET, sentado en el suelo y limpiando varias armas que entrega á OSMAN para que las suspenda por las paredes y del palo mayor

MAH. Ten, cuélgala; ya está.
(Dándole el arma que acaba de limpiar.)

OSMAN ¿Qué hay en la hoja?

MAH. (Devolviéndosela.)
Sangre de la otra noche. Nada.
(Se la entrega de nuevo.)

OSMAN (Al pasar junto á Juan; que se sorprende como si lo despertara.)
Quita.

MAH. Ya vendrán á limpiarla otros combates.
Sangre lava la sangre.

OSMAN (Mirando por la porta al pasar.)
Por las olas
como delfines avanzamos. Fresca
sopla la brisa. ¿Sientes? Si no amaina,
posible es que en Argel nos encontremos
antes de cuatro días.

MAH. Si es que el Arraez
lo quiere así. Ten. (Dándole otra arma.)

OSMAN ¡Cómo! ¿No le basta
la presa de Mallorca? Me parece
que galeras como ella ya no hay muchas.

MAH. ¿Te cansa el trabajar? A caza doble...
¡doble parte!

HASEN (Con mal reprimida impaciencia.)
Sáid duerme; despertádmelo,
y al mar os tiro á entrambos de cabeza.

OSMAN Baja la voz. (A Mahomet, con quien sigue hablando.)

HASEN ¡Malditos!

JUAN (Aparte con profunda tristeza.)
Si como ellos
tuviera el alma yo, fuera, olvidando,
feliz también; pero ¡ay! ¿Cómo se olvida?

OSMAN ¡Hasen!

HASEN ¿Qué quieres?

OSMAN ¿Y la fiebre? ¿Dura?

MAH. Y lo que aun durará.

HASEN (Siempre desabrido.) No; ya ha pasado;
pero el reposo le conviene.

OSMAN ¿Luego
la herida?...

HASEN Por fortuna, no fué nada.

MAH. ¿Cómo?

HASEN (Satisfecho.)
Yo estaba allí, siempre en mi sitio;
ya sabéis cuál. En el bajel, apenas
dió el cuerno la señal del abordaje,
mi hacha empuño, y le sigo como debe
seguir en el peligro el perro al amo.
De un salto aborda la enemiga nave;
yo tras él voy. Cuando de pronto un arma
le amenaza mortal; el aire corta
mi bien asido hierro; al bajar silba;
y abierta por mitad rueda en el puente,
cual rajada sandía, una cabeza.

Lo de éste fué un rasguño, hecho en el brazo
por uno que, al herir, ya estaba muerto.

OSMAN Si viviese Ismael... ese entendía
la ciencia de curar.

HASEN Como ninguno.

MAH. Ya sana tiburones. (Riéndose.)

OSMAN Dos pedazos
hizo la bala de él.

MAH. (Riendo.) Más feo que antes
la muerte lo dejó

OSMAN Por Sáid lo siento.

HASEN No hay por qué. Ya lo cura la cristiana.

MAH. Cuando manos tan finas cuidan de uno,
bien se puede estar malo.

HASEN (Con enojo.) Las mujeres
que él caza sobre el mar en su galera,
son del harem tributo, y ni las mira.

OSMAN Dicen que iba á ser monja.

MAH. (Riendo.) ¡Pues buen cambio!

OSMAN ¡Juan!

JUAN ¿Qué?

OSMAN Acércate.

JUAN No; dejadme.

OSMAN ¡Qué hombre!

MAH. Toma. (Dando su puñal con mango en forma de cruz.)

OSMAN ¡Vaya un puñal!
(Colgándole en sitio visible.)

MAH. De los cristianos.
Ten cuidado con él; parado corta.
Aunque ya viejo soy, no he visto caza
como ésta desde que ando en el oficio.
Por un lado la moza, aunque no es nuestra,
luego el viejo, su padre, que el rescate
pagará bien; es rico. Añadid carga,
patrón y marineros.

OSMAN ¿Y son muchos?

HASEN Veintiocho ó más.

MAH. Pues quince mil doblones
se pueden dar en junto por lo bajo.

OSMAN ¡Quince mil! A ser míos... ¡Qué ya quince!...
¡Mil que fueran tan sólo!

MAH. Nunca estorban.
(Sáid se despierta y escucha.)

OSMAN ¿Qué harías de ellos á tu edad?

MAH. Tenerlos.

OSMAN ¡Tenerlos! (Riendo con desprecio.)

HASEN Pues ¿y tú, qué harías?

OSMAN Darlos.
Con mil doblones y yo en tierra, nadie
más dichoso en el mundo. En Argel vive
la mujer á quien amo; el padre es rico;
yo no. Con esa suma fuera mía.

MAH. Pues róbala.

OSMAN ¡Jamás!

MAH. ¿Lo haces por gusto
tan sólo de robar á cada instante,
y á ella que te hace falta la respetas?
(Los otros ríen.)

OSMAN ¿Qué entiendes de eso tú? Sí, me ama; pero
también ama á los suyos, y sería
partirle el corazón. Primero de otro.

SAID ¡Osman!

OSMAN ¡Mi amo!

SAID En Argel los mil doblones
que ambicionas tendrás por ese anillo.
(Arrojándole uno que se habrá quitado.)

OSMAN ¡Cómo!... No puede ser. (Trata de devolvérselo.)

SAID Tómalo; es tuyo.

MAH. (¡Necio, todo lo da!) (Murmurando con los otros.)

OSMAN (Agradecido.) ¡Sáid!

SAID Buena suerte.

HASEN ¿Lo hace él? Bien hecho está. (A Mahomet.)

SAID ¿De otro la vieras?

OSMAN Antes que presenciarlo, por la borda
de cabeza en el mar me arrojaría.

SAID Bien. (Satisfecho.)
Salid. (A los otros.)
¡Hasen! (Llamando.)

HASEN ¡Señor!

SAID ¡Afuera he dicho!
(A los otros que aún no se han marchado.)
Ponme bien esta venda que se afloja.
(A Hasen iracundo.)
Me la atas siempre mal.

HASEN (Los otros suben.) Señor...

JUAN (Aparte desde la mitad de la escala.) (De nuevo
con mi esposa soñé. ¡Triste pasado!
¡Quién del pecho arrancármelo pudiera!)

SAID (A Hasen que continúa vendándole.)
¡Mal rayo! Quita; vete; tú no sabes.
Haz que venga al momento la cautiva.
(Hasen va en su busca y vuelve antes que los prisioneros.)

ESCENA II

SAID y HASEN; luego BLANCA y CARLOS

SAID ¡Si viviese Ismael!... Ya de Osman hice
todo un hombre feliz. Ahora este nudo
(Impaciente.)
me aprieta y me lastima. Y bien, la esclava,
¿qué hace, Hasen, que no viene? ¿Ves? La [sangre
vuelve á brotar de nuevo por tu culpa.
(Con ira. Aparecen Blanca y Carlos.)

HASEN Señor...

SAID ¡A latigazos en la espalda
te haría aprender yo! Cristiana, acércate.

HASEN (Si otro me hablara así, lo aplastaría.)

SAID (A Blanca con aspereza.)
Véndame como hiciste esta mañana.
Se ha vuelto á desatar. ¿Qué te detiene?

BLANCA (Perdonadme, Jesús, si otra vez toco
la mano de este infiel.)

SAID (Impaciente y con rudeza.) Pronto, cautiva.

CARLOS (¡Que esto sufra!)

SAID ¡Mas, cómo! ¿Aún con esposas?
Y su padre también. ¡Por Alá! Espera.
¿Qué te he mandado yo? (A Hasen.)

HASEN Las ligaduras
quitarles quise.

SAID ¡Y bien!

HASEN Malek se opuso.
Dice que él manda aquí cuando estás malo.

SAID ¿Sí?
(A Blanca.)
Acércate.
(A Hasen.) A Malek dile que venga
pronto, ó voy yo por él. ¡Fuera estos hierros!
(Quitándole los suyos á Blanca.)
¡Qué temer de un anciano y de una niña!

ESCENA III

SAID, BLANCA y CARLOS

SAID — Ven tú. (A Carlos.)
CARLOS — No; bien están.
SAID — ¿Qué dices?
BLANCA — Nada.
Yo misma acaso pueda. (Desligando á su padre.)
SAID — (Pensando en Malek.) (¡Me cree enfermo!)
CARLOS — (Mejor fuera morir.) (A Blanca.)
BLANCA — (Aparte á Carlos.) (Sí; mas cual mártires
luchando por la fe.)
SAID — ¡Vamos! ¡Despacha!
(A Blanca con indiferencia, tendiéndole el brazo herido.)
CARLOS — (¡Y en mi presencia! ¡Ay, Dios! ¿Cómo á [esta gente
no la ha tragado el mar?
BLANCA — Ya está.
SAID — Tampoco
sabes tú. ¿Y aun no viene? (Por Malek.)
Pues, ¿qué aguarda?
¿Ya estás contenta?
BLANCA — ¿Yo?
SAID — De verte libre.
CARLOS — ¡Libre en tu nave!
SAID — (Me impacienta el viejo,
y he de hacerme violencia.) Tú, cautiva,
que no hable más.—¡Este Malek!—¿Tu [nombre?
BLANCA — ¡Blanca!
CARLOS — (No le respondas.)
SAID — (Con profunda tristeza.) ¿Blanca has dicho?
¡Por qué hablaste!
(Por el corazón.) ¡Qué golpe aquí!
¡Mi madre
se llamó así también. Por fin. (Viendo á Malek.)
CARLOS — (A Blanca.) ¡Qué monstruos!)

ESCENA IV

DICHOS, HASEN y MALEK

SAID (¡Vil!) (Por Malek.)
MALEK ¿Me llamabas?
SAID Sí; para decirte
que mientras se abran á la luz mis ojos
y tenga aliento yo, soy aquí el amo.
El que vivir permite y morir manda,
dando por ley á todos su capricho.
Mi segundo eres tú, y á ti tan sólo
te toca obedecer; y ¡ay! si replicas.
Tú, tal cual eres, donde estoy no llegas.
Yo, tal cual soy, de donde estés te saco.
MALEK Pero libres...
HASEN ¡Malek!
SAID ¿Y qué me importa
de ellos á mí? Que vivan, y en la plaza
caros después se vendan; pero quiero
que cumpláis lo que mando.
MALEK Tú no adviertes
que estás herido y te reemplazo.
SAID (Saltando de la litera.) Ayúdame,
Hasen.
HASEN ¿A dónde vas?
SAID (Apoyándose en Hasen.) Sobre cubierta.
Este, (A Malek.) tú, no.
HASEN (¡En qué estado!...)
SAID Mis valientes
me verán y él también. (Por Malek.)
¡Por cuatro gotas
de sangre que perdí! ¿Si habrán pensado
que al delfín se le caza como al tordo?
(Andando con dificultad desaparece por la escala.)
MALEK (¡Si caes un día entre mis uñas!...)

ESCENA V

BLANCA y CARLOS

BLANCA ¡Padre!
CARLOS ¡Blanca!
BLANCA Fuerza es morir.
CARLOS ¡Venga la muerte

de mano de esta chusma, y no me importa!
Pero suicidas ser, y en el infierno...

BLANCA No sigáis, padre. ¡Oh, Dios! ¡Qué triste suerte
la nuestra! Un sueño lo que en torno miro
me parece no más.

CARLOS ¡Gente maldita!

BLANCA Recuerdo, sí, que su bajel al nuestro
se acercaba. Amarillo cual la cera
vos ante mí os pusísteis. Los cañones
rodaban por el barco, y relucían
hierros por todas partes y miradas,
mientras que cada vez aquella nave
se aproximaba más.—«¿Qué quieren?...»
[Grito:
—«Los corsarios.»—Responden.—«¡Los cor-
[sarios!»
Y caigo desplomada. Al recobrarme
vi hundiéndose en el mar nuestra galera,
y hallé muerta ó cautiva á nuestra gente.

CARLOS ¿Y mañana? ¡Qué horror!

BLANCA ¿Por qué al mañana
temėis así?

CARLOS De mis cadenas, hija,
me puedo libertar; tengo fortuna,
y un viejo vale poco. Mas tú, joven
y hermosa... ¡Blanca! ¡Blanca!

BLANCA No; cautiva
no me veréis jamás; antes...

CARLOS ¿Qué dices?
Calla, que al cielo ofendes Tú eres buena,
y hará Dios por nosotros un milagro.
Fuera injusto el castigo. Nuestros bienes
á la Iglesia ofrecí; tú en un convento,
donde aún muy niña te llevé, has vivido.
¿Quién más pura que tú, Blanca, en el
[mundo?
¿Puede ser un pecado á Barcelona
llevarte á que profeses en el Carmen,
junto á mi buena hermana, la abadesa?
No; que es tu vocación.

BLANCA ¡Oh! Sí.

CARLOS Y aun dicen
si el rigor extremamos; ¿y en España
también nació esta gente? Si las naves,
al salir expulsados de Valencia
veinte años hace, ¡hubiéranles abierto

en alta mar á toda esta gavilla!...
Pero á Argel los llevaron, y hoy nos pagan.

BLANCA Según eso, ¿no es crimen el matarlos
en servicio de Dios?

CARLOS No... Cada réprobo
que exterminamos, en el infierno se hunde.
y se abre el cielo el que al morir lo mata.

BLANCA No sé, padre, no sé; tal vez me envía
Dios esta prueba por mayor ventura.
—Muy niña, en una celda me encerrásteis,
donde el servicio santo, á pesar mío,
con infantiles juegos alternaba.
Lloré de verme sola, y en el templo
me distraje á menudo. ¡Cuántas veces
hasta ví á las muñecas juguetonas
llamarme con los ojos! Pero súbito,
la frente levantaba asustadiza,
sintiendo osuda mano en las espaldas
y del coro el susurro. En los altares
aun alguna muñeca aparecía;
pero entonces, ¡qué tristes me miraban!
Los juegos olvidé; mas vino un punto
en que algo parecido á sacudidas
de alas, el corazón se puso á darme.
En la huerta, á los pájaros el muro
saltar veía y emprender el vuelo,
y entonces preguntábame: «¿Qué puede
más allá del cercado haber, que todos
se marchan del jardín, y al irse cantan?»
Me encaramé en un tronco y... ¡Oh, Dios mío!
¡Qué placer! Descubrí del otro lado
calles y gente. Rubios como el oro
vi á dos niños jugar. ¡Qué alegres eran
sus saltos y sus risas! De un postigo
saliendo una mujer: «Hijos del alma,
que llega vuestro padre»—dijo—, á tiempo
que ya los estrechaba entre sus brazos
un hombre... así, como éstos; pero oía
sus palabras y besos amorosos,
y me puse á llorar porque él lloraba.
Esto es lo que pasó; ¡cosas de niña!
Ya más grande, del mundo en la clausura
los placeres cifré. Mas hoy pregúntome:
«¿Qué has hecho tú, infeliz, en holocausto
de tu Dios? Si tu vida consagrada
le ha sido, ¿obra no es todo de tu padre?

Vos me hicísteis cual soy. Por eso juzgo
que acaso en esta nave Dios me tiene
sometida á la prueba, y yo os prometo
digna ser de llamarme esposa suya.
(Con resolución.)

CARLOS ¡Oh! Qué orgulloso estoy de haberte al
[mundo
robado: tú naciste para el cielo.
Nuestra suerte no más me espanta, el cáliz
apartad, ¡oh, Señor!

BLANCA (Con entusiasmo.) No de mi boca;
quiero toda la hiel, toda, apurarla.

CARLOS No te comprendo.

BLANCA Ni explicarlo es fácil;
no me entiendo yo misma. De su altura
me mira Dios, y basta; soy dichosa
arrostrando el peligro.

CARLOS (Viéndolos llegar.) ¡Los corsarios!
(Vase con Blanca al camarote.)

ESCENA VI

HASEN y OSMAN; aquél baja, llevando una tea, con la que enciende el farol. Osman conduce á Ferrán y se marcha después. Escena obscura

HASEN Nada de media luz; que las mentiras
pueda leerlas Sáid en el semblante.
A ver si es el patrón corto de lengua.
(Sopla la tea y la tira al mar.)
Se apagó; un poco de humo, y luego al agua.
Si se obstina en callar, mal va á pasarlo.
No se juega con Sáid. ¿Y qué? ¿No viene?

OSMAN Ya está aquí. (Desde la mitad de la escala.)

ESCENA VII

FERRÁN y HASEN

HASEN Bien; dejadlo, y que vigilen
dos hombres esa escala.
(Vase Osman. Dos marinos se pasean por la cubierta.)

FERRÁN (Muy tranquilo.) ¡Qué soberbio
camarote! ¿Es de Sáid?

HASEN — Justo; del noble,
del gran Sáid.

FERRÁN — Bien me gusta á mí la gente
como él. Es un valiente; yo lo afirmo.

HASEN — ¿Le tienes voluntad?

FERRÁN — Tanto como eso...
Ponte en mi caso tú...

HASEN — Pero es que él hace
lo que debe. Algo peores sois vosotros;
mucho peores que él. Allá veríamos
si en su lugar te hallases...

FERRÁN — ¿Y quién dice?...
Calma; te dejas ir á todo trapo.

HASEN — Si no, responde, á ver. Dueño del buque
y de la gente presa, ¿tú qué harías?

FERRÁN — Yo, nada... ó casi nada.

HASEN — ¿Qué?

FERRÁN — Colgarlos
por gallardete á todos de una entena,
y á tu noble patrón encima de ellos.

HASEN — ¡Hijo al fin del Mesías! (Amenazándole.)

FERRÁN — No preguntes.
Oye. ¿Qué vengo á hacer en esta cámara?

HASEN — Ya Sáid te lo dirá. No le respondas
sin mentir, y en las vergas, en el sitio
que tú le destinabas, te veremos.

FERRÁN — No. Le puedo valer muchos zequíes
en la plaza; soy joven y con fuerza
para aplastarte á ti y á vuestra chusma.
A tu amo no.

HASEN — (Yèndose.) Le pegaría.

FERRÁN — Aguarda.

ESCENA VIII

FERRÁN

¡Qué genio! Se marchó. Como de molde
le viene el mote, á fe. Perro le llaman
de Sáid, y si no ladra es por milagro.
Yo que iba á preguntarle por mi prima
y por el pobre viejo. En fin, sentémonos.
¿Qué me querrá el corsario? Que interrogue;
yo hablaré ó no hablaré. Ya viene. ¡Blanca!

ESCENA IX

BLANCA y FERRÁN

BLANCA Tu voz reconocí; no me he engañado.
FERRÁN ¿Y tu padre?
BLANCA ¿Le aviso?
FERRAN Luego. Dime:
¿cómo libres estáis mientras nosotros,
sin luz, atados y en montón nos vemos?
BLANCA Está herido el patrón y á mí me obligan
á asistirle. Verás mi padre...
FERRÁN Espera...
y escúchame, por Dios. Acaso á hablarte
voy por última vez; pronto vendidos
seremos.
BLANCA (¡Yo, jamás!)
FERRÁN Y entonces, Blanca...
BLANCA Todo lo puede el cielo; él nos ampare.
FERRÁN Dices bien, es verdad; pero quisiera
revelarte un secreto de otros días,
que nunca, te lo juro, de mi pecho
lo he dejado salir. ¿Te acuerdas, Blanca,
de cuando éramos niños?
BLANCA Sí.
FERRAN Tu madre...
BLANCA La perdí á los tres años. Paz disfrute.
FERNÁN Te destinaba á ser esposa mía.
BLANCA ¡Oh! ¿Qué dices, Ferrán? (Sorprendida.)
FERRÁN Y yo, aunque niño,
te amaba entonces ya. Nunca mi boca
tal confesión hiciera; mas pues todo
ves que, hasta tu clausura, va á romperse,
sábelo, prima, al fin, antes que vengan
por siempre á separarnos. Tú creías,
porque aturdido y loco me encontrabas,
cuando á través de las macizas rejas
del triste locutorio nos hablábamos,
que allí vacío el corazón llevaba,
como aquellas mujeres que en el claustro
nada en el suyo, sino á Dios tenían...
BLANCA (Ofendida y ruborosa.)
Harto has dicho, Ferrán; tristes resuenan
en el alma tus frases pecadoras.

¿Qué ves mundano en mí que así te atreves
á hablarme del amor, hijo del diablo?

FERRÁN No pecaba, y también habló de amores
tu padre con su dulce compañera.

BLANCA No te quiero escuchar.

FERRÁN Aquí, las almas,
vienen á amar.

BLANCA A Dios.

FERRÁN A Dios, es cierto;
pero en sus obras.

BLANCA ¡Calla! ¡No blasfemes!

FERRÁN ¿Qué fuera si no el mundo? ¿Qué la vida?
En la sombra encerrados, ¿qué servicios
prestamos al Señor? Por todas partes
su templo se levanta. ¡Ah, prima mía!
¡Lo que eras y eres hoy! ¡Cuánto has cam-
[biado!

BLANCA Ferrán, es que odio al mundo, y con mirarte
peco ya.

FERRÁN Por Dios, Blanca.

BLANCA (Sin saber qué decir.) Es que los hombres...

FERRÁN Sigue.

BLANCA Sois Satanás...

FERRÁN No.

BLANCA Y se condena
la que os escucha.

FERRÁN ¡Cómo! ¿Quién tal dice?

BLANCA Jesús.

FERRÁN ¿Dónde?

BLANCA En sus libros... Venid, padre.
(Viéndole llegar.)
Vos sabreis responderle; yo no acierto.

ESCENA X

BLANCA, FERRÁN y CARLOS

FERRÁN ¡Tío! (Abrazándole.)

CARLOS Ya ves, Ferrán; ya ves.

BLANCA (Bajo el influjo de su idea.) Decidle...

FERRAN Más que mi cautiverio, lo que acabo
de escuchar me sorprende. ¿Y esta es Blanca?
¡Ella, alegre y festiva en otro tiempo,
y hoy apagada y fría como el mármol!
¡Rostro de niña y corazón de vieja!

BLANCA No.

FERRÁN ¡Y todo por decirla que la amaba!

CARLOS ¿Quién? ¿Tú? Primero el mar le abra la [tumba,
que de otro que de Dios se llame esposa.

FERRÁN Viremos en redondo. No ignoraba
la razón de llevaros en mi nave
de Palma á Barcelona. Si cautivos
no estuviéramos hoy, Blanca en el claustro
ya se hallara tal vez, y de mi boca
nada hubiera salido. Ahora pregunto:
si el amor la ofendía siendo libre,
¿cómo lo llamará viéndose esclava?
(Blanca ha ido á mirar por la porta.)

CARLOS Pero dime, Ferrán. ¿No habrá algún medio
de huir?

FERRÁN ¿Cómo?

CARLOS Por Blanca.

FERRÁN ¡Con mi sangre
la rescatara yo!

BLANCA (¡Dios mío! Tuya.)

FERRÁN ¡Silencio! ¡Vienen!

CARLOS Por piedad, que ignore
esa canalla vil que soy soldado.

ESCENA XI

DICHOS y JUAN. Blanca en la porta. Carlos y Ferrán hablando aparte en el lado opuesto. Juan ha bajado lentamente; se detiene en mitad de la escala, y habla desde allí creyéndose solo

JUAN Ya al agua van de cara hacia el Oriente.
No; no los puedo ver. Se me figura
que en el fondo del mar gritan los muertos;
y si miro, una mano por la espalda
parece que me empuja... y después otras,
y me da miedo y frío.

BLANCA (Aterrada por lo que ve.) ¡Jesús!

CARLOS (Yendo hacia la porta.) ¡Hija!

JUAN (Aparte con espanto)
¿Quién habla aquí? ¿Quién?

FERRÁN (Yendo á su lado) ¡Blanca!

CARLOS ¿Qué es?

BLANCA ¡Un hombre
que echan al mar, y muchos!...

FERRÁN — Gente suya;
heridos que se han muerto y los entierran.

JUAN — (También, si yo muriese, como á un hijo
de Mahoma, en el mar me arrojarían,
y en el infierno mi alma, como Judas,
que de su Dios reniega, sepultárase.
¡Soy un monstruo! ¡Qué horror! ¿Y entre esta [gente
mi vida he de acabar? Porque si á España
vuelvo... y el Santo Oficio... ¡Oh!)
(Queda apoyado en la baranda, con el rostro oculto entre las manos.)

FERRÁN — (Separándose de la porta con Carlos.) No sabía
que hubiera tantos de ellos. Por las trazas,
nos defendimos bien.

BLANCA — Todo ha acabado.
Ni rastro ya, ni espuma.

CARLOS — ¡El agua en fuego
se les vuelva!

FERRÁN — ¡Que el cielo les perdone!

JUAN — ¿Quién de cielo y perdón habla aquí?
(Bajando despavorido al medio de la escena.)

FERRÁN — Acércate.
Es el contramaestre.

JUAN — (¡Los cristianos!)

CARLOS — No le interrogues.

FERRÁN — ¿Qué perdemos? Oye.

JUAN — (¿Si me reconocieran?... No es posible.
¡Hace ya tantos años!) (Dudando en acercarse.)

FERRÁN — (Tocándole en el hombro.) ¿Qué? ¿Te escondes?

JUAN — ¿Yo? ¿De vosotros? No. ¿Qué queréis?

CARLOS — (Con desprecio.) Nada.

FERRÁN — ¡Tío!

CARLOS — Es un condenado.

JUAN — (Con temor.) ¡Oh! No. Yo cumplo
lo que me mandan; pero á nadie ofendo.

FERRÁN — ¿Cómo te llamas? (Mirándole fijamente.)

JUAN — Juan.

CARLOS — ¡Juan!

FERRÁN — ¿Es costumbre
dar á los vuestros nombres de cristianos?

JUAN — No.

FERRÁN — Pues entonces...

CARLOS — ¡Ah!

JUAN — (Desconcertado.) Mentí.

FERRÁN — ¿Serías

renegado tal vez? La cara es de eso.
(Juan ríe estúpidamente.)

BLANCA Yo no le quiero ver, padre; escondedme.
CARLOS Sí, retírate. (Conduciéndola al camarote.)
BLANCA ¡Oh, Dios mío!
FERRÁN ¡Qué vil conducta!

ESCENA XII

CARLOS, FERRÁN y JUAN

JUAN (Esforzándose por reir.)
Yo nada he dicho, no; me habéis tomado
por lo que nunca fuí. Ya basta y sobra.
No soy cristiano. (Fingiendo agravio.)
CARLOS Júralo.
JUAN Lo juro.
FERRÁN Por tu madre.
JUAN (Con miedo) Murió... mi pobre madre.
FERRÁN Por ella, que te escucha desde el cielo.
JUAN No... ¡jamás... (Llorando.)
CARLOS Te has vendido.
FERRÁN ¡Desgraciado!

ESCENA XIII

SAID, JUAN, FERRÁN, CARLOS, HASÉN, MALEK, MAHOMET, OSMAN y otros corsarios, que quedan en segundo término

JUAN ¡Por compasión, callad! (Viendo llegar á los otros.)
CARLOS Tú no me toques,
vil renegado.
FERRÁN (Con lástima á Juan.) Aparta.
JUAN Arde mi frente.
SAID Esta brisa del mar me da la vida. (Bajando.)
JUAN (Aparte, yéndose por la escala.)
(Me conocieron... Ni á esconderme atino.)
MAH. ¿A dónde va ese pájaro de noche? (Por Juan.)
OSMAN Déjalo. Ni nos vió.
FERRÁN (A Carlos, que hace ademán de desprecio á los corsarios.) ¡Calma!
CARLOS ¡La pierdo!
(Juan desaparece.)

ESCENA XIV

DICHOS, menos JUAN

SAID Que venga ese patrón.
MALEK Míralo.
SAID Acércate.
¿Eres tú quien mandaba la galera
que combatiendo antes de ayer cazamos?
FERRÁN Sí.
SAID ¿Tu nombre?
FERRÁN Ferrán Marquet.
SAID De Palma
noticias he tenido por tus pliegos.
FERRÁN ¿Los abriste?
SAID (Tranquilamente.) Una carta nos revela
que, con tributos para el rey, las islas
dejará pronto un barco, y saber quiero
el puerto de que sale. ¡Y día! ¡Y hora!
(Con excitación creciente á cada contestación negativa que le da Ferrán con la cabeza.)
MALEK ¿Le fuerzo? (Amenazando á Ferrán.)
SAID No; sepárate.
FERRÁN Repara
que si hablo no es por miedo. Bien podría
decir que nada sé; mas me repugna
mentir, y más contigo. Lo sé todo.
Ahora bien; de mi lengua nunca esperes
que á los míos los venda una palabra.
MALEK Hablarás.
MAH. Sí; castígalo.
SAID Dejadlo.
(Me gusta su altivez; es todo un hombre.)
No ignoras mi poder. Te va la vida.
(Si es traidor á los suyos, de una entena
lo hago colgar por vil.)
MALEK ¡Pronto!
HASEN (Los corsarios murmuran.) ¿Qué aguardas?
FERRÁN Si en mi lugar te hallases, ¿hablarías?
SAID No preguntes: te mando que respondas.
FERRÁN Eso, nunca.
SAID ¿Y si yo, para obligarte,
te clavo por el cuerpo en una tabla?
FERRÁN Callaré. Asesinar es el oficio

de gente como tú. ¿Si pensarían
que iba yo á ser traidor?

CARLOS — Su alma no puede
comprender la virtud ni el heroísmo.

SAID — ¿Y á ti quién te pregunta? (A Carlos.)
(Llamando.) ¡La cristiana!
¡Que salga esa mujer! ¡Blanca! ¡Traedla!

ESCENA XV

DICHOS; BLANCA, saliendo del camarote

SAID — No tardes cuando llamo. Anda: á ese viejo
llévatelo de aquí; si no... (Reprimiéndose.)

FERRÁN — (A Carlos, que va á contestar.) Es inútil.

BLANCA — ¡Padre!

CARLOS — No os opongáis. Antes la muerte
que vivir á merced de esa canalla.

FERRÁN — ¡Calma!

HASEN — ¿Por quién lo has dicho?

SAID — Hasen, á un lado.
(Empieza con tono despreciativo y acaba con febril exaltación.)
Quiero á mis anchas ver cómo se enfosca
ese gallo sin cresta ni espolones.
Siempre de su honra hablando, y de los la-[bios
pendiente un Dios que pisa á cada instante.
¡Miserable felón! Miradlo todos.
Es de la secta vil de los que un día,
de amor hablando hipócritas al hombre,
nos chuparon la sangre sin dejarnos
ni un lugar con las bestias en las cuadras,
y por el mundo á la ventura, errantes,
nos esparcieron—¡víboras!—negándonos
un hoyo en que morir sobre la tierra.
¡Pues por el Dios que invocan, que era nues-[tro
cuanto ellos nos robaron! Pero nada
puede esperarse bueno de quien tiene—
(Descolgando el puñal y señalando alternativamente la cruz y la hoja. Después lo tira.)
vedlo vosotros mismos—junto al odio,
el perdón: el cordero con el tigre:
el puñal y la cruz en una pieza.

Y ahora, escuchadme bien para su oprobio.
Mi padre era morisco; á una cristiana
convertida vió, amó, se unió con ella,
su fe ocultando, y de los dos soy hijo.
Con el Niño Jesús me comparaba
mi madre; él á una hurí por su hermosura:
y al compás de sus besos, recitando
sentencias del Coran y de la Biblia,
se me enseñó á dormirme y despertarme.
Mi casa era un jardín junto á Valencia.
¡Cuánta flor! ¡Cuánto júbilo! Hasta el alma
de mis queridos padres sonreía.
Ella amaba á Jesús, y él al Profeta;
pero eran tan felices, que dijérase
que hecho habían la paz en la otra vida,
por premio á tanto amor, Cristo y Mahoma.
Mas ¡ay! la dicha en el hogar fué breve.
Aquí guardo el recuerdo. (Por el corazón.)
Cierta noche,
dió él un beso á mi madre: asió con ira
su hacha, la puerta abrió y echóse fuera.
Rompió el día, y llamaron. Temerosa
mi madre, abrió.—¿Quién va?—dijo...— y
[se oyeron
gritos por todas partes. Luego echaron
un cuerpo á nuestros pies, y... «Mira»... oí-
[mos:
—«Tu esposo; lo han matado. Ten, entié-
[rralo.»—
Pasaron días. Uno, bruscamente
mi madre me llamó, y, «Sáid, ya es hora»,
me dijo: y con su llanto humedeciendo
mi cabeza infantil, me tomó en brazos.
Que me dormí recuerdo, pues tendría
yo seis años apenas. Angustiosos
lamentos despertáronme. Mi pueblo
se hallaba todo allí dentro de un barco,
y hacia el fondo la tierra se alejaba.
Los ojos me tapó mi madre; abrílos
entrada ya la noche; el mar dormía;
ahogábame el hedor de sangre, y ¡ni uno;
ni uno siquiera vi de los cautivos!
—«Los que mataron á tu padre—entonces
dijo mi madre amada,—también, viles,
de mí te privaron, hijo del alma.
Ni rastro quieren de la raza mora

que los ha enriquecido. Y si no, ¡mira
cómo en las olas se zambullen, saltan,
y henchidos del festín, con los cadáveres,
ahítos ya, los tiburones juegan!
¡Véngame si te salvas, hijo! ¡Véngame!»...
Cuando de pronto nos cercó la chusma
de cristianos; mi madre, un mortal grito
lanzó y echó á correr; pero los monstruos
la asieron del cabello... ¡Aquí su sangre
(Por la cara.)
me saltó, y aún me quema! Sobre el puente
desplomada cayó; de entre sus brazos
vinieron á arrancarme. En vano ella,
luchando con la muerte, me apretaba
con su mano esta mano, y repetía
clavándome las uñas:—«¡Hijo, véngame!»
(Blanca, sin darse cuenta de ello, se enternece y acaba por romper en sollozos.)
Por fin la izaron dos que á carcajadas
me la echaron al mar; y como á flote
la vieran otra vez gritando:—«¡Véngame!»
de entre el agua al salir, uno asió un remo,
conque el aire cortando, la cabeza
partió á mi madre, que se hundió en la es-
[puma.
¡Y ahí los tenéis, que con horror nos miran.
¡Y asesinos nos llaman, y ladrones,
y hienas!... ¡Ellos, no; son almas puras,
son palomas sin hiel, son tiernos niños,
todo amor, bondad, fe, virtud... ¡cristianos!

BLANCA ¡Padre! ¡Padre! (Llorando.)
CARLOS ¡Hija!
BLANCA ¡Oh, Dios!
CARLOS (Indignado.) ¿Qué miro? ¿Lloras?
SAID (¿Quién llora? ¿Esta mujer? ¡Cómo! ¿Ella?)
FERRÁN ¡Blanca!
CARLOS ¿Por lo que dijo? ¿Tú? ¿Por esta gente?
SAID (¿Llora siendo cristiana?)
MALEK Sáid, acuérdate
de que el patrón no ha hablado.
SAID ¿Y qué me importa?
Basta por hoy, ya es tarde. ¡Ea! Mañana
será otro día. A ver, que se lo lleven.
HASEN (A Malek.)
Tú, ¿qué murmuras? Que os marchéis ha
[dicho.

MALEK (Ya le haría yo hablar si me dejaran; pero él no sabe.) Arriba con los otros. (A Ferrán.)

FERRÁN (A Carlos.) ¡Calma! Adiós, Blanca. Hasen, adiós. ¡Que viva el gran Sáid!

HASEN ¡Insolente!

ESCENA XVI

SAID, BLANCA, CARLOS y HASEN

CARLOS (Muy severo.) ¿Tú esas lágrimas verter por tales fieras?

BLANCA ¡Padre mío, no me las reprocheis! Ved, ya no lloro. (Enjugándose el llanto que aún corre á pesar suyo.)

SAID Que toquen á silencio, Hasen; ya es hora de recoger la gente.

HASEN Voy al punto. (Vase.)

ESCENA XVII

BLANCA, CARLOS y SAID

SAID (Solo á un lado.) (¡Qué enigma es la mujer! ¿Pues no lloraba?)

CARLOS ¡Quita! (Rechazando á su hija que va á hablarle.)

BLANCA ¿Me rechazáis?

CARLOS Tú no mereces llamarte mi hija, no.

BLANCA Grande es mi culpa. Perdón vengo á pedir de mi flaqueza. ¿Yo apiadada? ¡Y por ellos! ¡Si he soñado! Padre, ante Dios os juro que esta noche mi falta borraré. Tengo vergüenza de mí misma, señor.

CARLOS ¡Blanca!

BLANCA Del pecho salirse quiere el corazón.

CARLOS ¿Qué dices?

BLANCA Mas tarde lo sabréis. (Estoy resuelta.) (Entra con su padre en el camarote.)

ESCENA XVIII

SAID; después HASEN

(Se oye una bocina que saca á Said del ensimismamiento.)

SAID ¡Bah! Dejémoslo en paz. ¿Qué estoy pensan-
[do?
Me sorprendió, porque ella no fingía;
(Acostándose en la litera.)
de eso estoy muy seguro. Nunca he visto
llorar á las mujeres de ese modo.
Las otras sí, quejábanse de miedo;
pero como ésta nadie. ¿Y qué me importa?
¡Vaya! A dormir, que es tarde. ¡Hola! ¿Quién
[baja?

HASEN Yo. ¿Tienes sueño?

SAID Sí; déjame; vete.

HASEN Ya me voy. ¿Y la herida?

SAID Mejor; buena.

HASEN (¡Siempre triste!... Me duele...)

SAID (Y es cristiana,
y monja ó qué sé yo... Bien, ¿y qué?)

HASEN (Desde la porta.) El viento
nos favorece, Sáid.

SAID ¿Tú aquí? ¿No subes?

HASEN Al momento. La luz..

SAID (Hasen me quiere...)

(Hasen vuelve el farol de modo que quede á oscuras el lado de la litera.)

HASEN Has hecho enternecer á la muchacha.

SAID ¿Yo? ¡Bah! A saber su llanto por quién era.
La mujer es así, por nada llora.
(Riendo forzadamente y corriendo las cortinas para que no le vea Hasen la cara.)

HASEN ¡Derramaba unas lágrimas!

SAID (Abriendo precipitadamente las cortinas.)
¿La viste?

HASEN ¡Y tanto! Pero aquello era fingido.

SAID No, no; puedo jurarlo, estoy seguro.
Lloraba, y de verdad.

HASEN (Incrédulo.) No creo...

SAID (Sacando el cuerpo y señalándole la escala.)
¡Vete!

Cuando lo digo, es que lo sé. Te parto
la cabeza.
(Enfurecido al ver que Hasen va á insistir. Vuelve á echar las cortinas. Hasen sube la escala poco á poco.)

Hasen (¡Qué genio! ¡Es insufrible!)
Yo pago el mal humor. Said ni sospecha
que á todos calmo cuando de él murmuran.
(Se sienta en el último escalón.)
Su siervo se me llama, ¡á mucha honra!
nadie vale lo que él. Este es mi sitio.
El perro junto al amo. (Queda dormido.)

ESCENA XIX

BLANCA y SAID; Blanca, muy conmovida, aparece en la puerta del camarote, y haciendo muchas pausas, va avanzando por la escena á medida que dice el monólogo

Blanca ¡Yo me ahogo!
Estalla el corazón. ¿Qué ruido es ese?
El aire... Ofendí á Dios. ¿Yo enternecida
de un hijo de Mahoma? Y bien, mi culpa
lavaré: no vacilo. Cada réprobo
que uno extermina, en el infierno se hunde
y el cielo se abre el que al morir lo mata.
Dormida me creen todos y... ¡estoy loca!
Señor: Tú, que me ves desde la altura,
á tu esclava bendice. ¡Cómo tiemblo!
¡Calma!... Sí; allí le siento. ¿Y esta fiera
respira cual mi padre? Morir debe.
(Tomando un puñal.)
¡Monstruo! ¡Me hizo llorar!... ¡Perdón, Dios [mío!
No acierto á dar un paso. ¡Anda! ¡Adelante!
¡Tú vendida en Argel cuando el convento
te llamaba! Valor. ¡Judith te inspire!
Haz como ella. ¡Adiós, padre! ¡Muere!
(Mete el brazo armado por entre las cortinas.)

Said (Despertando y luchando con ella.) ¡Infame!
¿Quién eres, traidor?

Blanca ¡Cielos!

Said ¡La cautiva!
¿Otra vez aquí tú, mujer extraña?
(De una brazada se la lleva al lado opuesto para verla á la luz del farol.)

BLANCA ¡Ah!

SAID ¿Tanto me aborreces; tanto me odias
que mi sangre codicias? ¡Dí; no tiembles!
¡Cómo te engañas! ¡Infeliz! ¿Qué precio
das á mi inútil vida, cuando piensas
que el amor y la gloria con el hálito
vas á robarme? No. Si aquí no hay nada.
No soy más que un sepulcro que, flotante
sobre el agua del mar, llevan las olas.
(Con amorosa solicitud.)
¿Enojado me crees contigo, que húmeda
tienes aún de aquel llanto la mejilla?
¡Alza el puñal, no temas! ¡Aquí dentro;
(Abriéndose el traje por el pecho.)
aquí debo tener eso que llaman
corazón. ¡Hiere! Clávalo lo mismo
que en tierra un escorpión.

BLANCA (Desmayándose.) ¡Ah!

SAID (Sosteniéndola y mirándola con amor.) ¡Pobre niña!

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración

ESCENA PRIMERA

BLANCA, CARLOS y JUAN. Un corsario. Los dos cautivos acaban de comer. El corsario recoge los platos en una canasta y se va. Blanca está junto á la porta, mirando al mar. Carlos, sentado y con la cabeza inclinada, se apoya sobre la mesa. Juan los observa á cierta distancia. Es pleno día

JUAN — (Tiemblo sólo al mirarlos, y tras ellos
se va mi corazón. ¡Pobres! ¡Mis penas,
desde que están cautivos, son más grandes!
Me abruma la memoria del pasado,
y siento que una fuerza irresistible
á ellos me atrae. ¡Con tanto que me execran,
y yo los salvaría si pudiese!
Pero soy renegado: soy un Judas...
sin el valor de aquél para matarme.)

CARLOS — Blanca, ¿aún está ese aquí?

BLANCA — (Distraída.) ¿Quién, padre mío?

CARLOS — ¡La víbora! ¡El maldito renegado!

BLANCA — Sí.

CARLOS — Ven: ¡me causa horror!
(Acercándose á la porta.)

JUAN — (Aparte.) (¿Será por odio?
¿Será por caridad por lo que á ellos
Sáid á servir me obliga? Pues se engaña
si es lo primero. Lo mejor del barco
les doy: pero esta vez, como las otras,

lo probaron apenas. Si esto dura
van á morirse de hambre.) (Vase.)

CARLOS Ya se marchan.

ESCENA II

BLANCA y CARLOS

CARLOS No puedo acostumbrarme: son crueles,
haciéndonos tomar el alimento
por sus manos. ¿Qué piensas, hija? ¡Blanca!

BLANCA ¡Ah! ¿Me llamábais?

CARLOS Sí. ¿Rezas?

BLANCA No, padre.
Rezar no puedo: estoy febril, y á ratos
pensamientos satánicos me acuden.
Principio una plegaria y me sorprendo
pensando en... no sé qué.

CARLOS ¡Pero qué lentas
pasan las horas! ¡Me consumo!

BLANCA Ya hace
nueve días con hoy que aquí nos vemos.

CARLOS Nueve años me parecen.

BLANCA Valor, padre.
¿Por qué el rostro volvéis? ¿Os he ofendido?

CARLOS Quejoso estoy de tí.

BLANCA ¿Cómo?

CARLOS A esa gente
no tratas con rigor, y hasta hay momentos
en que con ellos hablas.

BLANCA Les respondo
si me preguntan y me alejo al punto.

CARLOS Hasta otro es Sáid.

BLANCA (Rápidamente y con emoción.)
Pues yo no hablo con ese
infeliz.

CARLOS No; ladrón.

BLANCA ¡Padre!

CARLOS ¡Asesino!

BLANCA (Va á disculparle y baja la cabeza avergonzada.)
Como queráis.

CARLOS Hablemos de otra cosa.
Me repugna este asunto. Es tal mi enojo,
tal mi pena de verme entre sus manos,
que siento que la vida se me acaba.

Si la muerte llegase antes que en tierra
nos viéramos, ¿qué fuera de tu suerte?

BLANCA Esa nube alejad.

CARLOS Por si me llama
Dios á su seno, con Ferrán quisiera
poder antes hablar, para encargarle
que velara por tí.

BLANCA Mas... ¿cómo verle?
¡Imposible!

CARLOS (Resuelto.) Yo á Sáid no se lo pido.

BLANCA (Aparte, con terror y vergüenza.)
(¡Yo menos!) Tomad, padre, algún reposo.

CARLOS Sí, ven. Tú rezarás junto á mi lecho.
(Vase Carlos. Blanca le acompaña hasta la puerta.)

ESCENA III

BLANCA

¡Rezar! ¿Cómo? La boca con Dios habla.
Pero ¡ay! el corazón se descarría.
(Ofendida consigo propia.)
Tengo piedad de ese hombre, á pesar mío.
Sí; piedad. ¡Y es horrible, porque él roba,
y mata, y todo! (Pausa.) Su perdón, no obstan-
[te,
concedióme. ¿Por qué? ¿Cómo es que airado
no me mató? Para él, ¿qué hubiera sido
una víctima más? Cerré los ojos,
y luego me encontré junto á mi padre
con el puñal al lado.
(Enseñando el que lleva oculto en el pecho.)
¿Ha sido un sueño?
¿Cómo este hierro me dejó? ¡Es en vano;
(Pausa.)
ha muerto para Dios! (Pausa.) Pero ¡quién sabe!
Tal vez un día, bueno y cariñoso,
volverá el pobre á ser como antes era,
cuando en sus brazos, al amor abiertos,
lo estrechaba su madre. Aquí no me oyen.
(Bajando la voz muy conmovida.)
Un germen de bondad tiene en el alma;
porque al ir yo á matarle, con dulzura
me miraron sus ojos, que los tuyos—

¡perdón, oh, buen Jesús!—me parecieron
redimiendo en la cruz al mundo todo.
(Espantada de lo que ha dicho.)
¡Si en el claustro me oyeran! ¡Tentaciones
son de Luzbel! ¡Señor: tú, que me escuchas,
ó ayúdame, ó arráncame en castigo
de cuajo el corazón y el pensamiento!

ESCENA IV

BLANCA y HASEN

HASEN (Aparte.)
Me bajo por no oirle. ¡Qué hombre! ¡Vamos!
¡Reniego del instante en que le puse
voluntad! ¡Vaya un genio! ¡Está insufrible!
Si no me aparto, me hunde. A otro, la presa
le tendría contento: á él, al contrario.
Ni sabe lo que quiere. Alguna mala
yerba ha pisado. O se entristece, ó rabia.
(Se sienta y dice á Blanca lo que sigue, que no le atiende.)
Caminamos de prisa, como nunca.
(Volviendo á la idea de Sáid.)
(Me pega porque digo que es hermosa
la cautiva; después, por darle gusto,
viro en redondo, y, al oir que es fea,
por poco no me ensarta.)

BLANCA (Aparte.) (Si de este hombre
pudiese yo lograr...)

HASEN (Aparte, levantándose.) Y ya murmura
de él nuestra gente. Es claro; si los trata
como si fueran bestias.

BLANCA Perdonadme.

HASEN ¿Qué?
(Aparte.) (¡Pues lo que es hermosa, aunque me [pegue!)

BLANCA Dirigiros quisiera una pregunta. (Temerosa.)

HASEN Decid.

BLANCA ¿Se encuentra Argel aún muy distante?

HASEN Todavía con sol podréis las costas
distinguir hoy.

BLANCA (Llorando de temor.)
¡Dios mío!

HASEN (Aparte.) (Bueno... ¡Lágrimas!
Esto no va conmigo.)
BLANCA (Queriendo marcharse.) Socorredme;
¡vos parecéis tan bueno!...
HASEN No hay tal cosa;
ya lo veréis.
BLANCA Salvadnos; cuando en tierra
nos hallemos...
HASEN ¡Callad! Antes la muerte
que hacer traición á Sáid.
BLANCA Pero...
HASEN Cristiana,
por feroz que él se vuelva, no abandona
por nada ni por nadie el perro al amo.
BLANCA Pues bien; rogadle al menos...
HASEN ¡Ya! ¿Que venga?
BLANCA Permitirle á Ferrán que con mi padre
logre hablar un momento.
HASEN ¿Y quién se atreve
con esa comisión? Parece un gato
cuando anuncia el mal tiempo.
BLANCA (Llorando.) (Si muriera
sin decirle á Ferrán...)
HASEN (Aparte.) (¿Otra vez gime?
¡Bah! Estoy de sobra aquí.)
BLANCA Yo os lo suplico,
¡por vuestros tiernos hijos!..
HASEN No los tengo.
BLANCA Por vuestra madre.
HASEN Menos: soy expósito.
(Creyendo consolarla.)
Pero, ¿á qué derramar inútil llanto
cuando os harán sultana? Las mujeres
que en el mar apresamos se las llevan
los corsarios al Dey: nosotros sólo
carga y hombres tenemos. El escoge:
las que le gustan, á su harén destina,
y las que no, las vende ó las regala.
Vos sois hermosa; conque..
BLANCA (Corriendo espantada hacia el camarote.)
¡Padre! ¡Padre!

ESCENA V

HASEN y MALEK; luego SAID

MALEK (Aparte.)
(¿Con ella Hasen? Es claro; aquí no hay or-
[den
ni nada.)
HASEN (Aparte, arrepentido.)
(¡Qué le he dicho! ¡Soy un torpe!)
MALEK ¡Me gusta, Hasen! ¿Ignoras que á las presas
no es permitido hablar?
HASEN ¿También me espías?
MALEK Si mandara yo aquí...
HASEN Bien lo ambicionas;
pero amigo, están verdes.
(Said baja pensativo.)
MALEK (Conteniéndose al verle.) ¡El te salva!
SAID Dejadme solo.
MALEK Necesito hablarte.
SAID Dí, pues. (Mal humorado.)
MALEK Tú sabes que la gente á bordo
te quiere; que se expone en la refriega...
SAID (Con impaciencia.)
Al asunto, Malek.
MALEK Hoy nueve días
hace que de su arrojo y su bravura
pudiste ser testigo.
SAID Pronto, acaba.
MALEK (Con fiereza.)
Pues bien; todos te piden que la vida
de ese patrón al punto les entregues.
Los insulta, á los suyos excitando,
y no ha mucho que á mí, cuando los hierros
traté de repasarle, ensangrentada
la cara me dejó de un golpe.
HASEN (Aparte.) (Fuerte.)
MALEK Beber quiero su sangre.
SAID (Con fingida calma.) ¿Tú deseas
matarle?
MALEK Sí. ¡En el pecho quiero hundirle
mi puñal: hoja, pomo y aun la mano!
SAID Bien está; mas presumo que con grillos
querrás que te lo entregue, y todavía

harás que te lo tengan por delante
dos de los tuyos... ¡Miserable! Aparta.
Cuando el valor conozcas, vuelve, y libre
dejártelo prometo, pero armado
también, y si te vence, no me llames,
que no te he de ayudar. ¡Canalla! ¡Largo!

HASEN (Aparte.)
(¡Qué temple el suyo!)

SAID Espera. Antes devuélveme
las llaves de los presos.

MALEK ¿Qué?

SAID ¡En seguida!

MALEK Pero...

SAID ¡Las llaves dije!

MALEK (Dándoselas.) Toma.

SAID A bordo
ya no eres mi segundo.

MALEK Me nombraste
tú mismo.

SAID Pues yo mismo te separo.

MALEK ¡Sáid!...

SAID (Llamándole, sin hacer caso del otro.)
¡Hasen!

MALEK (Aparte.) (La vida ha de costarte
tamaña afrenta.)

SAID (Yéndose por la escala.)
Y ¡ay de ti si tocas
á un cabello no más de los cristianos!

MALEK (Replicando desde arriba.)
Es que tú...

SAID (Yendo á acometerle.)
¡Ira de Alá! (Malek huye.)

HASEN Déjalo y cálmate.

ESCENA VI

SAID y HASEN

SAID Dí, Hasen, ¿en qué se ocupan... los cautivos?
(Fingiendo indiferencia.)

HASEN ¿Los marineros? Recostados duermen.

SAID Esos, no; los... demás

HASEN ¿El patrón? Pega.

SAID ¡Márchate! (Con mal humor.)

HASEN ¿Los de allí? (Señalando al camarote.)

SAID (Vivamente.) Sí.
(Volviéndose de espaldas para que Hasen no sorprenda su interés por ellos.)

HASEN Te aborrecen.
(Said da una sacudida al oirle y vuelve á hundirse en el abatimiento.)
Ella hace poco que de ti me hablaba.
Pide un favor.

SAID (Con amargura contenida.)
¿De mí? No; te equivocas.
De mí no quiere nada esa cautiva.
(Rápidamente.)
¿Por qué me huye si no? ¿Cómo es que apenas
me ve baja los ojos y se esconde?
(Con cólera creciente.)
¿Soy una fiera yo? ¿Qué hay en micar a
que repugne mirar? ¿Qué quiere?
(Con marcado interés.)

HASEN (Riendo de la pretensión de Blanca.) El viejo
quiere hablar al patrón.

SAID ¡Pues bien, no; que ella
lo pida al Arraez!... Si me lo ruega...

HASEN No quiere hablar contigo.

SAID (Con cólera y calmándose en seguida.)
¡Ay! ¡Si mintieses!
¿Piensas que de mí, Hasen, huye la esclava?

HASEN Sin duda.

SAID (Aparte.) (Y con razón.)
(Alto.) Dí á Juan que venga.

ESCENA VII

SAID

¡No me comprendo! Hay veces que daría
por verme en tierra mi bajel, y en otras
quisiera que la costa se alejara
siempre enfrente de mí sin llegar nunca.
¿Quién me ha cambiado el sér? Y todo viene
desde el instante en que matarme quiso.
¿Cómo se explica mi perdón? Hoy siento
no haberla aniquilado, para roto
ver el hechizo en que me tiene envuelto
esa mujer fatal, que no está hecha

como lo están las otras. Su perfume
no es sólo aroma, es algo que embriaga
y hace llorar por dentro y calofría. (Pausa.)
¡Bah! ¡Que vaya al harén! Después de todo,
precipitado anduve en devolvérsela
tan deprisa á su padre. Pude entonces...
¡qué placer! cuando nadie me veía,
y ella allí, con los párpados caídos,
exánime se hallaba, su cabeza
con mis manos coger, y contemplarla
de hito en hito á sabor, á flor de labio,
sin respirar siquiera, y conteniendo
las bruscas sacudidas de los músculos;
y al sentirme morir, su rostro frío
poner encima de mi cara ardiente;
comprimirla en mi pecho, y marchitándola
con mis manos de acero como á un lirio,
ahogarla á besos hasta hacerla mía
con instintos de fiera y de salvaje.
¡A tenerla ahora aquí como esa noche!...
(Cambiando la fiereza en dulzura.)
Si la tuviera aquí... lo mismo haría:
llevársela á su padre como un niño
sin mirarla tan sólo. ¡Qué vergüenza!

ESCENA VIII

SAID, JUAN y HASEN

JUAN (A Hasen.)
Pero, en fin, ¿qué me quieres?
HASEN (A Juan.) El te llama.
JUAN ¿Qué ordenas, Sáid?
SAID Desde hoy, Juan, en el puesto
de Malek te coloco. Mi segundo
quedas nombrado.
JUAN (¡Qué oigo!)
SAID Como bestias
á los cautivos trata. Ten las llaves, (Dándoselas.)
y permite al patrón que hasta aquí llegue
y hable con... esos dos. Hasen, tú, sígueme,
que quiero á los de arriba dar la nueva.
(Vanse.)
HASEN (Aparte.)
No lo apruebo: esta vez se extralimita.
¿Qué es él? Un renegado. (Sigue á Sáid.)

ESCENA IX

JUAN

¿Yo del barco
casi Arraez? Como el rasgar de un hierro
aquí dentro he sentido. ¡Qué vergüenza
si lo supiesen ellos! (Por los cristianos.) Se dirían
que me pagan el odio á mis hermanos
y me cobro, Caín, antes que el alma
sepulte en el infierno. Bien tu culpa,
desgraciada mujer, en el abismo
me hundió: yo te maté cuando en los brazos
de otro impura te ví, y á Argel huyendo,
si el cadalso evité, no evité el grito
de la conciencia que me sigue siempre.
¡Si pudiera á sus ojos redimirme!
(Por los cristianos. Vase.)

ESCENA X

CARLOS y BLANCA; después FERRÁN

BLANCA El aire aquí es más puro. Aquello es lóbrego.
Decidme, padre, por piedad.
CARLOS ¿Qué?
BLANCA ¿El alma
nos ve Dios?
CARLOS ¡Qué pregunta!
BLANCA ¿El sabe todo
lo que se oculta en ella?
CARLOS Sí.
BLANCA ¿Y pecamos
si en nuestro seno brota y aun se arraiga
un pensamiento extraño que avergüenza,
deleitando á la vez?
CARLOS (Espantado.) ¡Hija! ¿Qué es esto?
BLANCA (Con ansiedad.)
¿Pero pecamos?
CARLOS (Con horror.) ¡Oh!
BLANCA (Aparte.) (¿Qué he dicho?)
FERRÁN (A Juan, que se va sin bajar después de acompañarle.)
Gracias.

CARLOS ¡Habla: explícate al fin!
FERRÁN (Que no lleva ya esposas.) ¡Buen tío! ¡Prima!
BLANCA ¡Ferrán!
CARLOS ¡Cómo! ¡El! Abrázame.
FERRÁN (Abrazándole.) Así: fuerte.
¿Y tú, Blanca? (Esta le da la mano.)
CARLOS ¿Llegar hasta nosotros
te dejan?
FERRÁN Ya lo veis: por corto plazo.
CARLOS ¿Y cómo ha sido?
FERRÁN El Arraez lo ordena.
CARLOS ¿El? (Interrogándola con sorpresa.)
¿Blanca?...
BLANCA Yo, señor, no lo he pedido.
FERRÁN ¿Qué temer?
BLANCA (Aparte.) ¡Consintió! ¡Me ruboriza!
CARLOS Dime: los marineros y soldados,
¿qué hacen?
FERRÁN ¿Qué han de hacer? Pues consu-
[mirse.
Pero dejadme andar, aquí hay terreno.
Treinta en montón estamos allá arriba.
Las fuerzas ya se agotan, no el epíritu;
y á poder...
CARLOS No, Ferrán; todo es en vano.
No acabará la tarde sin que estemos
en Argel. Por mi Blanca lo deploro;
por mí venga la muerte cuando quiera.

ESCENA XI

DICHOS; SAID que baja sin ser visto y se para escuchando al pie de la escala

BLANCA ¿Me abandonas? ¡Dios mío!
FERRÁN ¡Valor, Blanca!
La hora tal vez más triste de tu vida
va á sonar; pero yo, por defenderte,
la sangre de mis venas dar te juro.
CARLOS ¿Son de roca estos hombres?
BLANCA (A Ferrán.) De ti quiero
lograr una merced; si me la otorgas,
hasta seré feliz.
FERRÁN (Sáid escucha inquieto.) Di.
BLANCA Cuando en tierra
nos encontremos, me pondré á tu lado.

Tú, este puñal que oculto, me arrebatas
y sin piedad sepúltalo en mi pecho.

CARLOS (Horrorizado.)
¡No!

FERRÁN ¡Blanca!

BLANCA ¿Entonces preferís que viva
revolcada en el fango?

FERRÁN Pero...

BLANCA ¡Padre!

CARLOS ¡Qué tormento!

BLANCA Mandad, á vos os toca
decir qué debo hacer. ¿Queréis que vaya
sonriente al harem, y que mi cuerpo
manchen las joyas? ¿Que con estos brazos
que á Jesús amorosos se entreabrían...?

CARLOS ¡Calla!

BLANCA ¿En el claustro me eduqué, y mi cuna
meció mi madre para á tales monstruos
entregarme después? ¡Soy sangre vuestra!

CARLOS ¡Hija del corazón, me estás matando!
(Se cubre la cara con las manos y se va á un lado de la escena.)

FERRÁN Blanca...

BLANCA No he de callar; que hable y decida.

FERRÁN Oyeme.
(La lleva, sin saberlo, cerca de donde está Sáid.)

BLANCA ¿A ser mi esposo desde niño
te destinó mi madre? (Con desesperación.)

FERRÁN Sí.

SAID (Aparte.) ¿Qué dice?

BLANCA ¿Y esta mujer no impides que se aleje
de ti llorando sangre? ¿Entre sus uñas,
como una fiera, me verás luchando,
y rescatado tú, dejarás que ella
sucumba á la vergüenza y al oprobio?

FERRÁN ¡Por compasión!

BLANCA ¡Cobarde! ¿Qué es la muerte?

FERRÁN ¡Blanca, no puede ser! No tengo fuerzas
contra ti.

BLANCA ¿Y tú me amabas?

FERRÁN Sí.

SAID (Reprimiendo su ira.) ¡Ya basta!
Vuélvete al camarote de los presos. (A Ferrán.)

FERRÁN (Aparte á Blanca y Carlos. Los tres se agrupan para despedirse.)
¡El Arraez!

SAID (Aparte ferózmente conmovido.)
¡Se amaban! Si aquí ahora
la pólvora tuviese, eran cenizas
ella y él, y yo y todos. ¡Quiero sangre!
(Revolcándose por la litera.)
¡Qué rabia! Aquí en el pecho y en las sienes
parece que me dan de martillazos.

FERRÁN (A Blanca y Carlos.)
¡Pero, mirad! ¿Qué tiene?

BLANCA (Espantada.) Ved su cara.

SAID (Aparte.)
¿Si fuese un error mío? Acaso... Que hable.
Quiero saberlo, y hablará. Sí. (Alto á Ferrán.)
Escucha.

BLANCA ¡Ah!

FERRÁN ¡Sáid!

SAID A esta mujer, ahora en voz baja,
¿qué le estabas diciendo? Ten cuidado
con mentir; la verdad, ¿qué le decías?
(Con rabia oprimida á través de su tono suplicante.)

FERRÁN ¿Tú pretendes?...

CARLOS (Aparte.) No entiendo...

SAID ¡Pronto!

FERRÁN (Con dignidad, separándose de él.) ¡Nunca!

BLANCA ¡Señor!... (Rogando á Sáid.)

SAID (A Blanca.)
¿Tú le defiendes? ¿Tú, que osada,
ni sé qué haces aquí, ni quién te envía?
¿Tú la causa de todo?

BLANCA ¡Padre! ¡Padre!
(Blanca huye llorando. Sáid la sigue con la mirada, como presa de un hechizo.)

FERRÁN (Aparte á Carlos, conteniéndole.)
¡Por Dios!

SAID (Que ha ido acercándose á Blanca.)
No me huyas: de tu boca quiero
la verdad.
(Blanca se vuelve de repente, mirándola extrañada.)
(Aparte.) ¡Soy un vil! ¡Me mira! ¡Infame!
¡Debo causarla horror!

BLANCA (A Ferrán, que va á hablar.) ¡Oh! ¡No le excites!
Ni una palabra más, te lo suplico.

SAID (Aparte.)
Calma. Sí... Pero juntos no los quiero.
(Alto y con fingida serenidad.)
¡Basta ya! Tú, patrón, vuelve á la cámara.

BLANCA (*Aparte á Ferrán.*)
No le respondas mal.

FERRÁN Voy al instante.

CARLOS (*Aparte á Ferrán.*)
Protégela si muero.

FERRÁN (¡Con mi vida!)

SAID (*Aparte por su corazón.*)
¡Calma!

FERRÁN ¡Blanca!

BLANCA (*Aparte á Ferrán sin que lo oigan los otros.*)
Ferrán, júrame que antes
de verme envilecida entre esos hombres...

FERRÁN ¡Por Dios!
(*Sáid deja notar su cólera por no poder oir lo que hablan.*)

BLANCA Me matarás.

FERRÁN Lo juro.

BLANCA ¡Ah! Gracias.
(*Besándole la mano. Sáid ahoga un grito.*)
Ten.

FERRÁN ¡Adiós!

SAID ¡No; ahora no!

FERRÁN ¿Qué?

SAID Yo la he visto
besar tu mano vil.

FERRÁN ¿Y qué te importa?

SAID ¿Lo que me importa á mí? ¡Sér miserable,
que vives porque quiero!...

BLANCA (*Conteniendo á Carlos.*) ¡Padre!

CARLOS (*Queriendo desasirse.*) ¡Aparta!

SAID ¿Lo que me importa? ¿Y qué sé yo? Deseo
tu muerte, porque le odio.

FERRÁN (*Aparte.*) Pierde el juicio.

SAID (*Por la mano de Ferrán.*)
La huella de sus labios, tiburones
te borrarán de aquí: que he de ponerte
por cebo en un arpón para en el agua
ver remover tu mano en la agonía.
Dile adiós otra vez: cae en sus brazos
pecho con pecho, boca sobre boca,
suspiro entre suspiro; que ansío veros,
y gozar y reir. ¡Pronto, que aguardo!
(*Riendo estrepitosamente como un loco.*)

FERRÁN ¡Loco está!

BLANCA ¡Jesús mío! ¿Qué le pasa?

SAID Se aman los dos, protejo sus amores
y, amo del lupanar, los emparejo.

FERRÁN ¡Basta!

BLANCA ¿Qué?

CARLOS (Rechazando á Blanca, que le contiene.)
¡Oh! ¡No!

SAID (Riendo siempre.) ¡Pagad la tercería!

CARLOS El pensamiento mío se conturba.

FERRÁN ¡Vil! ¡Malvado!

SAID Así, insúltame: ¡me agrada!

FERRÁN ¡La horca mereces tú!

SAID Sigue, anda, sigue!...

CARLOS ¡Monstruo, mátanos ya!

FERRÁN Creí que un rastro
de virtud aún tendrías en el alma;
pero...

SAID Nada hay en mí.

FERRÁN ¿No he de quererla,
cuando la miro al borde del sepulcro?

SAID ¿La amas?

FERRÁN Sí.

BLANCA ¡Oh!

SAID ¡Qué placer!

CARLOS (Con explosión de odio y de desprecio.)
¿Aun á su madre
quiere hacer respetar? ¡Sólo rameras
dan hijos como tú!

SAID (Con un grito supremo.) ¿Qué? ¡Aquí mi gente!
(Llamando á los suyos desde el pie de la escala. Los cautivos huyen espantados y se refugian en un extremo.)

ESCENA XII

SAID, BLANCA, FERRÁN, CARLOS, MALEK, JUAN, HASEN, OSMAN, MAHOMET y otros piratas. Al grito de Sáid se presentan precipitadamente, invadiendo la escena

SAID ¡Abajo todo el mundo! Dejad velas
y timón: venid todos!... ¡Pronto! Vedlos;
con las vuestras frotad sus vestiduras;
cristianos son; olfatead su carne.
¡Los verdugos que un día nuestra raza
diezmaron, mirad hoy cómo nos odian,
nos insultan, nos befan, y rabiosos,
con su baba apestosa nos escupen!

MALEK Véngate, pues, en ellos. Yo la vida
te pido del patrón.

MAHOMET De ambos.

JUAN (Aconsejando la prudencia á Sáid.) ¡Detente!

BLANCA ¡Padre!

SAID ¿Perros nos llaman? Pues tratémosles
como perros de presa.

JUAN (Tratando de persuadir á los piratas.)
Ved el oro
que nos pueden valer.

SAID Ya te oigo, madre,
dentro del corazón.

MALEK, CORS. ¡Mueran!

JUAN (A Sáid.) Decide.

SAID ¿De esta gente?

BLANCA ¡Piedad!

SAID Tomadlos.

JUAN (Con energía, deteniendo á los piratas.) Sólo
me basto yo.

SAID No hay rejas: son ya vuestros.

(Algunos piratas se ponen de parte de Juan. Todos rodean á Carlos y Ferrán, y se los llevan rápidamente escala arriba entre gritos y confusión.)

BLANCA ¡Ah!

OSMAN ¡Mueran!

JUAN (Luchando.) Respetadme.

CARLOS ¡Hija!

BLANCA ¡No!

FERRAN ¡Fieras!

JUAN (Desde lo alto de la escala.)
¡A mí!

BLANCA ¡Padre!

SAID ¡Hasta el alma me han herido!

(Todos desaparecen arremolinados.)

ESCENA XIII

SAID y BLANCA

BLANCA ¡Piedad! ¡Perdón para ellos!

SAID (Reconcentrado.) «¡Hijo, véngame!»

BLANCA ¡Clemencia!

SAID ¡Y en el agua la arrojaron!

BLANCA ¡Compasión!

SAID Y uno de ellos la cabeza
le aplastó con un remo.

BLANCA Oid mis súplicas.

SAID Y el mar se abrió y hundióse entre las olas

BLANCA ¡Piedad!

SAID «¡Véngame!»—dijo—y todavía
subió del fondo.

BLANCA ¡Ah!

SAID «¡Véngame!»—gritando.

BLANCA (Desesperada. Sáid, poco á poco, se va fijando en ella.)
Matadme á mí también. ¿Qué aguardais?
[¡Corre
sangre odiada en mis venas! Yo, yo he sido
quien saqué de su hogar á vuestra madre;
yo la víbora fuí que de sus brazos
os arrancó; su cuerpo yo á las olas
arrojé, y su cabeza con el remo
despiadada partí. ¡Matadme, monstruo!
¿No te basta? Recuerda que á tu vida
mi puñal atentó, porque sedienta
de tu sangre, la quise beber toda.
¿Me oyes? ¡Yo, una mujer! ¡Mátame, má-
[tame!

SAID (Apartándole los cabellos que le cubren la cara.)
¡Habla! ¡No te detengas! ¡Sigue!

BLANCA ¡Oh, cielos!

SAID (Mirando como hechizado.)
¡Qué placer escucharte! Di. No tiembles.

BLANCA ¿Qué es esto? ¿Dónde estoy? Mi frente
[abrasa.

SAID No te pares: ¡insúltame, maldíceme!
Tú dime lo que quieras, pero habla.

BLANCA ¿Cómo teniendo corazón sois fiera?
(Sáid la estrecha entre sus brazos con mezcla de odio y de amor. Blanca cae abatida en un escabel.)

SAID ¿Por qué engañarme así? ¿Por qué? Res-
[ponde.
Tú eres vil, y traidora, y más, porque eres
la humana encarnación de la falsía.
La vez primera que pensé en mirarte,
vi que tú, de esa raza de verdugos,
llorabas por la madre de mi vida.
Luego, débil mujer, no ya con labios
amorosos y tiernos, con la punta
de un puñal, por tu pecho bendecido,

llamaste en este pueblo que dormía.
¡Tú no me heriste, no; pero yo he muerto!...
Que de aquel Sáid en mí no hay ya ni som-
[bra!

BLANCA (Levantándose de pronto.)
Y muriendo estarán...

SAID ¡No! ¡No me pidas
piedad por ellos! Te creí tan pura
como un rayo de sol.

BLANCA (Llorando.) ¡Oh, Ferrán! ¡Padre!

SAID ¡Llama otra vez á ese hombre aborrecido!
¡En tus brazos jamás, vivo ni muerto!

BLANCA ¿Qué decís?

SAID (Con extremada dulzura.)
¿Por qué le amas?

BLANCA ¡Quién! ¿Yo?

SAID Dime:
¿qué supo hacer para que tú las puertas
del corazón le abrieses?

BLANCA ¡Mi alma nunca
dió abrigo á tal amor!

SAID ¿Qué?

BLANCA ¡Yo os lo juro!
¡Salvadlos!

SAID ¡Oh! Repítelo. ¿A ese hombre?...

BLANCA No amé jamás.

SAID ¿No mientes?

BLANCA No; salvadlos.

SAID Vuélvemelo á jurar, pero mirándome.

BLANCA ¡Por Jesús; por un Dios que es vuestro y mío!
(Sáid hace cada vez con la cabeza un movimiento de incredulidad.)
¡Por nuestras madres!

SAID Sí.

BLANCA Corred, que mueren.

SAID ¿Y el beso aquél?

BLANCA De gratitud.

SAID ¡Oh, Blanca!...

BLANCA Ved que tienen contados los instantes.

SAID Voy. Que Alá te castigue si me engañas.
(Al mismo tiempo de ir á subir por la escala, baja Hasen.)

ESCENA XIV

BLANCA, SAID y HASEN

SAID — Y bien, ¿qué es de ellos?
HASEN — Viven: Juan no quiere
que los maten.
BLANCA — ¡Ah!
HASEN — En tanto que él disponga
como segundo aquí, la sangre suya
no veremos correr.
SAID — (A Blanca.) ¿Lo oís?
BLANCA — ¡Oh, gracias!
Pero...
SAID — (Comprendiéndolo.)
Sí. ¿Dónde están?
HASEN — ¡Toma! Encerrados:
y Juan tiene las llaves.
SAID — (A Blanca, conmovido.) Idos, idos,
os lo ruego.
BLANCA — ¡Mi Dios no me abandona!
Se salvaron, y es Said quien con mis súplicas
se volvió compasivo y los perdona. (Vase.)

ESCENA XV

SAID y HASEN. Aquél, pensativo, no presta atención á lo que el otro le dice

HASEN — Francamente, si el cargo no le quitas...
Ya sabes que á Malek le aprecian todos,
y murmuran, y dicen que los vendes.
Hace poco que algunos rebelarse
contra ti amenazaban. Te creen loco
ó traidor. No sé, Juan, cómo ha podido
librar á los cautivos de sus garras;
aún se están disputando por arriba,
Juan y Malek. ¿Los oyes? Sube; ¡es grave!
(Said parece despertar poco á poco. Su cara indica felicidad.)
SAID — ¡Qué día tan hermoso! ¡Cómo encanta
contemplar hoy la luz! Hasen: ¿tu pecho
no se abre al respirar?
HASEN — (Sorprendido de lo que dice.) ¡Sáid!
SAID — (Estrechándole con los brazos.) Acércate,

mi perro siempre fiel; ven que te abrace.
¡Lo que debes odiarme algunas veces!

HASEN Repara... (Por la disputa de arriba.)

SAID (Llevándolo á la porta.)
¡Cuántos pájaros! Y mira,
vuelan de dos en dos.

HASEN Eso te anuncia
que cerca de la costa nos hallamos.

SAID ¡Cómo!... ¡No; no es posible! Aún muy lejana
debe la tierra estar; tú te equivocas.

HASEN Ya verás de aquí á poco.

SAID (Separándolo bruscamente del camarote de Blanca.)
¿Por qué gritas?
¿También tú eres traidor? Si ella te oyese...

HASEN Señor...

SAID (Con entusiasmo.)
¡Que vengan olas levantándose
sin tregua entre las costas y mi barco!
¡Montes de espuma dadme eternamente;
pero jamás la tierra! Hasen: ¿no gozas
más que en el odio tú? Dí: ¿no has soñado
en tu vida una vez con una dicha
que, aunque no la has sentido, la compren-
[des?
¿Sin forma y sin color jamás has visto,
con los ojos cerrados, por la tierra,
vagar una mujer real y hermosa,
formada para ti, que es tuya, tuya,
como es tuyo tu ser, (Por el corazón.) y que el
[tirano
de aquí dentro te exige? ¿No escuchaste
nunca, como rozando con tu oído,
su boca te decía: «Te amo, te amo;
tengo piedad de ti; nada me importa
que un mundo corrompido te aborrezca;
yo, infeliz, en tu busca, vendré un día
para no abandonarte: espera, espera?»
Dí: ¿lo has soñado?

HASEN (Estúpidamente.) Sí; y al despertarme,
ni hallé mujer ni en la botella vino.
¿También tú te embriagas?

SAID (Con tristeza y compasivo.) ¡Desdichado!
¡Montón de carne por podrir!

HASEN ¿De modo
que la sombra del sueño es la cristiana?

SAID (¡Yo el desdichado soy!)

HASEN (Yendo al pie de la escala.) ¡Riñen, escucha!
Anda arriba ó te pierdes. (¡Lo han cambiado!
¡Este hombre no es el mismo!)
(Se oyen las voces de los que disputan.)
SAID ¡Alá me inspire!
(Vacila en subir la escala; cuando se decide á ello, ve que bajan Juan, Malek y Osman.)

ESCENA XVI

DICHOS, JUAN, MALEK, OSMAN, MAHOMET y otros CORSARIOS. Bajan solo á la escena Juan, Malek y Osman; de los demás, unos quedan en la escala y otros arriba, escuchando con interés hasta ir bajando poco á poco, cuando lo indique el diálogo

HASEN Ya llegan.
JUAN (Disputando con Malek.)
No los doy.
MALEK Allá veremos.
Sáid.
SAID Y bien, ¿qué queréis?
MALEK Sólo la vida
de esos prisioneros. Nos los distes,
y Juan no los entrega.
SAID (Con calma.) Malek, súbete
y déjalo correr. Lo que Juan haga,
bien hecho está. Y atrévete á tocarlos
ni á la ropa!...
MALEK (Aparte á los de la escala.)
Bajad.
SAID Pues de la suya
me responde tu vida.
JUAN Yo vigilo.
HASEN (Aparte á Sáid.)
Baja la gente.
MALEK (Aparte á los piratas.)
(Es un traidor.)
SAID ¿Qué ocurre?
¿Qué venís á buscar? Sin orden mía,
¿quién pone el pie en mi cámara?
OSMAN (Con temor, ocultándose tras los otros.)
Queremos...
SAID ¿Quién eres? Rompe el círculo y acércate.
(Pausa.)
¿Qué esperas? ¿Qué queréis? Hablad alguno.

MALEK (Desde el fondo de los grupos sin dejarse ver.)
Que el mando á Juan le quites, y en su
[puesto...

SAID Te ponga á ti, ¿verdad? ¡A ti, que debes
ser mujer, por lo visto, pues te escondes!

OSMAN Es renegado.

SAID (Resuelto.) Y bien; acabad.

MALEK (Con descaro.) Buscan
todos al Arraez, y ya no encuentran
á aquel jefe de banda que la nave
mandó; firme en la lucha, siempre duro
con el vencido, y con la gente á bordo
más que amo, compañero. Se le llama,
¿y quién responde en su lugar? ¡Un hombre
servidor, obediente de una esclava!

SAID ¡Víbora! No te aplasto la cabeza
con los pies aquí mismo...

MAH. ¡Habla por todos!
Entrega la cristiana.

MALEK De rodillas
querrá que á esa mujer la obedezcamos.

SAID ¡Te he de matar!
(Todos se interponen, conteniéndole.)

JUAN ¡No, Sáid!...

SAID ¡Cobarde!

MALEK (Siempre oculto.) ¡Avanza!

SAID ¡No me impidais el paso! ¡Vil, acércate!
¡A un lado los demás! ¡Fuera! ¡Atrás todos!
¡Ancho es el campo! ¡Ira de Alá! ¿No vienes?

MALEK ¿Me querrías matar?

SAID ¡Cobarde! Un arma
tengo; toma otra tú, y á luchar vamos
cuerpo á cuerpo hasta el último latido
del corazón.
(Sáid avanza y Malek retrocede. Aquel lleva el arma desnuda; éste ase el pomo del puñal, sin desenvainarlo.)

MALEK ¡Si el Arraez no fueras!...

SAID ¿No te atreves, infame?

OSMAN (Excitando á Malek.) Anda.

MALEK Mi muerte
quiere por darle gusto á la cautiva.

SAID (Apartando el grupo y acometiendo á Malek.)
¡Basta! ¡Vas á morir! ¡Paso! ¡Atrás!

CORS. (Gritando desde arriba.) ¡Tierra!

SAID ¡Ah! (Bajando el arma.)

MALEK ¡Tierra!
OSMAN ¡Argel por fin!
SAID ¡Tierra maldita!
(Amenazando con el puño cerrado la tierra que divisa por la porta.)

ESCENA XVII

DICHOS y BLANCA, despavorida

BLANCA ¡Tierra!
MALEK (A los suyos.)
¡Estamos ya en casa! ¡Arriba! ¡Al puente!
(Los corsarios se disponen á salir.)
BLANCA (A Sáid, con terror, en voz baja.)
¡Piedad! ¡Piedad!
MALEK ¡No hay que fiarse! ¡Vedlo!
¡Se nos hace traición: está vendido!
(Los piratas, menos Juan y Hasen, hablan entre sí al pie de la escala, excitados por Malek.)
BLANCA (Esa costa me espanta.)
SAID (¡Qué agonía!
¿Qué hacer? ¿La he de entregar? Ningún de-
[recho
tengo una vez en tierra.)
BLANCA ¡Oh, Dios, socorro!
MALEK (A su gente, por Sáid.)
¡Miradlo!
BLANCA (A Sáid.) ¿De la muerte nos salvasteis
para después vendernos?
SAID (Temiendo que lo oigan.) ¡Calla, calla!
BLANCA ¡Matadnos!
SAID (A ella.) Pero, en fin, ¿qué quieres? Dilo.
BLANCA ¡Esa tierra!... ¡Alejarnos!
HASEN (Comprendiendo lo que intenta.)
Sáid...
SAID (Aparte, resuelto.) (Mi vida
voy á jugar.) (Alto.) Amigos, no distante
se halla un bajel cristiano. A darle caza.
¡Camaradas, qué presa! Volved pronto
velas; mano al timón y mar adentro.
HASEN Que te vas á perder. (Aparte á Sáid.)
SAID (Aparte á Hasen.) Calla, ó te mato.
JUAN (Si salvarlos pudiese...)
(Juan, durante esta escena, ha de estar en sitio muy

visible, y notándosele que lucha con la realización de un proyecto.)

SAID — Hijos, ¡arriba!

JUAN — (¡A morir ó á salvarlos! No hay más medio.)

(Sin que le vean los otros ha recogido algunas armas y huye luego escala arriba con ellas.)

SAID — Al timón y á las velas.

MALEK — Es inútil.
Nadie te ha de creer: no nos engañas.

SAID — Todos arriba. ¡Por Alá!

MALEK — ¿Tus órdenes
quieres que obedezcamos? Haz entrega
de esa cautiva y el timón volvemos.

BLANCA — ¡Ah!

MAH. — Y me encargo yo de ella.

OSMAN — O yo.

MALEK — Responde.

SAID — Dad un paso y os parto las entrañas.

BLANCA — (A Sáid.)
No; no me abandonéis.

MALEK — (A los suyos.) ¡Traidor!

SAID — (¡Qué angustia!)

HASEN — (¡Yo no os dejo!)

MALEK — Arranquémosle la esclava.

SAID — ¡Atrás!

MALEK — ¡Mueran los dos!

SAID — ¡Viles!

(Al entablarse la lucha, y cuando Sáid no puede ya resistir la acometida de los corsarios, se oye el cuerno. Sorpresa de todos.)

MALEK — ¿Qué es eso?

OSMAN — ¡La señal de virar!

(Algunos corsarios se van sobre la cubierta.)

HASEN — ¿Gobiernan?

MAH. — ¡Vuelve
mar adentro el bajel!

OSMAN — (Desde la escala.) ¡Arriba luchan!
¡Traición!

MALEK — (Subiendo seguido de los corsarios.)
¡Todos al puente!

MAH. — (Desde arriba.) ¡Traición!

HASEN — (A Sáid, subiendo media escala.) Mira.

SAID — (A Blanca, abstraído.)
Ya dejamos la costa. ¿Qué más pides?
¿Qué más quieres de mí?

BLANCA — Gracias.

HASEN (Aterrado, volviendo á bajar.) ¡Combaten los nuestros!

SAID (¡Y yo aquí!)

HASEN ¡Corre! Vendida
fué la nave por Juan, y á nuestra gente
la pasan á cuchillo los cristianos.
(Desaparece Hasen. Sáid quiere seguirle; pero Blanca le detiene, luchando con él.)

ESCENA XVIII

SAID y BLANCA. Óyese el rumor del combate hasta caer el telón

SAID ¡Por Alá!

BLANCA ¡Deteneos!

SAID No. Los míos
luchan con sus verdugos. ¡Quita! ¡Aparta!

BLANCA No subáis.

SAID Es mi gente.

BLANCA ¡Atrás!

SAID ¿Me ligas
con tus brazos, cruel?

BLANCA ¡Piedad!

SAID ¡No! ¡Paso!
(Luchando con ella va hasta la escala.)

BLANCA ¡Oh!

SAID ¡Valor! ¡Ah!
(Animando á los de arriba y cayendo, arrastrado por Blanca.)

BLANCA ¡Perdón!

SAID (Se desprende de Blanca y se levanta feroz.)
¡Maldita seas!

ESCENA XIX

DICHOS, FERRÁN, CARLOS, JUAN y GUILLÉN. Soldados del rey de España y marineros catalanes. Sáid ha subido tres escalones y vuelve á bajarlos rápidamente al ver á los cristianos que llegan victoriosos

BLANCA ¡Ah!

CARLOS (Desde arriba.)
¡Victoria, por Dios!

FERRÁN Nuestra es la nave.

(Por Sáid.)
¡Que muera!

SAID ¡Oh! ¡Madre! ¡No! ¡Morir matando!
(Queriendo acometer á los que bajan.)

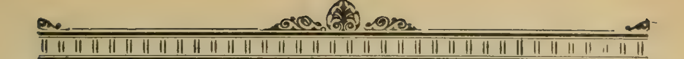
BLANCA ¡Vida por vida!
(Extendiendo los brazos delante de Sáid para defenderlo.)

FERRÁN (Queriendo apartarla.) ¿Tú?

CARLOS ¡Muera!
(Yendo á herir á Sáid, seguido de los soldados, que bajan precipitadamente.)

BLANCA ¡Tocadle!
(A su padre, amenazándose á sí propia con el puñal y defendiendo á Sáid con el brazo libre. Grito de sorpresa en Ferrán y de desesperación en Carlos. Los soldados bajan las armas y retroceden.—Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración

ESCENA PRIMERA

BLANCA, GUILLÉN y ROQUE

Aquélla recostada delante de la puerta del que hasta ahora ha sido su camarote, y en el que está encerrado Sáid. Se la ve luchar con el sueño. Guillén y Roque, sentados, conversan lejos de Blanca. Es de noche

ROQUE Se te hará capitán.
GUILLÉN Bien lo merezco;
pero no lo seré por eso mismo.
Quien más grita más saca. Al que, callado,
se mete en un rincón, nadie le ayuda.
ROQUE Yo pensé...
GUILLÉN Mal pensado.
ROQUE ¿Qué sabemos?
Ferrán te quiere bien.
GUILLÉN Pero él no manda
más que á gente de mar como vosotros:
la milicia obedece aquí á don Carlos.
ROQUE Estamos en el agua.
GUILLÉN En mar y en tierra
representan al rey los militares,
y donde ellos están...
ROQUE ¡Ah!
GUILLÉN Conque dime,
¿qué puedo esperar de él?
ROQUE ¿De él?
GUILLÉN De don Carlos.

¿Contar lo que hice yo? De envidia el viejo,
si capitán me viera, se moría.

ROQUE ¿De veras?

GUILLÉN ¿Tú no sabes, por lo visto,
lo que hice yo? Responde. ¿No lo sabes?
(Siempre con mucha vanidad.)

ROQUE Sí tal, cuando á José se lo contabas
estaba yo presente.

GUILLÉN ¡Pero... vamos!
Directamente á tí no te lo he dicho.

ROQUE No.

GUILLÉN Pues oye.

ROQUE ¿Otra vez? Si lo sé todo.

GUILLÉN Por mí no.

ROQUE Dale.

GUILLÉN Siéntate y escucha.
Prepárate á admirarte. Hará tres horas
que encerrados, con grillos y cadenas,
estábamos arriba.

ROQUE No lo olvido.

GUILLÉN Todos; hasta el patrón...

ROQUE Justo.

GUILLÉN Y don Carlos,
que habían conducido los piratas
allí no hacía mucho. De repente
vemos que por la reja nos llovían
armas con profusión.—¿Qué es lo que ocu-
[rre?—
nos preguntamos todos.

ROQUE Y ninguno
osó tocarlas.

GUILLÉN Hablo yo; tú escuchas.
Se abrió la puerta; Juan entró y—¡Alzaos!—
nos dijo.—«Dios permite que los ojos
pueda volver el renegado al cielo,
y os vengo á libertar; pero á la lucha
nuevamente tenéis que prepararos.»
Disputábanse aquí. Todos salimos
silenciosos y armados: yo el primero.

ROQUE Lo que sea.

GUILLÉN ¡El primero! Qué, ¿lo dudas?

ROQUE (En tono zumbón.)
¿Dudarlo?

GUILLÉN ¿Ves, imbécil, como todo
no lo sabías tú? Y á la faena:
mano al timón y viro rumbo á España.

De pronto los corsarios, como fieras,
en tropel de aquí salen; pero verlos,
con ellos embestir y destrozarlos,
obra de un punto fué. Los perseguimos
como á ratas, y al agua de cabeza
los íbamos echando. Yo al primero
maté.

ROQUE ¿No fué el patrón?

GUILLÉN ¿Ferrán? ¡Mentira!

ROQUE Yo uno herí.

GUILLÉN Siete yo, y el tuyo ocho.

ROQUE Algo hice en fin.

GUILLÉN ¡Si, como yo, no cuentas
entre muertos y heridos ocho, calla!
(Levantándose.)
¡Si no llego á estar yo!...

ROQUE (Riendo.) ¿Tú?

BLANCA (Sobresaltada, se incorpora y vuelve á dejarse caer.)
¡Ah, me dormía!
¡Mis ojos se cerraban! No. Despierta,
lacerando tus carnes si es preciso.

ROQUE ¿Qué dice?

GUILLÉN Está velando el camarote
que ocupa el Arraez. De él no es posible
sacarlo: ella no quiere.

ROQUE Es cosa rara
que le proteja así.

GUILLÉN Porque está loca.

ROQUE ¿Loca?

GUILLÉN O endemoniada. ¡Quién se explica
que ella, casi una monja!...

ROQUE ¿Sí?

GUILLÉN A un convento
dicen que la llevábamos, y ahora
mírala, sin dejar el camarote.
Antes, cuando embistieron esta cámara
nuestros hombres, conmigo á la cabeza,
prender al capitán fué nuestro intento;
pero juzga el asombro de la gente
viendo que esa mujer lo defendía.
Ninguno osó avanzar.—«Blanca—le dijo
su padre:—¡Es necesario que al momento
muera ese monstruo! ¡Aparta!»—¡Que si quieres!
Delante de él se puso y paró á todos.

ROQUE ¡Aquí anda el diablo!

GUILLÉN Y mira, testaruda,
ahí se está sin dormir hecha una piedra

ROQUE ¡Sacarla de un tirón! ¡Yo que su padre
la cojo por un brazo y á hilar lino
con una rueca. ¡A las mujeres duro!

GUILLÉN Sí; pero cuando alguno se aproxima,
saca un puñal y al pecho se lo asesta.

ROQUE ¡Hola!

GUILLEN Y nos han mandado que ninguno
le diga una palabra.

ROQUE Guillén, vámonos.
Esto va á acabar mal.

GUILLÉN Pero...

ROQUE ¡Que vengas!
(Santiguándose.)
¡Jesús!

GUILLÉN ¿Qué te parece? ¿Aún te figuras
que me harán capitán?

ROQUE ¡Mucho me temo
que dejemos la piel dentro del barco!
¡Tiene el diablo en el cuerpo! ¡Vaya! ¡Sígue-
[me!
(Santiguándose de nuevo al ver hacer un movimiento á Blanca. Los dos desaparecen.)

ESCENA II

BLANCA, soñando

¡Oh! ¡No, padre, atrás! ¡Afuera todos!
¡Viles! ¡No le toquéis! (Despertando.)
¡Jesús! ¡Qué angustia!
¡Nada! Me figuré que otra vez ellos...
¡Sola! Descanso al fin. ¿Cómo no vuelven?
¿Por qué quieren su vida los cobardes?
(Con dolor.)
¡Yo, una pobre mujer; yo contra todos,
(En voz baja.)
lo sabré defender mientras respire!
¡Que no quiero que muera: que en él hallo
lo que no ví jamás, y hacia él me lanza
no sé qué irresistible! ¡En mi memoria
retoñan, al mirarlo, los perdidos
juguetes de mi infancia; los recuerdos
más dulces; las caricias de mi madre;

los ojos de mi Dios, y al par el ansia
de abrazarle me abruma, y hay momentos
en que vida le diera con mis labios:
que él se perdió por mí! Pero... ¡estoy loca!
(Horrorizada de sí misma.)
¡Ni en el claustro por Dios me consumía
este afán que me abrasa! ¡Qué! ¿Quién llega?

ESCENA III

BLANCA y JUAN

JUAN ¡Señora!...
BLANCA ¿Quién?... ¡Oh, Dios!
JUAN Yo, que le traigo
la salvación á Sáid.
BLANCA ¡Traidor! No quiero
veros en mi presencia.
JUAN Yo os lo imploro.
BLANCA ¡Trascendéis á traición! ¡Idos!
JUAN Oidme.
BLANCA Si vendísteis á Dios y ahora vendísteis
á vuestro amo también por rediniros,
¿no os basta ya para lavar la culpa
primera tanto horror? ¿Queréis la sangre
verter aún de Sáid?
JUAN Callad.
BLANCA ¡Vil Judas!
JUAN Yo le quiero salvar: dejadme verle.
BLANCA No: ¡mi padre os envía!
JUAN (Negando.) ¡Oh, no! Os lo juro.
Pero decid, señora: fiel yo al crimen,
¿qué fuera de vosotros? Vuestro cuerpo,
despojo de la saña de esos viles,
ya estaría en el mar: y vuestro padre
y el patrón, todos muertos, ó cautivos,
si el capitán vencía á aquellas fieras,
mientras vos en Argel dábais en vano
vuestras quejas á un Dey embrutecido.
BLANCA ¡No me lo recordéis!... ¡Callad!
JUAN ¡Yo, necio,
que pensé, al rediniros, vuestra dicha
labrar, y de mi Dios por vuestros labios
el perdón obtener!—¡Cuando ella vuelva—
me decía yo,—al claustro que de nuevo

logro abrirle, á Jesús, mientras aliente,
por mí le rogará, y el renegado
podrá ser aun feliz!—¡Y lo era en sueños!

BLANCA (¿Qué hay dentro de mi ser, que sus palabras
me avergüenzan así?)

JUAN ¿Y eso os enoja?
¡Yo que os salvaba y me salvaba á un tiempo!

BLANCA ¡Oh! no, no: proseguid. En lo más hondo
del pecho vuestra voz se clava. ¡Ay, triste!
¡Lo que quiero no sé, ni lo que digo!

JUAN Oidme, pues: cuando anochezca vengo,
y en un papel relato á vuestro padre
que he matado á Sáid por mi venganza,
y que harto de vivir, al mar me arrojo.
Pero no será así: mis vestiduras
cambio con él, y sobre el rostro un tiro
me pego que mi cara desfigure.
Ya ninguno le busca: está salvado:
su cuerpo creen tener, y mi cadáver
suponen en el mar. Entre las sombras
se oculta en tanto Said, y al tocar tierra,
que huya.

BLANCA ¡Si alguien oyese!... ¡Confundida
de escucharos estoy!

JUAN Es que á ese hombre
le quiero yo, señora, como á un padre.
Tiene bajo su costra de fiereza
un alma de oro.

BLANCA ¡Qué placer oiros!

JUAN ¡Silencio! ¡Vienen!

ESCENA IV

BLANCA, JUAN y FERRÁN

FERRÁN ¡Blanca!

BLANCA (Aparte, corriendo al camarote.)
¡Ay de él, si intenta!...

FERRÁN Y bien... ¿qué hacéis aquí?

JUAN Señor, trataba
de convencerla.

FERRÁN Andad. Agradecidos
á lo que hicísteis os estamos todos:
lo demás... sólo á un padre corresponde.

JUAN Bien está. (Volveré; me va la vida.) (Vase.)

ESCENA V

BLANCA y FERRÁN. Aquélla junto á la puerta

FERRÁN (¿Qué hacer por convencerla?) ¡Prima!... [¡Blanca!
(Alto.)
Oyeme, por piedad: ve que tu padre
va á venir otra vez.

BLANCA (Bajando.) ¡Oh, no! Suplícale,
Ferrán, que no se acerque; que no venga.
Juré morir aquí, y en ese cuarto
sólo Dios entrará mientras yo aliente.

FERRÁN Escucha.

BLANCA Sólo Dios.

FERRÁN ¿Estás segura
de que haces lo que debes? ¿No es un rapto
de locura tal vez?

BLANCA No: que yo adoro
como siempre á mi Dios, y por lo mismo
del poder de Satán librarle quiero.
(Con emoción intensa.)

FERRÁN ¿Y los otros que han muerto? ¿Cómo expli- [cas
tu humanidad por uno?

BLANCA Vida y honra
le debo á Sáid, Ferrán.

FERRÁN Tú no le matas.
Harto le defendiste.

BLANCA Te suplico
que venir á mi padre no permitas:
dile, por compasión, que no se acerque,
que me deje morir... yo te lo ruego.

FERRÁN ¿Quién te hubiera á ti dicho hace unos días:
—Un tiempo ha de venir en que la monja—
la monja, sí, pues sólo te faltaba
tomar el velo, y te encontrabas cerca.
—Un tiempo vendrá, pues, en que no á [Cristo
tu vida ofrecerás, sino á Mahoma?
(Blanca se cubre el rostro y llora.)

BLANCA Ferrán, es cierto; pero no te goces
en matarme cien veces. Si tuvieras
entrañas tú, de mí te apiadarías.

FERRÁN — Gran compasión me inspiras, te lo juro.
BLANCA — ¡Señor!...
FERRÁN — Estás al borde de un abismo
cuyo fondo tú misma acaso ignoras.
BLANCA — Y me ahogo, es verdad, y sin embargo,
(Desesperada.)
de él no quiero salir.
FERRÁN — (¡Oh, desgraciada!
Le ama, sí... Pero ya... ¿quién lo deshace?)
(Se queda contemplándola con lástima. Ella se dirige al camarote para seguir velando.)

ESCENA VI

BLANCA, CARLOS, FERRÁN y ROQUE. Este ayuda á bajar algunos escalones á Carlos y desaparece

ROQUE — Por aquí, señor.
CARLOS — Vete. Ahora ya puedo.
(Baja solo lentamente y muy abatido.)
FERRÁN — Tu padre, Blanca: mira. (A ella.)
BLANCA — No, dejadme.
FERRÁN — Si eso no puede ser.
BLANCA — ¡Oh!
CARLOS — (Agarrándole de un brazo.) ¡Ferrán!
FERRÁN — (A Carlos prestándole apoyo.) ¡Calma!
CARLOS — ¿Y mi hija, dónde está, di?
FERRÁN — Serenáos
antes, buen tío.
BLANCA — (Aparte, enternecida por su padre.)
(Y me aborrece... ¡Fuerzas,
fuerzas dadme, Señor! Si yo pudiese...
(Vacilando en acercarse á Carlos.)
Sí: le convenceré.) (Alto.) ¡Padre!
CARLOS — (Abrazándola.) ¡Mi Blanca!
BLANCA — ¡Padre! ¡Padre!
CARLOS — ¡Hija mía!
FERRÁN — (Así, que lloren.
¡Demonio de mujer!)
CARLOS — Que yo te vea
sobre mi corazón. Me habían dicho
que tú me odiabas.
BLANCA — ¿Yo?
CARLOS — Que el alma habías
dado ya á Lucifer.

BLANCA (Horrorizada.) ¡Oh!

CARLOS Y que la esposa
prometida á Jesús, de un miserable,
del mal ladrón retoño, la existencia
defendía.

(Blanca esconde la cabeza en el pecho de Carlos.)

FERRÁN (Esto marcha.)

CARLOS Ellos ignoran
que eres del cielo tú, y ansías que todos
sus enemigos mueran.

FERRÁN (No los dejo.)

(Blanca se aparta resueltamente de su padre.)

CARLOS (Severo.)
¡Blanca! ¡Blanca!

BLANCA (Sin llorar.) Ese quiero que se salve.

FERRÁN (A Carlos, que está á punto de estallar.)
¡Por Dios!

CARLOS ¿Es ella la que habló? ¿Es mi hija?

BLANCA ¡Perdón para él!

CARLOS ¡Aparta! ¡De vergüenza
no sé dónde poner los ojos! ¡Quita!
¡Nada mío eres ya!

BLANCA ¡Señor!

FERRÁN Yo os ruego...

CARLOS No sé por qué has nacido; más valiera
que antes de haberte dado á luz tu madre
te hubiese consumido el fuego.

BLANCA ¡Oh!

FERRÁN ¡Basta!

CARLOS ¡Ferrán! A esa mujer aparta á un lado
y abre aquel camarote.

BLANCA ¡No!

CARLOS Obedece.

BLANCA (Corriendo á la puerta.)
No pasarán.

CARLOS ¿Qué esperas?

FERRÁN Sosegaos.

CARLOS ¡Ferrán!

BLANCA (Aparte á Ferrán.)
La vida me salvó.

FERRÁN Sí, pero...

BLANCA Y aquí dentro una voz me dice á gritos
que no crea á mi padre. Oye tú solo:
yo no quiero morir; más si lo matan,
(Suplicante, pero resuelta.)
me mato.

FERRÁN (¡Calla, calla!)

CARLOS (Llamando desde la escala, después de agitarse por la escena.)
¡Aquí mi gente!

FERRÁN (No nació para el claustro, ya lo dije;
la oprimieron y estalla.)

ESCENA VII

DICHOS, GUILLÉN y dos Soldados

GUILLÉN ¿Nos llamábais?

CARLOS Sí.

FERRÁN (A Guillén y los soldados, sin que Carlos lo oiga.)
Aguardad.

CARLOS Acabemos.

BLANCA (Aterrada.) ¡Ah!

FERRÁN (A Carlos.) Si un paso
les hacéis avanzar, á Blanca muerta
veréis á vuestras plantas. Dad las órdenes.

CARLOS ¿Tú también contra mí? Todos el alma
corrompida tenéis. ¡Yo que á mi imagen
le formé el corazón! ¡Yo que del fango
del mundo la saqué sin que las alas
se manchase jamás! ¿En qué ofenderte
pude, mi Dios, que tanto me castigas?

FERRÁN ¿La juzgásteis ya vuestra porque el claustro
la guardó? ¡Qué locura! Le quitásteis
el agua, no la sed; y ahora sus labios
sienten la fuente y se abren. ¡Si es la vida!

CARLOS ¿Qué dices?

FERRÁN (Sin que lo oiga Blanca.)
Para el claustro modelada
su alma no fué, y el día en que el capullo
se trueca en flor, absorbe su perfume
la luz primera que sus hojas baña.
(Por el corazón y sin que Blanca le oiga.)
Lo vi con estos ojos que no mienten:
ama á Sáid.

CARLOS ¿Qué? ¡Imposible!
(Cogiendo á Blanca por un brazo y trayéndola al medio de la escena.

BLANCA ¡Oh!

FERRÁN Sí.

CARLOS (*Con enojo, haciéndola caer de rodillas.*)
¡Arrodíllate!
¡Júrame que tú no amas á aquel hombre!
¡Júralo! Di.

BLANCA Yo, padre, no sé nada.

FERRÁN (¡Desdichada!)

BLANCA ¡Perdón!

CARLOS (*Sacudiéndola el brazo convulsivamente.*)
¡Júralo! ¡Júralo!

BLANCA ¿Cómo explicar, señor, lo que en mí siento,
si yo misma lo ignoro?

CARLOS ¿Qué?

BLANCA La celda
veo huir ante mí; querer ansío
volverla á recobrar y... no lo quiero.
Si se cierran mis ojos, veo á ese hombre;
los abro, y pienso en él, y no me espanto.
(*Incorporándose en su exaltación. Carlos huye al otro extremo por no oirla.*)
Me digo:—Es un pecado; tú lo sabes.—
Y no obstante, una voz que mi sér llena
para dejarse oir, se alza gritando:
—No hay duda, es un pecado, pero peca.—
Y ni al infierno temo, pues me forjo
que cuando el cielo me abran, en mis brazos
le llevaré, apoyada su cabeza
sobre mis puros hábitos, á gritos
pidiendo su perdón al pie del trono
del que todo lo puede, y si lo niega,
me volveré con él, y de rodillas
en las puertas del cielo, hasta lograrlo,
se lo estaré pidiendo un día y otro,
y al fin me escuchará, que El no dintingue:
no es sólo padre nuestro, lo es de todos.

FERRÁN (*Espantado de lo que ha oído.*)
¡Calla, calla!

CARLOS ¿Qué ha dicho? ¡Oh, sacrilegio!
¡Me la ha hechizo el vil! ¡Su encanto rompe,
Señor! ¡Haz tú justicia! ¡Que el castigo
venga de ti!

FERRÁN ¿Qué os proponéis?

CARLOS Soldados:
en el nombre de Dios, mando que al punto
me abráis aquella puerta.
(*Los soldados vacilan á una indicación de Ferrán.*)

BLANCA ¡Ah!

CARLOS (A Blanca.) ¡Te maldigo
como muevas un pie para evitarlo!
Aquí soy yo tu rey, tu Dios, tu padre.
¡Avanzad!

BLANCA (Poniéndose delante de la puerta con los brazos extendidos.)
¡No!

CARLOS ¡Avanzad!
(Los soldados se disponen.)

BLANCA ¡Sobre mi cuerpo!
(En el momento en que los soldados van á ejecutar la orden, la puerta se abre dando paso á Sáid.)

ESCENA VIII

DICHOS y SÁID. Esta, sereno; Guillén y los soldados se apartan á instigación de Ferrán, que los vigila durante el curso de la escena

SAID ¡Deteneos!

BLANCA ¡Ah!

CARLOS (Al cielo.) !Gracias!

FERRÁN (Aparte á Guillén.) (Tú, obedéceme
y serás capitán.)

GUILLÉN Corriente.

FERRÁN (A un lado.
No te muevas si yo no te lo ordeno.)
(Guillén y los soldados se retiran al pie de la escala.)

SAID Esta y esta también; todas, tomadlas.
(Despojándose de sus armas, que arroja en el suelo.)

CARLOS ¡Atadle!
(Los soldados miran á Ferrán y no se mueven.)

FERRÁN (Aparte á Carlos.)
(Ya que es nuestro, sed más cauto:
¡Blanca oculta un puñal!)

CARLOS Haz que lo entregue.

FERRÁN No es fácil.

SAID (Con tristeza.)
¿Qué aguardáis? Ved. Ni una hoja
de acero hay sobre mí. Solo estoy, solo.

CARLOS (Instando á que quite el arma á su hija.)
¡Ferrán!

FERRÁN (A Blanca.) Cede. El se entrega.

BLANCA (Mostrando el puñal.) Pues prendedlo.

SAID Yo soy el Arraez; el que mandaba
no hace mucho esta nave; el que echó á pique

vuestro barco: aun se ve sangre en mis ropas
de los bravos que allí la defendían.
¿Por qué, pues, no venís, si yo me rindo?
Las manos sujetadme; os las entrego.
¿Qué, os detenéis? ¿Bogáis con rumbo á Es-
[paña
y todavía aliento? ¡Qué vergüenza!
Descuartizad mi cuerpo, y en el tope
colocad mi cabeza del trinquete:
que pueda yo mirar desde su altura
cómo los tiburones disputándose
van, girón á girón, mi carne odiada:
que os vea entrar en Barcelona, al viento
desplegadas las velas, y al corsario
maldiciendo con gritos de alegría.
(Se oyen los sollozos de Blanca.)
Yo siguiéndoos iré con la mirada
hasta no poder más, porque los cuervos
me arranquen ya los ojos. ¡Amarradme!
¡Blanca, Blanca! ¡Por qué te he conocido!)
(Carlos va á acometer á Sáid y se detiene: quiere mandar que le prendan y le paraliza la actitud de Blanca.)

CARLOS ¿Y que esto oiga con calma? ¡Calla, que eres
hipócrita y ruin y miserable!
¡Que te entregas, nos dices, porque encuen-
[tras,
cobarde, en ella un freno que nos para,
(Por el puñal.)
y nos befas, te burlas de nosotros!
(Sáid trueca su serenidad en rabia.)

SAID ¡Qué escucho! ¡Ira de Alá! ¡Mi sangre hierve:
aún me quedan las uñas: todavía
me puedo defender como una fiera.
(Tropieza con la mirada de Blanca y se rinde al influjo del amor.)
No hagáis caso, mentí: tomad m vida.

BLANCA (¡Tiemblo!)

SAID ¡Ferrán, lo pido con el alma!
(Con vehemencia.)
Yo quiero que me maten.

CARLOS ¡Dios te abisme!

SAID ¿No me creen?

CARLOS Que el puñal ella te entregue...

SAID (Dándose cuenta de la situación.)
Todo lo entiendo ya. (Con dulzura.)
¡Señora! ¡Blanca!

BLANCA ¡Oh, no!

SAID Soy yo: un mendigo que la diestra
os tiende suplicante. Por limosna
dadme vuestro puñal.

BLANCA ¡No!

SAID Permitidme
que por vos muera.

BLANCA ¡Viles! ¡Monstruos! Habla,
le oyen, y el corazón, como una roca,
ni se conmueve en ellos, ni vacila.

CARLOS Ferrán: ¿y que esto escuche? ¿También ella
será fuerza que á Dios la sacrifique?

SAID Cúmplase mi destino. ¿Quién defiende
á un jefe de piratas que la nave
les echa á fondo, y roba, y á venderlos
á Argel se los llevaba, para hacerse
con un puñado de oro? ¿Y vos, señora,
dabais por él la vida? ¡Él, que reniega
del Dios en quien creeis! Soy una víbora
que odio á todos, y á vos más aún que á
[todos:
¡y os llevara yo mismo por mis manos
á vender al bazar si fueseis mía!

FERRÁN (A Carlos con admiración.)
¡Tiene gran corazón!

CARLOS ¿Tú también?

BLANCA ¡Padre:
mirad, está llorando!

SAID ¿Yo? (¡Traidoras!)
(Por las lágrimas. Enjugándose los ojos, avergonzado
de su debilidad.)

BLANCA ¡Oh! No escondáis la cara: que á esos hom-
bres
ablande vuestro llanto; Ferrán, mira:
sólo las fieras al vencido acosan.
¿No hay aquí más que tigres?

CARLOS (Como loco.) ¡Oh! ¡Soldados,
justicia con los dos haced!

FERRÁN (¡Delira!)
(A los soldados.)
¡Quietos todos!

CARLOS Qué... ¿tú?

FERRÁN Yo le defiendo.
No puedo más, señor: el alma tiene
más noble que nosotros.

CARLOS ¡Ah, cobardes!

¡Partidle el corazón! ¿No? ¡Bien! Yo mismo...
(Avanza para herir á Sáid, y al mismo tiempo le da un desvanecimiento y cae en brazos de Ferrán. Guillén acude á sostenerle.)

TODOS ¡Ah!

BLANCA ¡Padre!

SAID (¿Dónde estoy?)

FERRÁN (La emoción; nada.
Que respire aire puro. Salid todos.
¡A ti, Blanca, por Dios, que no te vea!
(Se llevan á Carlos á cubierta entre Ferrán y Guillén; los soldados le siguen.)

ESCENA IX

BLANCA y SAID

BLANCA (¡No puedo más!)

SAID (Alá, te lo suplico;
un mundo dame que á sus pies yo ponga)

BLANCA (¡Es tanto padecer morir cien veces!)

SAID (Sí, sí; yo quiero hablar antes que vuelvan.)
Señora, Blanca: perdonadme: os miro
sobre todas las casas de este mundo.
Vos no nacísteis para mí en la tierra
como nacen los seres: los espacios
de que habéis descendido, son aquellos
que engendraron los sueños de mi infancia.
Al veros, al sentiros, con el aire
que movéis al pasar, toda mi vida,
mi sér, cuerpo y espíritu despiertan,
y que viven y mueren á par siento.
Y entre placer y pena, afán y angustias,
el aliento que dais busco y aspiro,
y en él me anego revolcando el alma.
Y en ola formidable—como aquellas
que del fondo del mar sacan las rocas
para lanzarlas contra el sol, la luna
y las estrellas—siento que una masa
de sangre, de suspiros y de besos,
rugidos de salvaje, ayes de gozo
y lágrimas, y quejas, y armonías
que arrancan al subir trozos de entrañas,
á mis labios acuden y aquí rompen
para deciros, Blanca, que yo os amo

aun más que vuestro Dios ama á sus án-
[geles;
más, mucho más que á sus hurís Mahoma;
más, en fin, que ama cuanto ser alienta;
cuanto ha existido ya y existir puede,
espíritu ó mortal en cielo y tierra.

BLANCA (Cubriéndose el rostro con rubor.)
¡Dios mío!

SAID ¿La ofendí? ¡Lengua traidora!

BLANCA ¡Oh! no, no: quiero oiros, quiero oiros:
pero dejad que cubra vuestro rostro.
(Tapándole la cara con las manos.)

SAID ¡Y vos me perdonáis! ¡A mí!

BLANCA (Creyendo oir ruido.) ¡Son ellos!

SAID No: no viene la muerte todavía.

BLANCA ¿La muerte? Sí; se acerca.

SAID Serenaos.

BLANCA Venid, que os quiero ver; ya no me espanta
la claridad. ¿Quién sois? Dejad que os mire
hasta el fondo del alma por los ojos.
¿Quién sois? Hablad. ¿Qué día os vi y me
[visteis?
¿Cuándo eso que decís me lo habéis dicho,
que yo lo escuché ya de vuestros labios?
Antes de nacer, antes de esta vida,
ya amoroso, cual hoy, tal vez me hablábais.
No; no apartéis los ojos; quiero veros
por el tiempo, señor, que no os he visto.
¡Infeliz! Execrado, aborrecido
del mundo, y solo en él, ¡cuánta amargura
vuestra alma habrá apurado; allí metida,
dentro del pecho, en lucha con las ansias
de volar cual la mía, y siempre, siempre
entre rejas rompiéndose las alas!
Mas no quiero que os maten, mi existencia
está en la vuestra ya. Si en vez de flores,
sierpes nos ligan, Sáid, ¿qué nos importa?
Benditas esas sierpes que nos unen.

SAID ¡Qué tarde habéis llegado! De la vida
crucé el camino solo, y os encuentro
ya en el término de él, junto á una tumba.

BLANCA No; no habléis de morir cuando parece
que por todo mi ser la vida brota.
Yo no os quiero perder. ¡Dios mío! ¡Sál-
[vanos!

SAID ¡Ira de Alá! Que vuelvan, los espero;

yo su pecho abriré; yo sus entrañas
estamparé en los muros. ¡Tigres! ¡Rezan
teniendo de odio el corazón repleto!
¡Basta de humillación, que vengan todos!
Matando moriré, ¡me ahoga la sangre!

BLANCA (Dulcificando su enojo.)
¡Sáid!

SAID (Transición brusca.)
¡Blanca, perdón; soy vuestro esclavo,
la paloma que humilde os obedece!
¿Queréis verme á los pies de vuestro padre?
¿Besar la tierra que sus plantas pise?

BLANCA De él no me separéis. ¡Señor, salvadlo!

SAID No es posible; en el mundo en que vivimos
formáis el cielo vos, yo soy el agua.
(Llevándola á la porta.)
Y aquí, ved, no se juntan; sólo se unen
allá, en el horizonte que se apaga.

ESCENA X

BLANCA, SAID y FERRÁN

BLANCA ¡Ya vienen! ¡Ah!

FERRÁN (Bajando rápidamente.) Soy yo.

BLANCA (Queriendo hacerle retroceder.) ¡No!

FERRÁN Blanca, escucha.
Y vos: vengo á salvaros.

SAID No á mí, á ella.
El morir no me importa. ¿A qué la vida?

BLANCA ¡Ferrán!

FERRÁN (Aparte á ella.) No digas nada, lo sé todo.
Tu dicha está sobre mi amor de niño.
Tú le amas, él es bueno; acaso puedas
regenerarle aún. Yo muy gustoso
por ti me sacrifico... y en fin, quiero
salvarle, y se acabó.

BLANCA ¡Gracias, oh, gracias!

FERRÁN Tu padre ansía su muerte; pero todo
previsto está. Sáid, en esta nave
me obedecen algunos todavía.
Ya hice arriar un bote por la popa;
es de noche, está el cielo encapotado;
yo, desde arriba, impediré que vuelvan.
Vos, sin perder momento, por la porta

os descolgáis, y al agua. Ya en el bote,
desamarrad el cabo, mano al remo,
y en Argel con el alba. (A Blanca.) Tú no
[temas,
que te ama Sáid y volverá á buscarte.

BLANCA Pero...

FERRÁN Van á venir. ¡Pronto! (A Blanca.) ¡A Dios
[pide
que no salga la luna! ¡Andad!

SAID (Conmovido.) ¡Los brazos
no me neguéis, señor!

FERRÁN (Abrazándole.) ¡Ellos y el alma!

BLANCA ¡Ferrán!

SAID Gracias.

FERRÁN Adiós. (Aparte, al irse.)
(¡No estoy llorando!)

ESCENA XI

BLANCA y SAID. Toda esta escena rápida

BLANCA Huid, Sáid.

SAID ¿Huir?

BLANCA Esa ventana
da á la vida, ¡salvaos!

SAID ¡Ah! ¡Dejadme
que muera junto á vos; que un hilo bese
de vuestras ropas al cerrar los ojos!
Dadme el puñal; sin vos también, señora,
moriré solo y lejos de tristeza.

BLANCA No; quiero que viváis. ¿No oís? Lo quiero.
Confío en vos, Sáid, y á todas horas
os estaré esperando. (Creyendo oir ruido.)
Huid.

SAID ¿Vos, Blanca,
me lo ordenáis?

BLANCA (Siempre temerosa.) Sí; pronto.

SAID Os obedezco.
Yo iré hasta el corazón de vuestra España
si es fuerza, de rodillas, á buscaros
para ser vuestro y por doquier seguiros
con el culto de un niño por su madre.

BLANCA (Rompiendo á llorar.)
¡Idos, por caridad!

SAID ¡Bajel que fuiste

mi orgullo y mi ambición, jaula de fiera,
carcoma de mi ser embrutecido,
guárdame á esta mujer, sé tú su templo!

BLANCA ¡Pero me hacéis morir!

SAID ¡Sea!

BLANCA ¡Adiós!

SAID ¡Blanca!
¡vuestra mano!

BLANCA ¡Sáid!

SAID (Besándosela.) ¡La que quería
matarme y me ha salvado!

BLANCA ¡Es vuestra, vuestra!

SAID ¡Ese puñal al agua! Tiemblo al verlo
sobre vos.

BLANCA (Arrojándolo por la porta.)
Ya está. ¡Pronto!

SAID ¡Si me arrancan
la vida!

BLANCA ¿Volveréis?

SAID Sí; yo os lo juro,
hasta vendrá, si muero, mi cadáver.

BLANCA ¡Adiós!

SAID ¡Adiós!

BLANCA Llamadme de la tierra,
del mar, del paraíso ó del abismo.
Yo os seguiré gritando: ¡Vuestra! ¡Vuestra!
(Se oye rumor en lo alto de la escala y se separan.)

SAID (Desde la porta, en voz baja.)
Hasta mañana.

BLANCA (También muy quedo.)
¡Adiós!

SAID ¡Blanca!
(Volviendo precipitadamente y besándola en la boca.)

BLANCA ¡Sáid!

SAID (Otra vez en la porta.) ¡Blanca!

ESCENA XII

DICHOS y CARLOS; luego FERRÁN, JUAN, GUILLÉN y ROQUE. Soldados y marineros. Sáid se ha cogido á la cuerda y se halla fuera de la porta. Carlos ha bajado un solo escalón y se detiene

CARLOS ¿En dónde está ese vil?

BLANCA Vuelven, no hay tiempo,

CARLOS ¡Morirá!

(Sale la luna é ilumina de lleno á Sáid, que aun deja ver medio cuerpo por la porta.)

BLANCA ¡Padre!

CARLOS ¡Quita! ¡Yo le mato!

(Carlos baja otro escalón y dispara sobre Sáid en el momento en que Blanca, conociendo la intención de su padre, se pone delante para resguardarlo con su cuerpo, y recibe la bala, cayendo herida.)

BLANCA ¡Ah!

SAID ¡Es ella á quien matáis!

(Volviendo á subir para impedir que caiga Blanca, á quien recoge en sus brazos y no abandona hasta que los dos desaparecen.)

BLANCA ¡Ah, padre!

CARLOS ¡Blanca!

FERRÁN ¡Qué horror!

(Apareciendo con los otros al pie de la escala.)

SAID ¿La abandonáis?... ¡La tomo! ¡Es mía!

CARLOS (Llegando al medio de la escena con los demás.)

¡Hija!

SAID (Asiéndola convulsivamente.)

¡Abrázame, esposa; á morir juntos!

¡Al mar!

BLANCA ¡Al cielo!

(Se arrojan al mar abrazados; Carlos cae de rodillas, Ferrán corre á mirar por la porta.)

FERRÁN ¡Al fondo!

CARLOS ¡Oh, Dios!

FERRÁN ¡Ni rastro!

(Volviendo á la escena sobrecogido de espanto. Telón rápido.)

FIN DE LA TRAGEDIA

MARÍA-ROSA

MARÍA-ROSA

DRAMA TRÁGICO DE COSTUMBRES POPULARES

en tres actos y en prosa

ESCRITO EN CATALÁN POR

ANGEL GUIMERÁ

Y TRADUCIDO AL CASTELLANO POR

JOSÉ ECHEGARAY

Estrenado en el TEATRO DE LA PRINCESA la noche del 24 de Noviembre de 1894

TERCERA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1914

A LA EMINENTE ACTRIZ

Señorita Guerrero

Interpretando los deseos del ilustre autor del drama, y cumpliendo por mi cuenta un deber ineludible de justicia, tengo la honra de dedicar á usted esta traducción, en que tantas maravillas de genio y de inspiración trágica ha realizado, elevándose una vez más, y quizás más que nunca, á las sublimes alturas del arte.

Su respetuoso admirador,

J. Echegaray.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
MARÍA-ROSA................	SRTA.	GUERRERO.
TOMASA....................	SRA.	DOMÍNGUEZ.
RAMÓN.....................	SR.	CALVO (D. Ricardo).
QUIRICO...................		CARSÍ.
SALVADOR..................		DÍAZ DE MENDOZA.
CHEPA.....................		GUERRA.
COLÁS.....................		DÍAZ.
CHICOTE...................		MENDIGUCHÍA.

Advertencia.—El lenguaje que se hable en este drama, ha de ser el lenguaje *rudo* é *incorrecto* del pueblo bajo. Sin embargo, casi todas las palabras se han escrito correctamente, para no forzar la *espontaneidad* de los actores, los cuales, suprimiendo ó cambiando letras y acentos, darán al diálogo el *tono* y la forma que crean más propios. Véase, sin embargo, el vocabulario del final.



ACTO PRIMERO

La escena corta, limitada al fondo por un desmonte. Transversalmente un camino. A la izquierda del actor, rocas y árboles; á la derecha, la puerta de una casa pobrísima. Tapias, etc. Horas de la mañana.

ESCENA PRIMERA

CHEPA y SALVADOR

Chepa, avivando un fuego que está en medio de la escena, ó, si estorba en medio, á un lado. Salvador, sentado en una piedra, en primer término. En el fuego hierve una olla pequeña. En el suelo, dos ó tres platos y un barril de vino, etc.

CHEPA Ya me figuro, ya, que no habrás comido ayer; se te conoce en la cara. Los holgazanes como tú debían morirse de hambre hasta que no quedase ni uno. (Pequeña pausa.) Mira, hombre, nos repartiremos la sopa.

SAL. ¿Qué crees tú, que me daran trabajo en la carretera?

CHEPA No sé; yo creo que sí. El capataz vendrá á pagarnos dentro de poco la quincena, y le hablaré y veremos, y mucho será que no te dé trabajo. Y como te lo dé, ya tienes para unos cuantos años, porque la carretera esta ¿qué sé yo á dónde va? No acaba nunca.

SAL. Es que yo tengo mala sombra.

CHEPA Lo que tú tienes es mucha holgazanería. Ea, ¿de dónde venías ahora?

SAL. Del hospital. Ya es venir, ¿eh?

CHEPA ¿Y qué tuviste?

SAL. Pues dicen que tifus. Es malo el tifus, ¿verdad? Yo, por poco, me muero.

CHEPA ¿Y á dónde ibas?

SAL. A buscar trabajo.

CHEPA ¿A buscar trabajo, haciendo el gandul entretanto?

SAL. Si me has de maltratar, no quiero sopas; cómetelas tú. (Levantándose ofendido, y queriendo marcharse.)

CHEPA ¡A sentarte, mal genio! Yo digo lo que digo, porque lo digo. Un mozo más sano que una manzana y más fuerte que un roble, ¡pidiendo limosna! Ahí, á reventar en la carretera; ¡toma ya!

SAL. (Enfadado y casi llorando.) Es la primera vez que pido limosna. Pero no como desde el viernes, y me dió mucha hambre. Y entre morirme de hambre y pedir, es claro, pedí, que el pedir no es robar.

CHEPA (Aparte.) (¡Pobre chico!) Oye, trae más leña. (Salvador sale limpiándose los ojos con la manga. Chepa revuelve las sopas.)

SAL. Bueno, leña. Eso es lo que me dan á mí siempre; leña. (Sale Salvador.)

CHEPA Por este tiempo, mi rapaz, si viviera, vendría á ser como ese de fuerte y de grande.

SAL. (Con un brazal de ramas.) ¿Hay bastante?

CHEPA ¿A dónde vas con eso? (Salvador lo echa al fuego.) Es mucho, hombre, es mucho.

SAL. Así hervirán las sopas más pronto.

CHEPA Pues trae el plato, y estén como estén, nos las comemos.

SAL. (Queriendo disimular el hambre.) No, yo, por esperar, ya esperaré. (A pesar de lo que dice le da el plato.)

CHEPA ¿Sí? Pues bueno. (Va á poner el plato á un lado sin llenarlo.)

SAL. (Rápido y ansioso.) ¡O si no, echa! ¿Qué más da?

CHEPA ¡Toma, y hártate, tragón! (Llenándole el plato. Salvador lo coge con ansia, y come muy deprisa.) Poco á poco, que te atragantas; que no te van

á sentar bien. (Mirándole.) Espera, hombre, espera; echa un trago, que se deslían las sopas. (Cogiéndole el brazo y dándole la bota.)

SAL. ¡Venga! (Bebiendo á la catalana.) ¡Y gracias!

CHEPA ¿Cómo te llamas?

SAL. Salvador. ¿Y tú?

CHEPA ¿Yo? Yo me llamo Antonio, propiamente Antonio... Sino que todo el mundo me llama *Chepa*.

SAL. (Mirándole.) Pues no sé por qué. ¡Pues si parece que te han cepillado la espalda!

CHEPA Te diré. Yo tenía un hijo, y ese sí que tenía chepa de verdad. (Se sirve sopas por primera vez.) Y como yo me enfadaba cuando oía decir «¡el chepa! ¡el chepa!» por darme más rabia me llamaban «¡el padre del chepa, el padre del chepa!» Conque mi pobre chico se murió. Y mira tú, ahora... ahora... ahora me gusta que me lo digan... «¡El chepa, el chepa!»

SAL. ¡Ya, ya! (Sin cesar de comer.)

CHEPA ¡Toma, cómetelas todas. (Dándole la olla.)

ESCENA II

DICHOS; TOMASA y QUIRICO; los dos últimos llegan por el fondo disputando

TOM. ¡No dices cosa que no agravie, mala sangre!

QUIR. Como que sí que lo eres; como que lo digo, como que eres vieja.

TOM. Como tú, los cuarenta.

QUIR. Un hombre no es viejo nunca, porque siempre es un hombre. Pero vosotras en seguida sois viejas.

TOM. ¡Embustero!

QUIR. Mira que *te confirmo*, y eso que ya te pasó la edad de la confirmación. (Levantando la mano.)

TOM. ¡Atrévete! (Se quedan frente á frente como dos gallos.

QUIR. ¡Mira que me atrevo!

TOM. ¡Pillo! ¡Retepillo!

QUIR. ¡Ya te la has ganado; la confirmación! (Dándole una bofetada á Tomasa.)

TOM. ¡Bestia, bestiaza, manos largas!

SAL. (Poniéndose en medio, se acerca al ver que se pelean.) ¡No hay que pelearse!

TOM. ¡Pues que pase! (Le da otra bofetada á Salvador.)

CHEPA (Acercándose al grupo.) Haya paz, que no es cosa de tener un disgusto. (Los tres, Tomasa, Quirico y Salvador, están muy encrespados.)

SAL. ¿Pues por qué me han pegado á mí? (Chepa se ríe.)

TOM. ¿Pues por qué te metes tú?

SAL. ¡Con buena intención lo hice! ¡Lo hice porque os estábais peleando!

QUIR. ¿Y á tí qué te importa?

TOM. Nos peleamos porque nos da la gana, que para eso nos hemos casado.

QUIR. Justo, para eso. ¡Canastos con el hombre!

CHEPA No hay que desazonarse, que todo se reduce á dos bofetones más ó menos.

SAL. Sí... pero yo... ¡Caramba con la mujer! (se retira á un lado.)

QUIR. (A Chepa.) ¿Quién es ese muchacho?

CHEPA Uno que ha venido, que quiere trabajar en la carretera. (Tomasa y Quirico se han quedado muy tranquilos.)

QUIR. Pues como le den trabajo ya verá lo que es reventarse. ¿Verdad, Tomasa?

TOM. Que se meta, que se meta en la faena y antes de dos meses ha mudado el pellejo. ¿Verdad, Quirico?

SAL. El de la cara me parece que le voy á mudar antes.

CHEPA (A Salvador.) Déjalos que digan, ¿á tí qué?

QUIR. Oye, Chepa, ¿has visto á mi hermana?

TOM. Déjala estar á la María-Rosa.

CHEPA Lavando la vimos en la riera y por su lado pasamos; pero ni nos devolvió los buenos días.

SAL. Yo me pensé que era sorda.

QUIR. No es sorda. ¡Es que a la pobre la pasan unas cosas! ¿Verdad, Tomasa?

TOM. A ella no. A su marido.

QUIR. Todo es uno. Vamos á ver, si á mí me cogiesen y me llevase á Ceuta como al pobre Andrés, tú, ¿qué harías?

TOM. ¿Yo? Pues encomendarte á Dios y campaneármelas por mi cuenta!

QUIR. La lengua es la que te campanea á tí. Y la voy á tocar á rebato.

TOM. ¿A quién vas á tocar tú, poca vergüenza?

QUIR. ¡A ti! (Vuelven á reñir.)

CHEPA Anda, sepáralos. (A Salvador.)

SAL. ¡Que los separe quien los juntó!

TOM. ¿Si te crees que yo me asusto? Aquí te espero.

QUIR. Espera sentada. (La da un empujón y se cae al suelo ó sobre las rocas.) *¡Miráila, miráila!* ¡Parece una rana! (Se echa á reir; todos se rien, y Tomasa también.)

TOM. Hombre, que me has hecho reir con eso *de la rana*. No me lo digas más que me da algo. (Todos se ríen, y Tomasa se levanta riendo.) Lo que antes te dije fué broma. ¡Un hombre y no más!

QUIR. Como yo. Mujer, *una*. Y es bastante.

CHEPA Pero del marido de la María-Rosa, ¿qué tenemos?

QUIR. Pues desde que se lo llevaron á Ceuta... no tenemos nada. Y mira tú, era buen chico, ¿no es verdad, Tomasa?

TOM. ¿Si lo era? Sí. Andrés lo era. ¡El y la María-Rosa hacían una pareja de rechupete! ¿Te acuerdas el día de la boda, Quirico? Me parece que lo estoy viendo. Eran la alegría y el rumbo agarrados por la mano. ¿Verdad, Quirico?

QUIR. ¡Mucho, mucho! ¿Sabes tú quien sepa quizás algo de Andrés? (A Chepa.)

CHEPA ¿Quién?

QUIR. Pues Ramón.

CHEPA Ramón... sí, Ramón... (Con cierto disgusto.)

QUIR. Lo digo porque Ramón fué á la Villa y puede que de ella traiga noticias.

CHEPA Sí; ya sé que mandó escribir á Ceuta.

QUIR. Como que era el mejor amigo de Andrés.

CHEPA ¡El mejor amigo!... ¡el mejor amigo! (Canturreando.)

QUIR. Ya lo cantarás eso en la misa... en la misa cantada.

CHEPA Y en todas partes lo canto yo. Lo que quisiera Ramón es que ya se hubiese muerto Andrés, para casarse con la María-Rosa. Y el que no vea esto, es que está ciego.

QUIR. ¡Qué cosas dices!
TOM. Vaya una ganga que se llevaba Ramón... Buena chica... claro que lo es. Pero como mujer, ¿para qué sirve?
QUIR. Más te valía parecerte á ella.
TOM. Me callo, porque al fin es tu sangre. ¿Pero á que no coge una espuerta llena de tierra como yo?
CHEPA Porque ella es otra clase de mujer.
QUIR. Eso... eso... eso mismo.
TOM. Ya lo sabemos. Que una maestra la tuvo de pasanta: y que si no se hubiese muerto la maestra, la María-Rosa sería maestra también. Y que es avispada, eso se ve. Pero en la espuerta no se recogen letras, sino terrones: y para eso no sirve.
QUIR. Es que tú tienes mucha malicia contra la pobre María-Rosa.
TOM. Que trabaje. Que trabaje hasta que se mate, como trabajo yo.
QUIR. Ya trabaja: trabaja todo lo que puede. Ahora mismo está lavando en el torrente toda la ropa de la brigada. Y mientras, tú estás charlando aquí como una cotorra.
TOM. ¿A quién has dicho tú cotorra, loro viejo?

ESCENA III

DICHOS y RAMON

Durante la escena anterior, Salvador ha avivado el fuego y ha puesto la olla á calentar, después de llenarla de agua. Llega Ramón á punto de pelearse otra vez Tomasa y Quirico

CHEPA Vamos, no reñir tanto. Aquí está Ramón. (Poniendo paz.)
RAM. ¿Ya reñíais?
TOM. Chico, esto hace engordar.
QUIR. Y no se entría la sangre. ¿Conque qué hay de Andrés?
RAM. A eso fuí á la Villa. Como que está en Ceuta también uno de casa del Bastero, porque en Ceuta hay gente muy principal, yo dije,

ya que Andrés no escribe, puede que el Bastero sepa algo.

TOM. ¿Y qué?

RAM. ¡Pobre chico!

CHEPA ¿Quién?

RAM. Andrés, ¿quién ha de ser?

QUIR. ¿Pues qué le pasa? (Ramón mueve la cabeza sin responder, como no atreviéndose á dar las noticias que trae.)

SAL. (A Chepa.) ¿Si hiciésemos unas sopas? ¿qué te parece?

CHEPA Hazlas para tí. (Saca pan del zurrón y se lo da. Salvador corta el pan, pero mira de reojo á Chepa, y al ver que está distraído oyendo á Ramón, en vez de echarlo en la olla se lo come crudo.)

TOM. ¡Pero hombre, revienta!

RAM. Es que no me gusta dar malas noticias.

QUIR. Atiende á que es mi cuñado.

RAM. En casa del Bastero han tenido carta del suyo. Y el suyo está bueno y rollizo, pero escribe que Andrés, como es tan terco, se ha emperrado en que está enfermo. Y ni quiere comer, y se emperra en que ha de morirse. Esto... vamos... esto parte el corazón.

TOM. Y tanto como que lo parte.

QUIR. Pobre María-Rosa. ¿Verdad, Tomasa?

RAM. A la María-Rosa no hay que decirla nada. ¿Para qué? ¿para que se tome un disgusto?

QUIR. (A Tomasa.) Ya lo oyes, ni una palabra.

TOM. Eso, alla tú Que yo me coso la lengua.

RAM. Si yo pudiera, en el lugar de Andrés me ponía, para que él volviese al lado de su María-Rosa.

CHEPA ¿Estás seguro? ¿Eso harías?

RAM. Como te lo digo, Chepa.

QUIR. Mentira parece que Andrés haya tenido esa *mala hora*.

TOM. Tenía muy mal genio. Un día por poco me mata; ¿y por qué? Porque le clavé una bofetada á una criatura. Pero nada: se quedó tan fresca.

SAL. Se quedaría tan fresca como yo antes.

QUIR. Vaya, os digo que hasta que sucedió aquello del capataz, yo pensé que Andrés era un hombre como nosotros.

RAM. (Apartándose del grupo y hablando medio vuelto de espaldas.) Eso parecía. Y ahora lo que tiene es que hizo el mal que hizo, y la pena se lo come vivo.

TOM. Como que el capataz era un hombre de bien. Yo le ví al otro día tendido en mitad de la carretera en un charco de sangre. Y desde entonces, en cuanto tengo pesadilla, le veo en el charco rojo. Dios le tenga en su gloria, que en jamás había hecho daño á nadie.

RAM. (Impresionado profundamente.) Basta de penas. ¡Ea! á otra cosa. ¿Pues qué no nos pagan hoy? ¡Chepa, estoy más alegre! (Exagerando su alegría para disimular.)

CHEPA ¿Pues no decías ahora mismo que estabas triste por lo de Andrés?

RAM. ¡Bueno, hombre! Unas veces está uno triste; otras veces está uno alegre... Mira, me he feriado esta faja. (Quirico y Tomasa disputan á media voz.)

TOM. (A Quirico disputando.) ¡Te digo que no! ¡Si me acordaré yo! Oye, Ramón. (Volviéndose hacia él.) ¿Verdad que el capataz estaba ya muerto del todo cuando le encontraron?

QUIR. ¿Tú qué sabes? (A Tomasa.) ¿Verdad que aún respiraba? (Volviéndose hacia Ramón.)

RAM. (Sigue hablando con Chepa, pero la voz se le pone ronca. Ya se conoce que oye las preguntas, sino que se hace el distraído.) Me ha costado, me ha costado, pues me ha costado cuatro pesetas menos cuatro cuartos.

CHEPA Un duro hubiera dicho yo.

TOM. (Insistiendo en la pregunta.) Escucha, ¿no es verdaz que el capataz?...

QUIR. ¿Verdad que no?

RAM. ¡Ea!... ¡pesados estáis! ¡retepesados!

CHEPA ¿Te sabe mal que te hablen de Andrés?

RAM. ¿A mí? Como éramos tan amigos, es natural.

CHEPA Por eso lo digo; *por mor* de la pena. El, allá la suya... y tú... la que sientes.

RAM. (Aparte.) (¡Vaya un modo de mirar! ¡parece un señor juez!)

TOM. (A Ramón.) Es que quisiéramos que nos contaras lo que sucedió, y cómo sucedió. ¿Verdad, Quirico?

QUIR. (A Ramón.) Bien dices, Tomasa. Porque, oye tú. Cuando ocurrió la desgracia, tú y Andrés y la María-Rosa trabajábais en la tercera brigada, que no era la nuestra. Y por eso...

RAM. (Interrumpiendo con mucho calor.) Trabajábamos más de treinta; no estábamos solos los tres. No parece sino que quieres decir que estábamos los tres solos. Hay que decir las cosas como son.

QUIR. ¡Bueno; más de treinta! Pero ésta y yo no estábamos...

TOM. Y por eso queríamos que tú nos contases...

RAM. Ya os lo habrá contado la María-Rosa.

QUIR. ¡Cá! Cuando se habla de aquel caso, se echa á llorar, y no se saca más en claro que el agua clara de sus ojos.

RAM. Y ya, ¿qué importa? La cosa resultó cierta y probada, y no hubo remedio.

CHEPA Cuenta, cuenta, que yo tampoco estuve. No estuvimos ninguno más que vosotros.

RAM. (Colérico.) ¡He dicho que más de treinta! ¡es terquedad!

CHEPA No; si digo de nosotros. Vosotros sí pasaríais de treinta... Con que anda, anda, y desembucha.

TOM. Sí, que desembuche.

SAL. (Aparte tragando.) (Pues yo no desembucho.)

RAM. Si os empeñáis... porque no se diga... Fué poca cosa. Que al retirarnos del trabajo una tarde hubo disputas en la brigada porque el capataz nos había rebajado los jornales de la quincena sin decírnoslo antes. Con que el capataz se *hizo el hombre* y se fué de la lengua, y algunos se le tiraron encima: esta es la verdad. Y él tiró de un garrote que llevaba y tiró algunos garrotazos; y como había de alcanzar á otro, le alcanzó á Andrés en la cabeza. Y, bueno, Andrés dijo que se vengaría, que yo se lo oí; y tal sucedió, que mató al capataz. ¡Ea! ya lo sabéis todo. (Trata de liar un cigarro, pero se le cae el tabaco porque le tiembla la mano.)

TOM. ¿Pero cómo le mató, cómo? Eso es lo que has de contar.

RAM. (Riendo con risa forzada y muy ronca.) Es que eso yo no lo ví.

CHEPA También es particular que Andrés lo haya negado siempre.

RAM. ¡Buen tonto hubiera sido confesándolo! El capataz no podía declarárselo al juez, porque al capataz bien muerto lo hallaron... los que lo hallaron. Que yo por mí, al amanecer, ya estaba en el trabajo. Pero la cosa se puso muy en claro y se probó, bien probado que el hecho lo hizo Andrés.

TOM. Eso dicen.

RAM. ¡Eso es como la luz! El pañuelo... ¿de quién era el pañuelo? ¡Y la navaja manchada de sangre... y que entraba justa, justa en las heridas! ¿Pues no estaba diciendo la navaja aquella «yo soy...?» (Limpiándose el sudor de la frente.) Y Andrés nunca pudo probar dónde había pasado la noche.

QUIR. Dicen que decía que en su casa.

RAM. ¿Qué había de decir?

QUIR. Pues la María-Rosa lo jura. Que Andrés había pasado la noche con ella.

RAM. ¡Qué había de pasar!

ESCENA IV

MARÍA-ROSA viene por el foro con una cesta de ropa blanca en la cabeza. Al oir las primeras palabras de María-Rosa, retrocede Ramón; después se rehace

MARÍA ¡Como que sí! ¡Como que la había pasado conmigo!

QUIR. Vamos, no se hable más de eso.

MARÍA (Dejando la cesta en el suelo.) ¡Mira tú si lo sabré yo!

TOM. Es que tú te dormirías. Y entonces fué cuando se levantó Andrés.

MARÍA Andrés no ha hecho ningún mal: lo tengo jurado delante de un Santo Cristo y delante del señor juez. Y si ahora me estuviera muriendo, lo seguiría jurando. (Cruzando las manos y besándolas.) ¡Por estas! ¡Por estas! ¡Por estas!

RAM. Yo que tú haría lo mismo: ¡jurar y jurar!

MARÍA (Desesperándose.) ¡Vamos, que yo no puedo oir esto! ¡Todos contra el pobre Andrés! ¡Para eso más valía que le hubieran matado, y á mí con él, que no padeceríamos tanto! Dicen que aquella noche... ¡pues si justamente aquella noche... si me acuerdo como si fuese ahora mismo! Mira tú. (A Tomasa.) ¡Se hizo oscuro, oscuro, y no venía Andrés; y á mí me mataba la angustia! Por fin le oigo venir, ¡y qué alegría! Porque pobres lo éramos, pero éramos muy felices. No había en el mundo nadie que lo fuese como nosotros: nos pusimos á cenar, y á mí se me antojó que estaba un poco mortecino y un poco hocicudo, y así la cara un si es ó no es encendida. Y voy y le digo: ¿qué tienes, Andrés? El en seguida me contó lo que había pasado con el capataz y el garrotazo que le había pegado en la cabeza; ¡y ahora figuraos cómo me pondría yo! dejo el plato conforme estaba, me siento á su lado, le pongo la cabeza en mi falda, propiamente como si fuese la cabecita de un niño, y á mirar por toda ella. Tenía una descalabradura, y en un mechón de pelo, sangre cuajada, pero no era cosa. Le lavé muy bien la cabeza con agua fresca y se la envolví con un pañuelo. Parecía una moza; y como ya se le había pasado el disgusto del capataz, ¡se reía y arrugaba la cara, y torcía la boca, y guiñaba los ojos! ¡Y nos reíamos más! porque entonces nos reíamos por todo, hasta por la descalabradura, porque éramos felices, muy felices. ¡Andrés... mi pobre Andrés! (Rompe á llorar.)

QUIR. ¡Si no debía contar nada de eso! ¡Si siempre se pone así!

TOM. Pero si ella quiere.

RAM. Pues hace mal.

CHEPA Cada uno se desahoga como puede.

SAL. Como puede. (Comiendo mendrugos.)

MARÍA ¡Ea! Dejadme: yo quiero contarlo, aunque no me creais. Nos metimos en la cama, y en toda la noche no se movió de mi lado. A la mañana, cuando iba á levantarme, llamaron. Me pongo una saya y me acerco á la

puerta. «¿Quién llama?» Y dicen desde fuera *¡que abra*, que está *allí la ley*! Y yo: «Aquí quien vive es Andrés.» Y ellos, *que abra, que abra*, y pegando culatazos en la puerta. Yo, toda asustada, abrí: y entraron una pareja de civiles, unos hombres vestidos de negro y el señor juez; y se pusieron á revolver toda la casa, que hasta debajo del colchón miraron. «¿De quién es este pañuelo?» «Pues mío.» «¿De quién es esta faca?» Y enseñan una llena de sangre, que dicen que estaba en el suelo Y dice Andres: «¡No es mía! ¡No es mía!» Y yo: «Nosotros no tenemos más que las herramientas, ¡no tenemos armas!» Pero no nos escuchan y á la calle á empujones. Y por entre la gente, calle abajo, y luego camino arriba, nos llevaron los guardias. Todo el mundo detrás: y los chiquillos venían corriendo á mirar á Andrés, y se acercaban mucho, y luego huían despavoridos. De pronto, tropezamos en la carretera con un hombre muerto en una balsa de sangre; y se empeña el señor juez en que Andrés había de mirar al muerto. Y le da la *faca*; y que la había de sostener firme; y que había de mirar al muerto. ¡Claro! el pobrecito Andrés se puso á temblar, y el arma se le cayó de las manos. Y el señor juez miraba muy contento á todos, y la gente decía: «¡Es él! ¡Es él! ¡El lo hizo! ¡Que se ha delatado!» Entonces, yo me abracé á mi Andrés, gritando como una loca y más fuerte que todos: «¡Mentira; él no; mentira!» Y me agaché, cogí la faca del suelo, se la puse en las manos á Andrés, que ni me veía, y le dije: «¡Toma, y aguanta firme, hijo, que quieren perderte! ¡Firme, Andrés, que no nos da miedo el muerto!» ¡Mucho me importaba á mí el muerto! Quien me importaba era Andrés, que entre todos me lo iban á perder! Y al fin, á empujones, me separaron de él: se emperraron en que era el asesino y lo ataron; y él, mirándome, llorando: «María-Rosa, decía el infeliz, yo no he sido, no lo creas.» Y yo queriendo deshacer con los dientes y

las uñas aquellas cuerdas malditas de Dios Y mordiéndome los brazos y las manos... y no sé más... no sé más... se me fué la cabeza y me caí en la carretera, más muerta que el capataz. (Cae sobre una piedra medio accidentada. Todos se acercan menos Ramón que queda en pie solo y lejos.)

CHEPA No sé por qué la dejais contar esas cosas.

QUIR. Si es que se empeña.

TOM. Vaya, mujer, no llores más.

QUIR. Déjala que llore, que así se desahoga.

TOM. (¡Cuando hace la señorita, le daría con la espuerta en mitad de la cabeza; pero cuando se pone así... vamos, que también me dan ganas de llorar!) (Aparte á Quirico. Llora esirepi tosamente, y quiere acercarse á María-Rosa; pero Quirico la separa.)

QUIR. Te he dicho que la dejes.

TOM. (A media voz á los demás, formando un grupo con ellos.) ¡Miráila qué testaruda! ¡Que no lo hizo y que no lo hizo! ¿Verdad, Ramón?

RAM. Eso mismo. El capataz le había pegado un garrotazo, y un hombre es un hombre. (En voz alta,)

MARÍA También te había pegado á tí, y nadie dijo que eras el asesino.

RAM. A mí no me pegó casi nada. (Con voz sombría.) Y la faca en vuestro cuarto se encontró: niégalo. (Rápido.)

MARÍA Por debajo de la puerta la habrían tirado. (Más rápido, como dispntando.)

RAM. ¿Y el pañuelo?

MARÍA (Llora angustiada, no sabiendo qué contestar.) No sé... del pañuelo... no sé. Me lo habrían quitado antes.

RAM. ¡Ah! (Satisfecho y enjugándose la frente.)

QUIR. Vaya, María-Rosa, déjalo correr y vete á tender la ropa.

MARÍA (Secándose los cjos y en pie junto á la cesta.) ¡Pues si yo supiese quién mató al capataz y perdió á mi Andrés! (A tiempo que levanta el cesto.) No tengo fuerzas para nada, que Nuestro Señor me ha hecho bien poca cosa, y ahora mismo lavando me he torcido esta muñeca; pero si llego á saberlo.. Para retorcer la ropa me

faltan puños... pero se me antoja... que para clavar... Anda, María Rosa, anda á tender la ropa.

ESCENA V

TOMASA, RAMÓN, QUIRICO, CHEPA, SALVADOR y COLÁS; después MARÍA-ROSA

TOM. ¡Ya lo estás viendo!... Pues figúrate cuando sepa que está enfermo Andrés.

QUIR. Ya serás tú quien se lo charle.

TOM. ¡Yo! ¡Será por lo mucho que yo hablo!

COLÁS (Llegando por el foro.) Que ya vino el contratista y que se enreda la cosa. Que si pagan la quincena, que si no la pagan.

CHEPA ¡Qué estás diciendo!

TOM. ¡María Santísima!

CHEPA Vamos allá. (Se entretiene recogiendo del suelo los platos.)

QUIR. Pues vamos. Pero no hagas tú como otras veces. (A Tomasa.)

TOM. ¿Pues qué hice yo?

QUIR. Alborotar y comprometer. Y yo no quiero que me comprometan, porque luego un hombre sale comprometido.

TOM. Haré lo que me dé la gana.

QUIR. ¡Pues si no vas derecha!...

TOM. ¿Me vas tú á gobernar?

QUIR. ¡Puede que sí!

TOM. ¡Ah... quita! (Salen riñendo desaforadamente.)

COLÁS (A Chepa.) Dice el contratista que espera el dinero de la Diputación.

CHEPA ¡Dinero la Diputación!... ¡Para ella lo querría! (Empujando á Salvador.) Anda á ver si te dan trabajo.

SAL. ¡Ojalá! que no me veré yo en esa. (Salen Chepa y Salvador.)

COLÁS (Acercándose á Ramón.) Pues ya te digo, el dinero es de la Diputación; pero á saber si la Diputación tiene dinero.

RAM. Déjame en paz.

COLÁS Pero yo digo que la Diputación ha de tener dinero, porque si no, ¿dónde echa el dinero?

RAM. ¡Ea! que no te aguanto... (Se va hacia el fondo.)
MARÍA Espera, Ramón. (Saliendo por la derecha.)
RAM. ¡María-Rosa!
COLÁS Porque hazte tú cargo...
RAM. ¡Si no te vas te deslomo! ¡Largo! (A Colás.)
COLÁS Bueno, bueno, ya me voy; pero verás cómo sale lo que te digo, que el dinero no parece. En la Diputación no parece nunca. (Se va por el foro.)

ESCENA VI

MARÍA-ROSA y RAMÓN

MARÍA Oye, Ramón, ¿cuánto hay de aquí á Ceuta?
RAM. ¡Uy, chica! figúrate que echamos á andar ahora mismo. ¿Te haces cargo? pues ya habrían pagado dos quincenas, si es que las pagan, y aún no estaríamos allá.
MARÍA Es que quiero ir.
RAM. ¿A Ceuta?
MARÍA Á Ceuta.
RAM. Pero si es que vas á tropezar con el mar, criatura.
MARÍA Pero si es que no puedo vivir así. Cuando estaba Andrés en la cárcel, aún le veía algunas veces; ¡pero desde que se lo llevaron, se acabó: nunca! Mira Ramón: mejor quisiera tener hambre de perro y sed rabiosa que esta hambre y esta sed de verle y abrazarle.
RAM. ¡Hay tantas mujeres que están como tú!
MARÍA Ahora mismo, cuando lavaba en el barranco, decía yo, este agua es como mi Andrés, que se me va de entre mis brazos, y que ya no la cogeré nunca.
RAM. Otra agua vendrá mañana.
MARÍA Para mí, aunque venga un río.
RAM. ¿Y para decirme estas cosas me has llamado?
MARÍA ¡Pues no eras su mejor amigo! ¿Pues á quién se las he de contar?
RAM. ¡Pues yo no sirvo para oirlas!
MARÍA Por qué?

RAM. Porque... (Conteniéndose.) Porque hablar de Andrés, me da pena. Muchas mujeres hay con el marido lejos ó con el marido muerto... y viven, y no se apuran, y no están como tú. ¡El la hizo!... ¡La hizo muy negra!...

MARÍA ¡No la hizo! Pero aunque la hubiese hecho, le querría lo mismo. ¡Le querría más!

RAM. Pues quiérele, pero desde lejos, que cariño de lejos no hace daño. Después de todo es como si estuvieses queriendo á una estampa. Porque lo que es verle de cerca, ya no le ves más, aunque te mueras.

MARÍA ¡No parece sino que le tienes rabia á Andrés!

RAM. ¡Yo! No vuelvas á decir eso, que no sabes la pena que me das. ¡Pues si era como un hermano! Pues si yo le quería á él y á todo lo suyo, ¡que no cabe más! Por eso te quiero á tí tanto, porque has sido su mujer.

MARÍA ¡Lo he sido! Por la cuenta lo soy.

RAM. ¡Claro! Y como eres la mujer de Andrés, por tí doy yo hasta la vida. ¿Qué quieres que haga? Dí tú una cosa.

MARÍA Pues que creas que Andrés no mató al capataz.

RAM. Hija, eso de creer viene de adentro, como vienen otras cosas sin que pueda uno remediarlo.

MARÍA ¡Me parece que no eres bueno!

RAM. No te enfades, María-Rosa, yo te prometo que he de creer todo lo que tú me mandes. Y tú en cambio, ¿qué me prometes? Dí.

MARÍA ¿Yo? (Con estrañeza.)

RAM. Tienes razón; tú, nada. Sí, estar más alegre... y más sosegada... y en fin, mujer... (No se atreve á seguir.)

MARÍA (Pausa. Le mira fijamente.) Voy á dar vuelta á la ropa... para que se seque del otro lado.

RAM. ¿Quieres que te ayude?

MARÍA Ya voy bien así como voy: sola. Y mira: haz por pensar más en Andrés... y menos... en mí... (Sale.)

ESCENA VII

RAMÓN

Despacio, despacio, Ramón, que la María-Rosa no es boba. Pero no me puedo contener, que el resquemor que siento es muy grande. Cuando una mujer se agarra á nosotros, no hay grama que eche más raicillas, y esa me echó raíces por todo el cuerpo. Si machaco piedra, ella delante; si llevo espuertas de tierra, ella delante: si bromeo con los compañeros de la brigada, me parece que su risa va con la mía; y si por la noche me revuelvo en el jergón, la María-Rosa me pincha para que no duerma. Yo, ¿qué culpa tengo? Me gusta, y me gustaba, y no lo puedo remediar. Tendré culpa de otras cosas, bueno. Y no del todo, porque la sangre á veces dice: «Aquí estoy.» Y el hombre que lleva un arma, no sabe lo que le puede ocurrir. Y cuando ha ocurrido, un hombre no se deja perder. En fin, no pensemos en esto... Quiere decirse, que si de este modo María-Rosa es mía... ¡Ya lo conseguí! (Se va por la izquierda al ver llegar por el foro á Salvador y Colás.)

ESCENA VIII

SALVADOR y COLÁS

COLÁS ¿Lo ves, hombre, lo ves? Ya eres de la brigada.

SAL. Ya, me gusta trabajar, pero si luego no pagan...

COLÁS Vendrá el dinero; no te apures. Yo no me apuro nunca.

SAL. Porque serás rico.

COLÁS (Riendo.) Oye: tengo siete duros, y seis pesetas y cuatro cuartos y medio. Y voy juntando para reunir dos onzas de oro.

SAL. ¡Canastos!

COLÁS Y en juntando las dos onzas, *me caso.*
SAL. ¿Y te esperará la chica? porque me parece que va para largo.
COLÁS ¡Como que ella no lo sabe que yo me quiero casar con ella! ¡Ahí tienes!
SAL. ¿Y si *tan y mientras* te la quitan?
COLÁS ¡Como que yo no sé tampoco que me quiera casar con ella! ¡Ahí tienes!
SAL. ¿Pues cómo es eso? ¡Ni ella ni tú!
COLÁS Como que no hay ella sin yo, ni hay yo sin ella. ¿Lo entiendes?
SAL. No.
COLÁS Entiéndelo, hombre: que no *busco novia* hasta que no junte las dos onzas. Cuando las junte la busco, se lo digo, y me caso; y hasta de entonces no padezco, porque ni yo sé quién es ella ni ella sabe que yo soy yo.
SAL. ¡Pues dices bien! (Riendo.)
COLÁS Pues mira tú, hay días, cuando hace mucho calor, que quisiera tener las dos onzas. (Ríen los dos.)

ESCENA IX

SALVADOR y COLÁS; CHEPA, por el foro

CHEPA ¿Con que mañana empiezas? (A Salvador.)
SAL. Mañana. Pero dicen que vamos á otro tajo.
CHEPA A cinco leguas de aquí; pero ¿qué más da?
SAL. A mí lo mismo; ¡igual hacienda tengo aquí que allá!
CHEPA Hasta que cumpla la quincena y te paguen, ¿quieres vivir conmigo?
SAL. Hombre, sí; y gracias.
COLÁS Si quieres te presto cinco pesetas de la cuenta de mi mujer.
SAL Hombre, gracias.
CHEPA ¡Tan amigos sois! ¿Desde cuándo?
COLÁS Desde ahora poco, ¿y tú? (A Colás.)
CHEPA Desde que salió el sol y nos comimos unas sopas en compañía.
SAL. Yo lo pagaré todo.
CHEPA Aún no te hemos pedido nada.
COLÁS ¿Tú fumas? (A Salvador.)

SAL. Yo *pipo*. Quiero decir, que fumo en pipa, cuando tengo pipa y tengo tabaco, que chupaderas tengo siempre.

COLÁS Pues hasta que paguen la quincena, yo te doy tabaco.

CHEPA Y yo te doy la pipa.

SAL. Pues yo pongo las chupaderas. (Se ríen los tres.)

ESCENA X

CHEPA, SALVADOR y COLÁS, MARÍA-ROSA, viene por la derecha y se sienta en una piedra

MARÍA ¡Estoy más cansada!

CHEPA Lavas demasiada ropa, ¡toda la de la brigada!

MARÍA Algo he de hacer. Y de algun modo he de ayudar á mi hermano y á la cuñada. No tengo fuerza para llevar tierra, pues meto los brazos en agua.

SAL. (Acorcándose.) Me parece á mí que te conozco.

MARÍA ¿A mí? Bien puede ser.

SAL. Y de mucho tiempo que me parece que te conozco. ¡Y vaya si te conozco! ¿No estuviste tú un año por la vendimia en la Masía de la Rigala? ¡A ver si te acuerdas! (La escena se anima.)

MARÍA ¿En la Masía de la Rigada? Sí; como que allí conocí á Andrés. ¿Estabas tú allí? (A Salvador.)

SAL Allí estaba; ¡pues si vendimiamos juntos! Sino que yo me largué en seguida.

MARÍA ¡Qué gusto! ¿Y tú conocerías á Andrés?

SAL. ¿Quién era Andrés?

MARÍA ¡Si te tienes que acordar! Un chico guapote y dicharachero; rubio como el sol; y con unos ojos que le bailaban y con unas piernas que le bailaban tanto como los ojos. ¡El *pisador*, hombre, el *pisador*, el que pisa la uva! El *lagarero*, que dicen.

SAL. ¡Y tanto! Pues compañeros fuímos y casi del mismo pueblo. Mi pueblo y el suyo á dos horas.

MARÍA ¿Y era malo? ¿Dilo tú?

SAL. Más bueno que un pedazo de pan.

MARÍA ¿Lo estáis oyendo?

SAL. ¡Toma... entonces... caball... Tú te casaste con él. ¿Y ese es el Andrés que está en Ceuta?

MARÍA Pues ese mismo. ¡Mi Andrés!

SAL. ¡Qué demonio! ¡Pobre Andrés!

MARÍA Y tú; ¿te quedas aquí?

SAL. En la brigada estoy ya.

MARÍA Pues hablaremos mucho de aquel pobre y seremos muy amigos.

SAL. ¿Y cómo fué el casaros?

MARÍA (Animándose, risueña y alegre, al recordar aquellas alegrías.) Como Dios quiso: las cosas vienen como vienen, y como Dios quiere. Andrés á pisar uva, y yo, ni me había hecho cargo de cómo era: de si era guapo ó si era feo. Pues verás: de unas uvas vino eso de que nos casásemos. (Salvador se echa á reir.) Como te lo cuento. ¡Bien me acuerdo! Ya hacía rato que habían tocado á vísperas, y estábamos cenando cerca del *hogar* todos: los vendimiadores y las vendimiadoras. Yo de espaldas á Andrés, y tanto se me daba á mí de Andrés, como del perro que estaba calentándose á la lumbre junto á las parrillas. La luz de las teas le daba á Andrés en tal conformidad, que bailoteaba su sombra por el suelo justamente delante de mí Conque yo me echo á reir, y salto y digo: «¡Mírenle, mírenle al *pisador*, que baila igual que un mono!» Todo el mundo se echó á reir, mirando á la sombra y gritando: «¡El mono, el mono!» Yo ni volví la cabeza, pero la sombra ya no bailaba, y se iba volviendo más pequeña y más pequeña. De pronto siento en la espalda una cosa que cae muy fría, muy fría, y doy un chillido: era que el maldito me había echado por el bostezo del corpiño un gajo de uva garnacha. Yo, á meter la mano para cogerlo, y las uvas á espachurrarse, y todos á reir, y él á gritarme: «Oye tú, la del mono, ¿quieres que te ayude á buscar la uva?» y así nos conocimos.

CHEPA Pues ya fué divertido.

SAL. Por una mujer como ésta, no esperaba yo á juntar las dos onzas.

COLÁS Yo hasta que no las *ajunte* no me *ajunto* á ninguna.

SAL. ¿Y después de aquello ya os entendísteis?

MARÍA No; pasaron muchos días. Porque yo, la verdad os digo, no acababa de tragar el gajo de garnacha, ¡y le tenía una malicia! y ya lo entendía él, que por la noche, al volver de la vendimia, me esperaba al extremo de la era con las piernas y los brazos rojos del vino negro, y me decía: «¿aún me tienes malicia?» Yo le hacía una mueca y arrancaba á correr hasta juntarme á mis compañeras; que hasta de entonces los hombres no me gustaban, y él se creía que tampoco me gustaba. (Todos ríen y quieren hablar.)

SAL. Calláisos, calláisos y dejadla que acabe.

MARÍA Sí, dejáime, dejáime, que os va á gustar. (Cada vez más animada.) Otra vez, mientras nosotros cenábamos, y él pisoteaba la última carretada de vendimia, una mozeta de malas entrañas, que estaba resentida de Andrés, va y viene y me dice al oído: «ya verás lo que vamos á reir, que he metido una aguja en un racimo y lo he puesto en la cuba de Andrés, con la punta hacia arriba.» Oirlo yo y ponerme á gritar: «no pises, que no pises, que te han puesto una aguja,» fué todo uno. Pero él pensó que era broma, y siguió pisando entre risotadas. ¡Hasta que de pronto suelta un *reniego* más grande que la cuba! y eso que él no echaba nunca *reniegos*, ¿verdad, Chepa?

COLÁS ¡Nunca, nunca!

MARÍA Conque levanta el hijo mío el pie, y echaba sangre, y la moza de los malos hígados á reir, y yo á agarrarla por el moño, que si no me la quitan la mato. A Andrés nadie sabía qué hacerle, porque la aguja no se veía, pero yo me siento en el suelo, le cojo entre las manos aquel pie, que con la sangre y la vendimia, ya podeis figuraros cómo estaba, y á buscar la aguja por todas partes. El unas veces gritaba que le hacía daño, otras arran-

caba á reir; y otras me daba un cachete diciendo que le hacía cosquillas; ¡para cosquillas estaba yo! Conque al fin agarro con las uñas la cabeza de la aguja, y afianzo y tiro, y ¡ya está fuera! ¡qué alegría! El siguió pisando, y el vino y su sangre se mezclaron en el lagar, y escurrieron cuba abajo; ¡con qué gozo bebería yo ahora de aquel vino!

SAL. Y aquella aguja, ¿dónde se la clavaste?

MARÍA Donde estará siempre, si no me lo matan en Ceuta.

ESCENA XI

TOMASA, CHEPA, COLÁS, SALVADOR, QUIRICO y MARÍA-ROSA

TOM. (A María-Rosa con mal humor.) Tú aquí sin hacer nada y el carro esperando.

COLÁS ¿Qué carro?

TOM. ¡Ay, ay, ay! El que se ha de llevar los trastos. ¿Pues no nos vamos al otro tajo?

COLÁS Es verdad.

TOM. Anda, despabílate: (A María-Rosa.) adentro, y á sacarlo todo. (Entra en la casa y empieza á sacar trastos.)

MARÍA (A Salvador.) Tenemos que hablar mucho de Andrés.

SAL. ¡Vaya una hembra que tenéis en la brigada! (A Colás.)

COLÁS Por hoy, todas son iguales.

QUIR. (Viene por el foro, y le dice á Tomasa que está en su faena.) Juan ahora cargaba la *cuna*.

TOM. ¡A mí qué me cuentas! (¡Siempre me sale con la *cuna*, como si yo pudiera hacer algo!) (Con pena.)

QUIR. Dicen que si no pagan aquí, pagarán allá arriba; pero que de hoy no pasa. (A los demás.)

CHEPA Ya veremos. (Tomasa sigue entrando y saliendo, arreglando la mudanza, y hablando entre dientes sobre la indirecta de la cuna. A Quirico, con muy mal tono: se ve que busca camorra para vengarse: dice todo lo que sigue mientras arregla los trastos.)

TOM. Si tú te hubieses cuadrado con el capataz, ya tendríamos el dinero.

QUIR. Si el hombre no lo tiene, *manque* yo me cuadrase.

TOM. ¿Y cómo sabes tú que no lo tiene? Dí que no eres hombre para nada.

QUIR. Cuádrate, y que nos eche.

TOM. ¡Ya le echaría yo!... (Siguiendo su trabajo.)

QUIR. Eres muy corta de alcances, Tomasa.

TOM. Como cuando estaba soltera; ¿para qué me buscaste?

QUIR. Porque me salías haciendo la lloricona.

TOM. Porque me dabas lástima. (Encrespándose para pelearse.)

CHEPA No hay que pelearse; si todo ha de quedar en casa.

TOM. Es que me ha sacado cosas de que yo no tengo la culpa, y que me dan pena. (Rompe á llorar.)

ESCENA XII

TOMASA, QUIRICO, SALVADOR, CHEPA y COLÁS; CHICOTE, que viene vestido de carretero. Entran algunos otros trabajadores, que se unen á los grupos, y que hablan entre sí

CHIC. ¿Cuándo echamos á andar?

QUIR. Ya falta poco. (Tomasa y Quirico van sacando objetos.)

CHEPA Menos me falta á mí.

COLÁS ¡Pues mira que á mí!

CHEPA Oye, Quirico, ¿quieres que cargue las ollas y los platos en tu carro?

QUIR. Lo que quieras, hombre; Juan ya tiene el carro lleno: desde aquí se ve la cuna. (Mirando de reojo á Tomasa.)

TOM. ¡Calla, renegado: vergüenza debía darte! (Pausa.)

CHIC. Ahora que me acuerdo, el cartero me dió una carta, que dijo que era... para... para don Quirico Perera. (Todos se van acercando al grupo: Chicote saca la carta.)

QUIR. Si no fuera por el *don*, sería para mí, ¿verdad, Tomasa?

TOM. Perera... lo somos.
CHEPA Pues para tí será.
SAL. ¡Tómala, hombre!
QUIR. ¿Tú qué harías, Tomasa?
TOM. Abrirla; y si no es para nosotros la devolvemos, y que la vayan leyendo todos hasta que encuentre á su amo. Dame la carta.
CHIC. Tómala. (Dándosela.)
QUIR. Pues lo que es abrirla, pronto se abre. (Dándole vueltas á la carta, sin saber cómo abrirla. Todos le rodean.)
TOM. ¡No, hombre, no empieces por ese lado!
QUIR. ¡Cállate, que me aturdes!
TOM. ¡Por ahí, hombre, por ahí! Mete el dedo, pero no el gordo. ¿No ves que no cabe?
QUIR. ¡Espera, espera: todo quiere calma! (Descansando.)
TOM. ¡Si ya tienes un pedazo abierto! ¡Si en teniendo maña, es un ay!
QUIR. ¿Me quieres dejar, ó no? (A Tomasa.)
CHEPA ¡Déjale! (A Tomasa.)
COLÁS ¿Quieres que lo haga yo?
TOM. ¡Si este es más torpe! ¡Para todo es lo mismo! ¡Así... así... ahora!... ¡Gracias á Dios! (Quirico acaba de romper el sobre, saca la carta y se queda con el sobre en una mano y la carta en la otra.)
QUIR. (Algo asombrado.) Pues son dos cartas.
TOM. ¡Esta es la que sirve, hombre! ¿A verla por dentro?
QUIR. (Después de mirar el sobre.) ¡Ya!
CHEPA ¿Será de Andrés?
QUIR. ¡Cá! Ese escribiría á su mujer. Y ahora, ¿qué hacemos, Tomasa?
TOM. (Dirigiéndose á todos.) ¿No hay quien sepa leer? ¡Dámela! (Mirando la carta.) Yo no la entiendo: eso es cosa de hombres.
QUIR. ¡A ver, dame! ¡Son las letras tan menudas! Yo creo que no dice nada.
COLÁS (Quitándole la carta.) ¿Que no dice nada? ¡Vaya si dice! (Mirando como si la leyese.)
TOM. Este la entiende, que a entiende. (Con alegría. Todos esperan que lea.)
COLÁS (Después de mirar la carta se la da á Salvador.) ¡A ver tú!
SAL. ¡Si yo no sé! ¡Toma tú! (Se la da á Chepa.)

CHEPA (Mirando la carta.) ¡Pues mira que yo!
TOM. (Arrebatando la carta.) ¡Parece mentira! ¡Ninguno sabe! Tú, el del carro, ¿no sabes tampoco?
CHIC. ¿De qué?
TOM. De hablar por letras escritas.
CHIC. Yo no sé hablar más que con los mulos y contigo.

ESCENA XIII

TOMASA, QUIRICO, SALVADOR, CHEPA y COLÁS; RAMÓN y otros trabajadores, que entran. Ramón hace rato que está en el fondo observando

RAM. (Adelantándose.) ¿Tenéis una carta? ¿Para quién es esa carta?
QUIR. Por la cuenta, es para mí.
CHIC. Me la dieron en el correo.
RAM. (Con curiosidad y mal humor.) ¿Y de quién es?
CHIC. Pues eso quisiera saberse.
RAM. ¿De dónde viene?
CHIC. Dicen que de muy lejos.
RAM. (Con temor y timidez.) ¿De Ceuta? ¿Qué creéis vosotros, vendrá de Ceuta?... De fijo viene de allá.
TOM. Para la María-Rosa no es. Dice para don Quirico Perera, ¿verdad, Quirico?
RAM. Pues si no es para ella, peor. Hay que leer esa carta.
QUIR. Pero ¿quién?
RAM. Quien sepa.
QUIR. Pero si nadie sabe leer más que ella.
RAM. Pues ella.
TOM. ¡María-Rosa! ¿Y si trae malas noticias?
RAM. ¡De todas maneras ha de saberlas!
QUIR. ¡Hombre, darle esa pena á mi hermana! ¡Después de lo que te han dicho, de que Andrés estaba muy enfermo!

ESCENA XIV

TOMASA, QUIRICO, CHEPA, COLÁS, CHICOTE, RAMÓN, MARÍA-ROSA y grupo de Trabajadores

MARÍA (Adelantándose de pronto.) ¿Que Andrés está enfermo? ¿que está enfermo? ¡Quirico, dímelo, dímelo!

QUIR. Si yo no sé nada.

TOM. Si no sabemos nada.

MARÍA Pues ¿por qué me miráis así? ¿Por qué decías tú que Andrés estaba enfermo? (A Quirico.)

QUIR. Que te estés tranquila, mujer.

MARÍA ¡Vosotros sabéis algo!...

COLÁS ¡Pero qué hemos de saber, si ninguno puede leerla!

MARÍA ¡Entonces tenéis una carta!...

TOM. (A Colás.) ¡Si no lo dices, revientas!...

MARÍA ¡Tú tienes la carta! ¡Dámela! (A Tomasa.)

QUIR. ¡No se la des, Tomasa!

MARÍA ¡La carta! ¡Por Dios, Tomasa! ¡La carta! ¡Si puede ser que traiga noticias alegres!... ¡No me hagas penar!

TOM. ¿Se la damos, Quirico?

MARÍA ¡Yo bien te la daría si fuese de Quirico! (Suplicando.)

TOM. ¡Ea! yo no puedo más. Tómala.

MARÍA (Arrebatándola.) ¡Ah!

TOM. Al fin ella es mujer. (Disculpándose con los demás. Quirico mueve la cabeza como no estando conforme.)

MARÍA (Mirando con rapidez la carta antes de leerla.) ¡No es de Andrés!... ¡Viene de Ceuta! ¿Quién es este que firma?... ¡Me da miedo!...

QUIR. ¡Déjala estar la carta!... (Queriendo quitársela.)

RAM. (Conteniendo á Quirico.) ¡Que la lea! ¡Que la lea!... (Cambiando de tono.) Vale más que lo sepa de una vez.

MARÍA (Leyendo.) «Muy señor mío: Como á cuñado del presidario Andrés, tengo el sentimiento de darle una mala noticia.» ¡Virgen Santísi-

mal... (María-Rosa quiere seguir y no ve las letras. Los demás la observan y hablan entre sí en voz baja.)

QUIR. (A Chepa en voz baja.) ¿Qué le habrá sucedido al pobre?

CHEPA (Lo mismo á Quirico.) ¡Si se habrá muerto!

SAL. ¡Pobre Andrés!

MARÍA Una... una mala noticia... Andrés estaba muy triste; no quería comer, y á todas horas con su tema: «¡Soy inocente! ¡Soy inocente!» ¡Mi Andrés!

TOM. Y pensar que eso, todo eso, podía haberle pasado á éste. (Ramón se va separando y se deja caer sentado. Después se levanta y mira si alguien le ha observado.)

MARÍA «Y por último .. ¡ayer jueves... á las nueve de la noche .. falleció!» ¡Ah! ¡Andrés!... ¡Mi Andres!.. ¡Andrés de mi alma!... ¡Ay, Dios mío!... ¡Ay, Dios mío!... ¡Ay, Dios mío! (Abrazándose á Quirico y á Tomasa.)

QUIR. ¡Vamos, María-Rosa!

TOM. Vamos, hija, ¡la mala suerte! ¡Qué le hemos de hacer!

SAL. ¡Pobre chico!

CHEPA Fué su sino (Pausa general. María-Rosa llorando en los brazos de Tomasa. Todos cabizbajos y tristes. Ramón aterrado. Entretanto Chicote se ha ido al foro y vuelve.)

CHIC. (A Colás en voz baja.) Que el capataz ha empezado á pagar la quincena.

COLÁS (También en voz baja y tocando con el codo á un Trabajador.) Que están pagando la quincena.

TRAB. (En voz baja á otro.) ¡La quincena! (Todos se marchan, pero sin confusión, poco á poco, sin meter ruido, respetando el dolor de María-Rosa. De uno á otro corre la palabra «la quincena, la quincena». Es un contraste, no es una escena cómica. Tomasa, Quirico, Salvador y Chepa alrededor de María-Rosa. Ramón aparte, María Rosa solloza; y se oye, si puede oirse, el dinero que cuenta el capataz.)

MARÍA ¡Andrés mío!... ¡Inocente!... ¡Ya no te veré más!... ¡Ah! ¡Si yo encontrase al que te ha perdido, Andrés!... ¡Andrés!... (Llorando angustiadísima.)

TOM. ¡María-Rosa!

QUIR. ¡Hermana!

CHEPA (Se acerca por detrás á Ramón y le pone la mano de pronto en el hombro.) Pues se murió el pobre Andrés. ¡Ahora tú á lo tuyo! (Con intención.)

RAM. ¡Quita allá.. que yo no pienso en nada de eso!

CHEPA ¡Si lo que te digo es que ya pagan la quincena! ¡Que vayas á cobrar! ¿Pues qué te habías figurado? (Con sorna.)

RAM. (Marchándose.) ¡Maldito Chepa! (Ramón se marcha. Chepa le sigue con la vista. María-Rosa llorando: Tomasa, Quirico y Salvador, rodeándola y socorriéndola. Pasan por el fondo, entre los árboles, un carro cargado de trastos viejos y pobres, y á su alrededor gente alegre, aunque este carro quizá convenga suprimirlo. Se oye el ruido de los que están cobrando. En fin, toda la animacion y toda la verdad posible.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Habitación: entrada de una casa muy pobre. Puerta grande en el centro que da á lo exterior; una puerta á la derecha y dos á la izquierda. Desde las primeras escenas empieza á anochecer. Después noche cerrada.

ESCENA PRIMERA

TOMASA y QUIRICO

QUIR. (Llamando.) ¡María-Rosa! (Pausa.) Se habrá echado sobre la cama. Nada; no hacemos carrera de ella. (Llamando.) ¡María-Rosa!

TOM. (Entrando.) No la llames. ¿Para qué? Estará descansando. ¡Es más comodona! ¡La gatita que se desespera! «¡Miau, miau!»

QUIR. La pobre está enferma.

TOM. Que trabaje como yo, y estará tan sana y tan guapa y tan fresca como yo estoy.

QUIR. Fresca no diré... ¡pero guapa!...

TOM. Para tí de sobra. Di tú que nos pagasen las quincenas y que la María-Rosa no nos diese tantos disgustos, y que no se me requemase la sangre; ¡y ya verías tú á Tomasa, que había de dar gusto el verla!

QUIR. Si es que por cualquier cosa te enciendes, mujer.

TOM. ¡Y que no tengo razón que digamos! Desde que murió Andrés, que ya serán unos quin.

ce meses, se han ido atrasando las quincenas, de modo que nos deben tres. Pues además pon lo que hemos gastado en las enfermedades de la María-Rosa, y á ver si hay para bailar de gusto.

QUIR. Pues si á la pobre no la ayuda Nuestro Señor y no la ayudamos nosotros, á ver qué hace.

TOM. Trabajar. Pero se mete en la cama y resulta que se pone enferma. ¿Cuánto apuestas á que si yo me meto en la cama me pongo enferma también?

QUIR. Ella lo estuvo de veras. Y no me vengas tú ahora *diciendo* ¡que no te separabas de la cabecera de la cama!

TOM. Entonces, bueno. Pero te digo que todas esas de ahora son pamemas.

QUIR. Es que de la última enfermedad tú has tenido la culpa.

TOM. Echame, échame la carga, que buenos lomos tengo.

QUIR. Pero ella, no. Tú estabas siempre machaca y machaca. Y la pobre cordera, para no oirte, tomó una espuerta ¡y á la carretera! Con muchos trabajos y muchos sudores y ayudándola Ramón, tres días estuvo sacando tierra. Es claro, se puso otra vez mala, y los tres días no los hemos cobrado, y en médicos y jarapes se ha ido mucho más; que yo no sé lo que nos cuesta la pobre.

TOM. ¡La pobre! Ya está buena; conque que se agarre otra vez á la espuerta, cuidando de no enfermar; ó que se vaya al pueblo y se ponga á servir; ó que se case, que rondarla, ya la rondan bastantes.

QUIR. Eso, eso debía hacer; casarse. ¿Sabes lo que dice Chepa? ¡Es más burro y más malicioso!

TOM. ¿Qué dice?

QUIR. Que la María-Rosa está encalabrinada por Ramón.

TOM. Al revés, hombre: Ramón es el que está perdido por tu hermana. ¡Toma, como lo está Salvador! Te digo que cuando quiera se casa; pues que se case y que nos deje en paz.

QUIR. Es que Chepa dice que de quien se ha pren-

dado María-Rosa es de Ramón. ¿Lo entiendes? Que le quiere y que no le quiere. ¿Me explico? Que se van todos sus quereres hacia él y que se enrabia ella consigo misma por esto. ¿Qué te parece?

TOM. A mí, Chepa, ¡qué me ha de contar! Como si yo no supiese por ella misma que Ramón es el hombre que la da más fastidio. Pues si le gustase, ¿quién le quitaba de casarse con él?

QUIR. Eso digo yo. Y que yo sé que lo que más le aborrece á María-Rosa es encontrarse con Ramón.

TOM. Pues eso digo yo también.

QUIR. Oye, ahora que me acuerdo. Enciende la luz.

TOM. ¿Pues qué hay? (Muy alarmada.)

QUIR. Que tienen que venir los compañeros. Con que no te metas en más y enciende. ¡Ea, pronto!

TOM. Ya voy. Parece que estás mandando á una mula.

QUIR. Es que tenemos que hablar aquí.

TOM. ¿Sobre qué?

QUIR. Sobre eso de que no nos pagan; y á ver entre todos qué es lo que nos conviene.

TOM. ¿Que qué nos conviene? Pues que nos paguen.

QUIR. Ya se verá.

TOM. Y ya me oirán á mí.

QUIR. No te oirán, porque hemos quedado en que no entre ninguna mujer. ¿Te vas enterando?

TOM. ¿Y tú has pasado por eso? Lo que tú no tienes es sangre. Y lo que tú no tienes es vergüenza. Yo estoy en mi casa, y á ver quién me echa.

QUIR. Y yo, ¿dónde estoy?

TOM. Eso no me importa. Yo estoy aquí. (Se sienta con aire resuelto.)

QUIR. ¡Tomasa!... (No puede seguir porque entran los demás.)

ESCENA II

TOMASA, QUIRICO, SALVADOR, CHEPA, COLÁS, CHICOTE y TRABAJADORES. Después RAMÓN. Van entrando según indica el diálogo

SAL. (Entrando con Colás y otro trabajador.) ¡Buenas noches nos dé Dios!

TOM. (Muy áspera y sentada.) Muy buenas.

QUIR. Saca bancos, Tomasa, y pon las sillas que haya.

TOM. ¡Ya voy! (Sin moverse. Quirico las saca.)

COLÁS ¡Qué más da! Estaremos de pie.

TOM. Y cuando os canseis os sentais en el suelo. Y ya no hay miedo de caerse.

SAL. ¡Se agradece! (Van entrando otros trabajadores.)

TOM. ¡No saques más sillas, Quirico!

QUIR. ¡Todo el mundo á sentarse!

COLÁS (Desde lejos, en voz alta, y riendo bestialmente.) Oye, tú, Salvador, ¿y María-Rosa?

SAL. (Con sencillez y mirando á todas partes.) No la veo.

COLÁS ¿Y tú?

SAL. Pues yo aquí.

COLÁS ¿Y qué esperas?

SAL. Que venga ella y diga: «A casarnos», pero no lo dice. «¿Me vende usted un corpiño, buena moza?» «A otra tienda, que no los hay hechos.» (Todos se ríen y Salvador también.)

CHEPA (Entrando.) Pensé que llegaba tarde.

CHIC. (Entrando.) ¡Buenas y santas!

SAL. (A Chicote.) ¿Conque dejaste el carro y te metiste en la brigada?

CHIC. Te diré. El carro no daba para comer y la brigada tampoco da para comer. Pero antes éramos dos á no comer; el macho y yo. Y ahora yo soy el que no come; eso va ganando el macho. (Todos ríen y Chicote también.)

QUIR. (A Tomasa.) Yo que tú me iría dentro.

TOM. *Yo que yo* me quedo aquí.

QUIR. Y preparabas la cena.

TOM. Y no la preparo

QUIR. Pero, Tomasa, *arrepara* que no hay ninguna otra mujer.

TOM. Así estaré más ancha. (Los trabajadores se han

ido sentando unos y otros medio echándose en el suelo, como si estuviesen en la carretera.)

CHEPA ¿Quién falta?

COLAS Yo no veo á Ramón.

SAL. Por uno que falte, ¿qué importa? Yo empezaría.

RAM. (Desde la puerta.) Ya sé que á tí no te hago falta, y quién sabe si te estorbo.

SAL. ¿Tú á mí? Como otro cualquiera.

RAM. Es que si te estorbo, lo dices. Que á mí me gusta estorbarles á los valientes.

SAL. Cuando me estorbes de veras, ya veré.

CHEPA (Para cortar la disputa.) ¿Pero no empezamos? ¿No hemos venido á tratar de las quincenas? (Algunos Trabajadores se acercan á Salvador y otros á Ramón para contenerlos.)

SAL. (A los trabajadores de su grupo, pero alto, para que lo oiga Ramón.) Es que siempre se está haciendo el hombre... y yo un día...

RAM. (A los de su grupo.) Es que habla mal de mí cuando yo no estoy... ¡y todo eso lo voy á cortar yo! (Murmullos en los grupos, que ahogan las voces de Salvador y Ramón,)

SAL. Pues eso lo vais á ver.

RAM. Es que yo... (Confusión: todos hablan á la vez, conteniendo á Salvador y Ramón.)

CHEPA (Levantando la voz.) ¡Eh, Quirico; empieza, Quirico!

QUIR. (Imponiéndose á gritos.) ¡Las quincenas! ¡Ea, las quincenas! ¡A qué nos hemos juntado! Compañeros, ¿se nos paga ó no se nos paga? (Se va restableciendo el silencio.)

TOM. (Levantándose y separando á Quirico.) Pues yo lo diré, que tú no sabes.

CHEPA (Levantándose de la silla en que estaba.) Comadre, se ha quedado en que esta faena es para hombres solos. (Entre tanto Colás le quita la silla á la Tomasa y se sienta en ella.)

TOM. (A Chepa.) Tú te callas. ¡Muchachos, lo que hay que hacer es cobrar! Y si hay que andar á tiros, se anda á tiros. Y si hay que matar á uno de esos sinvergüenzas de capataces, se le mata, ¡que ya sabemos dónde tienen las junturas! (Unos Trabajadores se enfadan y otros se ríen.)

QUIR. Ea, vete á atizar el fuego.
COLÁS Que vaya á hacer calceta.
CHEPA Echala, Quirico.
TOM. Que no me da la gana.
SAL. Mientras no se vaya no podemos hacer nada.
TOM. ¡Sabéis lo que os digo! ¡Pues que sois unos gallinas! (Protestas, alboroto: gritos de «fuera»; «echadla»; «largo de aquí la Tomasa»; «á la cocina»; «fuera las mujeres».)
QUIR. Ahora sí que te vas. (Quirico y otros la echan por la primera puerta de la derecha. Ella se defiende y grita.)
TOM. (Mientras la llevan.) ¡Dejadme hablar! Yo quiero hablar. ¡Gallinas!
CHIC. (Al ver que la han echado.) Gracias á Dios.
COLÁS (Colocando una silla en la puerta y sentándose.) Yo haré centinela.
QUIR. ¡Conque ahora, habla tú, Chepa!
CHEPA Si no hay nada que decir. Que nos deben tres quincenas y que mañana no nos pagarán la cuarta. ¿No es esto?
SAL. Claro; pero eso ya lo sabemos.
CHEPA Bien está: pues en consonancia con eso, deberíamos ir unos cuantos á hablar con los contratistas y hacerles presente que somos pobres y que no comemos, cuanto más que necesitamos comer; y á ver qué dicen. (Silencio general: se miran unos á otros.)
RAM. (Aparte, mirando alrededor.) ¿Dónde estará María-Rosa?
QUIR. ¡Qué queréis que os diga! Yo creo que no servimos nosotros para esa embajada. Cuando nos viésemos allí, ó no diríamos nada ó diríamos demasiado.
COLÁS ¿Y si nos plantásemos y dijésemos que no queríamos trabajar mas?
SAL. ¡Aguarda, no te tomasen la palabra!
COLÁS ¡Pues yo no voy!
TOM. (Abre la puerta de golpe, y entra furiosa, echando á rodar á Colás.) ¡Pues yo iré, y con picos y azadones!
TODOS ¡Fuera! ¡Largo! ¡Que la echen!... ¡Que la echen al pozo!... ¡A la cocina! ¡Al fogón! (Estos gritos repartidos entre todos.)
QUIR. ¡A ver si te vas de una vez! (Llevándola á empujones á la cocina.)

TOM. ¡Me la has de pagar! (A Quirico.) ¡Sin vergüenzas! ¡Yo soy más hombre que todos vosotros!... ¡Quirico!

QUIR. ¡Anda, maldita!... ¡Ya no vuelves! (Echando la llave. Momentos de ruido y conversaciones confusas.)

SAL. ¿Conque nombramos la junta?

RAM. (Riendo con desprecio.) ¡Parece mentira!

QUIR. Pues tú, ¿qué dices?

RAM. Que todo eso no es nada, que en todavía no he oído nada.

SAL. Cada uno dice la suya. Y el que se cree más avispado resulta más ganso.

RAM. Eso ya me lo dirás fuera.

SAL. ¿Por qué no?

QUIR. Pero hombre, dí tu pensamiento. (A Ramón.)

RAM. Yo de vosotros... Porque lo que es hablar no sabemos... Yo mandaría una carta, bien escrita por supuesto. Y pensando mucho lo que en ella se ponga, que yo ya lo tengo discurrido. ¡Una carta! ¿Lo entendéis? Y los contratistas la podrían enseñar á la Diputación.

CHEPA ¿Y qué se pone en la carta? ¡Ahí está!

RAM. Pues nada de palabras insultantes ni provocativas. Que se nos han acabado los cuartos; que pasamos miserias muy grandes, que tenemos hijos muy pequeños y padres muy viejos... y vamos, saberlo dictar para que otro lo ponga, ya lo sé yo, aunque me esté mal el decirlo.

QUIR. ¿Y qué más?

RAM. Pues cosas así. Que si no nos lo pueden pagar todo junto, que nos vayan pagando una quincena corriente y otra atrasada.

COLÁS ¡Eso no! ¡Todo, todo!

CHEPA Pídelo todo, y quedarás sin nada.

QUIR. Pues yo creo que va bien la carta.

CHIC. ¡La carta! ¡La carta!

TRABJS. ¡Sí, la carta!... ¡Que se escriba!

SAL A mí me parece mal. Esas son pamplinas y papeles mojados.

CHIC. A tí te parece mal, porque ha salido la idea de Ramón.

CHEPA Se prueba primero con la carta, y luego veremos.

TODOS (Menos Salvador.) ¡La carta! ¡La carta!
COLÁS ¿Quién la escribe?
RAM. Yo diré lo que ha de ponerse... pero escribirla...
COLÁS Puede escribirla María-Rosa.
CHEPA Eso es: Oye, Quirico, llama á María-Rosa.
RAM. (Aparte.) (Ya dije yo que hoy hablaría con ella.)
QUIR. (Yendo á llamar á la segunda puerta de la izquierda.) ¡María-Rosa!... ¡Muchacha! (A Chepa.) Todo está en que quiera salir. (Todos hablan entre sí, menos Ramón que observa.) ¡María-Rosa!... ¿Lo ves? (A Chepa.) ¡Que no sale!
CHEPA ¿Pues qué tiene?
QUIR. Como buena de la salud... buena lo está... Pero, vamos, tiene no sé qué. ¿Pero quieres salir, María-Rosa? ¡Sal, mujer!

ESCENA III

MARÍA-ROSA, RAMÓN, SALVADOR, QUIRICO, CHEPA, COLÁS, CHICOTE y TRABAJADORES. María-Rosa viste de medio luto. El pañuelo de la cabeza echado sobre los ojos

MARÍA ¿Quién me llama? (Sin ver á Ramón.)
QUIR. Pues nosotros, mujer.
MARÍA ¡Cuánta gente! (Acercándose á la mesa.) ¡Me encandila la luz! (Tapándose los ojos con la mano.)
QUIR. ¡Venga una silla!
SAL. Toma ésta. (Se la da y se queda cerca de María Rosa. Esta se sienta á la mesa. Todos la rodean y rodean la mesa, pero en pie. Ramón sigue aparte y sonriendo.)
QUIR. Pues verás, tienes que escribir lo que te vayamos diciendo.
CHEPA Es una carta para los contratistas. ¿Lo entiendes?
QUIR. En el cajón de la mesa debes tener una hoja de papel, y aquí tienes el tintero y pluma. (Va colocando cerca de María-Rosa los objetos que nombra. María-Rosa indiferente.)
SAL. La luz más cerca para que veas bien. (Muy solícito.)

COLÁS Pon mucho cuidado.
SAL. ¿Ves bien?
MARÍA Sí. (Moja la pluma.)
SAL. ¿No pinta?
MARÍA Sí.
QUIR. Pues ya estamos.
COLÁS Pues á ello.
QUIR. A ver, ¿quién pone el dictado?
SAL. (Para que no sea Ramón, se anticipa.) ¡Yo lo pondré! ¡Pon tú! (A María-Rosa. Pausa. Salvador hace esfuerzos para discurrir.) ¡A ver! Que tenemos hambre; eso es: hambre. Porque no comemos, y cuando no se come, se tiene hambre. ¿Lo entiendes? Vaya, pues ahora pones tú lo demás.
MARÍA Yo no sé.
CHEPA ¡Pues si es muy sencillo! Mira, hay que... ¡eh! hay que tocarles en el corazón á los contratistas: y hay que tocarle en el corazón á la Diputación. ¿No os parece? (Consultando con todos.)
TODOS ¡Eso, eso!
COLÁS ¡Justo... en el corazón!
CHEPA ¡Pues ponlo! (A María-Rosa. Ella les mira á unos y otros: unas veces toma la pluma para escribir; otras la deja, porque no sabe qué hacer.)
CHIC. Pues yo pondría... que nos morimos de hambre.
SAL. Si es lo que yo dije.
CHEPA Si hablamos todos no nos entenderemos.
QUIR. ¿Dónde está el que lo explicó antes? Pon tú el dictado, Ramón.
MARÍA (Aparte.) (¡Ramón!) (Deja la pluma y se levanta.)
RAM. Si queréis... (Acercándose.)
MARÍA No, yo no sé escribir eso.
SAL. (Satisfecho.) (¡No le quiere!)
QUIR. ¡Pero mujer!... (Conteniéndola, porque quiere irse.)
MARÍA Es que no sé; que no puedo.
CHEPA ¡Si va á ser muy corta!
COLÁS ¡Vamos, María-Rosa!
CHIC. ¡Si acabas de seguida! (Todos la rodean y la ruegan menos Salvador y Ramón.)
MARÍA ¡Os digo que me dejéis!
QUIR. ¡Pero, María-Rosa, repara que es de vida ó de muerte para todos nosotros!

CHEPA ¡Mujer, que es un instante, no seas así!

MARÍA Pues que digan; pero aprisa, aprisa. (Echándose otra vez el pañuelo sobre los ojos. Antes en los movimientos que hizo, se le cayó sobre los hombros.)

QUIR. ¡Anda, tú, Ramón!

CHEPA ¡Y á callarse! (A los demás.) ¡Apártate, hombre! (A Salvador, que murmura mucho en un grupo. Quiere acercarse á María Rosa, pero Chepa y Quirico se lo impiden.)

RAM. (Dictando.) «Señores empresarios de esta carretera.» (María Rosa va escribiendo sin levantar los ojos.) ¡Si habla todo el mundo, no nos entendemos! (A los del grupo de Salvador, que no cesan de hablar. Sigue dictando.) «Muy buenos señores empresarios.» ¡Ea, que no sé lo que me digo! (Porque no cesa el murmullo.) ¿Lo has puesto? (A María-Rosa.)

MARÍA Sí.

RAM. (A Quirico y Chepa.) Lo mejor sería que se marchasen todos, porque así no se puede. (Dictando.) «Les pedimos á ustedes un gran favor.»

QUIR. ¡Ea, vosotros! Lo mejor sería dejarlos solos, porque así no se entienden. (A los trabajadores.)

COLÁS Entonces, vámonos.

CHIC. Buena idea: ¡á cenar!

TODOS Sí... á cenar... (Van saliendo Colás, Chicote y Trabajadores. María Rosa, al ver que se marchan, se levanta; Quirico la contiene.)

QUIR. Escribe, mujer, que parece que tienes hormiguillo. (Ella se vuelve á sentar y escribe.)

SAL. (Saliendo con los Trabajadores, y deteniéndose en la puerta. Aparte.) A mí no me cuela: lo hace para quedarse con ella. Pero ya me las pagará.

CHEPA (Empujando á Salvador y echándole.) ¡Vete, que eres muy listo!

RAM. (Dictando.) «Porque somos muy pobres, y como somos muy pobres...» ¿Lo vas poniendo?

CHEPA (A Quirico á media voz.) Yo me voy á cenar y tú recoges la carta.

QUIR. (También en voz baja.) Bueno, yo la recogeré.

CHEPA (Aparte al marcharse, y volviendo la vista hacia María-Rosa.) Como Andrés levantase la cabeza, se

moría del berrinche. ¡Se quieren y se quieren! (Les mira un momento y sale.)

RAM. (Dictando.) «No sabemos cómo socorrer á nuestras familias.»

QUIR. (A Ramón en voz baja.) Mira que nos la ha de leer luego.

RAM. (Dictando.) «La mayoría de nosotros tenemos padres.»

QUIR. (A Ramón en voz baja.) Vaya, os dejo. (Ahora me voy con la fiera! ¡Buena estará! (Se dirige á la derecha sin meter ruido: vacila un poco, y entra resueltamente.)

RAM. «Y tenemos hijos de corta edad.» (Mira de reojo, y sonríe satisfecho al ver que están solos.) (¡Ya dije yo que los echaría!)

ESCENA IV

MARÍA-ROSA y RAMÓN

RAM. «Y los viejos porque son viejos, y los niños porque son niños, piden pan.»

MARÍA (Levantando la vista y viendo que está sola con Ramón, se pone en pie.) ¿Quirico, dónde está? ¿Por qué se ha ido? ¡No escribo más!

RAM. Escúchame.

MARÍA No. (Marchándose hacia su cuarto.)

RAM. Por la memoria de Andres.

MARÍA Pues por eso. (Marchándose resueltamente: ya está para entrar.)

RAM. Pues no sabrás quién le perdió. (Para detenerla.)

MARÍA ¿Quién le perdió? (Volviendo atrás.)

RAM. Hay que saberlo.

MARÍA Si no tuvieses mal corazón, no me harías broma de estas cosas.

RAM. ¿Te acuerdas de Andrés?

MARÍA Todo lo que puedo. Pero dime lo que sepas, y no hagas que me consuma.

RAM. Sí que te lo diré: pero antes dime tú: ¿Por qué huyes de mí?

MARÍA ¿De tí? Como de todos.

RAM. De mí más. ¡Hace días! Hace meses que te

busco, y no puedo hablar contigo. Me recomo de rabia, y me muero de pena.

MARÍA Pues no te la agradezco esa pena.

RAM. María-Rosa, es que yo por tí...

MARÍA Me has engañado. No sabes nada de los que perdieron á mi Andrés. Me voy.

RAM. Aguarda.

MARÍA No escucho más.

RAM. (Con desesperación.) Pues si no me oyes, me tiro por el tajo de la cantera, y has de ir á recoger mis pedazos en la espuerta.

MARÍA ¡Ramón!... (A pesar suyo vuelve.) Vuelvo, pero no es más que para acabar la carta. (Fingiendo rudeza.)

RAM. (Aparte.) ¡Será mi mujer!

MARÍA (Sentándose enfadada.) Ea, empieza. Digo: sigue. (Aparte.) (¡Ay, Virgen Santísima, que ni yo misma me conozco!... ¡No he debido volver... no... no he debido!) (Levantándose con muestras de enojo.) Si no hemos de escribir, me voy.

RAM. Sí: escribiremos. Pon ahí. (Aparte.) (¡Vaya por la carta!) «Los trabajadores de esta brigada, no pueden sufrir más. ¡Porque el sufrimiento mata!» (Esto último lo dice más bien por sí, que por los trabajadores.) ¿Cuánto tiempo hace que murió Andrés? (Pregunta mientras escribe María-Rosa, echándose sobre la mesa, y acercando su cabeza á ella.)

MARÍA (Escribiendo sin levantar la cabeza.) ¡Catorce meses! Parece que fué ayer. ¡Dicta!

RAM. ¡Cuánto tiempo!

MARÍA ¿Pero no dictas?

RAM. (Dictando.) «Señores contratistas, les pedimos á ustedes protección todos los trabajadores de esta brigada; y es para el caso como si la pidiera uno, porque estamos muy unidos y muy juntos, porque no podemos por menos de querernos; y los que se quieren, siempre están juntos.» *Siempre juntos*... ¿has puesto... *siempre juntos*... (Acercándose á ella y con voz apasionada, pero con algo del tono del que dicta.)

MARÍA (Aparte.) (Debía irme... y no me voy! ¡María-Rosa, no eres buena!) ¡Siempre juntos!... ¿No era eso?

RAM. Eso era. Ya te has quitado el luto.

MARÍA El de la ropa. (*Escribiendo.*) «Siempre juntos.» Ya lo he puesto tres veces.

RAM. ¡Si era tres veces! Y debían ser más.

MARÍA ¿Pero no acabamos?

RAM. Ahora mismo. «Nosotros somos una pobre gente, pero le tenemos voluntad á la carretera y queremos acabarla. Somos pobres, pero por *ella* lo daríamos todo.» (*Ella va escribiendo; pero después se queda suspensa sin escribir, con la cabeza baja y escuchando. El sigue cada vez con más pasión, ni se sabe si dicta ó si se lo dice á María-Rosa.*) «¡Por ella daríamos la sangre de las venas! ¿Y qué culpa tiene el hombre si pone la voluntad en algo y se queda sin voluntad? (*Ella le mira.*) Y si no nos pagan las quincenas no podremos trabajar y la pobre carretera *se quedará sola y desamparada*. ¡Y qué pena tan grande da verla *tan sola y tan desamparada*! ¡Porque *ella* no ha hecho mal á nadie! ¡Y nosotros, qué no haríamos por ella! Delante de Dios crucificado le diría yo: María-Rosa, ¿quieres ser mi mujer?»

MARÍA (*Levantándose de golpe.*) ¡Ah!... ¡No!

RAM. ¡Has de ser mía!

MARÍA ¡Calla! ¡Que te puede oir el otro!

RAM. ¡Está bajo tierra!

MARÍA ¡Así estuviera yo con el! ¡Y no te oiría á tí! (*Aparte.*) ¡Andrés!... ¡Andrés!... ¡Que tu María-Rosa quiere á otro hombre! (*Sale como huyendo por la segunda puerta de la izquierda.*)

ESCENA V

RAMÓN, QUIRICO y TOMASA

RAM. ¡Esa mujer se ríe de mí! ¡Hace meses y meses y está hoy peor que nunca! Y yo también estoy peor que nunca porque no puedo vivir sin ella. (*Mira hacia el cuarto de María-Rosa; da unos pasos y retrocede. Pausa.*) ¿Le querrá á Salvador? Huye de mí, pero de él no huye... De modo que lo que yo hice... lo hice para que otro se aprovechase. El bien se acerca á ella, tanto como yo. Pero él se acerca muy

desahogado, porque no lleva la carcoma dentro. Pero yo... cuando voy á ponerme junto á ella, me parece que veo entre los dos al capataz muerto en la carretera y á Andrés muerto en el hospital del presidio (Se pasea rabioso.) No, pues Salvador no se casa con ella porque antes... (Como disponiéndose á sacar un arma.) Esto si hay necesidad, porque si no hay necesidad no se hacen las cosas. (Ya más tranquilo.) Nada; que no hay más. Que es mía ó la *pierdo* delante de todo el mundo. (Resuelto y mirando hacia fuera y hacia el cuarto de María-Rosa.)

QUIR. (Desde dentro.) ¡Ramón!

RAM. Ya está el otro. (Cogiendo la carta.)

QUIR. (Entrando por la primera puerta de la izquierda.) ¿Y la carta?

TOM. (Lo mismo.) ¿La acabásteis? Dámela para que me la lea María-Rosa.

RAM. Ya está cerrada y como es debido. Yo me cuido de ella. (Se va resueltamente.)

TOM. Queremos saber lo que dice.

RAM. ¡Adiós! (Desde fuera.)

QUIR. Parece un loco.

TOM. Pues á mí no se me escapa. ¡Echarme de aquí y *aluego* no leerme la carta! ¡Aguarda! ¡Aguarda! (Sale corriendo.)

QUIR. Eso no es lo que se trató. (Acercándose con calma á la puerta del fondo.)

ESCENA VI

MARÍA-ROSA y QUIRICO

MARÍA (Desde la puerta de su cuarto.) ¡Hermano! (Mirando.) ¡Quirico! (Llamando.)

QUIR. Ya vuelvo. (Como si fuese á salir.)

MARÍA No: espera, ven. (Adelantándose resuelta.)

QUIR. ¿Qué quieres? (Volviendo.)

MARÍA Quiero decirte una cosa.

QUIR. Pues dila.

MARÍA Mañana, en cuanto sea de día, me voy de esta casa.

QUIR. ¿Qué estás diciendo, mujer?

MARÍA Eso, que me voy.

QUIR. ¿Qué? ¿Reñiste con la Tomasa?

MARÍA No; pero me voy. Si estoy aquí más me muero. Tan fijo como está Dios en el cielo, que me muero.

QUIR. Por más que digas, es por la Tomasa. ¡Tiene un geniazo! ¡Válgame Dios! ¿Pero á dónde vas?

MARÍA A cualquier parte. A la villa á servir. No sé.

QUIR. Todo eso por no hacerme caso. Las mujeres no estais tranquilas mientras que no os casais. Y en cuanto que os casais.. tampoco. Nada, que así sois la mayoría: particularmente todas.

MARÍA ¡No me lo vuelvas á decir! ¡Casada!... ¡Antes me veas muerta!

QUIR. Pues si tú quisieses... Lo que es marido no te había de faltar. Mañana, hoy, ahora mismo.

MARÍA Si no fueses un mal hermano, no me dirías esas cosas.

QUIR. (Enfadado y con pena.) María-Rosa, dime lo que quieras, pero no me vuelvas á decir eso que ahora me has dicho.

MARÍA ¿Pues no sabes lo que yo quería á Andrés? ¿Lo que le QUIERO? ¡Porque le QUIERO! ¿Entonces, para qué me aconsejas que me case?

QUIR. Bueno; le quieres todo lo que se te antoje. Pero te vuelves á casar. Eso no quita. ¡Toma, como que así es el mundo! Sino que tú... ¿Sabes lo que tienes?... Pues unos sofocos á modo de enfermedad, que te has de poner frenética y con un pie en la locura: porque así nos lo ha declarado el médico. Me da pena decírtelo; pero yo... es para que te cures. Conque te casas y te distraes, que así lo dice también el médico: que te pasaría todo. En casándose uno, le pasa todo lo que le puede pasar.

MARÍA ¿Qué sabe el médico?

QUIR. Mujer, el médico lo sabe todo, y lo conoce todo. Y ciertas cosas las conoce cualquiera. Yo, sin entender de cosas de letra, sé que las mujeres, cuando os ponéis así, os ponéis en

tal conformidad, que para vosotras no hay padres ni hermanos. (Con pena.)

MARÍA No digas eso, Quirico.

QUIR. ¡Ni hermanos! Porque á mí no me tienes ni pizca de estimación ni de querencia. Que si ahora mismo te dijesen que me había muerto, te ibas á echar en la cama tan fresca. (Muy conmovido.)

MARÍA ¡Pobre Quirico! ¡No lo creas, no!

QUIR. ¡Pero si ahora mismo se ha visto! «Quirico, me voy, (Imitando á María-Rosa.) porque en tu casa, aunque eres mi hermano, me moriría.» ¡Anda, toma, bébete ese huevo! Y después vélala cuando está enferma; y peléate por ella todo el día con tu mujer, que ya tiene, que ya tiene que pelear! (Lloroso y enojado.)

MARÍA No me digas esas cosas, Quirico. (Casi llorando.)

QUIR. Vete, vete bendita de Dios.

MARÍA Si no me voy por tí ni por Tomasa. Me voy, porque si me quedase, llegaría á ser muy mala. Yo no tengo la culpa, hermano. Es que desde allá arriba me han hecho de una tal manera, que no parece sino que dentro de mí hay otra voluntad que no es la mía propia, y que á todas horas me atormenta. (Con desesperación.)

QUIR. Pues no te entiendo.

MARÍA Ni yo lo entiendo tampoco: ni pizca. Yo quiero ser toda de Andrés hasta que me muera. Y por más que me empeño, la memoria de ese pobrecillo se borra, se borra, y en su mismo sitio viene á ponerse otro hombre. «¡Soy de Andrés!» digo yo; «¡Soy de Andrés!» y siento propiamente como si una boca muy caldeada me dijese aquí, (señalando al oído.) pero muy adentro: «No: de ese Andrés ya no eres tú: tú eres de Ramón.» ¿Lo entiendes ya? ¡De Ramón! Mira tú lo que seré yo, que muerto el otro como murió, pienso en éste... y no puedo, no puedo echarlo de mí.

QUIR. ¡Ramón! ¿Dices que Ramón? (Asombrado.)

MARÍA ¡Chist!... (Imponiéndole silencio.) ¡Que no te oigan! ¡Y á Tomasa nada!

QUIR. ¿Pero tú quieres decir que tú le quieres á Ramón?

MARÍA No quiero quererle, y por eso me voy, porque aquí siempre me persigue.

QUIR. ¡Lo que sois las mujeres, María Santísima! ¿Pero tú, qué tienes que decir de Ramón para no casarte con él? Antes se emborrachaba, pero hace ya tiempo que no lo cata. Mira tú, desde que prendieron á Andrés. A la cuenta aquello le dió su *miaja* de miedo, porque un hombre bebido no sabe lo que se hace.

MARÍA Todo eso no me importa nada.

QUIR. Pero mujer, ¿cómo ha sido eso de prendarte de Ramón?

MARÍA No sé. ¡Ni qué me había de figurar yo! ¿Te acuerdas cuando estuve mala, y luego que me puse buena, y luego que probé á coger la azada con vosotros?

QUIR. Sí, yo no quise, pero Tomasa se empeñó.

MARÍA Pues desde entonces. Pero ahora pienso que ya Ramón lo llevaba en la cabeza desde antes de la desgracia de Andrés.

QUIR. ¡Válgame Dios, lo que son los hombres y las mujeres!

MARÍA A trabajar me puse en el desmonte, y Ramón siempre junto á mí. El me ayudaba á llevar los capazos, y me los iba á vaciar él mismo, que puede decirse que trabajaba doble. Yo se lo agradecía y le dejaba hacer, porque sola ¡pobre de mí! no hubiera podido. Además, ¡qué me había de figurar yo sus intenciones! Yo todo lo echaba por el buen lado. Como que más de una vez le dije: «Ay, Ramón; si aquel pobrecillo nos mira desde el cielo, ¡qué contento estará de tí!» Así sencillamente. Y mira si seré tonta, que no reparé que en diciéndole estas cosas, se ponía serio y se iba muy lejos. De este modo seguimos: yo sin malicia, él con la suya. Hasta que una noche... ¡no sé cómo te lo diga! Una noche soñé que Ramón era mi marido. No, al principio del sueño no lo era: era Andrés. Yo ya estaba acostada; él acabó de componer las herramientas y se me-

tió en la cama. Y luego ví en sueños que la cara de mi Andrés se iba, se iba así como el humo; y por detrás del humo se iba formando otra cara. Con que al fin, sobre la almohada estaba la cara de Ramón junto á la mía. Pues al despertar al otro día, ví con rabia y pena que me gustaba pensar en aquel sueño, y me hubiera matado para arrancarme aquel gozo del alma. Y desde entonces, todas las noches veo la almohada maja de mi boda, y encima las dos cabezas: la mía y la de Ramón. ¡Que así me confunda Dios por mala mujer!

QUIR. ¡Válgame Dios, María-Rosa!

MARÍA Al ver á Ramón en el trabajo al otro día, al otro día del sueño, me dió el corazón un salto: todo lo que hacía por mí, y por qué lo hacía, lo comprendí entonces. El no sé qué vió en mis ojos y en toda mi cara, que al concluir, que era ya oscurecido, me cogió de pronto por la cintura y me arrastró hacia sí; pero yo me solté rabiosa y erizada para huir de aquel aliento caldeado que como en el sueño lo sentía. Y ya lo sabes todo: por eso caí enferma otra vez.

QUIR. ¿Y qué se hace?

MARÍA Huir de Ramón, que yo no sé por qué, pero me parece que no es bueno como Andrés; que siempre va con segunda; y que á pesar de todo me enciende como el eslabón al pedernal cuando le golpea; me llama así como si yo tuviese mucha sed y él fuese el agua.

QUIR. ¡Vamos, me aturdes María-Rosa! Ea, si has de ser tan desgraciada, vete mañana mismo.

MARÍA Eso es lo mejor, hermano. De Andrés y de nadie más.

QUIR. ¡Qué remedio! A ver si se te van esos pensamientos.

MARÍA Sí, Quirico, sí.

QUIR. Atiende. Toma estos cuatro duros: guárdalos. La Tomasa no sabe que los tengo.

MARÍA ¿Y qué hago con ellos?

QUIR. Pues vivir con ellos hasta que encuentres colocación. Toma, mujer, toma. ¿Pues no soy tu hermano? ¿Pues para qué soy tu her-

mano? ¿Pues la pobre María-Rosa no era chiquitica, chiquitica, cuando yo tenía ya veinticinco años? Ahí tienes que yo era como tu padre. Y mira, te pareces mucho á nuestra pobrecica madre. ¡Nunca había reparado hasta hoy que te parecieses tanto! (Se deja caer en una silla.)

ESCENA VII

MARÍA-ROSA y QUIRICO; TOMASA, que llega de la calle

TOM. (Alegre y resuelta.) ¿Qué te crees, que me hacía caso Ramón? ¿Pero qué te crees, que yo le he dejado hasta que me ha dicho de memoria la carta? Está muy bien, muy bien. ¿Qué tiene ésta? Otra vez estamos con las alas caídas, ¿eh? Quirico, ¿no me contestas? Quirico, (Acercándose.) ¿pero qué tienes? ¿Te hice daño antes cuando te pegué con las tenazas?

QUIR. No es nada, mujer.

TOM. Pues algo será.

QUIR. (Llevándola aparte, y en voz baja.) Que se va mañana temprano. Y, al fin, es mi hermana.

TOM. (Quedándose parada.) ¡Ah! (Llevándose más lejos á Quirico después de mirar fijamente á María-Rosa.) Ven: explícamelo. (Hablan los dos en voz baja.)

MARÍA Sí, lejos, muy lejos. Que no sepa nunca dónde estoy, y entonces ya quedo tranquila. Que yo creo que me voy á curar de esta malicia. Hasta alegre me siento. (Con excitación.) Ahora, á separar mi ropa: no pesará mucho. ¿Dónde tengo la muda? Aquí debe estar. (Señalando un mueble bajo.) ¿Y la llave? Aquí también. (Se va á la caja, baúl ó lo que sea, que estará á la derecha, se arrodilla y abre.)

TOM. Me parece que no me lo dices todo.

QUIR. ¿Por qué te había de engañar? Tú verás cómo se va. (Ruido dentro. Vocerío lejano como de riña.)

MARÍA ¿Pero qué es aquello? ¿No oís?

QUIR. ¿Qué dices?

MARÍA Que están disputando en la calle. (Asomándo-

se á la puerta.) Sí... hay mucha gente... se oyen gritos...

TOM. Toma, ya sé lo que es. Cuando acabó Ramón de explicarme la carta, llegó Salvador con los amigos. Y él y Ramón empezaron á trabarse de palabras... y pueda ser que estén riñendo.

MARÍA ¡Dios mío, Dios mío!

TOM. Parecían dos demonios... Con que yo me quité de en medio. ¡Allá que se maten!

MARÍA ¡Anda, Quirico, anda á ver lo que pasa!

QUIR. A donde me voy es á la cama. ¡Así se rompan esos locos el bautismo! Y no te apures, que ya les contendrán aquellos.

MARÍA (Cae sentada.) ¡Dios mío, Dios mío! ¡Si ocurre algo, yo soy la que tiene la culpa: nadie más que yo! ¡Anda, Quirico!

TOM. ¡Eso es! ¡Para que le comprometan! ¡Este no sale de casa!

MARÍA ¡Pues vamos todos!

QUIR. ¿Pero tú has perdido el juicio?

TOM. (Acercándose á la puerta.) ¡Mucho ruido y poca sustancia! ¡No te asustes, que no se oye nada!

QUIR. ¡A la cama todo el mundo!

TOM. Eso es lo que debemos hacer. (Encendiendo otra luz para llevársela. Quirico y Tomasa se dirigen á su cuarto.)

MARÍA ¡Buenas noches, hermano! ¡Buenas noches, Tomasa! (Muy triste.) ¡Es la última vez que os doy las buenas noches!

QUIR. (Vuelve atrás y cambia de tono. Habla con cariño.) ¡No digas esas cosas! ¡Métete en la cama y duerme, sin pensar en nada, y mañana hablaremos!

TOM. ¡Y tanto como hablaremos! ¡No hay más que marcharse de ese modo! ¡Vaya, que yo no quiero! (Cariñosa.)

QUIR. No nos pongamos tristes, que luego no se duerme bien. Y el que no duerme bien, trabaja mal.

MARÍA ¡Buenas noches!

QUIR. (Acariciándola torpemente.) Oye tú, piensa en la madre, y no me des una pena. (Muy conmovido. Sale Quirico, y tras él Tomasa con luz.)

ESCENA VIII

MARÍA-ROSA coge una luz de la mesa y se dirige á su cuarto; luego retrocede y vuelve á dejar la luz

¡Ay, Dios mío! ¡Si muriese Ramón, yo tendría toda la culpa! ¡Claro, si no he hecho más que desesperar á ese hombre! (Tocan ligeramente en la puerta.) ¿Qué es eso? ¡Parece que han llamado! (Vuelven á tocar á la puerta. Se acerca á la puerta.) ¡Han vuelto á llamar! ¡Quién será á esta hora! ¿Quién es?

ESCENA IX

MARÍA-ROSA y RAMÓN

RAM. (Llamando.) ¡María-Rosa!

MARÍA (¡Es Ramón!) (Apartandose de la puerta.) ¡Qué se ha figurado de mí!

RAM. ¡María-Rosa, ábreme!

MARÍA. ¡No!... ¡eso no!...

RAM. ¡Que estoy herido!

MARÍA ¡Herido! (Corriendo á la puerta.)

RAM. ¡Que se me acaba la vida, María-Rosa!

MARÍA ¡Se está muriendo! ¡Ramón! (Abre la puerta.) ¡Ay, Virgen Santísima! ¡Ramón!... ¡entra!... ¡acércate! (El disimuladamente cierra la puerta.) ¡Herido!... ¡Hermano!... ¡Tomasa!...

RAM. (Impidiéndole que grite.) ¡No!... ¡no!... ¡Tú sola! ¡tú, María-Rosa!

MARÍA ¡Si debes estar sufriendo mucho!... ¿Dónde es? ¿Dónde, Ramón?

RAM. ¡Quita allá! ¡Si la herida no la siento! ¡Si no es nada! ¡Ni me duele, ni nada! ¡Antes, antes sí que me dolía! ¡Aquí mismo! Cuando me dijiste aquello: que me aborrecías. ¡Quiero morirme! ¡quiero morirme!

MARÍA ¡Pero yo no quiero que te mueras, Ramón! ¡Si mentía, si te quiero!

RAM. ¡Que tú me quieres! ¡María-Rosa, vuélvemelo á decir!

MARÍA (Con exaltación.) ¡Pues sí que te quiero! Te quiero como si no hubiese querido nunca en esta vida.

RAM. María-Rosa, qué consuelo que me das.

MARÍA ¡Hay que curarte la herida!... ¡Quirico!... ¡Tomasa!... (Se desprende y se acerca al cuarto de Tomasa y Quirico. Ramón la alcanza y la hace callar.)

RAM. ¡Calla, mujer! ¡Espera! ¡Si no es nada! ¡Si yo separé con el brazo la faca, y no hizo más que rozarme!

MARÍA ¡Pero Dios mío! si el hierro te tocó, algo será! A ver... á ver...

RAM. Si bien claro te lo digo... pero tú no quieres entenderme. Que la herida... ¿sabes tú?... me la hiciste tú misma, al decirme que me aborrecías... Ahora me has dicho que me quieres, y ya he sanado del todo, y la herida está cerrada. (Riendo.)

MARÍA ¡Jesús mío!... ¿Pero qué es esto? ¿Es que no has reñido con Salvador?

RAM. Si nos separaron los amigos.

MARÍA ¿Pero entonces no estás herido?

RAM. ¿Cómo quieres que te lo diga?

MARÍA ¡Entonces me has engañado, mal hombre! Vete fuera. ¡Que te echo! ¿No oyes que te echo?

RAM. ¡No ves que pasa gente! Si quieres, me marcho.

MARÍA (Cerrando la puerta.) No... ahora no... cuando pasen. (Se queda escuchando.)

RAM. Me malicio que no pasan en toda la noche...

MARÍA Anda, que eres para mí un demonio.

RAM. Demonio sí que lo he sido, y lo soy. ¡Pero soy el demonio de abajo, que se ha prendado del ángel de arriba! ¡Mira si mi suerte será también condenada y maldita! ¡Oyeme, que has de oirme, que para eso he venido!

MARÍA ¡No; calla, Ramón! No quiero que me cuentes nada.

RAM. ¡Pues si yo te lo contase todo! ¡Te morías de espanto, chiquilla! ¿Sabes para lo que yo entré aquí? ¡Para comprometerte; para perderte delante de todo el mundo, de tus hermanos, de todo el pueblo!

MARÍA ¡Ah, mala sangre!

RAM. ¡Si tienes razón; si lejos de tí soy muy malo, mucho! ¡si yo lo conozco! pero en estando cerca de tí, y en mirándote y en mirándome tú, toda el alma se me blanquea, como blanquea el lino pajizo y negruzco cuando sale de la charca en que se pudre y le da mucho el sol. ¡Tú no sabes lo que es vivir como yo vivo! Si miro, la María-Rosa que se me pone delante de los ojos. (Con ira.) Por los caminos, entre cien pisadas, conozco las tuyas, y si tus pisadas no van solas, si llevan compañía, me comería la tierra para que no se ajuntase pisada con pisada. ¡Si no sales de casa, como yo sé que es por no verme, se me hace un rescoldo el corazón, y me dan unas ganas rabiosas de tirarme delante de la primera carreta que pase, ó de poner la cabeza bajo la rueda para que me aplaste, ó de echarme boca abajo sobre un barreno, para que me haga pedazos la voladura!

MARÍA ¡Calla, Ramón! ¡No digas esas cosas, por la Virgen Santísima!

RAM. ¡No, si eso no es nada todavía! Si yo no sé explicarlo. Oye, María-Rosa: muchas noches, cuando todo está cerrado y duermen los compañeros, yo, arrastrándome como un lobo hambriento, me acerco á esta casa y me echo delante del portal, y revolcándome *fiebroso*, por las rendijas de la puerta me creo que te oigo, y que te veo, y que te traigo hacia mí, cuando retiro el resuello. Tú te creerás que es el viento el que sacude la puerta, pues soy yo, que con la cabeza me doy de golpes en ella, y te llamo, y lloro desesperado, y lloro... sí, lloro... como una criatura de pecho, ¡como ahora mismo estoy llorando! ¡Porque te quiero, María-Rosa, te quiero y me estoy muriendo por tí! (Queda con la cabeza sobre la mesa, entre los brazos y llorando.)

MARÍA (¡Está llorando!... ¡llorando de veras! ¡Reina del cielo! ¡Cuánto daría yo porque no me quisiera tanto!... ¡Y que el desconsuelo fuera sólo para mí!) ¡Ramón!... (Acercándose.) ¡Algún mal muy grande hemos hecho tú ó

yo ó los dos, para que Nuestro Señor nos castigue con estas penas que nos matan! ¡Ramón, dicen que todo es posible, si allá arriba lo disponen; pues yo daría hasta la gloria, y que Dios tenga piedad de mí, porque tú, todo tú, tu cara, tus brazos, tus ojos, tu alma, fuesen del mismo Andrés! ¡Que Andrés y Ramón fuesen uno solo no más, delante de Dios, y aquí dentro! (Apretándose el pecho.) ¡Porque entonces acabarían estas angustias! ¡El otro heladito, que me tira desde tierra, y tú caldeado, que me enciendes aquí arriba! ¿Por qué cuando os mandaron á tí y á él al mundo, no se juntaron por el camino las dos almas, para venir á buscarme á mí después hechas las dos una sola, y ahorrarme penas? ¡Y que él no se hubiera muerto, ó que tú te hubieras muerto también!

RAM. ¡Si tú me quieres! ¡Si tú me quieres, María-Rosa!

MARÍA ¡Yo no puedo quererte, aunque te quiera! ¡Aunque me muera queriéndote! ¡Aquí dentro (Golpeándose el pecho.) yo no puedo admitirte! ¡Porque hay aquí dentro *otro* que lo quiere todo para él y para siempre! ¡Y muerto y todo, está viviendo! Y cuando te acercas, yo le oigo que se levanta y que te grita: «¡vete de aquí, mal compañero, mal amigo! ¡Judas! ¡Judas!»

RAM. ¡Calla!... ¡calla!... ¡No hables tan fuerte!

MARÍA Si es él, el *otro*, que me da fuerzas para decirlo: «Traicionero, que quieres matar el cariño que me tuvo la María-Rosa. ¡Traicionero!... ¡Asesino!»

RAM. ¡Cállate, mujer... que pueden oirte!

MARÍA ¡Ves tú como no puede ser!... ¡Ves tú como á tí también te da miedo!... Vete... vete... Ramón...

RAM. ¡No, eso no!... ¡Así me condene como un recondenado, que has de ser mi mujer! (Da un soplo á la luz: queda la escena á oscuras.)

MARIA ¡No!... ¡No!... ¡Quirico!... ¡Tomasa!... (Huyendo.)

RAM. ¡Sí, grita, que cuanto más grites, más te pierdes! (Queriendo cogerla.)

MARÍA ¡Vete, Ramón!... ¡Vete, por Dios!
RAM. ¿Para qué? Aquí estoy: que me vean.

ESCENA X

MARÍA-ROSA, RAMÓN, TOMASA y QUIRICO

QUIR. ¿Qué gritos son estos? (Trae una luz que deja sobre la mesa.)
MARÍA ¡Hermano, hermano!
TOM. ¿Pero qué pasa?
QUIR. ¡Ramón!... ¡Pero aquí está Ramón!
TOM. ¡Jesús!
QUIR. ¿Pero cómo has entrado? (Rechazando algo á María-Rosa.)
TOM. ¿Pero quién te ha abierto la puerta?
RAM. ¡Ella!... ¡ella me abrió! ¡Que lo niegue!...
TOM. ¿Has sido tú? (A María-Rosa.)
QUIR. ¡Hermana!
MARÍA Me dijo que estaba herido, que se moría... y yo me lo creí...
QUIR. María-Rosa... ¿qué has hecho?
RAM. La María-Rosa hace lo que quiere, y á nadie tiene que dar cuenta de lo que hace. Me abrió la puerta, porque me tiene afición... ¿estamos?
QUIR. (A Ramón con ira y contenido por Tomasa.) ¡Anda para fuera... á la calle!...
TOM. (Descorriendo el cerrojo.) ¡Vete!... ¡andando!... ¡y listo!...
RAM. (Yendo despacio hacia la puerta.) ¡Bueno... bueno... como queráis!... ¡por mí... como queráis!... (Va más despacio, parandose y mirando á María Rosa.)
QUIR. ¡He dicho que afuera!... (Con aire amenazador.) ¡Mira que si no!...
RAM. (Con calma.) ¡No hay necesidad, ya me voy! ¡Abre, mujer!... (A Tomasa.)
TOM. (Abre la puerta y la entorna rápidamente.) ¡Es que hay gente!...
RAM. Deben ser los amigos que me separaron de Salvador, que no se habrán ido todavía.
QUIR. ¡Fuera, mala sangre, perdido!...

ESCENA XI

MARÍA-ROSA, TOMASA, y QUIRICO; RAMÓN, dentro, pero en la misma puerta, COLÁS, CHICOTE y algunos otros TRABAJADORES, por la parte de afuera

RAM. Ya me voy... ya me voy... ¡No hay que alborotar!

COLÁS ¿Pero qué pasa?

CHIC. ¿Pues no ves? ¡Ramón que está dentro!...

TODOS ¡Ja, ja, ja!

RAM. ¡Hasta mañana, María-Rosa!... Con que ya sabes... ¡Vaya, con Dios vosotros!... (A Quirico y Tomasa, despidiéndose.)

MARÍA ¡Qué vergüenza, Dios mío! ¡Qué vergüenza!

TODOS ¡Ja, ja, ja! (Todos se ríen. María-Rosa desesperada: la contienen Quirico y Tomasa.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Interior de una casa pobrísima. En el foro una puerta que da á lo exterior. A la derecha, la de la cocina. A la izquierda, la del cuarto de dormir: está cubierta por una cortina, pero se ve un pilar de la cama. En el foro, á la derecha, una ventana con reja: estará cerrada. En la escena, y convenientemente distribuidos, una mesa de pino, una cómoda muy vieja, bancos, sillas, un espejo pequeño de pared, etcétera.

ESCENA PRIMERA

TOMASA, QUIRICO, CHEPA, COLÁS y CHICOTE. Tomasa y Quirico á la mesa, contando monedas de un montón que habrá sobre ella. Los otros tres, contando dinero en distintos puntos de la escena

TOM. Setenta y cuatro, setenta y cinco, setenta y seis, setenta y... ¿Qué he dicho, setenta y seis ó setenta y siete?

QUIR. (Queriendo llevarse el dinero.) Trae acá, que tú siempre te equivocas.

TOM. Déjame á mí, hombre. Setenta y ocho, setenta y nueve, setenta y diez...

QUIR. ¡Anda, setenta y diez! ¡Setenta, y diez, son ochenta! Quita tú, que no sabes. (Recogiendo todo el montón, y poniéndoselo delante.) Volvamos á empezar.

TOM. Pero si tampoco sabes tú: si nunca has tenido tanto dinero junto.

QUIR. Ahora calla. Uno, dos, tres, cuatro... (Con lentitud.)

TOM. A ese paso no acabas mañana. Tú verás... (Acercándose al montón.)

QUIR. ¡Pero déjame!...

TOM. (Apartando á Quirico con el codo.) Una, dos, tres... (De prisa.)

QUIR. Venga acá el dinero, farfullera. (Disputando con calor.)

CHIC. ¡Cuánto dinero, Chepa! ¡Qué contento estoy!

CHEPA No recogeré yo en esta vida muchas quincenas más.

COLÁS ¡Parece mentira que nos lo hayan pagado todo!

CHEPA ¡Cumplió la Diputación, cumplió! Dijeron que al acabar la carretera se pagaría todo lo atrasado, y aquí está!

CHIC. ¡Señor, cuanto dinero hay en el mundo. ¿Ves esto? Pues tengo ya casi para comprar una mula.

COLÁS Tú, para una mula, y yo para una mujer. (Riendo.) ¡Desde que tengo tanto dinero, las mujeres me parecen más mujeres! (Ríe estúpidamente.)

TOM. ¿Qué pensabas, que me iba á quedar con las monedas? (Dándole un golpe ó un empujón á Quirico.)

QUIR. Por si acaso, que á las brujas les gusta chupar. (Le da también un golpe, y en la riña se caen algunas monedas al suelo.)

TOM. ¡Ay, reina de los ángeles! (Bajándose para recoger las monedas.)

QUIR. Por ti ha sido, que no puedes estar quieta. (Buscando también. Los dos buscan por el suelo, olvidándose de la riña.)

TOM. ¿Para qué empujaste?

QUIR. ¡Eres más testaruda!

COLÁS A mi mujer la haré yo andar derecha.

CHIC. Desengáñate, Colás. Hay animales que cuando cocean, no hay látigo que baste. Toma tú, Chepa: te debía tres pesetas.

CHEPA En paz.

COLÁS (A Chicote.) Y yo á tí, ¿qué te debo?

CHIC. Nueve pesetas y media.

COLÁS Toma diez: devuélveme media.

CHIC. (Devolviéndola) Media peseta, y gracias.

QUIR. Toma, y guárdalo. (Dándole el montón de dinero á Tomasa.)

TOM. ¿No lo volvemos á contar? Porque me parece que no está justo.

QUIR. Guárdatelo como esté. ¡Parece mentira, Chepa, que se haya concluído la carretera! (Acercándose al grupo.)

CHEPA Es verdad. ¿Te acuerdas? Cuando la empezamos, decíamos: ¿quién llegará á acabarla? Pues hemos llegado todos.

QUIR. Menos el pobre Andrés.

CHEPA Tienes razón, Quirico.

COLÁS Si no ha llegado él, ha llegado Ramón.

CHEPA Ramón llega á donde llegó y á donde no llegó Andrés. Que el mismo día acaba la carretera y se casa con la María-Rosa.

CHIC. Ya en vida de Andrés la quería.

CHEPA Bien claro se ha visto.

QUIR. Y muy bien que hace casándose.

COLÁS Como que es una mujer; que toda ella es una mujer. Si me coge con dinero, me caso con ella. Es decir... antes de aquello... de cuando entró Ramón de noche en vuestra casa.

QUIR. Entró estando nosotros delante, ¿verdad, Tomasa?

TOM. ¡Mira con lo que sale! (Ha acabado de recoger el dinero y se acerca al grupo.)

COLÁS Pues Ramón se ha vanagloriado delante de todo el mundo.

QUIR. Delante de mí, no; que puede que le hubiera quitado la fisonomía de una morrada.

TOM. María-Rosa tiene más honra que todos vosotros.

CHIC. Pues todo el mundo lo ha charlado.

TOM. Como que si no hubiera sido por eso, por *mor* de la murmuración, no se casa. Ya sabemos lo que nos costó convencerla.

CHIC. Yo soy perro viejo, Tomasa. Ella, por dentro de sí, estaba deseando que la convenciesen.

TOM. Pues yo digo...

QUIR. Yo digo que has dejado los pollos en el fogón. Y que me huele á quemado.

TOM. Es verdad... ¡Ay, Dios mío!... A que se queman, á que se quema todo. (Salen corriendo por la izquierda.)

ESCENA II

QUIRICO, CHEPA, COLÁS y CHICOTE

COLÁS ¿Nos preparáis buena cena de boda, Quirico?

QUIR. ¿Te ha convidado Ramón?

COLÁS Y á éstos también, ¿verdad, Chepa?

CHEPA Por más señas, que le hemos regalado dos gallos que, con arroz, los han de agradecer los novios.

CHIC. Y tú, Quirico, ¿qué le regalas? Al cabo vais á ser hermanos.

QUIR. ¿Yo? ¿Qué quieres que le regale? Aquí tenemos cuatro trastos; pues que se sirvan de ellos por ahora como si fuesen suyos. De todas maneras, mañana mismo nos vamos la Tomasa y yo á trabajar á la nueva carretera. Conque ahí tienes.

COLÁS ¿Y ellos?

QUIR. Se quedan aquí, porque Ramón encontró trabajo en el pueblo.

CHIC. ¿Y dónde dormís esta noche tú y la Tomasa?

QUIR. En el mesón: y mañana, al rayar el día andando.

CHEPA ¡Da tristeza: tanto tiempo juntos y ahora *desparramaos!*

ESCENA III

QUIRICO, CHEPA, COLAS, CHICOTE y SALVADOR

COLÁS Ya viene Salvador, á ver éste que les regala.

SAL. Entra fingiendo alegria para disimular.) Buena suerte hemos tenido. No nos volvemos á ver con tanto dinero junto en todo lo que nos queda de vida. (Quirico y Chepa, sentados en la mesa ó en medio y fumando.)

COLÁS Y tú, ¿no traes el regalo? (A Salvador.)

SAL. ¿Qué regalo?

COLÁS El regalo para los novios.

SAL. ¡Ah, sí! Y bueno. Teniendo yo dinero y estimándolos como los estimo, figúrate tú si será bueno.

COLÁS ¿Y qué es?

SAL. Todo el vino que bebamos en la cena lo regalo yo. Y vino de primera. Figuraos... (A media voz y con intención.) Pero esto ya lo contaré cuando estemos cenando. No les digáis nada á los novios. Nadie sabe nada del regalo más que Tomasa y yo. (Riendo.)

CHIC. ¿Pues qué ha sido?

COLÁS No lo entiendo.

SAL. Ya lo sabréis.

CHEPA ¿Le tienes *mal querer* á Ramón?

SAL. Ninguno.

CHEPA Como tú también querías casarte con la María-Rosa...

SAL. Antes, sí. Pero después... no.

QUIR. (Dando un puñetazo.) Sabe todo el mundo que la María-Rosa...

SAL. No te alborotes. ¡Si yo nunca he creído nada! ¡El quiso comprometerla y se salió con la suya!

QUIR. ¡Es que no la comprometió Ramón! (Furioso.)

SAL. Claro que no.

CHEPA Dijo que estaba herido... para que le abriese la puerta.

SAL. ¡Qué había de estar herido, si nos separaron en seguida!

CHEPA ¿Quieres que te diga con franqueza lo que siento? Que la María Rosa quiso hacerse fuerza á sí misma, empeñándose en que estaba comprometida.

SAL. Bien puede ser.

QUIR. Hoy se casan; conque no se hable más de ello.

SAL. Por mí, que sean muy felices. Ya sabe Ramón que no le guardo resentimiento.

COLÁS (Aparte á Chepa.) La de la zorra.

CHEPA (Y las uvas.)

COLÁS (No. La zorra y el río. Cuando vió que no podía salir, dice, dejándose llevar: «De todas maneras, yo iba á Sangonera.» El río pasaba por Sangonera.) (Ríen los dos.)

ESCENA IV

SALVADOR, QUIRICO, CHEPA, COLÁS y CHICOTE; RAMÓN que entra

RAM. ¿Cómo va eso, Quirico? (Siempre vanidoso y satisfecho.)

QUIR. Haciendo la cena está la Tomasa. Ya trabaja, ya.

RAM. ¿Y María-Rosa?

QUIR. ¡No sé: no estará lejos.

RAM. (Mirando el reloj.) Pues son más de las seis. A las siete, la boda.

SAL. ¿Ya estás tu satisfecho? (Fingiendo broma.)

RAM. Más que tú. (Riendo.)

SAL. Ella te prefiere, paciencia.

RAM. Eso va en el natural de cada uno, porque yo no me hubiera conformado.

SAL. Es que yo iba de broma.

RAM. Y también resultó de broma lo de quererte.

SAL. Las bromas están al fin, y ahora vas en el principio.

RAM. Puede ser: ¿y á dónde está la María-Rosa?

QUIR. La Tomasa lo sabrá. Voy á preguntárselo. (Entra en la cocina.)

RAM. (Dándole golpecitos en la espalda á Salvador.) ¡Pobre Salvador! Ahora tienes que buscar otra.

SAL. Estoy de huelga.

RAM. Ya sabes que quiero que vengas á cenar esta noche.

SAL. ¡Pues ya iba á faltar yo!... A la hora de la cena aquí me tienes. Ya que otra cosa no... cenaremos. (Se va sin poder dominar su enojo.)

CHEPA Ten mejor corazón, hombre; él no se hubiera burlado de tí.

RAM. ¿Pues por qué hizo el tonto con la María-Rosa?

QUIR. (Saliendo.) ¡Dice que no sabe por dónde anda la María-Rosa!

RAM. Hombre, á ver si la encuentras, que, en no teniéndola cerca, me parece que la voy á perder todavía.

QUIR. Voy á ver si está por fuera. (Saliendo por el foro.)

CHEPA ¡Anda, que ya te sales con la tuya! (A Ramón.)

RAM. A todo se llega teniendo voluntad.

COLÁS Cuando encuentre *una* que tenga hacienda y quiera agarrarla, vendré á pedirte lecciones.

RAM. Cuando quieras, chico.

CHEPA (Con mucha intención en esto y en toda la parte restante de la obra.) ¡Ya es tuno este Ramón!

CHIC. ¡Sí que lo es!

CHEPA ¡Cuando una cosa se le mete en la *cabeza!*...

RAM. Durilla, durilla me la dió mi madre; buen firme de carretera se podía hacer... (Tocándose la cabeza con vanidad.)

CHEPA Y la verdad, tú hace mucho tiempo que estabas prendado de la María-Rosa.

RAM. Chepa, ¿á qué negarlo? Desde el mismo punto y hora en que la conocí. Ella pasaba, y yo me dije: «¿Te casarías con esa mujer?» Y todo mi cuerpo y toda mi alma se ponen á gritar: «¡Ahora mismo!» Condenada suerte: ¡estaba casada! Pero el *querer* ya lo tenía yo muy hondo.

CHEPA Bueno te pondrías, bueno. ¡Con ese geniazo que tienes! (Fingiendo mucha amistad.)

RAM. Yo soy así: muy raro. Ahora tengo treinta años. Cuando la conocí, veintisiete; pues hasta entonces todas las mujeres me habían parecido iguales. Algunas veía que me gustaban; pero como me gustaba una faja ó un pañuelo del cuello. «¿Cuánto vale esto?» «Tanto.» «Pues me lo llevo.» ¿Me pasa el capricho? Pues á otra prenda. Pero con María-Rosa no era así; era un interés muy grande: era como si me hubiese embrujado. ¡Bestialidades hubiera hecho yo por ella, y me contentaba con nada! Materialmente cosas de niño. No os riáis, que si no habéis estado embrujados por ninguna mujer, no sabéis lo que se pasa. Lo que se quiera, pongo á que no acertáis una de las cosas que más me gustaban. (Les mira riendo. Es una racha de franqueza.)

COLÁS Dilo.

CHEPA Sí, que lo diga. (Con curiosidad.)

CHIC. A ver, á ver.

RAM. Pues era que esa mujer lavase mi ropa. (Todos se ríen.) ¡Es tontería! ¿Verdad? Pues yo miraba á María-Rosa, metiéndome por unos matorrales de espinos y aliagas, que me punzaban por todo el cuerpo, mientras me iba arrastrando para estar cerca, muy cerquita. Ella en el barranco, arremangada de brazos, cogía mi blusa y toda mi ropa y la golpeaba mucho, y la metía en el agua corriente, y la volvía á sacar. Y, ¡María Santísima! cómo la daba jabón envolviéndola en espuma, y qué porrazos la sacudía, y cómo la escurría y acariciaba, ni más ni menos que si la estuviera haciendo mimos. A todo esto, encendida y sofocada y hecha un sol, entre espuma también. ¿Seré bestia? Yo gozaba, como si hubiese estado yo mismo metido en la ropa.

COLÁS ¿Y ella entendía tu querer?

RAM. ¡Quita allá!

CHEPA A Ramón no le convenía que lo supiese.

RAM. Eso mismo.

CHEPA Como que aún tenía marido.

COLÁS ¿Y cómo habías de sospechar tú que se quedase viuda tan pronto?

CHEPA ¿Eso, quién sabe? A veces hay corazonadas. (Mirando fijamente á Ramón.)

RAM. No lo sospechaba. ¡Por qué lo había de sospechar! Y ahora que caigo... todo eso que os he contado, debió de ser después de muerto Andrés; sólo que en un día como este no sabe uno lo que se dice. (Ríe fingiendo alegría.) Pero ya la tengo aquí á mi María-Rosa. (María Rosa entra por el foro y se sienta fatigada á un lado, sin hacer caso de nadie.)

CHEPA Muchachos, vámonos, que aquí se estorba.

COLÁS Sí, vamos á mudarnos de ropa para la boda.

CHEPA (Aparte.) (Cuando yo *malicio* una cosa, por algo la *malicio*. Mucho será... mucho será... que no sea lo que yo me figuro.) (Mirando fijamente á Ramón antes de salir. Salen los tres.)

ESCENA V

MARÍA-ROSA y RAMÓN

RAM. ¡Chiquilla!... (Desde lejos.) ¿No me oyes?... ¡María-Rosa!

MARÍA ¡Ah! ¿Eres tú? .. No te ví al entrar.

RAM. ¿De dónde vienes?

MARÍA Más vale que no me lo preguntes. Voy á ver á Tomasa. (Se dirige á la cocina.)

RAM. Es que yo quiero saber de dónde vienes. (Con cierta dureza.)

MARÍA ¿Lo quieres saber? ¿Mandas ya como marido? Bueno. Pues vengo de ver al señor cura. Y ahora, déjame ir á la cocina. ¡Tomasa! (Acercándose á la puerta de la cocina y llamando.)

RAM. Espera, espera. ¿Y para qué has ido? Todos los papeles están despachados, y esta mañana te confesaste.

MARÍA Las mujeres somos así. A veces nos coge de pronto una cavilación... Ahí verás.

RAM. Vaya un cantar que entonas Yo no quiero que tengas cavilaciones, y si las tienes, quiero que me las digas.

MARÍA (Resuelta.) ¿Quieres que te las diga? Pues oye: he ido á ver si podía deshacer el casamiento.

RAM. ¿Pero qué dices? ¿Te has vuelto loca?

MARÍA No te apures: no se deshará. Te saldrás con la tuya. ¡Pero es que siento dentro de mí una vergüenza y una pena muy grande por olvidar al otro! ¡Me parece que soy la mujer más mala que ha pisado la tierra!

RAM. ¿Y qué le has dicho al señor cura?

MARÍA Que en este pueblo conocí á Andrés, y que en este mismo pueblo, como si fuese castigo de Dios para atormentarme, voy á casarme contigo.

RAM. ¿Y qué culpa tenemos tú y yo, de que aquí se haya terminado la carretera?

MARÍA (Abriendo la ventana.) Mira, asómate; en aquella masía fué, la que está más cerca, donde nos conocimos. El pisaba en el lagar, y yo era vendimiadora.

RAM. Ya me lo has contado lo menos cien veces. Lo que ha pasado, ha pasado. No pensemos más en ello, porque nos volveremos locos. El día más grande de la vida, vas á amargármelo, mujer. ¿Y qué? (A pesar suyo quiere saber: es la atracción de su crimen.)

MARÍA Al salir esta mañana de la iglesia me fuí á la masía... no sé cómo. Así como si el corazón me tirase hacia allá. Todo está como antes en aquella casa. El sitio donde las muchachas cenábamos, el hogar, los bancos: todo lo mismo. Solo que el lagar en que Andrés pisaba la vendimia, ahora está seco y cerrado, como se cierra una sepultura.

RAM. (A pesar suyo le ha oído con interés.) ¿Quieres callarte? ¡Para qué hay que recordar todo eso!

MARÍA Muchas manchas había en el suelo. ¿Quién sabe si alguna sería del mosto con que se mezcló su sangre, cuando se clavó la aguja? Mira, Ramón, tuve miedo; me parecía que Andrés salía de la cuba, y que me llamaba *mala mujer*, y salí corriendo de la masía con los sentidos alocados y sin resuello, porque pensé que el *otro* venía *detrás*... Con que qué he de hacer, Dios mío, porque el caso es que yo te quiero. No sé cómo ha sido, pero yo te quiero.

RAM. (Satisfecho y vanidoso, acariciándola.) Es claro, mujer: tú me quieres. No pensemos en esas cosas. Ya se hace tarde; anda, vístete.

MARÍA Tienes razón. Ya no hay más que eso. Vestirse, y á la iglesia.

RAM. (Deteniendola: no puede dominar su curiosidad.) ¿Y el cura, qué te dijo?

MARÍA Cuando yo le dije que me ayudase á separarme de tí, y que me encerraría para toda la vida donde él mandase, me preguntó si te quería. Y yo le dije: «¡ojalá no le quisiese tanto!»

RAM. ¿Y él qué contestó?

MARÍA Que si te quería de verdad que me casase contigo.

RAM. (Satisfecho.) ¿Lo ves? ¿Lo estás viendo? Hasta el señor cura.

MARÍA Ramón, no me engañes; mírame fijo, fijo,

en los cjos, y dime si me quieres con toda tu alma.

RAM. (Pasándose la mano por la frente, y recordando todo el mal que hizo á Andrés.) Yo digo lo que tú: «¡ojalá no te hubiera querido tanto!»

MARÍA (Cogiéndole por los brazos y obligándole á que la mire, pero él separa la vista.) ¡No sé cómo decírtelo, Ramón! ¡Pero te lo diré! ¿Me quieres con voluntad de hombre de bien? ¿Me quieres como yo? Dímelo y no apartes los ojos.

RAM. ¡Mujer! ¿Pues no te he escogido á tí, cuando había tantas que se morían por mí? (Entre vanidad y broma.)

MARÍA Es que yo no sé si eres bueno: ¡bueno del todo! Tú te has alabado de que te abrí la puerta, y de que me comprometiste, y eso es mentira, y eso es de ser un mal hombre.

RAM. Es que quería sujetarte á mí, y que no te marchases. Es que para llegar á tí, yo soy capaz de todo, y yo he pasado por encima de todo. (Con verdadera pasión.) ¿No me lo perdonas?

MARÍA Sí que te lo perdono; porque yo tengo que hacer más. Para entrar en la iglesia, tengo que pasar por encima del cuerpo de mi pobrecito Andrés.

RAM. Calla: no hables de tales cosas. (Tapándole la boca.)

MARÍA Pues eso no lo has hecho tú.

RAM. Yo hago mas. (Con furia.) ¡Es decir!... ¡Yo hago tanto, porque al fin era un amigo! (Dice esto, al ver que María Rosa le mira algo sorprendida.)

ESCENA VI

MARÍA-ROSA y RAMÓN; TOMASA, viniendo de la cocina

TOM. ¿Qué estáis diciendo, de si habéis hecho ó no habéis hecho? Yo acabo de hacer un *ali-oli*, que os vais á chupar los dedos. Parece argamasa, de lo espeso que está.

RAM. (A María-Rosa.) Vístete aprisa, que es tarde. Yo también me voy á mudar.

MARÍA Sí, es verdad; ya es tarde. (Se acerca á la cómoda.)

RAM. (Al salir se detiene un instante en la puerta y mira á María-Rosa.) Dice que me lo perdonaría todo. Claro, cuando una mujer se entrega por entero, todo lo perdona. (Sale por el foro.)

TOM. (Revolviendo en el cajón de la mesa.) Ya lo sabes, chica; yo no podré ir con vosotros á la iglesia. Porque si yo me voy, ¿quién cuida de todo esto? ¿Quién pone la mesa? (Pausa.) Y que lo de la iglesia es un momento. Como está tan cerca, vais á punto, os echan la bendición, y volvéis en seguida. (Pausa.) ¿Oíste lo del *ali-oli?* (Muy enfadada porque no la oye.) ¿Pero es que no hablo con nadie?

MARÍA Sí; vé diciendo, vé diciendo. Yo no tengo la cabeza muy segura. (Empieza á desnudarse. Tomasa cierra la puerta de la calle.)

TOM. ¿Quieres que te peine?

MARÍA Ya está bien el pelo.

TOM. Pues si quieres que te ayude, llámame. En seguida vuelvo. ¡Así, así, ponte guapa! ¡Que rabien las mozas! ¡y que se encandilen los mozos! (Se va á la cocina, llevándose cualquier cosa. María Rosa se quita el pañuelo del cuello, el jubón, en fin, lo que se pueda. Todos estos movimientos rápidos, nerviosos: las prendas que se quita, más bien las arranca á jirones.)

MARÍA Cuanto más pronto esté lista, mejor. (Pausa. Se sienta con la cabeza caída y toda ella fatigada.) ¡Ay, Dios mío, que no me deja esta idea! ¡Hoy no debía yo pensar en Andrés! Y no puedo: siempre Andrés y Andrés en el pensamiento. (Poniéndose un vestido negro.) Buena está la falda: tiene color de *ala de mosca.* La estrené el día... ¡Ah! (Con repugnancia de sí misma.) Para una mujer como yo, demasiado buena está. El pañuelo del cuello estará aquí dentro. (Abriendo y revolviendo todos los cajones de la cómoda sin encontrar el pañuelo.) ¿Qué es esto? (Sacando una pieza de ropa.) ¡Madre de Dios! ¡Es la blusa de Andrés! La más viejecita que tenía, y la que yo quería más que todas. ¿Dónde estara aquel remiendo? (Dando vueltas á la blusa.) ¡Aquí, aquí, aquí está! ¡Sí, el remiendo que

le eché con unas faldillas mías, estropeadas en la vendimia! ¡No se parece mucho el remiendo á la blusa; pero él se empeñó! (Se sienta y rompe á llorar con la blusa sobre las rodillas.) ¡Esta blusa de mi Andrés...la guardaré siempre... siempre, y nunca se la pondrá otro hombre! (Al oír que viene Tomasa, corre á esconder la blusa en la comoda: saca el pañuelo del cuello y se lo pone de cualquier manera.)

TOM. (Volviendo de la cocina.) ¡Qué olorcillo! ¡Los pollos están que saltan de gusto en la cazuela! Pero, mujer, si te has puesto el pañuelo cambiado. Vuélvete que te lo arregle; ya está.

MARÍA Ahora, la mantilla. Así, así. (Cada vez más nerviosa.)

TOM. Pero no te tapes la frente.

MARÍA Bien está. De cualquier manera.

TOM. ¡Estás guapa! (Me parece que se pone orgullosa porque se casa dos veces. Pues las que no nos hemos quedado viudas no nos casamos otra vez... porque no se puede.) (Se marcha á la cocina.)

MARÍA (Mirandose al espejillo.) ¿Se me conocerá que he llorado? No está bien. Hoy debo reir. Pero es qué más parece que voy á un entierro que á una boda Toda de negro, y al entierro de Andrés; hoy, hoy es cuando lo entierro de veras. Y su pobrecita blusa me está llamando. (Se dirige á la cómoda, pero llaman á la puerta. Se detiene, vuelven á llamar y se oyen las voces de Ramón y Quirico.) ¡Qué prisa tienen! (Va corriendo á abrir.) ¡Que me encuentren alegre!... ¡que hoy es día de estar elegre!

ESCENA VII

MARÍA-ROSA, TOMASA, QUIRICO, RAMÓN, CHEPA, COLÁS y CHICOTE. Un hombre y una mujer en el momento oportuno. Todos van saliendo cuando el diálogo lo indica

RAM. (Entrando con Quirico.) Nosotros ya estamos á punto. (Parándose delante de María-Rosa.) ¡Pero cómo te has puesto de guapa! ¡Si casi no te conocía!

MARÍA Por mí ya estamos andando.
RAM. ¡Ea! A la iglesia. ¿Y la Tomasa? ¿Y los otros?
QUIR. ¿Qué hace aquella que no sale? (Preparándose para entrar en la cocina.)
TOM. (Desde dentro.) ¡Vete, vete de aquí!
CHEPA Ya me voy, mujer. (Retirándose de la puerta.)
TOM. (Asomándose á la puerta.) Y no vuelvas á entrar; te lo he dicho.
QUIR. (A María-Rosa, refiriéndose á Tomasa.) Mírala, mírala cómo está todavía.
MARÍA ¿Pero no te vistes, mujer?
TOM. ¡Para bodas estoy! Que por ir á la iglesia se me peguen los pollos, y buena cena de boda íbamos á tener.
COLAS (Entrando.) No, por Dios, Tomasa, eso no. La cena es lo principal.
CHEPA (Entrando.) Mucho cuidado con la cena.
TOM. ¿Y quién ponía la mesa? ¿Y quién ponía el vino á refrescar? Vaya, yo me quedo. (Metiéndose en la cocina.)
RAM. Nosotros á la iglesia.
CHIC. (Entrando.) ¡Miren, miren cómo está la novia!
RAM. Ea, vamos; no quedarse parados.
QUIR. Faltan Roque y su mujer. Sin la mujer de Roque, y no viniendo la Tomasa, ésta tendría que ir sola. (Por María-Rosa.) Y no parece bien.
COLÁS (Asomándose á la cocina.) Tomasa, ¿cómo va eso?
TOM. (Asomándose á la puerta de la cocina y pegandole á Colás con el fuelle.) ¡Largo de aquí, espantajo! (Vuelve á entrar. Llegan á la puerta Roque y su mujer, pero no entran.)
CHEPA Ya están aquí Roque y su mujer. Ya estamos todos.
CHIC. Pues á la iglesia.
RAM. Esperarse, que falta Salvador. (Riendo.) Yo quiero que venga con nosotros para que aprenda cómo un hombre se gana una mujer como ésta. ¿Verdad, María-Rosa?
CHIC. Ya le encontraremos en la iglesia.
QUIR. Vamos, que se hace tarde, y el señor cura estará esperando.
RAM. Pues *idos* delante. (Van saliendo. Los últimos que van á salir son María-Rosa y Quirico, que se juntan a la mujer de Roque.)

QUIR. Anda, María-Rosa, no te entretengas. (Sale Quirico.)

MARÍA Ya no hay remedio. Como si estuviera hecho. (Mirando á la cómoda en que está la blusa.) Se acabó... se acabó para siempre.

RAM. (Asomándose.) María-Rosa, ¿qué esperas que no sales?

MARÍA (Limpiándose los ojos aprisa y sin que lo noten.) No espero nada. Yo no espero nada. Vamos... ¡que no has de correr tú más que yo! (Sale corriendo: él la sigue.)

ESCENA VIII

TOMASA, después SALVADOR

TOM. (Sale Tomasa de la cocina con una pila de platos y algunos vasos encima, y lo deja todo sobre la mesa. Del cajón de ésta saca manteles, cucharas tenedores de madera y algunos cuchillos. Enciende la luz que estaba colgada y la coloca sobre la mesa también.) ¡Arre allá á casarse! Ya vendrán antes de que yo lo tenga todo listo Como si los oyese: en cuanto *que entren,* se ponen á gritar por el arroz. Esos zánganos no vienen por los novios, vienen por la comilona. Y se hartarán como bestias... (Mientras habla va poniendo la mesa.) Chepa diría que siempre es lo mismo, y que en todas partes siempre es lo mismo, y que todos, los de arriba y los de abajo, hacen igual. ¡Qué bestia es Chepa! Pues no hay poca diferencia de los pobres á los ricos, que digamos. Pues si yo fuera rica no pasaría estas angustias por la cena, ¡pobrecita de mí! Aquella cazuela... me parece... me parece... (Al ir á la cocina entra Salvador con un pellejo de vino ó un botellón, lo que se llama damajuana, sobre el hombro.)

SAL. ¡Tomasa!

TOM. Vuelvo. (Entra muy de prisa en la cocina.)

SAL. ¿Se fueron á la iglesia? Mejor. Ya les daré yo un mal rato. Este vino me parece á mí que se le va á atragantar á Ramón en el gaznate. Y que cuando le corra á la María-

Rosa por el cuerpo, le va á pinchar en las venas, como si llevase la aguja que le sacó á Andrés del pie. ¡Ya rabiarán! ¡Fué buena idea! Y no pueden decir nada; es una broma; pero á ellos el vino se les agria.

TOM. Salvador, cata esta salsa. (Con una cuchara.)

SAL. A ver. (Toma la cuchara y la paladea.)

TOM. ¿Está salada ó sosa? ¿Qué te parece?

SAL. ¡Que ya pica, ya!

TOM. ¡Esa es la gracia de Dios, que sólo la hay en mi tierra! ¡Es el pimentón! ¡Alábame, hombre!

SAL. Pues alábame tú á mí y deja que pique. Yo he probado la salsa de Tomasa, prueba tú el vino de Salvador. (Echa del porrón ó damajuana en un vaso.)

TOM. Dame. (Lo bebe y luego le da con el codo á Salvador.)

SAL. ¿Qué te parece?

TOM. ¡Que quema, que quema!

SAL. ¡Y eso que no tiene pimentón!

TOM. ¡Ya es fuerte! ¡Mucho espíritu debe tener!

SAL. ¡Qué ha de tener! Lo que tiene son tres años cumplidos, y la edad no la disimulan ni el hombre ni el vino.

TOM. ¡Ya eres rumboso! ¡Así se hace, chico!

SAL. Cuando yo me pongo á hacer una cosa, me gusta quedar bien. Y á más de esto, no quiero que la María-Rosa y Ramón se figuren que yo me achico porque ellos se casan.

TOM. Cállate, que no me dejas pensar. (Mirando hacia arriba, como si echara una cuenta.) Chepa, siete; Colás, ocho... nueve, diez. Eso es. Somos diez. (Sigue arreglando la mesa.) Vé diciendo ahora, que ya te atiendo.

SAL. ¿Dónde nos quedamos?

TOM. Nos quedamos en María-Rosa. Es decir, te quedaste tú.

SAL. Bueno. Pues qué te piensas, ¿que *entodavía* la quiero?

TOM. ¿A mí qué me cuentas tú? Si tú hubieras podido te casas con ella.

SAL. Bien está. Pero yo digo *ahora*. ¿*Ahora* la quiero ó no la quiero?

TOM. A mí no me salgas con eso. Que si la quie-

ro, que si no la quiero, que si ella me quiere... ¡Parecéis chiquillos! Quirico y yo nunca nos hemos dicho esas cosas. Y una vez que quiso darme un beso, le arrimé una *bofetada*, que le volví la cara del revés; porque eso es lo que hace una mujer decente.

SAL. ¡Pues no fué esa la última!

TOM. Claro que no, pero yo te digo, que ahora me estoy por Quirico toda la vida en un pie como las grullas. (Enfadada porque Salvador ríe.) Y me saco la comida de la boca para que coma él. Y si se muriese Quirico, me pegaba á su cuerpo para que nos enterrasen juntos. (Salvador hace ruido con un plato. Tomasa cambia de tono de pronto.) ¡Ya me has roto un plato, torpe, zanguango!

SAL. ¡Si no he roto nada!

TOM. Tira, tira el mantel por ese lado. (Muy afanada.) Cuatro platos en cada lado, y uno en cada cabecera. Ahora vamos á llenar el jarro. No lo pongas sobre la mesa, que vas á manchar el mantel. (Dándole un golpe.) Mira, ven acá. (Ella se pone de cuclillas. El va echando de la damajuana al jarro.) Ahora, echa.

SAL. ¿Sabes lo que pienso, Tomasa? (Mientras echa el vino,)

TOM. ¡No seas torpe, que se derrama!

SAL. Pues *manque* se derrame, estoy pensando que eres todavía una moza que da gozo!

TOM. No te pares, hombre, echa, que me canso.

SAL. No se puede ir de prisa en estas faenas, Tomasa.

TOM. No hables, Salvador, que te tiembla el pulso.

SAL. Es que no me había hecho cargo nunca de que eres muy reteguapa. Pues si no fueras casada...

TOM. Pues lo soy. Y como no soy casada más que con Quirico...

SAL. Pero si es que da gozo verte. (Acercándose.)

TOM. Pues este gozo no es más que para Quirico. (Ya enfadada.)

SAL. Si era broma.

TOM. Pues no me gustan esas bromas.

SAL. No te formalices, Tomasa, y dame el jarro.

TOM. Toma. (Salvador va á ponerlo en la mesa.) Espera,

límpialo, que si no vas á manchar el mantel. (Ella misma lo limpia con el delantal.)

SAL. (Después de dejar el jarro en la mesa.) Tomasa, ¿es que no te gusto yo un poco?

TOM. No, chico, ni *miaja.*

SAL. Pues si no estuvieras casada, ¿sabes lo que había que hacer? Lo que decían unos amos que tuve: *pedir tu mano.* (Queriendo abrazarla.)

TOM. ¡Pues tómala! (Pegándole una bofetada.) ¡Ay, qué gracia me has hecho con eso de pedirme la mano!

SAL. ¡Ya me pegas como á Quirico! ¡Qué gusto!

TOM. No, tonto. A tí es de broma; á él es de verdad. Y basta de simplezas, que ya vienen.

SAL. Sí, ya están ahí.

TOM. Mala compaña es la de un bobo. (Se va corriendo á la cocina.)

ESCENA IX

MARÍA-ROSA; TOMASA, que entra y sale de la cocina: RAMÓN, SALVADOR, CHEPA, QUIRICO, COLÁS y CHICOTE

RAM. ¿Ya está la mesa puesta? ¡Bien por la Tomasa!

QUIR. ¡Vaya una mujer que tengo!

CHEPA Buena es, buena. (Entre tanto María-Rosa se quita la mantilla.)

QUIR. No ha querido que nadie le ayude, ni siquiera á desplumar los pollos.

TOM. (Volviendo de la cocina.) ¿En dónde está aquella? (Buscando con la vista á María-Rosa, al fin la ve y la da un abrazo.) Vaya, muchas felicidades, María-Rosa.

MARÍA Gracias, Tomasa.

TOM. ¿Y dónde está el marido? (Viéndole y acercándose.) ¡Ah! Ya pareció. ¡Hombre, que sea para muchos años, y con mucha paz y mucha alegría!

RAM. Se agradece, Tomasa.

TOM. (Mirando á todos.) Pero me faltan dos. ¿Dónde está Roque y su mujer?

QUIR. ¿Sabes? Tienen el chico malo, y se puso

peor, y fueron á buscarlos á la iglesia. Si pueden, ya vendrán más tarde.

TOM. ¡Pues qué fastidio! ¡Yo había contado con diez!

COLÁS ¿Qué importa? Así nos tocará á más. ¡Madre de Dios, qué olorcillo, Tomasa!

CHIC. Que no nos hagáis penar mucho. Mira que los novios también están penando. (Con risa estúpida.)

COLÁS Yo ya tengo debilidad. A mí me va á dar algo.

TOM. Esperaos, tragones, que no hay quien guise más que yo. (Entrando en la cocina.)

CHIC. Pues no nos consumas.

COLÁS (Va de unos á otros, hablándoles sin que le atiendan.) ¡Vamos, que ahora ya sé lo que es casarse!... ¡Si no es nada!... ¡Yo creí que costaba mucho! ¿Habéis visto?... ¡En un periquete despachó el señor cura!

CHEPA ¿Que no cuesta casarse? ¿Qué dices tú, Ramón? ¿Es verdad que no te ha costado nada casarte con la María Rosa? (Con intención.)

RAM. No sé lo que estás ahí diciendo.

CHEPA ¿Pero no vas á la vera de tu mujer? Mira que está allí sola. (Empujándole hacia María-Rosa.)

RAM. (Acercándose á ella.) Me prometiste estar alegre.

MARÍA (Haciendo un esfuerzo.) Sí que lo estaré; que ya eres mi marido y no debo darte pena ninguna.

RAM. Así te quiero. Repara en Salvador, acércate. ¿No me dices nada, y no le dices nada á la María-Rosa?

SAL. ¿Por qué no? (Acercándose.)

RAM. A callarse y á escuchar, que Salvador le va á decir algo á mi mujer. (Todos atienden.)

SAL. María-Rosa, te deseo que seas muy feliz en compañía de Ramón. Ramón, lo mismo digo al *respective* de María-Rosa. Ya veis que no he tartamudeado, ni me ha costado decirlo.

MARÍA ¡Gracias, Salvador!

RAM. ¡Aprieta, chico, (Dándole la mano.) que me enternezco! (Burlándose. Todos ríen, aplauden y alborotan.)

SAL. Pues nada, María-Rosa, que os dure el gozo hasta el día del juicio.

COLÁS ¿Del juicio de quién?
RAM. No será del tuyo, que ese no llega tan pronto.
COLAS ¿Pues soy un asno? (Enfadándose.)
QUIR. ¡No enfadarse! (Gritando.)
COLÁS ¡Es que ha querido decir que yo soy!... (Muy enfadado.)
CHEPA ¡Es el novio, hombre! El novio puede hoy decirlo todo.
TOM. (Viniendo de la cocina con la cazuela.) ¡Apartarse, apartarse, que me quemo! (Va corriendo, y la deja sobre la mesa.)
CHIC. ¡Ya está aquí! (Algazara.)
COLÁS (Cambiando de tono.) ¡La cazuela, la cazuela!
CHIC. ¡Vivan los novios!
TODOS ¡Vivan! (María-Rosa ríe, pero con risa forzada.)
QUIR. ¿Te has quemado, Tomasa?
TOM. ¡No, hermoso! (Le hace un cariño.)
CHEPA ¡Que la Tomasa le ha hecho un cariño á Quirico! ¡Que repiquen recio.
TOM. ¡Que no es verdad, que no es verdad! (Vuelve corriendo á la cocine.)
RAM. ¡Todo el mundo á la mesa!
COLÁS ¡A la mesa, á la mesa! (Se sienta el primero en el sitio que ha de ocupar María-Rosa.)
TOM. (Volviendo de la cocina.) ¡El *ali oli!*
QUIR. ¡Este es el sitio de la novia! (Haciendo levantar á Colás.)
COLÁS ¿Pues dónde me siento yo? (Se sienta en la silla que ha de ocupar Tomasa.)
TOM. (Echándole de la silla.) ¡Fuera de aquí! Yo tengo que estar cerca de la cocina. (Confusión general al sentarse. De frente al público se sentarán por este orden. Quirico, María-Rosa, Ramón y Chepa. De espaldas al público: Salvador y Chicote. En la cabecera próxima á Quirico, del lado de la cocina, Tomasa; en la otra cabecera, Colás.)
RAM. La María-Rosa aquí, y yo junto á ella.
MARÍA Quirico, ponte aquí, á mi lado.
TOM. (Al ver que le toca estar junto á Quirico.) ¡Ya te tengo junto á mí, ya me quitarás el pan como siempre!
QUIR Yo sirvo á la novia.
RAM. Corta pan, Chepa. Hoy nos tienen que servir á ésta y á mí, ¿verdad, María-Rosa?
MARÍA Pues si no, ¿cuándo?

CHIC. Ten un cuchillo.

TOM. Ese no corta. Este, el que tiene punta, es el que corta más.

CHEPA (Poniéndose en pie para cortar mejor.) El pan de la boda. Este sí que es el mejor de todos. (Le sirve á María-Rosa, á Ramon y á Quirico.)

COLÁS A ver si encuentran por ahí, por la cazuela, el *hígado*; yo quiero el *hígado*.

TOM. Cada cual que se sirva. ¡Ponte, ponte, Quirico!

QUIR. Eso hago. Los demás que se las compongan como quieran. (Sirviéndose.)

COLÁS Si encuentras el hígado, dámelo. (A Quirico.)

TOM. Todo lo del pollo es bueno.

COLÁS Si te llega el hígado, me lo guardas.

RAM. ¿A que no le llega? Hoy no está de suerte.

CHEPA No le mortifiques, hombre. (A Ramón.)

QUIR. Venga aquí el jarro.

RAM. Y después, que pase. (Mientras bebe Quirico.)

CHIC. Y que siga pasando.

RAM. Que se lo pasen á Salvador, que se va á atragantar.

QUIR. ¡Buen vino! ¡de primera! ¡Anda, Ramón! (Bebe Ramón y ríe Salvador.)

TOM. Es regalo de Salvador.

QUIR. ¿De dónde has sacado este vino, chico? ¡Ya es añejo, ya!

SAL. (Riendo mucho.) Pues á beber, valientes.

RAM. ¡Salvador, venga otro apretón de manos! Ahora sí que veo que no me guardas rencor.

SAL. ¿Y por qué te había de tener rencor? A ver qué le parece á María-Rosa. (Ofreciéndola vino.)

RAM. Catalo, mujer.

MARÍA Luego, todavía no.

RAM. Un trago, que si no lo va á tomar á desaire Salvador. (Levantando el jarro para que beba María-Rosa.)

MARÍA (Riendo y resistiéndose á beber.) ¡Que me vas á manchar, hombre!

RAM. Un sorbo nada más.

MARÍA ¿Y si me mancho?

TOM. Yo te pondré babero. (Levantándose y poniéndose detrás de María Rosa.)

MARÍA (Esforzándose por reir.) Pues como queráis. (Bebe María-Rosa, sosteniendo Ramón el jarro y ponién-

dole Tomasa la mano debajo de la barba para recoger las gotas.)

COLÁS ¡Bien la cuidan, bien! ¡Como que es la novia! Cuando yo me case, quiero ser la novia para que me cuiden así. ¡Viva la novia!

TODOS ¡Vivan los novios!

MARÍA (Dejando de beber) ¡Me ahogaba la risa! ¡No seas loco, Ramón! (Ramón echa otro trago. Tomasa se lleva la cazuela á la cocina.)

COLÁS ¿A dónde va con la cazuela? ¡Que no acabé! ¡que todavía no he encontrado más que un hígado! (Se levanta y se va detrás de Tomasa con el plato en la mano. En la puerta de la cocina, se encuentra con Tomasa, que trae otra cazuela.)

TOM. ¡Los gallos, los gallos con arroz!

CHEPA Esos son los nuestros.

RAM. Vengan aquí, que yo repartiré. Los gallos me tocan á mí. (Acercándose la cazuela.)

COLÁS Yo quiero un muslo. Ramón, guárdame uno. Que siempre me dejan lo peor, y para eso es día de boda.

RAM. Ya le puse á María-Rosa y me puse á mí; pero esto es muy cansado. Que acabe otro. (Separando la cazuela.)

COLÁS ¡El novio se cansa!

RAM. ¡Venga el jarro!

CHIC. A ver si hoy la *coge*.

CHEPA (A Colás.) (Desde que murió Andrés, bien se ha cuidado, que no ha cogido ni *una*. Me gustaría verlo hoy alegre.) (A Ramón.) Ramón, esos tragos son muy cortos. ¿Es que no tienes resuello ó que no tienes cabeza?

RAM. ¿Que son cortos? ¿A ver este? (Bebe largo rato. Todos palmotean.)

MARÍA (Riendo.) Basta, Ramón.

RAM. Hasta que se acabe.

CHEPA (A Salvador.) ¿Queda mucho vino?

SAL. Mira, casi está llena. (Señalando la vasija.)

CHEPA (Se levanta y va a observarla.) ¡Aún queda! ¡Aún queda! (Aparte, antes de ir á su sitio y mirando á Ramón.) (Pues como te lo bebas...)

RAM. (Poniendo el jarro boca abajo.) ¡Todo! ¡Ni gota! (Algazara general.) ¡A callarse! Que no me dejan decirle á María-Rosa lo que la quiero. (Golpeando en la mesa.)

CHEPA A callarse, que va á decir algo Ramón. (Se callan todos.)

RAM. (Ya ronco de borrachera.) ¡Yo no quiero decir nada esta noche! ¡Eso quisiérais vosotros, que me clarease! Ni quiero pensar en nada, sino en María-Rosa. Ni quiero que piense en nadie, sino en mí.

MARÍA Sí; pero no bebas más. (A Ramón.)

CHEPA Ya no se bebe en el jarro, sino en vasos para que beban muchos al mismo tiempo. Tomasa, otro jarro y vasos.

TOM. Vasos ahí tienes, y jarro te lo traeré.

CHEPA Y yo me traeré el vino á mi vera. (Chepa se levanta y trae la damajuana á su lado. Tomasa trae el jarro y frutas.)

RAM. Buen vino, Salvador; y mira si te lo agradezco, que te he de buscar una muchacha *para que no te consumas.* (Riendo. Entre tanto Chepa llena el jarro.)

QUIR. ¿Pero de dónde has sacado este vino? (A Salvador.

SAL. Ya tiene qué contar. (Se levanta y se acerca á Chepa para ayudarle á echar el vino.)

COLÁS Yo no quiero oir nada; yo lo que quiero es la cazuela. (Se sirve de nuevo y come con voracidad.)

TODOS ¡Que lo cuente! ¡Que lo cuente!

SAL. Pues buscando vino, entré en una masía que está aquí cerca. Puede que María-Rosa se acuerde; donde vendimiábamos hace tres años.

MARÍA Sí que me acuerdo. (María-Rosa, que ha estado algo distraída, vuelve en sí y se queda mirando á Salvador fijamente.)

RAM. ¡Para qué hemos de hablar de esas cosas! Aquí no se hace más que comer y beber y decirle yo á la María-Rosa que la quiero mucho. Echa. (Alargando el vaso á Chepa, que se lo llena.)

TODOS ¡Que lo cuente! ¡Que lo cuente!

CHEPA ¡Cuéntalo, hombre! (Ramón está como alelado; María-Rosa y Quirico miran fijamente á Salvador.)

SAL. Si no es casi nada. Que yo conozco al amo de la *masía*, y que le pregunté si tenía vino añejo, pero añejo de verdad. Lo cual que él

me dijo que lo tenía de tres años. Y preguntando, preguntando, saqué en limpio que es el que vendimiamos María-Rosa y yo, y el que pisó...

RAM. ¡Basta! (Dando un puñetazo.) Que bastante has hablado. Yo no te entiendo, pero bastante has hablado. ¡El vino es bueno! Unos lo vendimiaron, lo pisaron otros y nos lo bebemos hoy. Echa. (A Chepa, que le llena el vaso.)

QUIR. Dice bien Ramón. Hablemos de otra cosa.

CHEPA ¡Dejémosle que acabe!

TODOS ¡Sí... sí... que acabe!

SAL. ¡Si lo he dicho todo! Y no creo que le falte á nadie con decirlo. Que fué la vendimia que pisó Andrés.

RAM. (Se levanta furioso y quiere tirarle un plato. Chepa le contiene.) ¡Para qué nombran á Andrés, si saben que no quiero que le nombren! ¡Bastante lo tengo delante de mí, que no me deja descansar!

SAL. Pues yo pensaba que este vino os había de poner contentos.

MARÍA ¿Es el del pinchazo? ¿El de la aguja? ¿Es aquel?

SAL. El mismo.

MARÍA Ponme vino, Salvador. (Le echa vino y bebe.)

QUIR. (Atravesadas tiene las entrañas este Salvadar, ¿verdad, Tomasa?)

TOM. (¡Ya, ya lo veo!) (Pausa.)

MARÍA (Después de beber.) ¿No bebes tú, Ramón?

RAM. (Sombrío obedeciendo á un instinto de prudencia.) No. Ya he bebido bastante.

MARÍA ¿Por qué? Es el vino de uno á quien todos quisimos mucho. ¿Qué mal hay en beber? Bebe el vino que pisó Andrés, que aquí nadie se asusta de ese nombre.

RAM. ¡He dicho que no me lo digan! Y con el que vuelva á mentarlo, hago lo que hice... con... (Furioso. Todos quedan en silencio para oirle; silencio repentino y completo. María-Rosa le mira.)

CHEPA (Rompiendo el silencio.) ¿Con quién?

RAM. Con... uno... con nadie... ¿qué sé yo? ¿Pero, por qué os quedáis así? ¡Tan callados! El silencio tiene mala intención, que escucha. ¡Muchachos, á reir! ¡A gritar! ¡Ruido... mu-

	cho ruido! (Golpeando en la mesa, y haciendo él mismo mucho ruido con los platos. Todos ríen y gritan.)
QUIR.	Tiene razón; ponedme vino á mí y á Chicote, que tampoco tiene.
RAM.	¡Yo le pongo á todo el mundo! ¿Qué os pensábais, que me asusto? (Le echa vino á Chicote, pero le tiembla la mano.) ¿Quién quiere que le ponga más vino?
CHEPA	Tú le pones á todo el mundo, pero tú no bebes.
SAL.	Ramón no bebe más de este vino. Le hace cosquillas en el pecho.
CHEPA	Le da miedo.
CHIC.	Se le habrá atragantado. (María Rosa mira á unos y á otros. A veces inclina la cabeza pensativa. Quirico le habla en voz baja, pero ella no contesta.)
MARÍA	Ramón no tiene miedo. ¿Por qué había de tenerlo? ¡Venga el jarro! (Se lo dan.) Para tí va, Ramón. (Llena el vaso) Bebe.
RAM.	Dándomelo tú bebo yo, aunque me ahogue. (Bebe precipitadamente, pero temblandole el brazo y la mano.)
CHEPA	¡Que le miren, que le miren, que le tiembla el brazo!
CHIC.	¡Sí que le tiembla!
COLÁS	¡Que le pongan cascabeles á ver si suenan!
TOM.	El mal bebedor es como la bota, al principio firme y luego se apoca.
QUIR.	¡Cállate tú! (Vuelve la risa y la algazara.)
RAM.	¡Otro vaso! ¡Bien lleno! Ni se me afloja á mí el corazón, ni yo tengo miedo ni á vivos ni á muertos. (Bebe otro vaso.)
CHEPA	Ahora no te tiembla el pulso tanto.
RAM.	¿Pues qué os habíais creído? ¡Venga más! (Exaltándose)
CHEPA	(Llenando el vaso con el vino del jarro.) Yo te pondré.
RAM.	(Después de apurar el vaso) Y cada vez más sereno. (Se ríe Salvador.) ¿De quién se ríe ese?
CHEPA	¿Quieres otro vaso?
RAM.	Todos los que me echéis. (Alboroto general.)
QUIR.	¡Ya basta! (A Ramón y á Chepa.)
TOM.	(A María-Rosa.) Repara que le hacen beber demasiado. (María-Rosa levanta la cabeza sin decir palabra.)

SAL. Ahora veo que eres un hombre.

RAM. ¡Más hombre que nadie!

CHEPA Eso es mucho decir. (Para excitarle.)

QUIR. ¡Ea, no se bebe más!

RAM. ¿Pero qué te has figurado tú, que no tengo resistencia? Yo tengo resistencia y corazón. Y digo «allí», y llego «*allí*» por el camino más corto. Y me salgo con la mía. Y basta, que no quiero emborracharme, y hablaría demasiado... y no le conviene á la lengua. (María-Rosa echa la silla un poco hacia atrás y le mira fijamente.)

TOM. ¡Que le quiten el jarro! ¡Venga! (Se lo da á Quirico y lo lleva á la cocina. Pero Chepa le lleva el vaso á Ramón, tomando el vino de la damajuana que tiene al lado.)

CHEPA Haces bien, Ramón, no te emborraches. El vino tiene malas intenciones. Yo, una vez que bebí demasiado, dije cosas que no me convenía decir.

RAM. Eso... eso... eso mismo digo yo.

CHEPA Pero tú ya no te emborrachas nunca.

RAM. (Con malicia de borracho y riendo estúpidamente.) ¡No, ya no!... Desde aquello de Andrés y del capataz, no he vuelto á emborracharme. ¡A *segura llevan preso*. (Les mira á todos con risa maliciosa.)

QUIR. ¡He dicho que basta! (Golpeando la mesa. María-Rosa no cesa de mirar á Ramón. Chepa le incita á Salvador, éste ríe, pero sin comprender bien. Los demás se han levantado: andan alrededor de la mesa y bromean con Tomasa, menos Colás, que sigue comiendo.)

CHEPA ¡Mira qué tuno! Pues yo me pensaba que no bebías *por María-Rosa*, por si le parecía mal.

RAM. No, era por lo *otro*. No lo hacía por ella. Porque si ella hubiese sabido lo que yo no quería que supiese... En fin, no estoy tan borracho que diga lo que no deba decir. Eso, ¡vosotros que no sois hombres! Lo que tengo en el pecho guardado, ¿á que no se me va por la boca, por mucho vino que beba? ¿A que no lo digo? ¿A que no lo digo?

MARÍA (¡Dios mío, qué es esto!) (Aparte. Se levanta de golpe y le escucha en pie; después se deja caer.)

SAL. (Pues no lo entiendo; pero Chepa algún fin se lleva.)

QUIR. ¡Ya están todos borrachos! ¡Esto acabó! (se levanta.)

MARÍA ¡Estate quieto: déjalos!

CHEPA ¡Atención! ¡Ahora vamos á beber todos un vaso de vino á la salud de todos!

RAM. ¡Bueno! Pues yo el primero á la salud de María-Rosa.

COLÁS ¡Yo no tengo vaso!

CHEPA Yo, á la salud del novio. Y para que no tenga nunca Salvador el mal pensamiento de quitar de en medio á Ramón para casarse con la María-Rosa.

RAM. (Riendo estúpidamente y poniéndose en pie.) Pues yo me bebo un vaso de vino á la salud de Chepa, y para que no sea tan charlatán.

MARÍA (Separándose horrorizada de Ramón y abrazándose á Quirico.) ¡Quirico! ¡hermano! (Ramón sigue riendo estúpidamente, y haciéndole signos á Chepa de que se calle.)

SAL. (¿Pero qué quiere decir Chepa?) (Aparte.)

CHEPA Nada: todo esto ha sido una broma. Un hombre que esta así, (Por Ramón.) no sabe lo que se dice, ni tiene sustancia lo que dice, (A María-Rosa, impresionado por el resultado de lo que ha hecho.) ¿verdad, María-Rosa?

MARÍA ¡Por Dios, que está en los cielos, y por lo que más quieras, vete y llévatelos! Quiero quedarme sola con él. (Aparte á Chepa. Cae en una silla.)

CHEPA ¡Andando: vámonos todos!

COLÁS Es que yo no he acabado. ¡Me falta un hígado! (A Tomasa, que se lleva cosas de la mesa.)

QUIR. (A María-Rosa.) ¡Cosas del vino, mujer! Mañana ha pasado todo.

MARÍA ¡Vete, hermano! Anda pronto, y llévate á Tomasa.

SAL. Pues no molestando más... y lo dicho. (Aparte.) (No sé por qué, pero me parece que me ha salido mejor de lo que pensaba.) (Sale.)

CHEPA (Dándole un golpe á Colás, que está siempre sobre el plato.) ¡A casa, Colás!

COLÁS Pues á mí nadie me echa sin cenar. Yo me lo llevo. (Sale dando traspiés y con el plato.)

CHIC. (Yéndose tras él.) ¿Pero á dónde te llevas eso, hombre? (Sale tras de Colás.)

TOM. Ya me voy, ya. (A María-Rosa.) Pero antes quisiera dejar esto listo. (Quitando cosas de la mesa.)

QUIR. (A María-Rosa.) ¿Pero qué tienes?

MARÍA (Con angustia y cólera.) Que quiero que os vayais. ¡Por Dios, quiero estar sola! (Tomasa y Quirico se acercan á ella con mucho cariño.) ¡Me estoy muriendo!

TOM. Pero, María-Rosa, ¿qué tienes?

QUIR. Mujer, déjame que te diga...

MARÍA Sí, mañana, mañana me dirás todo eso... y yo á vosotros muchas cosas; pero ahora, ¡idos! ¡idos!... ¡Buenas noches!... ¡Fuera!... ¡fuera! (Tomasa y Quirico se dirigen á la puerta de la calle.)

QUIR. (A Tomasa.) No, pues yo no me voy al mesón. Yo me quedo ahí fuera un rato, no sea que pase algo.

TOM. Muy trastornado está Rámón. (Salen por el foro.)

CHEPA (Se acerca muy afectado á María-Rosa. Va á decir algo y no puede.) ¡Vaya... pues... adiós!... ¡Pobre María-Rosa!

MARIA Si pasas por el portal de la iglesia... ruega por mí... Adiós, Chepa... y, ¡gracias! (A media voz.)

(María-Rosa cierra la puerta. Ramón se queda sentado; mira estúpidamente cómo se van unos y otros. Ríe y mueve los labios como si quisiera hablar, pero no habla. La mesa ha quedado con el mantel, algunos platos y vasos y el cuchillo de punta de que se habló antes. Mucho desorden en la mesa y en las sillas y bancos; la damajuana á un lado.)

ESCENA X

MARÍA-ROSA y RAMÓN

Ramón se levanta vacilando y va á sentarse en otra silla, mostrándole muy contento de que María-Rosa les haya echado á todos. Ella se sienta también

RAM. (En plena borrachera.) Muy bien, muy bien, chiquilla. ¡Buena maña te has dado para

echarlos! ¡Arre, tú!... ¡y tú!... ¡Arre!... ¡Fuera de aquí todos!... ¡Pillos!... Si no les echas se quedan aquí hasta mañana.

MARÍA (Aparte.) (¡Un hombre perdió á mi Andrés!.. ¡Y ese hombre!... (Levantándose espantada.) ¡No ¡no! ¡Nuestro Señor no puede consentir esas cosas! (Ramón está como atontado; la silla en que se sienta está junto á la mesa, y él apoya la cabeza en un ángulo de la misma mesa; se va á quedar dormido. Acercándose á él frenética y llorosa, y sacudiéndole para que despierte.) ¡Ramón! ¡Ramón! ¡Despierta!

RAM. (Asustado.) ¿Qué?... ¿Qué quieres?

MARÍA (Disimulando el llanto y hablando cariñosa.) ¡Nada, Ramón!

RAM. Mucho cuidado con este vino, María-Rosa, que tiene el demonio dentro. ¡No es que yo esté borracho: eso *nunca más!* ¡Pero el demonio anda por ese vino!. ¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé! ¡Ya lo creo! (Debe cuidarse que la borrachera de Ramón sea nerviosa, para que pierda algo de lo asqueroso.)

MARÍA Pues ese vino debía gustarte mucho. Yo lo vendimié, y lo pisó tu mejor amigo. Por tí hubiera dado su vida aquel pobre.

RAM. (Ríe como diciendo «ya la dió.») Sí la hubiera dado. ¡Y tanto!

MARÍA ¿No le querías tú mucho?

RAM. (Por un resto de instinto, no contesta directamente.) Ya verás. Nosotros, de todas maneras, ya estamos casados. ¿Eh? Y todos se han ido. ¿Eh? (Mirando alrededor.) ¿Estás bien segura de que todos se han ido?

MARÍA (Se pone en pie y lo mira fijamente.) Sí.

RAM. ¿Y cerraste la puerta?

MARÍA Sí.

RAM. (Levantándose vacilante.) Pues vamos.

MARÍA ¿Pero no me contestas? ¿No me dices si le querías mucho á tu amigo?

RAM. (Deshaciéndose torpemente la corbata.) ¡Dale con el amigo! ¡y vuelta con el amigo! ¡Ya estoy de amigo, hasta la coronilla! ¿Era tu marido? ¿Pues no era mi amigo? (Con furor que estalla. Da unos pasos hacia la alcoba, y quiere quitarse la chaqueta. María-Rosa le contiene.)

MARÍA No: espera.

RAM. Es que me ahogo de calor, y quiero desnudarme.

MARÍA Siéntate y hablemos un rato.

RAM. (Sentándose.) ¡Todavía más! ¡Vaya con las ganas de hablar!

MARÍA Chepa, Chepa sí que es hablador. (Ella está sentada un poco lejos de Ramón.) ¿Verdad?

RAM. ¡Uy!... ¡Chepa!... ¡tiene cara de juez! (Exagerando el modo de decirlo, y así como con miedo.)

MARÍA Pues me ha hecho gracia lo que ha dicho de Salvador. ¿Te acuerdas?... ¿cómo fué?... ¿cómo ha dicho?... ¡Que si le daba la mala idea para casarse conmigo, de quitarte de en medio! ¡Me ha hecho gracia!

RAM. ¡Y á mí! ¡Ya, ya le entiendo yo á Chepa! ¡Vaya una cara de juez! (Rompe á reir exageradamente.) ¡De juez! ¡Ja, ja, ja!... (María-Rosa se levanta de pronto y rompe en una carcajada aún más exagerada que la risa de Ramón. Se quedan mirándose y riendo. Ella vuelve á sentarse.)

MARÍA (Fingiendo indiferencia, pero sin quitar la vista de Ramón.) Ya me figuro que él lo sabe todo. ¡Todo, todo!

RAM. (Riendo.) El no sabe nada. Yo sí que lo sé... como que yo... (Deteniéndose.) ¡Lo que hay es que Chepa tiene cara de juez!

MARÍA Pues si tú lo sabes... yo también voy á saberlo, porque ya soy tu mujer.

RAM. (Desabrochándose el cuello de la camisa.) Mi mujer: eso es. ¡Mi mujer para siempre! ¡Ahora sí que no te me escapas!

MARÍA (Levantándose desesperada.) ¡Quiero que hables! ¡Quiero saberlo todo! ¡Saber tu vida! ¡Desde que naciste!...

RAM. Sí, mujer, sí. Toda mi vida. Dicen que he cumplido treinta años. ¿Son treinta? Sí, treinta. Hasta los veintisiete, que caigo aquí... que caigo allá... una piedra que va de un lado para otro. (Tambaleándose.) ¡Pero yo no sabía que estaba en el mundo hasta la primera vez que te ví! ¡Hace tres años! ¡María-Rosa, pon que tengo tres años! (Con cierta ternura de borracho.)

MARÍA (Desesperada se precipita al espejo, se arranca frenéti-

camente el pañuelo del cuello y se deja caer las trenzas. Aparte.) (¡Ramón! ¡Ramón!... Yo te revolveré toda el alma, hasta arrancarte lo que llevas en ella... ¡Sí!... sí... aunque se me haga pedazos todo el corazón.)

RAM. ¿Qué estás haciendo, María-Rosa?

MARÍA Ya lo ves, me desnudo y me despeino.

RAM. Yo también; pero no puedo desnudarme solo porque no puedo sostenerme.

MARÍA Yo te ayudaré: pon la mano en mi hombro. Así. (Da algunos pasos sostenido por ella; pero se tambalea y se cae en la silla.) ¡Parece mentira que sea yo más valiente que tú!

RAM. ¡Valiente tú! ¡Y con un soplo te tumbo! (Riendo)

MARÍA (Desafiándole.) ¡A que no! ¡Más valiente, más! ¡Y quererte más! ¡Y que he hecho siempre por tí mucho más que todo lo que tú hayas podido hacer por mí!

RAM. ¡De *lengua* habrás hecho tú, de *lengua!*

MARÍA ¡De lengua! Atiende: yo quería á un hombre, y tanto, que al morirse él, pensé que yo también me moría. Pues ya ni me acuerdo de ese hombre. ¡Si me parece imposible que yo le haya querido ni una miaja siquiera! (Mientras dice esto se ha ido deshaciendo las trenzas. Ramón, embelesado, empieza á jugar con el cabello de María-Rosa.)

RAM ¡De modo que al otro ya ni una miaja! ¡no le quieres ya ni una miaja!

MARÍA ¡Quererle! ¡Pues si me da rabia pensar que le haya querido!

RAM. ¡Qué melena tienes, María-Rosa! Yo quisiera ahogarme ahí dentro! (Jugando con los cabellos.)

MARÍA ¡Pero todo esto te lo digo á tí solo! ¡A nadie más!

RAM. ¡A nadie; eso de tí para mí!

MARÍA ¡Claro; porque ya entre los dos no debe haber nada oculto, Ramón! (Profundamente agitada.)

RAM. Nada, nada. Y eso que á veces un hombre...

MARÍA ¡Que me tiras del pelo, Ramón, y por la mañana va á estar muy enredado!

RAM. ¡Qué importa! ¡Mejor! ¡Anda, anda! ¡Dí lo que hubieras hecho por mí!

MARÍA Pues oye. Yo, para poderme casar contigo...

si hubiera tenido la vida de Andrés en esta mano, y con apretarla hubiera podido matarlo... ¡lo mato, lo mato! (Con un gemido ahogado.) ¡Pero ahora ya no es preciso, porque soy tuya, tuya, Ramón! (Abrazándose á él.)

RAM. ¡Toda mía, toda!

MARÍA ¿Lo ves? Tú no hubieras hecho eso por mí.

RAM. ¡Lo hago, lo hago!... ¡Pero si lo hice!

MARÍA ¡Cá! ¿Tú? ¡Tú no tienes corazón para eso! ¡Se muere Andrés, y te aprovechas de su muerte como un cobarde! ¡Para eso sí tienes corazón! ¡Para lo otro, no!

RAM. ¡Yo soy hombre para todo! ¡Ven á mis brazos, y entre mis brazos te lo diré!

MARÍA ¡No... no!... (Separándose de él con horror.)

RAM. ¡Pues no lo sabrás! ¡Como hay Dios, que no lo sabrás nunca!

MARÍA (Precipitándose en sus brazos.) ¡Pues aquí me tienes: habla!

RAM. ¡No puedo!

MARÍA (Frenética, revolviéndose en los brazos de Ramón.) ¡Ramón, mi Ramón! (Dándole un beso de fiera.) ¡Habla!

RAM. ¡Yo maté al capataz! ¡Yo perdí á Andres, y por tí!

MARÍA ¡Habla, habla! ¡Fanfarrón, mientes!

RAM. ¡Como esa luz! ¡Y al lado del capataz puse un pañuelo tuyo, que te lo había robado para estarlo besando siempre! ¡Y la faca, ensangrentada, la tiré por debajo de la puerta de tu casa! ¡Dame otro beso! (Se levanta, y se la quiere llevar en los brazos.)

MARÍA ¡Ah... no!... (Desprendiéndose.) ¡Aparta! ¡Asesino, canalla! ¡Maldito!... (Huye, corre á la puerta para escapar, y descorre el cerrojo; pero Ramón la alcanza y tiene que huir de nuevo.)

RAM. (La sigue, tambaleándose.) ¡No grites! ¡Fué porque te quería!

MARÍA ¡Asesino, asesino!

RAM. ¡No, no: eres mía!

MARÍA ¡Al asesino, al asesino! (Abriendo la ventana de golpe y llamando á los de fuera.)

RAM. ¡Que me muero por ti!

MARÍA ¡Andrés!... ¡Mi Andrés! ¡No te acerques, porque te mato! (Cogiendo el cuchillo.)

RAM. ¡Qué has de matar! ¡Te tengo en mis brazos!
MARÍA ¡No, Judas! ¡Cobarde!
RAM. ¡Besos! ¡Muchos besos! ¡Ten... ten!...
MARÍA ¡Pues ten! ¡Ten tú! (Clavándole el cuchillo.)
RAM. ¡Ah!... ¡Me mató! (En la lucha, y al desprenderse ella para herirle, él se agarra á la falda de María-Rosa. Después de herirle, queda él en tierra, ella en pie; él agonizante y con el brazo *tendido hacia arriba,* agarrado siempre al vestido de María-Rosa.)
MARÍA ¡Hermano!... ¡Hermano!...

ESCENA ULTIMA

MARÍA-ROSA y RAMÓN, en la disposición indicada; QUIRICO, TOMASA, CHEPA y SALVADOR. Han aprovechado para entrar, el haber abierto María-Rosa la puerta

QUIR. ¿Qué pasa?
CHEPA ¿Que es esto?
SAL. ¡Ramón! ¡Sangre!..
TOM. ¡Jesús nos valga! (Muestras de horror en todos.)
MARÍA ¿Lo veis? ¡El era! ¡El mató al capataz! ¡E perdió á mi Andrés! ¡Y yo le maté!... ¡Lo maté!... ¡Ahí está!
CHEPA ¡Muerto!
QUIR. ¡Muerto! (Inclinándose sobre el cuerpo de Ramón, que todavía no ha soltado el vestido de María-Rosa.)
MARÍA (Tirando del vestido y desprendiéndose, como si lo sacudiese de sí.) ¡Al infierno! ¡Al infierno el maldito! (Huyendo horrorizada, y abrazándose á Quirico.) ¡Hermano!... ¡Hermano!

FIN DEL DRAMA

Para embastecer las palabras, pero respetando la espontaneidad del actor, puede seguirse el siguiente vocabulario:

DONDE DICE	PUEDE DECIRSE
Dentro	Drento.
tienes	tiés.
hospital	hespital.
Los acabados en *ad*, como verdad, mitad, etc.	Se terminan en *á* aguda, como verdá, mitá.
desde	dende.
parece	paece.
Los acabados en *ado*, *ados*, como pesado, cuñado, etc.	Se terminan en *ao*, como pesáo, cuñáo.
cepillado	acepillado.
vosotros	vusotros.
vosotras	vusotras.
Los terminados en *ida*, *idas*, como en seguida, herida, etc.	Se terminan en *ía*, *ías*, como en seguía, hería.
haya	haiga.
bueno	güeno.
buena	güena.
para	pá.
para eso	pá eso.
sois	séis.
quiere	quié.
quiere decir	quié icir.
pobre	probe.
Los acabados en *ido*, *idos*, como marido, despavoridos, etc	Se terminan en *ío*, *íos*, como marío, despavoríos, etc.
separar	aseparar.
juntar	ajuntar.
broma	groma.
Los acabados en *ada*, *adas*, como pisada, nada, cantada.	Se terminan en *á*, como pisá, ná, cantá.
todos	tóos.
todas	tóas.
puede	pué.
pueda	puá.
puede ser	pué ser.
pueda ser	puá ser.
mismo	mesmo.
quedó	queó.
quedaría	quearía.
antes	enántes.

DONDE DICE	PUEDE DECIRSE
tiene que ver	tié que ver.
te hablen	t'hablen.
decírnoslo	decírmoslo.
muy bueno	mu güeno.
ninguno	denguno.
hocicudo	hocicúo.
testaruda	testarúa.
diputación	deputación.
decir	dicir ó icir.
adentro	adrento.
padezco	padezgo.
conozco	conozgo.
agradezco	agradezgo.
pueblo	puebro.
pisador	pisaor.
aunque	manque.
peor	píor.
cuidando	cuidiando.
cuidado	cuidiáo ó cudi
cualquiera	cualsiquiera.
se nos paga	se mos paga.
somos	semos.
cuanto y más	cuanti más.
necesitamos	nesecitamos.
necesidad	nesecidá.
todavía	entavía.
provocativo	prevocativo.
todo	tóo.
pedazos	peazos ó piázos.
protección	proteción.
modo	mó.
frenética	fenétrica.
febril	fiebroso.
oscurecido	escurecío.
te equivocas	te enquivocas.
murmuración	mermuración.
principio	precipio.
lecciones	liciones.
hasta entonces	hasta de entonces.
miradla	miráila.
bofetada	gofetá.
pues os digo	pus sos digo.
cuidan	cúdian.
	Y así sucesivamente

OBRAS DE D. JOSE ECHEGARAY

El libro talonario, comedia en un acto, original y en verso.

La esposa del vengador, drama en tres actos original y en verso.

La última noche, drama en tres actos y un epílogo original y en verso.

En el puño de la espada, drama trágico en tres actos original y en verso.

Un sol que nace y un sol que muere, comedia en un acto original y en verso.

Cómo empieza y cómo acaba, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogía.)

El gladiador de Rávena, tragedia en un acto y en verso. (Imitación.)

O locura ó santidad, drama en tres actos original y en prosa.

Iris de paz, comedia en un acto original y en verso.

Para tal culpa tal pena, drama en dos actos original y en verso.

Lo que no puede decirse, drama en tres actos original y en prosa. (Segunda parte de la trilogía.)

En el pilar y en la cruz, drama en tres actos original y en verso.

Correr en pos de un ideal, comedia original en tres actos y en verso.

Algunas veces aquí, drama en tres actos y en prosa.

Morir por no despertar, leyenda dramática original en un acto y en verso.

En el seno de la muerte, leyenda trágica original en tres actos y en verso.

Bodas trágicas, cuadro dramático del siglo XVI original en un acto y en verso.

Mar sin orillas, drama original en tres actos y en verso.

La muerte en los labios, drama en tres actos y en prosa.

El gran Galeoto, drama original en tres actos y en verso precedido de un diálogo en prosa.

Haroldo el Normando, leyenda trágica original en tres actos y en verso.

Los dos curiosos impertinentes, drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogía.)

Conflicto entre dos deberes, drama en tres actos y en verso.

Un milagro en Egipto, estudio trágico en tres actos y en verso.

Piensa mal... ¿y acertarás? casi proverbio en tres actos y en verso.

La peste de Otranto, drama original en tres actos y en verso.

Vida alegre y muerte triste, drama original en tres actos y en verso.

El bandido Lisandro, estudio dramático en tres cuadros y en prosa.

De mala raza, drama en tres actos y en prosa.

Dos fanatismos, drama en tres actos y en prosa.

El conde Lotario, drama en un acto y en verso.

La realidad y el delirio, drama en tres actos y en prosa.

El hijo de carne y el hijo de hierro, drama en tres actos y en prosa.

Lo sublime en lo vulgar, drama en tres actos y en verso.

Manantial que no se agota, drama en tres actos y en verso.

Los rígidos, drama en tres actos y en verso, precedido de un diálogo exposición en prosa.

Siempre en ridículo, drama en tres actos y en prosa.

El prólogo de un drama, drama en un acto y en verso.

Irene de Otranto, ópera en tres actos y en verso.

Un crítico incipiente, capricho cómico en tres actos y en prosa.

Comedia sin desenlace, estudio cómico-político en tres actos y en prosa.

El hijo de Don Juan, drama original, en tres actos y en prosa, inspirado por la lectura de la obra de Ibsen titulada *Gengangere.*

Sic vos non vobis ó la última limosna, comedia rústica original en tres actos y en prosa.

Mariana, drama original en tres actos y un epílogo en prosa.

El poder de la impotencia, drama en tres actos y en prosa.

A la orilla del mar, comedia en tres actos y un epílogo en prosa.

La rencorosa, comedia en tres actos y en prosa

María-Rosa, drama trágico de costumbres populares en tres actos y en prosa. (Traducción.)

Mancha que limpia, drama trágico en cuatro actos y en prosa.

El primer acto de un drama, cuadro dramático en verso.

El estigma, drama en tres actos y en prosa.

La cantante callejera, apropósito lírico en un cuadro y en prosa.

Amor salvaje, bosquejo dramático en tres actos original y en prosa.

Semíramis ó la hija del aire, (refundición). Drama en tres jornadas y en verso.

Tierra baja, drama en tres actos y en prosa. (Traducción.)

La calumnia por castigo, drama en prosa en tres actos y un prólogo.

La duda, drama original en tres actos y en prosa.

El hombre negro, drama original, en tres actos y en prosa.

Silencio de muerte, drama original en tres actos y en prosa.

El loco Dios, drama original en cuatro actos y en prosa.

Malas herencias, drama original en tres actos y en prosa.

La escalinata de un trono, drama trágico original en cuatro actos y en verso.

La desequilibrada, drama original en cuatro actos y en prosa.

A fuerza de arrastrarse, farsa cómica, original, en un prólogo y tres actos, en prosa

Entre dolora y cuento, monólogo.

El moderno Endymión, ídem.

El canto de la Sirena, ídem.

El preferido y los cenicientos, drama vulgar ó escenas de familia, en un prólogo y dos actos, por Librado Ezguieura.

LA MIRALTA

LA MIRALTA

DRAMA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

ANGEL GUIMERÁ

y traducido del catalán por

Luis López-Ballesteros

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL el 12 de Diciembre de 1905



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1906

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
DÉBORA	Sra.	Guerrero.
MERY	Srta.	Suárez.
DOÑA NATIVIDAD		Cancio.
MONIQUETA	Sra.	Morera.
PEPA	Srta.	Villar (D.)
INVITADA 1.ª		Asquerino.
IDEM 2.ª		Valdemoro.
IDEM 3.ª	Sra.	Bofill.
IDEM 4.ª	Srta.	Villar (C.)
IDEM 5.ª	Sra.	Bueno.
CARLOS	Sr.	Díaz de Mendoza (M.)
ENRIQUE		Codina.
DON GREGORIO		Cirera.
SATURNINO		Díaz de Mendoza (F.)
JUANILLO		Santiago.
RIPOLLÉS		Juste.
TOMÁS		Guerrero.
ANTÓN		Mesejo.
INVITADO 1.º		Gil.
IDEM 2.º		Soriano Viosca.
IDEM 3.º		Cayuela.
IDEM 4.º		Urquijo.
IDEM 5.º		Vargas.

Gente de la ciudad y del pueblo

ÉPOCA ACTUAL



ACTO PRIMERO

Decoración. Galería al fondo, dejando al extremo derecha un paso, por el cual se entrará en escena subiendo dos escalones. Esta galería dará sobre una gran cortadura del terreno que es muy accidentado, viéndose á lo lejos las montañas. A la derecha de la escena, la entrada de un molino antiquísimo, vetusto. A la izquierda, la puerta de una casa señorial sobre una pequeña escalinata. En segundo término la puerta de una capilla.

ESCENA PRIMERA

CARLOS, DON GREGORIO, RIPOLLÉS y TOMÁS. Los tres primeros sentados junto á una mesa en que acaban de tomar café. El último en pie sirviéndoles

GREG. Dice Natividad que todo contribuye á la felicidad del día de hoy: hasta el tiempo, que es espléndido.

CAR. Tiene razón doña Natividad.

GREG. Como siempre. Mi mujer no dice una palabra que no sea la verdad misma.

CAR. Cierto, cierto.

GREG. ¡Ah! Es que Dios le ha dado un talentazo... ¿Quiere usted más ron, señor Ripollés? (Tomás hace un movimiento para servirle.)

GREG. (A Carlos, mirando el reloj.) ¿Y á qué hora quieren ustedes estar en San Martín?

CAR. Bastará conque estemos allí un momento antes de que llegue la diligencia.

GREG. (A Tomás.) ¿No es á las cuatro cuando llega?

TOM. Sí, señor; más bien más que menos.

GREG. Mira: que don Carlos tenga el coche á las tres y media. (A Carlos.) Llegarán ustedes en menos de un cuarto de hora; y todavia esperarán un buen rato. (A Tomás.) Te puedes retirar. (Tomás hace mutis por la derecha,)

CAR. Don Gregorio, si usted tiene algo que hacer por nosotros no lo deje.

GREG. (Tirando la colilla del puro.) Pues, con franqueza: si ustedes no mandan otra cosa, voy á ver si cojo el sueño unos minutos.

CAR. Muy bien pensado, don Gregorio. ¡A dormir! ¡A dormir! ¡Y estaba usted aquí haciéndonos cumplidos!...

RIP. ¡No faltaba más!... (Se han levantado los tres.)

GREG Nada más que el tiempo preciso para cerrar y abrir los ojos. ¡Estoy tan acostumbrado á mi siestecita! Ustedes me dispensarán... ¿verdad?

CAR. ¡Quiere usted callar, don Gregorio! (Riendo.) Si le prohibiesen dormir deprisa creo que no le aprovecharía.

GRFG (Haciendo mutis.) Tienes razón, tienes razón.

ESCENA II

CARLOS, RIPOLLÉS y TOMÁS, cuando se indique

CAR. ¡Pobre señor! Sacrificaba su siesta por hacernos compañía.

RIP. Es una excelente persona.

CAR. Pchs... Es el marido de doña Natividad y de ahí no pasa.

RIP. Lo que es doña Natividad, te aseguro que me hace mucha gracia... Tan ceremoniosa, tan entonada...

CAR. Pero también es un pedazo de pan. La vida del campo hace que la gente que quiere presumir desentone... ¿Comprendes?

RIP. No, si me hago cargo. (Pequeña pausa.) En fin, que vas á tener un tío y una tía que no te los mereces.

CAR. Sí; todos son excelentes personas en la *Miralta*. (Pequeña pausa.) Pero, todavía, no me has dicho qué te parece mi prometida.

RIP. ¿No? Pues oye. La encuentro muy guapa, Mucho, mucho.

CAR. Sí, ¿eh? (Con frialdad.) Vaya; eso ya es algo.

RIP. Considera que sólo la conozco desde esta mañana.

CAR. Lo mismo que á mis tíos.

RIP. Claro que sí: pero, chico á una novia y en un día como este, cuesta mucho trabajo conocerla á fondo. ¡Precisamente el día en que se casa! (Carlos se ríe.) ¿Y tú? ¿Cómo la encuentras? ¡Vamos á ver!

CAR. ¿Yo? (Pausa.) Pues á mi me parece que tiene todas las perfecciones del mundo. Ya ves; cuando me caso...

RIP. Es decir, ¿que llegas al altar con todas las ilusiones de un enamorado?...

CAR. (Interrumpiéndole.) Con todas, con todas. ¡Me caso!

RIP. (Irónico.) Dios te las conserve y te las aumente.

CAR. (Se ríe con risa franca. Pausa.) Hazte cargo: ¿á qué más puede aspirar un hombre como yo? He encontrado una mujer guapa—eso tú mismo lo aseguras.—Enamorada de mí, esto lo aseguro yo. Rica, y eso lo dicen sus tíos y lo confirma la comarca entera. Desinteresada hasta el extremo de quererme á mí... á mí, que sólo me ha quedado una carrera que no produce nada. Dócil, hasta el extremo de prestarse á transformar este molino en fábrica de tejidos, con todas sus consecuencias. Educada al lado siempre de su tía, que ha hecho con ella de madre, de padre y de toda la parentela. Si con todo esto no me diese por satisfecho...

RIP. Bien mirado, quizá no tienes derecho á tanto... ¡Si aquí conociesen tu vida y lo viejo y gastado que debes estar por dentro!...

CAR. No tanto, no tanto.

RIP. ¡Y la pobre muchacha que quizás se figure que es tu primer amor!

CAR. No es el primero, pero será el último: estoy resuelto. (Ríe.)

RIP. Si no supiera que no me vas á contestar, te haría una pregunta.

CAR. ¿Cuándo vas á marcharte?

RIP. ¡Pero hombre, si me has invitado á la boda!

CAR. Y puedes estarte aquí todo el tiempo que te plazca. No me has entendido.

RIP. Ahora, sí. Pues pienso marcharme mañana mismo.

CAR. Entonces pregunta todo lo que quieras.

RIP. Pues pregunto: ¿es esta de ahora la mujer á quien has querido más entre todas las que quisiste?

CAR. ¿Te irás mañana, eh?

RIP. Sí.

CAR. Pues escucha: la mujer á quien más he querido... es otra.

RIP. ¿Y por qué no te casaste con ella?

CAR. Porque no.

RIP. Me has convencido. ¿Ha muerto?

CAR. (Levantándose.) No lo sé. Te juro que no lo sé. Tenía yo veinticuatro años y era un muchacho inesperto, sin mundo. Me ofendí de no sé qué, porque mi genio de cuándo en cuándo era como una pólvora, y le escribí una carta impertinente. Ella me devolvió la carta hecha pedazos; la cosa no era para menos. Cuando me dí cuenta de mi necedad, ya no era tiempo de remediarla. Se había marchado á Méjico; y de allí, no sé á dónde. Le escribí desesperado. Todo inútil. Creo que su madre era de origen italiano. Había cantado una temporada en el Liceo. Por cierto detestablemente. Nada. Aves de paso con pretensiones de artista.

RIP. ¿Y era guapa?

CAR. La mujer más hermosa del mundo.

RIP. Ya son dos. ¿Por cual te decides?

CAR. Esta es una infeliz. ¡Pobrecilla! Todo lo que sabe de la vida lo sabe por su tía. Y su tía cree que los enamorados han de cantar serenatas... ¡Si quería que me declarase de rodillas á su sobrina!

RIP. Pues no comprendo cómo se casó con don Gregorio.

CAR. (Riendo.) ¡Bastante se lamenta! Es claro que á Débora la educaré yo á mi gusto en cuanto sea mi mujer.

RIP. Lo primero que tienes que hacer es cambiarle el nombre.

CAR. Se lo puso su tía... ¡figúrate! Su tía es la que primero se entusiasmó con eso de la fabrica. Ya le parece ver un ejército de trabajadores saliendo del «Templo del Arte», como dice ella, al toque de la campana, que quiere hacer bendecir, es claro. Todo lo haría bendecir la buena señora.

RIP. Lo que has de procurar sin perder momento es desembarazarte lo mejor que puedas del tío y de la tía.

CAR. Esta misma noche se marchan á San Martín, donde tienen su casa. (Riendo.) ¿Qué pensabas... que yo...?

RIP. Y en cuanto á la poesía de la fábrica... ya se irá haciendo cargo.

CAR. Por otra parte, mi idea es excelente, porque el molino harinero ya no les produce gran cosa, y el salto de agua se esta perdiendo, que es una lástima. Ya lo verás.

RIP. Como negocio lo es. Lo que no me agrada, ya te lo he dicho, es que tomeis un socio.

CAR. ¿Y cómo nos ibamos á arreglar? Aquí, lo que es dinero, no lo hay. Ya me hubiera yo guardado mucho de asociarme con cualquiera; pero con Enrique... ¡Si hemos hecho la carrera juntos y le conozco desde el Instituto! Su carácter es muy parecido al mío; pero él ha sido siempre más reposado. Pronto vas á juzgar por tí mismo.

RIP. Ya puedes figurarte que me alegraré mucho de que todo salga á medida de tu deseo

CAR. ¡Oh! y el trato vino de un modo sencillísimo. Figúrate que me lo encuentro un día por las calles de Barcelona. Y venga contarnos nuestra situación: yo, que me iba á casar; él, que se había casado en Bilbao y que se encontraba en Barcelona por la muerte

de un pariente. Hablamos de nuestra carrera, le traje un día por aquí, vió á doña Natividad y á Débora; salió la conversación del salto de agua, y todo quedó arreglado en un momento. El se marchó á Bilbao para buscar á su mujer, y hemos querido que asistan á nuestra boda.

RIP. ¿Y á comenzar las obras en seguida?

CAR. Es claro. A bien que á su mujer no es fácil que se le acabe el dinero.

RIP. Muy rica, ¿eh?

TOM. (Que sale por el foro derecha.) Cuando quieran los señores; el coche esta esperando.

CAR. Vamos. Me desagradaría que la diligencia llegara antes que nosotros. (Subiendo hacia el foro.) Heredó á un pariente suyo de América que... (Han hecho mutis con Tomás que volverá después.)

ESCENA III

MONIQUETA, SATURNINO, JUANILLO y TOMÁS. Este recoge de la mesa las tazas de café, copas y botellas de licor y entra en la casa

JUA. (Asomando la cabeza por la puerta del molino.) Ya se marcharon, abuelo. Madre, ya no hay nadie.

MON. (Saliendo del molino.) ¡Ay, gracias á Dios! Van hasta San Martín, lo he oído. (Lleva en las manos varios trastos como de mudanza.)

JUA. (También con varios objetos.) Despachemos, despachemos antes que salga nadie. ¡Eh! ¡Tomás! ¿Han ido á San Martín?

TOM. Sí. Han ido á recibir á unos señores forasteros que también vienen á la boda.

MON. (Saliendo otra vez.) Tu abuelo llora como un bobalicón. Corre, Juanillo.

JUA. ¡Abuelo! ¿Qué hace usted, abuelo? (Entrando en el molino.)

MON. (A Tomás.) ¿Es verdad que han ido á recibir á un señor, que es el que tiene que hacer la fábrica?

TOM. Sí; un señor que es ingeniero; como don Carlos que también es ingeniero.

JUA. (Saliendo.) Madre, el abuelo no quiero ayudar. Trabajemos nosotros. Venga usted.

MON. Ingeniero... ingeniero... demonios sueltos que no vienen más que á hacer mal. (Dirigiéndose al molino y viendo salir á Saturnino.) Gracias á Dios que se mueve usted, suegro. (Tomás se va hacia la casa llevándose varios objetos colocados sobre la mesa.)

SAT. Es que yo no tengo corazón para sacar nada del molino.

JUA. Abuelito, calle usted, que á mí también me va a dar mucha pena.

MON. (Medio llorando.) No tenéis coraje para nada.

SAT. No lo tengo, no; no lo tengo .. ni ganas.

MON. Al menos vaya usted llevando las sillas á la otra casa.

SAT. Nuestra casa es esta.

JUA. (Lloriqueando.) Pues lo que es desde hoy... tururú.

SAT. Yo llevaré las sillas; pero primero hay que ver si están todas. Una, dos, tres... (Entre grandes y pequeñas, habrá once, que Moniqueta y Juanillo habrán ido sacando del molino.)

MON. ¡De prisa, que puede venir gente! (Ya se entiende que durante toda esta escena, Moniqueta y Juanillo han ido sacando trastos y dejándolos en medio de la escena.)

SAT. No lo tomes tan á pecho, mujer. Diez, once. Ahora éstas encima. No, éstas debajo y encima las chicas. Vamos allá; contémoslas otra vez. (Se sienta en una de las sillas y vuelve á contarlas.) ¡Pues ahora no hay más que diez! ¡Y eran once! (No cuenta la silla en que está sentado. Juanillo y Moniqueta traen un cuévano grande, lleno de platos, ollas, escudillas, etc., etc.)

MON. ¡A ver si te caes!

JUA. (Lloroso y andando de espaldas.) Voy como los cangrejos... Tururú.

SAT. Nuera, falta una silla.

MON. Están todas, suegro.

JUA. (A Saturnino.) Venga usted, que traeremos la mesa.

SAT. Lo que yo quiero es la silla.

MON. Venid, con mil demonios.

SAT. Yo ahora contaré las ollas. (Va sacándolas del cuévano.)

MON. Deje usted en paz las ollas.

TOM. (Que sale de la casa.) ¿Por qué dejais los trastos por medio? ¡Veréis qué sermón, si sale doña Natividad.

MON. Para sermones estamos. (Moniqueta entra en el molino, detrás Juanillo. Tomás vuelve á entrar en la casa.)

SAT. (Sacando ollas y pucheros del cuévano y poniéndolas en el suelo.) Una, dos, tres...

JUA. (Sacando la mesa con su madre.) No vaya usted tan poco á poco, ¡contra!

MON. Si es un plomo esta mesa. Suegro, despache usted...

SAT. (Sacando pucheros del cuévano.) Cuatro, cinco, seis...

MON. Deje usted los pucheros...

SAT. Otra olla: una, dos, tres...

MON. (Dejando la mesa.) ¡Buen estropicio va usted á hacerme!

SAT. Ocho, nueve, diez, alabado sea Dios..

MON. Déjese usted de tantas canciones.

JUA. ¡Abuelo! ¡Llévese usted la mesa en seguida!

SAT. (Gritando muy fuerte.) ¡Pepa!... ¡Pepa!...

MON. ¿Por qué grita usted, bendito? (Contrastará siempre la flema de Saturnino con el atolondramiento de Moniqueta y de Juanillo.)

ESCENA IV

DICHOS y PEPA que sale de la casa

PEPA ¿Quién me llama?

SAT. (Con los ojillos encandilados y muy zalamero.) Pepa, resalada, ¿no podías echar una manita?

MON. ¡Hija! ¡Estamos tan atareados!

PEPA Bueno, sólo un ratito.

SAT. Ven, Pepa, ven. Llevemos sillas yo y tú ..

JUA. ¡Recontra con el abuelo! En cuanto que ve á la Pepa...

MON. Venid, que sacaremos el amasador.

SAT. (A Pepa) No hagas caso, querida; tú ven conmigo...

MON. Que vengáis, os digo.

SAT. (Rompiendo á llorar.) ¡Que no quiero entrar en el molino! ¡que me da mucha pena! (Risueño otra vez y malicioso. Se va con Pepa por la izquierda llevándose sillas.)

MON. También á mí me da pena.

JUA. Pues yo me parece que me voy consolando... Es muy viejo el molino, vaya.

MON. También soy vieja yo. Y aquí naciste tú y tu padre, y tu abuelo.

JUA. En todas partes se puede nacer, cuando se ha de nacer. (Entra en el molino.)

PEPA (Que viene con Saturnino.) ¿Qué dice usted?

SAT. Que ahora nos llevaremos las ollas; que están más tristes...

PEPA (Cogiendo el cuévano por un asa.) ¡Coja usted de una vez!

SAT ¡Pobre molino! Al menos ahora teníamos harina.

PEPA Abuelo, ¿eso que llaman polvos de arroz, se hacen también de harina?

SAT. (Muy quemado y cogiendo la otra asa.) No, señora. Quiero decir, sí, señora. ¡Mira con lo que sale, con la pena que tengo! (Se va por la izquierda.)

MON. (Trayendo otros objetos.) Lo que es con el amasador no sé cómo nos las vamos á componer.

PEPA (Que viene muy quemada.) No se puede hacer nada con Saturnino. ¡Es más inquieto!...

MON. (Llamándole.) ¡Suegro! ¡Suegro!

PEPA ¡Saturnino!

JUA. ¡Abuelo! ¡Abuelo!

ESCENA V

MONIQUETA, PEPA, SATURNINO, JUANILLO, DOÑA NATIVIDAD y DON GREGORIO, que salen de la casa

NAT. ¿Qué pasa? ¿Ha sucedido algo? ¡Gregorio, ven... hijo!

MON. No, señora, no ha pasado nada.

GREG. ¿Qué ha sucedido?

NAT. ¡Vaya un susto que me habéis dado! Creí que había ocurrido alguna desgracia. (Entra en escena Saturnino.)

GREG. No sé por qué te has de asustar de nada después de comer.

NAT. ¿Todavía estamos con la mudanza? ¡Virgen de la misericordia! (A don Gregorio.) Hijo, yo soy así. ¿Pero qué vamos á hacer con todos estos trastos?

GREG. Cálmate, mujer. A mí si que me has quitado el sueño y no sé si me sentará bien.

MON. Ya acabamos, señora.

SAT Pepa; vamos.

JUA. Cojamos.

PEPA Yo, esto. (Todo con mucha prisa.)

GREG. No os hagáis daño. Que os ayuden. (Yendo detrás de ellos.) Moniqueta, que no lo coges bien. Tú, tira más á la derecha.

NAT. (Mirando al interior del molino desde la puerta.) ¡Pero si todavía hay más *enseres!* Es claro: han esperado al último momento.

GREG. ¡Pobre gente! ¡Estaba por arrimar yo también el hombro! Ahora veréis. (Se va á quitar la americana.)

NAT. ¡Gregorio, desgraciado! ¡Considera tu categoría! (Don Gregorio insiste en quitarse la chaqueta.) ¡¡Te constiparás!!

GREG. Bueno.

NAT La culpa la tiene Débora, que es demasiado buena y juega con ella todo el mundo. Figúrate qué espectáculo si cuando entre la comitiva en la capilla tropiezan nuestros ojos con los jergones, los pucheros y todos estos cachivaches. ¡Qué desilusión, hijo, qué desilusión! Atención, Moniqueta, y usted, Saturnino, atención. Si cuando vengamos á la boda no habéis quitado de nuestra vista hasta el último trasto, os cojo la llave y meto en el molino todo lo que encuentre. Y os advierto que vamos á volar con pólvora parte del molino. Y volará en cuanto salgamos de la capilla, delante de la comitiva, ante la cual quiero producir ese efecto

sensacional, ¿me habéis entendido? Porque esta boda ha de ser *retentisante*, ¿os enteráis bien? *retentisante*. No sé si me explico.

MON. Ay, sí, señora, sí. Todo estará listo; yo le aseguro que todo estará listo, para cuando hagan con el pobre molino... Vamos, eso tan bonito que usted dice.

GREG. Sí, sí, vamos de prisa. (Moniqueta, Juanillo y Pepa entran en el molino.)

NAT. (Llamándole.) ¡Saturnino!

SAT. ¿Qué manda la señora?

NAT. ¿Pero qué tiene usted? Mira, Gregorio; llora en un día como hoy.

SAT. (Dirigiéndose al molino.) Yo... como quieren echar á tierra el pobre molino... (Deteniéndose y tapándose la cara llorando.)

NAT. Es para bien de todos, Saturnino. El mundo cambia. Hace ya que se descubrió que da vueltas y que cambia de sitio... ¿te enteras? Siempre ha ocurrido lo mismo, hijo. ¡Ya lo dijo Jorge Manrique con su gran elocuencia!... Sí, Saturnino, si... ¿qué se fizo el Rey don Juan?—los Infantes de Aragón,—¿qué se ficieron?... ¿comprendes?

SAT. Sí, señora, sí.

MON. ¡Por el amor de Dios, suegro!

NAT. (A don Gregorio, que siempre la da la razón de todo.) Después que Débora les deja vivir en la casita nueva, que es una preciosidad, con sus ventanas de un modernismo exquisito...

GREG. Sí, sí; tienes razón.

JUA. Abuelo.

SAT. (A Moniqueta, que le llama desde el molino.) No entraré... No te desgañites.

NAT. Ya ves si su nieto estaría mejor al lado de la piedra del molino que cuidando la selfactina, la selfactina... ¿Oyes, Gregorio? Si solamente este nombre es todo un poema. (Don Gregorio, que no la escucha, ayuda á los del molino á trasladar el amasador.)

GREG. No valeis para nada... Ahora vereis...

NAT. ¡Pero Gregorio!... ¡Dios mío! ¡Dios mío! (Cierra la puerta de la casa.) ¡Qué dirán los criados! Es claro: después vienen las *cuchufletas*.

GREG. ¡Arriba! ¡arriba!... Ya está. (Por el amasador.)

SAT. ¡Qué pena! Parece que llevan una caja de muerto... ¡Y dentro todas mis alegrías!

MON. Calle usted. Aquí se amasa el pan que da la vida.

ESCENA VI

DOÑA NATIVIDAD, MONIQUETA, PEPA, SATURNINO, DON GREGORIO, JUANILLO y DÉBORA, que sale de la casa

DÉB. ¡Bravo, tío!... ¡muy bien!... ¡muy bien!

NAT. Pero Gregorio, delante de Débora...

GREG. Descansemos ahora; descansemos... (No se detienen.) ¡Que no puedo más, caramba!... (Se detienen.)

DÉB. No puede el pobre tío, no puede. (Entran en el molino Juanillo y Moniqueta para sacar más cosas. Don Gregorio se enjuga el sudor.)

NAT. ¿Lo ves? Ya te has desrriñonado.

GREG. Puede que sí. (Tratando de ponerse derecho.)

DÉB. Ea, pues yo también quiero trabajar un poquito. ¿A quién ayudo yo?

NAT. No, Débora... ¡Si te lastimases en un día como hoy!...

DÉB. Yo quiero llevar algo; dadme algo... Trae, Juanillo. (Coge sin fijarse en lo que es una cuna que lleva Francisco.)

JUA. La señorita se hará daño.

DÉB. Cállate. Si no pesa nada.

NAT. Deja eso en seguida.

DÉB. No, no. (Riendo.)

GREG. (Con malicia.) No lo dejes; es un presagio.

NAT. Débora.

DÉB. Jesús, tía. Toma tú. (Entregando el trasto á Moniqueta.)

NAT. No está bien, Débora.

DÉB. ¿Pero qué más da? Ea, dejadme... (Riendo, pero ruborizada.)

GREG. (Después de mirar hacia el fondo.) Débora, tu prometido.

NAT. ¡Carlos, Carlos!

DÉB. (Por la cuna.) Llevárosla, llevárosla en seguida...

SAT. (A Pepa.) Cógela tú, Pepa, y vamos tú y yo. (Riéndose.)

ESCENA VII

DICHOS CARLOS y RIPOLLÉS. La gente del molino se llevan el amasador y otros objetos que todavía están por medio

CAR. (Entrando con Ripollés.) Ya estamos de vuelta.

NAT. ¿Pero solos? ¿Es que no han llegado?

CAR. No señora, nadie. Débora. (Acercándose á ella.)

DÉB. (Risueña y dichosa.) ¡Carlos!

RIP. (A doña Natividad.) La diligencia llegó á su hora; pero esos señores, no.

NAT. Es incomprensible.

CAR. He vuelto á leer la carta, y dice bien claro, que vendrían en esa diligencia. (Entre tanto don Gregorio, dolorido todavía, trata de ponerse derecho.)

DÉB. ¡Pobre tío! ¿Le duele á usted mucho?

GREG. Figúrate. Me da un gusto...

CAR. Y ya hasta mañana no llega ninguna diligencia.

RIP. Eso nos han dicho.

NAT. Lo deploro amargamente, dolorosísimamente, porque esos señores nos echan á perder con su ausencia el número más hermoso del programa. Del *protocolo*, como dicen los franceses.

CAR. Dispense usted, señora; el número más hermoso del programa de hoy está encomendado al señor cura.

GREG. Natividad ha querido decir...

NAT. ¡Oh! ya me ha entendido. (A Ripollés.) Pero, imagínese usted el efecto que hubiera hecho que Carlos y su amigo hubiesen firmado aquí mismo la escritura en que está la cláusula de la transformación del molino en gran industria. Eso, después de la boda, en presencia de todos los convidados, y en

seguida á derruir el molino al son de una marcha de... de... ayúdame. Débora.

DÉB. (Que estaba cuidando á don Gregorio.) Pero tía, todo puede hacerse mañana cuando lleguen. ¿Verdad, Carlos?

CAR. Sí; será igual.

NAT. ¿Y el notario, que estará á punto de llegar? ¿Y la pluma que ya la tengo en agua?

CAR. ¿En agua la pluma?

NAT. (A Carlos solo.) Sí, pero no lo digas. Es la pluma conque se firmará la escritura; una plu ma monumental guarnecida toda de lirios modernistas y crisantemas. Habrá que sostenerla por arriba mientras firmais. Ya tengo preparadas unas cintas. (Doña Natividad dice todo esto muy satisfecha; Carlos se aparta riéndose con disimulo:)

DÉB. ¿De qué te ríes? ¿de qué te ríes? ¿Qué te ha dicho la tía?

CAR. Ya te lo contaré. No te rías ahora; no te rías.

NAT. (A Ripollés.) En fin, qué hemos de hacerle. Se comenzará el derrumbamiento del molino sin la escritura.

RIP. Sí, señora; sí. No se disguste usted por tan poca cosa.

NAT. Es que á mí todo me llega al corazón, ¿sabe usted?

GREG. (Creo que si Natividad me diese unas friegas...)

NAT. (A Ripollés.) Usted no ha visto el molino, ¿verdad?

RIP. No, señora.

NAT. Venga usted, porque se le acaba la vida.

RIP. Con mucho gusto, señora. (Vase hacia el molino.)

GREG. ¡Natividad!

DÉB. Tía... el tío quiere...

GREG. No; cuando vuelvan, cuando vuelvan.

CAR. (A don Gregorio.) Yo creo que con una copita de ron se quedaba usted como nuevo.

GREG. (Candorosamente.) Puede ser que sí. Voy á tomarla (Quedan en escena riéndose Carlos y Débora. Con cierta pena compasiva Débora, Carlos ruidosamente.)

ESCENA VIII

DÉBORA y CARLOS. Carlos va á decir algo todavía siguiendo la burla con don Gregorio que se marchó

CAR. ¡No tiene nada! No es más que aprensión. Pero escucha. ¿No vas á vestirte? Mira que se acerca la hora.

DÉB. Hay mucho tiempo aún.

CAR. Me disgustaría mucho que te hicieses esperar.

DÉB. ¿Yo hacerme esperar para casarme contigo? ¡Pues si quisiera que nos casáramos en seguida! Porque me da miedo todo, todo; y mientras no seas mi marido tendré miedo de que me roben á mi Carlos. Pero ahora estoy pensando que no está bien que yo diga todas estas cosas.

CAR. ¡Quererme á mí otra mujer! ¿Y quién va á quererme ahora sabiendo todas que estoy loco por tí? Mira, me temo que voy á pasarme la vida cosido á tus faldas.

DÉB: Sí, sí... ¡Cosido á mis faldas! ¡Eso no será posible!...

CAR. ¿Por qué?

DÉB. ¡Pues buen tragín habrá con la dichosa fábrica; hilar por aquí, tejer por allá, volverte sordo con el tric-trac de las máquinas que no cesará noche y día... ¡Todo, todo te alejará de mí! ¡Vaya, que eso de la fábrica me hace cavilar á mí mucho!...

DÉB. Por lo menos debíamos dedicar el primer año á discutir eso de la fábrica... á madurar el proyecto... Pero la tía en cuanto te escuchó... como tú sabes decir tan bien las cosas...

CAR. ¡Ah, sí! Eso, eso de la civilización que avanza y trepa hasta las montañas... Nada, que tu tía sueña con la fábrica.

DÉB. ¡Y luego que puede ser que trabajen mujeres!...

CAR. Muchas mujeres, muchas.

DÉB. ¿Ah, sí, mujeres? ¿Y jóvenes, verdad?

CAR. Precisamente las tenemos que buscar jóvenes.

DÉB. ¿Sí? Pues mira; aquí en esta casa no entrará ni una sola, ¿lo entiendes? (Carlos ríe.) Acuérdate de que te lo digo antes de casarnos para que después no salgas conque te he engañado. (Carlos ríe más fuerte.) ¡No entrarán, no! ¡Yo no me quiero morir consumida!

CAR. Pero escucha, atiende. Los primeros meses ya verás cómo no me ocuparé mucho de los trabajos de la fábrica. Y haremos que mi socio se ocupe de todo, por él y por mí.

DÉB. *Los primeros meses.* (Mirándole fijamente.) ¿Y después, qué?

CAR. (Riendo.) ¡Ah, después! Yo también tendré que trabajar. Considera que...

DÉB. Bueno, pues mira: entonces haremos dos secciones. Tu socio que se cuide de la sección de las mujeres y tú de la de los hombres. A un lado las mujeres, á otro lado los hombres... como en la iglesia... ¿sabés?

CAR. (Riendo.) Como tú quieras.

DÉB. Y cada sección en un edificio aparte; los hombres aquí mismo, y las mujeres, más lejos, muy lejos. Precisamente hay por allá abajo unos campos que no se acaban nunca.

CAR. Sí; ¿y el salto de agua, cómo lo partimos para los dos edificios?

DÉB. Hacemos el de las mujeres á... un cuarto de legua; y luego se hace un puente... así... (Le coge el bastón y traza con él líneas en la tierra.) con un arco. .

CAR. ¡Un arco de un cuarto de legua! No está mal.

DÉB. O dos arcos. (Dibujando.)

CAR. (Fingiendo seriedad.) ¡Ah, con dos arcos, sí!

DÉB. ¡Esta sí que es buena! ¿Y si la mujer de tu amigo no quiere tampoco que su marido se cuide de las mujeres? ¡Ay, ay, ay!

CAR. Pero, mujer, no te atormentes... ya se arreglará todo.

DÉB. Está bien; ya lo veremos. (Pausa larga de los dos. Ella va y viene, y vuelve á acercarse á Carlos.)

Te ha molestado eso que te he dicho, ¿verdad?

CAR. ¿Molestarme? (Dando á entender lo contrario.) De ninguna manera.

DÉB. No me engañes, Carlos: dime siempre la verdad.

CAR. Pues, sí; me ha molestado tu desconfianza.

DÉB. ¿Desconfianza?

CAR. Y me duele el pensar que no te agrade que se levante la fábrica en tierras de tu propiedad. Si me quisieras como dices, no te disgustaría; al contrario, estarías muy contenta.

DÉB. (Acercándose á él resueltamente.) ¿A ver? ¿á ver? Sigue. Explícate.

CAR. Sí. Porque tú no desconoces que mi posición, al lado tuyo, es desairada. Tú eres la *pubilla* rica; yo el pobre que no puedo traerte otra cosa que su carrera... nada. Y cuando quiero elevarme hasta tí, ennoblecerme trabajando, haciéndome una posición digna al lado tuyo, te disgusta que trabaje, como si tu cariño no fuera mas que egoísmo; y me quieres tener, siempre humillado, junto á tí, como un criado de la casa á quien se paga bien.

DÉB. No quiero oirte; no quiero oirte.

CAR. Quizá hubiera valido más...

DÉB. (Estrechándose con él.) ¿Qué? ¿qué quieres decir? ¿que hubiera valido más romper nuestra boda?

CAR. Débora... por Dios.

DÉB. (Rompiendo á llorar.) ¡Hablarme hoy de esa manera!...

CAR. Sí, sí... perdóname; no puedo dominarme. Pero reflexiona, Débora. La humildad de mi posición, en un día como hoy, en que todos murmurarán seguramente de mí, me excita, me mortifica... Tu tienes el alma como una primavera. Yo he sentido el fuego de la vida, que quema los corazones más que las llamaradas de los incendios.

DÉB. ¡No, no! Tú me quieres a mí; solo á mí, Carlos. De tu pasado ya no queda nada aquí

dentro. (*Poniendo la mano extendida sobre el pecho de Carlos.*)

CAR. Solo tú, solo tú, Débora; porque yo solo quiero pensar en tí.

DÉB. ¿Verdad que yo estoy hasta en los rincones más escondidos de tu alma? ¿Verdad que no te acuerdas de nadie... verdad, Carlos?

CAR. (*Con cierta expresión.*) De nadie.

DÉB. ¿Verdad que no has querido á ninguna mujer tanto como á mí? Yo pienso que solo se puede querer á una mujer en este mundo... ¡Dímelo! ¡dímelo!

CAR. Sí, sí; Débora: tú, tú .. (*En el tono anterior.*)

DÉB. ¡Ay! Antes estaba celosa del porvenir: y ahora del pasado.

CAR. Tú misma lo dices: pasado.

DÉB. ¡Sí, sí! Perdóname, y no hablemos más. Y ahora lo que Dios quiera. Vengan las obras de la fábrica. Que yo... mira, para no separarme nunca de tí, hasta he de probar á hacerme tejedora. (*Riendo atolondradamente.*) Con mi delantal listado, el pelo revuelto y lleno de hilachos de algodón... No, no; ahora formales, que viene la tía.

ESCENA IX

DICHOS, DOÑA NATIVIDAD, RIPOLLÉS, y después TOMÁS

NAT. Figúrense ustedes si habrá caído agua por la cascada desde que el mundo es mundo.

RIP. Pues mire usted, se podría calcular.

NAT. Y ahora, á arreglarse, á arreglarse todos. Yo casi estoy lista.

DÈB En seguida, en seguida, tía. ¡Y á tierra este vejestorio de molino! ¡Y arriba la fábrica!

NAT. ¡Gracias á Dios! Es la primera vez que la veo entusiasmada con las filaturas y las selfactinas; ¿verdad, Carlos?

CAR. Pues ya la ve usted.

RIP. ¡Que salto de agua, chico! Lo menos es de quinientos caballos.

CAR. Figúrate que lástima si siguiera perdiéndose.

TOM. (Saliendo de la casa.) Señora; dice don Gregorio, que está para llegar mucha gente y...

NAT. ¡Vaya una noticia! ¡Como que se acerca la hora! Que abran la puerta principal. Y tú te pones en la meseta de abajo y á todos los convidados les dices por dónde han de entrar. Por aquí que no entre nadie.

TOM. Sí, señora. (Doña Natividad saca de un bolsillo unos papeles y los consulta.)

NAT. Y don Gregorio que vaya recibiendo á los convidados.

TOM. Dice que sería mejor que los recibiese usted para irse él á descansar.

NAT. Que lo deje para la noche. ¡Pues no faltaba más!

TOM. ¿Manda algo más la señora?

NAT. No. Y usted, ser privilegiado, ya sabe su obligación: á vestirse y á estar listo para cuando vengan los invitados.

CAR. Vamos, Ripollés, vamos. (Doña Natividad sigue consultando sus papeles y haciendo señales con un lápiz.)

ESCENA X

DOÑA NATIVIDAD; después MONIQUETA, SATURNINO, JUANILLO y TOMÁS

NAT. (Consultando sus papeles.) Eso mismo. La ceremonia nupcial.. (Mirando el reloj.) Ya se acerca la hora marcada aquí. (Por los papeles.) Música, campana... etcétera, etcétera. Después salida de la capilla al compás de la marcha de las antorchas de... (No se acuerda del nombre.) Todavía será de día; pero no importa. A las antorchas también se las llama antorchas cuando están apagadas. Porque estas antorchas son las del Himeneo que estaban muy de moda en tiempo de los romanos. (Entre tanto han salido del molino corriendo Moniqueta, Juanillo y Saturnino llevando en las manos algunos ob-

jetos.) Bueno; después que todos hayan salido del templo, venía la bendición de la pluma y después de la escritura; que ahora, es claro, como no se va á firmar, no podrá ser. Pero la bendición de la parte del molino que vamos á derribar. . oh, eso sí... ese número se cumplirá, ¡ya lo creo! Y después la bendición de la primera piedra de la fábrica. (Se vuelve y ve á los del molino que pasan con varios trastos, tropezando unos con otros por querer ir muy de prisa.) ¿Qué es eso? ¿Más trastajos todavía?

MON. Ya está todo listo. Son los últimos.

NAT. ¡No hay fuerzas humanas que resistan! ¡Mire usted que es mucho!

JUA. ¡Tururú! ¡listos!

SAT. ¡Se acabó, se acabó!... (Lleva en una mano una jaula y en la otra una ratonera.)

NAT. Pues volved pronto, que tengo que daros órdenes á vosotros también.

TOM. (Saliendo.) Dice don Gregorio que hay ya muchos convidados y que no sabe dar conversación.

NAT. Está bien. ¿Ha venido ya el señor rector de San Martín?

TOM. No, señora; ha llegado el notario... Dice don Gregorio...

NAT. Está bien, está bien. (Haciendo señal de que se vaya. Tomás hace mutis.) Y ahora vosotros. (A la gente del molino.)

JUA. ¿Qué manda mi señora?

NAT. Ya no hay nada en el molino, ¿verdad?

JUA. Nada. Así Dios me remate.

NAT. ¡Horror! ¡Calla insensato!

MON. Solo que parece que hay en él, almas en pena que no se quieren ir.

NAT. ¡Preocupaciones de rústicos! Juanillo. ¿Tienes á punto el cartucho de pólvora?

JUA. Sí, señora; al pie de la pared por la parte de atrás.

MON. Señora, ¿y no tiene usted miedo á que pase alguna desgracia?

NAT. ¡Qué ha de pasar, mujer!

JUA. Todo lo hemos preparado, yo y don Carlos

SAT. (Indignado.) ¿Tú?
JUA. Un servidor y él.
NAT. Bueno. Acercarás el mixto á la mecha en cuanto veas que levanto la mano con un ramo, que será una pluma.
SAT. ¿Y cómo conocerá el muchacho que será una pluma?
MON. Porque será un ramo.
SAT. Justamente.
JUA. Yo, en cuanto usted alce una cosa... ¡pam!
NAT. (Recitando de memoria algo que se supone tiene escrito en sus papeles.) «Y en seguida la cuadrilla de albañiles (Leyendo.) comenzarán á derribar las paredes y las puertas...» Y muchos vivas... ¿os enterais? Vosotros también es preciso que deis vivas... ¿estamos?
MON. Sí, señora, sí..
JUA. Yo he estado toda la noche dando vivas en la cama... ¡viva! ¡viva!
SAT. Yo pensaba que te había dado algo.
NAT. (Después de leer.) Y nada más. Conque quedamos en que mucho entusiasmo; pero entusiasmo de verdad, ¿eh?
MON. Descuide, señora.
JUA. (Ensayando.) ¡Viva! ¡Viva!
NAT. Ahora, en poniéndome la mantilla y los guantes... (Mutis.)
SAT. Descuide, descuide.
JUA. ¡Viva! ¡Viva!

ESCENA XI

MONIQUETA, SATURNINO, JUANILLO, PEPA, TOMÁS, ANTÓN y gente del pueblo cuando se indique

MON. ¿Te quieres callar, condenado?
SAT. Pues lo que es yo... ya veréis como gritaré otra cosa.
JUA. ¿Qué gritará usted?
SAT. Gritaré... ¡Viva el molino!
MON. ¡Ay, reina santísima! ¡No, suegro!
SAT. Sí, sí; ¡viva el molino, y la gente del molino

y los que se han muerto en el molino!... (Dirigiéndose á la puerta del molino.)

JUA. Ya le taparé yo la boca.

MON. Sí, hijo, sí.

SAT. (Desde la puerta.) ¡Oh! (Después de escuchar retrocede. A Moniqueta y Juanillo.) Dentro también hacen, ¡oh! (Vuelve á gritar ¡oh! y corre al centro de la escena.) Da miedo, verás. (Gritando al oído de Moniqueta.) ¡Oh!

MON. Caramba, que me ha asustado usted.

PEPA (Saliendo de la casa.) Ya vuelvo.

JUA. ¿Qué haces, Pepa?

PEPA Hay una de señorío que marea. Y la señorita va toda de blanco. ¡Pobrecilla!

JUA. ¿Y por qué la llamas pobrecilla?

PEPA Toma, qué sé yo. ¡Quién sabe lo que guarda Dios á la que se casa! (Poco á poco va entrando gente del pueblo y entre la gente Antón, que se queda en el fondo. Tomás sale de la casa.)

ANT. (A Tomás.) ¡Eh, Tomas! ¿Podremos entrar nosotros para ver la boda?

TOM. Ya la veréis desde aquí. (A la gente del molino.) Cuando salgan todos cuidado con estorbar el paso.

PEPA ¿Y tú, dónde vas ahora?

TOM. A encender las luces del altar. (Abre la puerta de la capilla y entra.)

SAT. Vamos á verla.

ANT. (A la gente del pueblo.) Vamos colándonos poco á poco.

JUA. (A Moniqueta, por la casilla.) No entremos, que nos echarían...

MON. Después, detrás de los convidados.

ANT. (Entre el pueblo.) ¡Pepa! ¡Pepa!

PEPA ¡Antón! ¿También tú por aquí?

ANT. Vengo á aprender para cuando nos casemos tú y yo.

PEPA Oye. (Hablando al oído.) Cuando quieras.

ANT. No te vayas, escucha.

PEPA (Desde la puerta de la casa.) Ya hablaremos, ya hablaremos.

ANT. (A los del pueblo que aún no han entrado y se apiñan á la puerta del fondo.) Entrad, entrad... Os lo digo yo, que pronto seré de la casa.

PEPA Apartaos; que vienen; que van á salir. (Retroceden todos.)

MON. (Estirando el cuello.) Yo quiero verles.

JUA. (Acercándose un poco á la puerta.) ¡Contra! ¡Vaya un rebullicio de señorío!

PEPA Hay hasta orquesta por lo fino.

SAT. (Desde la puerta del molino.) Se dice *urquesta*... (De pronto.) Moniqueta, hija... que nos hemos olvidado una cosa. (Entra en el molino.)

JUA. ¿Qué es, abuelo?

PEPA ¡Ya vienen! ¡ya vienen!

JUA. ¡Abuelo, que no saque usted nada!

PEPA Ya están aquí. (En este momento Saturnino atraviesa la escena corriendo llevando un gato entre las manos. La gente del pueblo se ríe.)

ESCENA XII

DÉBORA, del brazo de DON GREGORIO. DOÑA NATIVIDAD, del brazo de CARLOS. Otras parejas de invitados; detrás señores solos y el sacerdote. Al fondo y al otro lado de la casa, MONIQUETA, PEPA, ANTÓN, JUANILLO, SATURNINO, que ha vuelto en seguida, y TOMÁS, que saldrá de la capilla. Hombres y mujeres del pueblo. Los músicos, que han pasado mientras Saturnino huía con el gato, están ya en la capilla. No debe de oirse la orquesta

GREG. (Desde la puerta de la casa.) Si tus padres te viesen, Débora, ¡qué alegría!

DÉB. Sí, tío; sí.

NAT. (Deteniéndose en la puerta.) «¡Qué descansada vida, la del que huye el mundanal...!

CAR. Basta, basta.

RIP. (A su pareja.) Comprendo su emoción, señorita: casarse una prima es como si se casase una parte de nosotros mismos.

SU PAR. Gracias; es usted muy amable.

RIP. Hace una temperatura deliciosa. (¡No sé ya lo que le digo!)

INV. 3.ª (Estornudando.) ¡Achist!

INV. 3.º Jesús. Se ha constipado usted.

INV. 3.ª Es la emoción, ¿sabe usted?

SR. CAS. Crea usted; si no fuese por este dolor de riñones...

SRA. CAS. A mí me ataca los inviernos.

SR. VIU. No obstante, también los segundos matrimonios...

OTRA SEÑ. Mira que se lo diré á mamá.

OTRA INV. Pellízcame tú á mí y en paz...

OTRA INV. Dispense usted que la haya pisado.

OTRA INV. Al contrario. Favor que usted me hace.

UNA MEN. No, en París no he estado nunca; pero he estado en Tortosa. (Entre las conversaciones de los invitados se han de oir risas, cuchicheos, etc., etcétera.)

TOM. (A la gente del pueblo.) Ahora ya podéis entrar. (Rumor del pueblo.) Pero sacudíos los zapatos á la puerta. Y no escupais en el suelo. Y no tosais.

ANT. ¡Silencio! ¡No gritar!

PEPA ¡Qué vestidos, reina santísima! Moniqueta...

MON. ¡Y vaya unas colchas que se podrán hacer, Virgen de los Desamparados!...

SAT. Anda, Pepa... casémonos yo y tú.

PEPA Antón, vigila á Saturnino, que me dice cosas.

ANT. Hay que dejar á las criaturas.

JUA. Se siente un olor como de naranjas.

PEPA Son los ramos que se ponen las señoritas para casarse.

ANT. Yo te regalaré claveles de un tiesto que tengo.

PEPA Me los pondré aquí.

ANT. ¿Dónde? ¿Dónde?

PEPA (Dándole un golpe en las manos y risueña.) Mucho mirar y poco tocar.

JUA. Parece que se oye un coche. (Saturnino desde el fondo mira hacia abajo.)

SAT. Todavía suben más convidados.

MON. ¿Dónde está el coche?

SAT. Ahora va por allá abajo. Y vaya si corre.

JUA. ¡Pues sí que llegan á punto!

TOM. (Saliendo de la capilla.) ¿Quién decís que viene?

PEPA Puede que sea el señor notario.

SAT. Pepa, ven; que ya se arrodillan y aprenderás para cuando nos casemos tú y yo. (Se oye la música que toca más fuerte.)

PEPA (Saltando y entrando en la capilla.) ¡Música! ¡música! (Moniqueta entra también en la capilla.)

TOM. (Mirando hacia abajo.) ¿Y si fuesen el socio de don Carlos y su señora los que llegan?
JUA. ¿En qué lo conoces?
TOM. Ahora ya no se ve el coche.
JUA. Es que está en la revuelta.
TOM. ¡Si ya está aquí mismo el coche! ¡Si ya bajan!
JUA. Un señor y una señora de las finas.
TOM. ¡El ingeniero! ¡El mismo!
JUA. (Riendo.) Vienen.
TOM. Que te van á oir. No te rías... Vete.
JUA. ¡Tururú! Me voy... que yo no los conozco.

ESCENA XIII

TOMÁS, MERY y DON ENRIQUE

ENR. (Muy apresurado.) Por aquí, Mery, por aquí.
MERY Es inútil, ya te lo he dicho.
ENR. El corazón me dice que no.
MERY ¡Qué tiene que ver en esto el corazón!
ENR. (A Tomás.) ¿Acaso hemos llegado tarde?
TOM. Sí, señor; hace rato que están en la capilla.
MERY (Riendo con despecho.) ¡Qué corazón más sabio tienes! ¡Es admirable!
ENR. (A Mery.) ¡Qué lástima!
MERY Cosas tuyas: le escribistes que vendríamos en la diligencia, y después no has querido.
ENR. ¿Quién se había de figurar que un coche particular no anduviese más deprisa? ¡Yo que lo hice porque vinieras con más comodidad!
MERY La comodidad consistía en llegar á tiempo.
TOM. Si los señores quieren que les guíe á la capilla...
ENR. Sí, sí, vamos.
MERY ¡Ah, no! Ahora no.
ENR. Pero si todavía podemos...
MERY (Con desprecio.) Llenos de polvo y vestidos de viaje, nosotros, y todos los demás de ceremonia. Esperemos ya á que toda concluya.
ENR. Como quieras... Pero me disgusta que...
MERY Tú puedes entrar.

ENR. Pero Mery...
TOM. Los señores podían entrar en la casa.
ENR. ¿Entramos?
MERY No sé... No ha salido á recibirnos nadie...
ENR. ¿No han de pasar por aquí cuando salgan?
TOM. Sí, señor.
ENR. Entonces les esperaremos aquí y daremos la gran sorpresa á los novios.
TOM. (Apartándose un poco.) Bien, señor.
MERY Que de seguro no se acuerdan de que estamos en el mundo. Cuando no nos han esperado para casarse...
ENR (A Tomás.) Mira: no les digas que hemos llegado, ¿sabes?
TOM. Sí, señor, sí. ¿Y los equipajes del señor?
ENR. Están en el carruaje. Que no los traigan hasta después.
TOM Los haré descargar.
ENR. Sí. El carruaje ya está pagado.
TOM. Sí, señor, sí. (Sale por el fondo.)
ENR. (A Mery.) Estás contrariada, ¿verdad?
MERY No; ahora ya pasó. En el momento de llegar, sí... Como lo desconocido siempre me pone un poco nerviosa... (Riendo.)
ENR. Es natural; pero yo te aseguro, que tanto Débora como Carlos, te serán muy simpáticos. Ya verás, intimaréis en seguida.
MERY Eso de las amistades nuevas, es un arca cerrada.
ENR. Para mí ellos, no son un arca cerrada. ¡Figúrate si conoceré á Carlos!
MERY (Riendo con atención.) Sí, sí.
ENR. A Débora, es verdad, que no la he visto más que un día cuando vino para hacer el borrador de la escritura. Ya te lo escribí. ¡Ah! mira, aquí caerá la entrada de la fábrica. Y aquí, aquí mismo se levantará nuestro pabellón. Viviremos independientes; y con el carácter bondadoso de esa muchacha...
MERY (Que ha escuchado y que habla como distraída, quitándose el polvo con el pañuelo.) ¿Cres tú que á las mujeres se las conoce á las pocas horas de estar con ellas?

ENR. Lo que creo es que estás llena de polvo; y me gustaría que la primera vez que viesen á mi pobre Mery, la viesen con todo el esplendor de su hermosura. ¿Pero á tí te pasa algo, Mery? (Mery se ha sentado y ha vuelto á levantarse.)

MERY No, no tengo nada, nada, nada. (Tomás vuelve á presentarse.)

TOM. Ya han descargado los equipajes.

ENR. Está bien.

MERY (Después de ir y venir mirando hacia todos lados.) Diga, usted, ¿ese camino de allá abajo es el que hemos seguido para subir hasta aquí?

TOM. Sí, señora.

MERY ¡Qué hondo está! Se me va la cabeza.

ENR. (Pasándole un brazo por la cintura.) ¡Qué cabecita la de mi pobre Mery! La tienes menos firme que un pajarillo; porque los pajarillos vuelan por encima, y tú...

MERY (Riendo.) No, no; yo tengo mucha fuerza de voluntad.

ENR. (Burlándose.) ¡Pobre Mery!

MERY (Riendo, pero con gran resolución.) Yo cuando quiero la tengo más firme. Mira.. mira cómo me acerco; mira. (Avanzando hacia el abismo.)

ENR. ¡Mery! ¿Qué haces, criatura?

MERY Déjame, déjame á mí sola, Enrique.

ENR. No, eso si que no.

MERY (Desprendiéndose de él con violencia.) Suéltame. (Avanzando más.) Mira si tengo firme la cabeza; mira. Y si ahora tuviera alas como un pájaro... (Riendo nerviosamente.)

ENR. ¡Mery! ¡Por Dios!

MERY ¿Lo ves? Ahora eres tú el que tienes miedo.

ENR. (Riéndose con ella, que se ha apartado del abismo.) Me has asustado. Tienes cosas de loca: créeme.

TOM. (Saliendo de la capilla.) Ya se acabó la ceremonia. Ahora van á salir. (Mery cesa de reir bruscamente y de pronto se deja caer en su asiento, tapándose la cara con las manos.)

ENR. ¿Lo ves? ¿lo ves?

MERY No es nada; un mareo.

ENR. Si ya te lo dije.

TOM. Ya van saliendo de la capilla.
MERY (Levantándose de pronto.) Ya pasó... ¿Dónde están? (Va saliendo presurosamente la gente del pueblo.)
ENR. (Cogiendo á Mery de la mano.) Ven, ven, que no nos vean.

ESCENA XIV

MERY, ENRIQUE, TOMÁS y todos los que habían entrado en la capilla. De pronto ha salido la gente del pueblo, quedándose confundidos entre ella ENRIQUE y MERY. TOMÁS aparta á la gente hacia el fondo derecha

ANT. ¡Vivan los novios!
PUEBLO ¡Vivan!
JUA. (A Antón.) Ahora me toca á mí. Verás... ¡Vivan los novios! ¡vivan!
PUEBLO ¡Vivan!
SAT. Pues yo digo que viva el moli...
JUA. (Tapándole la boca.) ¡Vivan! ¡vivan!
ANT.
PUEBLO } ¡Vivan los recién casados!
PUEBLO ¡Vivan!
CAR. (Que sale dando el brazo á Débora.) ¡Gracias! ¡gracias!
ENR. (Entre un grupo.) ¡Que sea por muchos años!
PUEBLO ¡Eso!... ¡Vivan!... ¡Por muchos años!
CAR. (Conociendo la voz de Enrique.) ¿Dónde está el que ha gritado? ¿dónde está?
ENR. ¡Vivan Débora y Cárlos?
CAR. (Apartando la gente sin dejar á Débora.) ¡Si ya te he conocido! ¡Si eres Enrique!
ENR. ¡Por fin!... ¿Verdad?
CAR. Enrique. (Se abrazan.) ¿Pero qué ha ocurrido?
ENR. El coche que no llegaba nunca.
CAR. Ea; la primera presentación de casados: mi mujer.
ENR. Mi enhorabuena, señora.
DÉB. Gracias, Enrique.
ENR. Ahora me toca á mí. Débora, Carlos: os presento á mi mujer. (Carlos al ver á Mery retrocede.)
MERY Muchas felicidades.
DÉB. Gracias, Mery. Se llama Mery, ¿verdad?

MERY. Sí, sí; Débora...

NAT. (Gritando.) ¡Débora! (Enrique ha ido á saludar á doña Natividad y á don Gregorio. Débora se acerca á su tía. Carlos ha quedado aterrado.)

MERY (A Carlos.) A usted ya le conocía.

CAR. ¿Pero es usted, María?... ¿Tú?

MERY Le conocía á usted por mi marido que me hablaba mucho de usted.

CAR. María; esto es un sueño.

MERY ¡Carlos! (Mery ha pronunciado este nombre con acento sarcástico exageradamente dramático, acercándose mucho á él y prorrumpiendo luego en una carcajada. Los invitados hablan. El pueblo forma grupo al fondo. Mery se acerca á su marido.)

NAT. Ahora hay que cumplir todo el protocolo. Se empezará por la firma de la escritura.

DÉB. ¿Qué tienes, Carlos? ¿Estás triste?

CAR. (Serenándose.) ¿Yo? No... ¿Triste en este momento, Débora?

MERY (Acercándose.) Débora nos presentará á sus parientes, ¿verdad?

DÉB. ¡Oh, sí! Venga usted, venga usted... Tía... (Se lleva á Mery de la mano.)

CAR. Escucha, Enrique.

ENR. ¿Qué? (Muy alegre.)

CAR. Creo que no debíamos firmar hoy la escritura.

ENR. Pero, ¿por qué?

CAR. Podrías arrepentirte. Hay tiempo de firmarla...

ENR. ¡Qué idea! ¿Pues no lo tenemos decidido todo? Mery: Carlos teme que cambiemos de opinión y quiere que aplacemos la firma...

MERY (Con tono exagerado.) ¡Jamás, jamás! Yo por mi parte no tengo más que una palabra. (Riendo.)

NAT. Escúchenme todos. Ahora mismo van á comenzar las obras de la fábrica, derribándose parte del molino. (Tomás le presenta en una bandeja un ramo muy grande.) Esta es la pluma. (La gente se acerca y examina riendo el ramo.) ¡Atención!

DÉB. (Asiéndose del brazo de Carlos.) No me dejes. Carlos... Me dará mucha pena ver caer el molino.

NAT. Señores: en el nombre de Dios, Todopoderoso y de la Virgen María. Juanillo... la señal... ahora... (Alza el ramo y se siente una explosión. Las mujeres sorprendidas lanzan un grito y corren, algunos hombres también. Luego risas y aclamaciones.) Señores: ¡Gloria á la fabrica! ¡Viva!

TODOS ¡Viva! ¡Viva! (Mirando con recelo hacia el sitio de la explosión.)

JUA. (Saliendo.) ¡Yo he sido! ¡Yo he sido!

NAT. Tranquilícense ustes: ya no hay más explosiones. (Algunos albañiles con picos comienzan á derrumbar el molino.)

SAT. (Lloroso fuera de sí, amenazando á los albañiles con el puño.) ¡Ladrones! ¡Pillos! (Moniqueta y otros le hacen callar.)

DÉB. ¡Pobre molino! ¡Es mi infancia la que desaparece para siempre! (Entre tanto el notario ha extendido la escritura sobre la mesa.)

NAT. Ahora á firmar, que es el número siete del protocolo.

ENR. Vamos, Carlos.

CAR Débora, ¿tú quieres que se haga la?...

DÉB. Sí, Carlos, sí.

NAT. A firmar, á firmar.

MERY (Cogiendo la pluma á doña Natividad) Permita usted. (A Carlos.) Carlos, la pluma. (Se la entrega.)

CAR (¿Qué voy á hacer?)

DÉB. ¡Pobre molino!

ANT. ¡Vivan los recien casaos! (La música vuelve á tocar mientras Carlos y Enrique se acercan á la mesa. Carlos antes de firmar mira alternativamente á Débora y á Mery y firma. Los invitados aplauden. Los albañiles siguen derribando el molino. Saturnino y Moniqueta lloran.—Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala de confianza en la planta baja. Puertas á derecha é izquierda. Al fondo una ventana y una puerta que da también al exterior. Mesa para escribir y otros muebles. Es pleno día.

ESCENA PRIMERA

CARLOS escribiendo. ENRIQUE entrando por la puerta del fondo

ENR. Carlos, ¿me puedes dedicar unos minutos?

CAR. (Levantándose rápidamente.) ¿Qué hay? ¿Ha vuelto Mery?

ENR. Todavía no. Es pronto todavía.

CAR. (Mirando el reloj.) Sí, tienes razón, Todavía no es hora. Pero el que espera desespera.

ENR. Puedes creerme: deseaba más que tú poner término favorable á esta situación; pero ahora...

CAR. Más que yo, ¿eh?

ENR. Más que tú, sí; porque tú, al fin y al cabo, tienes la conciencia tranquila. Yo soy quien tiene la culpa de todo lo que te ocurre. Tú no has faltado á tus compromisos, y yo...

CAR. Lo que yo te aseguro es que no puedo encontrar de ningún modo esa tranquilidad de conciencia de que me hablas.

ENR. Lo comprendo. Cometiste una ligereza asociándote conmigo y poniendo en mí toda tu confianza.

CAR. Es que la fatalidad ha entrado en esta casa para perderme. Perdóname. No soy dueño de mis nervios y no acierto á dominarlos delante de tí.

ENR. ¿Perdonarte? ¡Si lo que yo no me explico es cómo tienes tanta paciencia conmigo y no me envías al diablo de una vez!

CAR. Escucha: ¿estás seguro de que Mery llegará esta tarde?

ENR. Ya lo creo que lo estoy. ¡Ojalá lo estuviese tanto de que traerá ese dichoso dinero!

CAR. ¡Oh! ¡Eso sí! Si ella viene, traerá el dinero; porque aseguró que si había de volver como se marchó, no la veríamos más en la Miralta.

ENR. Yo no la he oído decir nada de eso. Tu imaginación te hace pensar unas cosas...

CAR. Pues yo sí la he oído. ¡Si sabré yo lo que me digo!

ENR. Figúrate si conoceré yo mejor que tú los pensamientos de mi mujer.

CAR. Es verdad.

ENR. Lo que ocurre es que Mery está tan desesperada como yo por este conflicto. Ponte en nuestro lugar.

CAR. No necesito ponerme en vuestro lugar. Bastantes quebraderos de cabeza tengo con los míos.

ENR. ¡Carlos! Me estás contestando de una manera... ¡Ea! habla claro: ¿quieres que nos marchemos?

CAR. ¿Y quién habla de eso? ¿Qué se iba á remediar conque os marchaseis? No vuelvas á decírmelo: ¿entiendes? Todo, todo, antes que separarme de vosotros.

ENR. Es que.. fíjate bien... aquí nosotros ya no somos nadie. ¿Qué represento yo en la fábrica? ¿Qué capital hemos aportado mi mujer y yo? Hicimos una escritura dándonos tono de millonarios, comprometiéndonos—ya lo sabes—á levantar la fábrica. Vosotros habíais de poner el salto de agua y los terrenos; Mery y yo el dinero para las obras y la maquinaria. Y comienzan á enredarse

los asuntos de Mery; y sus fondos, ahora por un motivo, después por otro, no acaban de llegar. Y las obras de la fábrica reclaman dinero, y se toma... y llega un día en que se ha de pagar. Y ese dinero ha habido que tomarlo sobre las tierras de Débora; y habrá que recurrir de nuevo á ese medio hasta que produzca la fábrica. Y nosotros sin poder cumplir nuestros compromisos ni aportar un céntimo.

CAR. Bien, sí. No sigas. Todo eso se resolverá hoy mismo, porque Mery se marchó muy confiada. Tú sabes mejor que yo que esperaba á unos amigos de América con letras para ella. Y traerá dinero de Barcelona. ¿No estás tú seguro de que vendrá muy alegre y que hoy mismo sin falta, sin falta, nos traerá la salvación?

ENR. De que volverá alegre, eso sí, de eso estoy seguro. Ella tiene la suerte de estar siempre alegre. En cuanto al dinero, de lo que estoy seguro es de que no lo traerá. Si yo hubiese tenido alguna esperanza hubiera ido con ella para vencer todos los obstáculos; pero no tengo ninguna. Y tú también lo sabes, pobre Carlos, sino que te esfuerzas en engañarte y quieres que yo mismo contribuya al engaño.

CAR. Calla, calla. No me lo digas.

ENR. Sospecho hace tiempo que mi pobre mujer está atacada de algo así como un delirio de grandezas. Y hasta me había contagiado á mí; y voy viendo que también á tí te alcanza el contagio.

CAR. ¡Ah, no, no! Yo la he escuchado mil veces; y me ha enseñado papeles de su madre; y el testamento de un amigo que la protegía, y comprobantes de la compra de propiedades grandísimas á favor de su madre.

ENR. Pero, Carlos, si yo no hubiese creído en esas haciendas y más haciendas, ¿te imaginas que habría firmado la escritura? ¿Cómo quieres que hubiese venido aquí sin la seguridad de esos capitales que ella contaba

sacar de la venta total de sus bienes y que habían de llegar en seguida á sus manos? Lo contrario supondría en mí una mala fe de que tú no puedes acusarme.

CAR. Eso no lo he pensado nunca. Ni nadie en esta casa. Pero considera si sería para desesperarme que ahora perdiéramos la última esperanza. El caso es salir de los compromisos del momento. Débora, más ó menos tarde, heredará de sus tíos, que son riquísimos. Pero, no, no... no me hagas perder la confianza. Esperemos, esperemos á Mery.

ENR. No, Carlos, no; acabemos de una vez.

CAR. ¿Qué quieres decir?

ENR. Carlos... Yo he venido á hablarte para darte cuenta de una resolución. Luego, al verte, he vacilado. Pero es preciso. Te encuentro dominado todavía por las fantasías de mi mujer, y esto no puede seguir así.

CAR. ¿Por qué? Habla.

ENR. Pero si te lo estoy diciendo. Déjame seguir. No romper esta situación extraña es empeorarla, confiando en un dinero que no ha de llegar nunca. Lo tengo resuelto. Toda la noche lo he estado pensando. Basta de vacilaciones. Nos vamos Mery y yo.

CAR. Ya te he dicho que no puede ser. ¿Conoce Mery tu resolución?

ENR. No: he venido á comunicártela antes que ella vuelva.

CAR. Mery no querrá marchar.

ENR. ¿Qué? Mi mujer querrá lo que yo quiera.

CAR. No querrá.

ENR. Permite que no discuta contigo este punto.

CAR. Es natural.

ENR. No quiero vivir más tiempo de limosna. Muchas gracias por todo; pero soy y seré siempre un hombre digno.

CAR. ¿Oyes? Sube un carruaje. Es Mery. Luego volveremos á hablar.

ENR. Todo está hablado. (Yendo á salir y volviendo.) ¡Ah! escucha, tengo que decirte una cosa... No tenemos dinero en caja para pagar esta semana á los trabajadores.

CAR. Ya lo sé, ya lo sé.

ENR. Hay pagarés vencidos y otras reclamaciones...

CAR. Sí, he recibido cartas en que me amenazan. Enrique, esperemos que...

ENR. Espera tú si quieres. Ya sabes mi resolución. (Vase.)

ESCENA II

CARLOS, TOMÁS y después JUANILLO

CAR. ¡Mery le calmará! ¡Vaya si le calmará!

TOM. (Entrando.) ¡Señor!...

CAR. ¿Ha llegado un coche, verdad?

TOM. No, señor. Hoy no ha llegado ninguno.

CAR. ¿Estás seguro?

TOM. Sí, señor.

CAR. Pues mira; baja hasta la revuelta del camino, y si ves subir un coche, vienes á decírmelo en seguida.

TOM. (Hace un movimiento para marcharse y vuelve.) Juanillo, el del molino, quiere hablar al señor.

CAR. Que entre. Y tú vete en seguida. (Sale Tomás.) ¡No se irán, no se irán! ¡Antes me mataría!

JUA. Tenga usted buenas tardes... Vengo que echo lumbre. Y dispensar.

CAR. ¿Pues qué hay?

JUA. Hay que con Antón, el de San Martín, yo no me puedo avenir en el taller, así me maten. Ya se lo he dicho á la madre y al abuelo: que allí donde esté Antón, el de San Martín, yo no quiero estar de ningún modo, así me maten. Y que allí, donde yo no pueda estar él no hará los huesos duros; así me maten... No los hará, no. Y dispensar.

CAR. ¿Es que Antón no trabaja? ¿Es que no cumple con su obligación?

JUA. Sí, señor.

CAR. Pues no te ocupes de él y á cumplir con la tuya.

JUA. Yo cumplo con la mía, pero él me ha faltado al respeto. El fué el primero que pegó...

y yo he nacido aquí, y él es hijo de San Martín, y yo no le he faltado á él al respeto ni tanto así...

CAR. No te entiendo; ni ahora estoy para escucharte. Anda, anda. (Despidiéndole.)

JUA. (Rascándose la cabeza y sin moverse.) Es que...

CAR. ¿Por qué ha sido la cuestión, vamos á ver?

JUA. Por nada. Ya lo saben la madre y el abuelo. Por nada.

CAR. Quiero saber por qué os habéis pegado.

JUA. Por nada. Porque él tiene la lengua muy larga. Por nada.

CAR. Te vuelvo á repetir que quiero saber por qué os habéis pegado.

JUA. Por nada. Por causa de doña Débora y doña Mery. Por nada. Porque él decía que *doña Mery es aquí tanto* como doña Débora, porque dice que es socia. Y yo que no hay más socia que doña Débora. Y doña Mery está por debajo y estará siempre, por debajo, por debajo... ¡Eso... eso! ¡Recontra! ¡Y dispensar!

CAR. (Viendo entrar á Tomás.) ¿Qué hay, Tomás?

TOM. No se ve venir ningún coche.

CAR. ¿Estás seguro?

TOM Sí, señor.

CAR. Puedes retirarte. Y si llega... (A Tomás que sale. Calla, mirando á Juanillo y paseándose muy excitado.) ¡Está bien, está bien.

JUA. Por nada. Por... nada. (Cuando Carlos pasa cerca de él.)

CAR. Y tú también te puedes marchar.

JUA. Es que Antón, el de San Martín, ha dicho que *doña Mery es aquí más ama* que todos... y bofetada; y yo, al revés: que doña Débora manda en todos aquí porque es el ama de todo... y puñetazo en las narices... Le he saltado un diente y puede ser que dos... ¡me alegro!... ¡que se los ponga en confitura! ¡Y dispensar!

CAR. (Furioso.) ¿Y os metéis vosotros en esas cosas?

JUA. Sí, porque él no tiene que venir á pintar la cigüeña con *doña* por aquí y *doña* por allá á

los que hemos nacido en la casa... ¿sabe usted?—Y á doña Débora, muchachos – les he dicho yo á los compañeros—se la tiene que respetar como á mujer de don Carlos, que es el que nos da el pan; y aquí no hay más *doña* ni más rábanos fritos, muchachos, y con tanta *doña* ya estamos hasta la punta de los pelos, que nos han dividido y parecemos dos bandos, ¡recontra!... ¡Y dispensar!... Mire usted... por esta: (Haciendo la cruz con los dedos y besándola.) hasta que se vayan de la fabrica don Enrique y su *doña* andaremos á cachetes. (Muy exaltado.) Porque para mí doña Débora será siempre doña Débora... ¡recontra!... ¡y el que me la toque ni á un pelo!... ¡recontra!

CAR. (Furioso.) ¡Cállate! ¡Cállate!

JUA. Y en marchándose Antón el de San Martín, ¡san se acabó! ¡Nos quedamos como en una balsa de aceite!

CAR (Sin poderse contener.) Escucha, escucha... ¿me oyes bien?

JUA. Sí, señor.

CAR. Aquí se ha de respetar á don Enrique tanto como á mí; y quien dice á nosotros, á nuestras familias. Y de las señoras no tenéis que ocuparos para nada; ni en bien ni en mal.

JUA. De doña Mery, ni ganas. De doña Débora, sí.

CAR. (Gritando.) Ni de la una, ni de la otra.

JUA. De doña Débora, sí... De esa otra que tanto mal está haciendo... Mire, mire usted, ni esto. (Con la uña en la boca.) Un servidor se la regala á usted.

CAR. ¿Qué? ¿Qué dices? Ven aquí. ¿Qué has querido decir?

JUA. Que todo se ha olido, ¿sabe usted? Que ya se sabe que no tienen ni un ochavo.

CAR. ¿Y quiénes son los que van con esos cuentos á los trabajadores?

JUA. Yo. Un servidor, por el bien de esta casa. Y lo saben la madre y el abuelo. Lo sabemos todos por la servidumbre que todo lo huele. Sí, sí... que son unos pobretones, muertos

de hambre, y... y... y... (Tapándose bruscamente la boca.)

CAR. ¿Y qué? ¿Y qué?

JUA. Yo no lo creo; pero los criados lo charlan. Y yo los he dicho á los de la fábrica que no lo creía... No lo creo, no; ¡recontra! Pero Antón el de San Martín sí que lo cree... ¡Y dispensar!

CAR. Escucha. En la fábrica no entras más. . ¿me entiendes? Te despido de la fábrica. Ya estás despachado.

JUA. (Mirando alrededor.) ¿A mí, á mí me dice usted eso?

CAR. ¡A tí! ¡A tí! Y ya te puedes ir de prisa de la Miralta. Y ese Antón, también se marchará ahora mismo.

JUA. ¿Que me echa usted á mí? ¿A un servidor se le echa de la fábrica y de la Miralta?

CAR. Sí, sí; andad á hacer daño lejos de aquí y á murmurar y á moriros de hambre.

JUA. ¿Y qué dirá la madre que nació aquí? ¿Y el abuelo que nació aquí antes que la madre? ¿Y yo que también he nacido en la Miralta?

CAR. Largo de una vez, desagradecidos.

JUA. Y usted no ha nacido aquí. Y nosotros estamos en nuestra casa. Y usted no es de la casa.

CAR. ¡Insolente! (Entra Tomás.) ¡Tomás, echa de aquí á este hombre, que debe estar borracho!

TOM. Vamos, vamos, Juanillo.

JUA. Ya lo dicen la madre y el abuelo; que no quiere á doña Débora, (Saliendo.) y que es un mal hombre, ¡recontra! ¡Y dispensar!

ESCENA III

CARLOS y DÉBORA

CAR. ¡No hay como tratar con bestias para recibir coces! Y ahora, á echar á ese Antón de San Martín. (Va á salir.)

DÉB. Carlos; ¿estás solo?

CAR. (Disimulando la contrariedad.) Iba á salir.

DÉB. Me había parecido oir gritar.

CAR. No es nada. Cosas de la fábrica.

DÉB. ¿Estás de mal humor?

CAR. ¿De mal humor contigo? Eso nunca... Son los negocios. Ya ves, hay que cuidarse de todo... (Procurando estar cariñoso.)

DÉB. Y no tener ni un ratito para su pobre mujer. ¡Mira que es mucho! ¡No poder estar ni un minuto, ni un segundo contigo! (Riendo mimosa.) Todo, todo para la fábrica. Yo no aconsejaría á ninguna amiga mía que se casase con un fabricante. Ni siquiera hemos hecho el viaje de novios. Siempre aquí. Esclavos como negros. Dime, ¿no has pensado nunca en que podíamos irnos lejos, muy lejos, un mes ó dos meses?...

CAR. ¡Vaya si lo he pensado! (Distraído.)

DÉB. (Suplicando cariñosa.) Tú y yo, solos, y nada más... ¡Huyendo de tanta gente que siempre tiene fijos los ojos en nosotros, y que á mí me miran, me miran, y ríen cuando paso, y hablan en voz baja. ¿Por qué me miran y ríen, Carlos?

CAR. Seguramente porque te quieren bien.

DÉB. El otro día unas mujeres dijeron al pasar: ¡Pobre doña Débora!

CAR. No dirían eso.

DÉB. Pero no quiero que te disgustes por lo que te he dicho, Carlos. Nos queda mucha vida para ser felices... Los tiempos cambian, ¿verdad?

CAR. Sí, Débora, sí.

DÉB. Y estando tú contento, yo lo estaré siempre, siempre.

CAR Como yo cuando tú lo estés. (Disponiéndose á salir.)

DÉB. (Con tierno reproche, deteniéndole.) ¡Carlos!

CAR. ¿Qué quieres?

DÉB. ¿Qué quieres? ¿qué quieres? (Pausa.) ¿Es que todavía pasas apuros por falta de dinero?

CAR. Sí, puede ser. Mira, no te ocupes de eso.

DÉB. ¿Que no? (Con extrañeza.) Si tu pasas penas, yo también las quiero pasar.

CAR. Pues yo no quiero que las pases. Y además, como tampoco me podrías sacar de apuros...

DÉB. ¿Ya volvemos á las mismas? ¿No me dijiste que tomando dinero sobre las cosas de casa iríamos pasando hasta que llegasen los fondos de Mery?

CAR. Sí; pero ahora ya no te queda nada por hipotecar, según dicen tus tíos.

DÉB. ¡Ay, ay, ay! ¿Conque tan mal estamos? (El va á salir.) ¿De modo que no acaba de llegar nunca esa dichosa fortuna de América?

CAR. Sí, mujer, sí, ya vendrá. Bastante sufren ellos. (Violento.) No faltaba, sino que tú, ahora...

DÉB. Puedes estar seguro de que los compadezco de todo corazón. Pero todo tiene un límite, como dicen los tíos.

CAR. Y todavía se atreven á hablar, cuando ellos que tienen tanto dinero podrían...

DÉB. No quiero saber lo que tienen los tíos... Parecería que yo...

CAR. (Escuchando.) ¡Calla!

DÉB. ¿Qué?

CAR. Nada. Me había parecido... Tengo que ir á la fábrica en seguida...

DÉB. Será Mery, que vuelve de Barcelona. Carlos, espérate.

CAR. Puede ser que ya tengamos dinero, y entre tanto nosotros...

DÉB. ¡Infeliz! ¡Cómo está! ¡Ni siquiera me oye! (Carlos se dirige muy alegre á abrir la puerta del fondo.)

ESCENA IV

DÉBORA, MONIQUETA, SATURNINO y JUANILLO

MON. ¡Vaya con Tomás! ¡No dejarnos pasar á nosotros!

DÉB. ¡Moniqueta!... ¡Saturnino también!... ¡Y Juanillo!...

SAT. ¡Todos, todos, y afligidos hasta no poder más, como unas Magdalenas! (Juanillo se ha

quedado en un rincón, volviéndose de espaldas á los demás.)

DEB. (A Juanillo.) ¿Y tú cómo estás aquí? ¿A quién has dejado en el telar?

JUA. Ellos, ellos. (Queriendo decir que ellos lo explicarán.)

MON. Es que le han puesto al infeliz de patitas en la calle... le han echado como á un perro.

SAT. Sí, sí, le han echado como á un malhechor, como á un bandido. (Llorando.)

DÉB ¡Pero si no es posible! Habrá sido una mala inteligencia.

MON. ¡Al hijo de mi corazón, que es un pedazo de pan!

SAT ¡Toma fábrica! ¡toma!... ¡El diablo se la lleve!

DÉB. ¿Pero qué ha hecho? ¿Por qué ha sido?

SAT. Porque el demonio se ha metido en esta casa... El Señor nos libre.

MON. ¿Y dónde irá el hijo de mis entrañas sin el calor de su madre?

DÉB. Juanillo, cuenta lo que ha sido, cuenta.

JUA. Ellos, ellos.

SAT Don Carlos ha echado de la Miralta al nieto poco menos que dándole un puntapié en el.. en el... ya se puede usted figurar dónde. Porque don Carlos tiene el corazón seco, como una manzana podrida.

MON. ¡Suegro!

DÉB. Bien, bien, no os preocupeis. Todo se arreglará. ¡Estaría bueno que Juanillo se marchase de la Miralta.

SAT. ¿Verdad que no, Débora, verdad que no?

JUA. (Al abuelo.) Doña, doña. (Corrigiéndole la falta de respeto.)

MON. ¿No lo oyes, hijo mío, no lo oyes?

JUA. Yo no digo nada.

DÉB. Ea, idos tranquilos, que yo lo arreglaré.

MON. Gracias, gracias. (Juanillo, siempre de espaldas, no se mueve.)

SAT. (A Juanillo.) ¡Da las gracias, al menos! (Juanillo se aparta más)

DÉB En seguida hablaré con Carlos. Animo, Juanillo, que estoy yo aquí.

JUA. Ya he dicho que yo no digo nada.

MON. Figúrese usted, cuatro palabras por tonterías con Antón el de San Martín, al que también le deben haber despedido.. ¿verdad, Juanillo? (Juanillo dice que sí con la cabeza.)

DÉB. ¿También han despedido á Antón? ¿Al marido de la Pepa? ¡Ay, pobre Pepa, buena estará!

JUA. Es que él...

MON. (Haciéndole callar.) ¡Juanillo!

DÉB ¿Y qué, vamos á ver? ¿qué tenemos con él?

JUA. No diré una palabra.

SAT. (A Moniqueta.) ¿Es que no tiene razón el chico? ¿Es que...?

MON. ¡Suegro! (Para que calle.)

DÉB. Me haríais reir si no viese que estais sufriendo.

MON. (Dirigiéndose hacia la puerta.) Sí, sí, tonterías, tonterías...

SAT El demonio ha entrado en la Miralta.

MON. Tonterías, nada, tonterías. (Van hacia la puerta Saturnino queriendo hablar, y Moniqueta impidiéndoselo.)

ESCENA V

DÉBORA, MONIQUETA, SATURNINO, JUANILLO, PEPA, ANTÓN y TOMÁS. Antes de aparecer los nuevos personajes se les oye discutir

JUA. ¡Antón el de San Martín! (Le ha conocido por la voz y ha vuelto rápidamente hacia atrás.)

DÉB. (Llamando.) ¡Tomás! ¡Tomás!

MON. ¿Qué vendrá buscando éste? (Por Antón, con rencor.)

TOM. (Desde la puerta.) Señora...

DÉB. ¿Qué hay?

TOM. Un obrero y su mujer, la Pepa.

DÉB. ¿Por qué no entran?

MON. No, no. (Tomás se detiene, Juanillo se ha vuelto otra vez de espaldas.)

ANT. Adentro, Pepa, adentro. (Entra muy exaltado.)

MON. Nosotros mudos, suegro.

PEPA ¿Cómo está la señora? (Cohibida.)

DÉB ¿Pero qué ha pasado en la fábrica?

ANT. ¡Ah! Ya me figuraba yo que éstos estarían aquí quitándose el muerto de encima y pidiendo sólo para ellos. (Moniqueta hace señas á los suyos para que callen.) Y ya se lo he dicho á la Pepa, señora. O todos dentro y no ha pasado nada, ó fuera todos.

DÉB. Lo primero que yo necesito saber es lo que ha ocurrido. Si no no hablaré á Carlos.

PEPA Yo se lo diré, señora. (Moniqueta le tira de las faldas.)

ANT. Calla tú, que éstas son cosas de hombres. Y usted, Moniqueta; no hace falta que dé usted esos tirones á mi mujer... Para eso estoy yo aquí. Pues sepa usted, señora...

MON. Es que la señora no tiene que saber nada. Tú mismo has dicho que esas son cosas de hombres.

ANT. Usted á callar... ¿estamos?... Pues sepa la señora que... (Moniqueta va á hablar y Saturnino y la Pepa lo impiden.)

ESCENA VI

DICHOS y DON ENRIQUE

ENR. Buenas tardes.

DÉB. Llega usted á punto. Mire usted. (Señalando á los personajes.)

ENR. Ya me suponía que estarían aquí.

SAT. ¿Es que no podemos pedir clemencia, nosotros los pobres?

ENR. Sí, hombre, sí. Lo encuentro muy natural. Lo que ya no lo encuentro tanto es que hayan ustedes alborotado á los trabajadores de la fábrica para que mañana no entren al trabajo si se despide á éstos. (Por Juanillo y Antón.)

JUA. Un servidor no ha abierto la boca.

ANT. Eso, si lo hacen, será por su voluntad, que yo tampoco les he dicho nada.

SAT. ¡Mira que te conozco, Antón!

PEPA Este no ha hecho nada malo. (Por su marido.)

MON. A ver si le tapas la boca. (*Por su marido. Siguen disputando.*)

DÉB. (*A Enrique.*) ¿Pero qué ha sido?

ENR. Carlos, que va echando un genio...

DÉB. ¡Es verdad!

ENR. Hacedme el favor de callar y que hable uno solo. Tú, Juanillo.

MON. Juanillo no.

ENR. Pues Antón.

ANT. Bueno; pues verá usted...

JUA. ¡Mentira!

DÉB. ¡Por el amor de Dios!

MON. ¡Tenga usted cuenta con Juanillo! (*A Saturnino.*)

DÉB. Antón, Antón.

ENR. Vamos, habla.

ANT. (*Después de hacer señas á Moniqueta para que le deje hablar.*) Verá usted: éste y yo estábamos disputando siempre por una cosa... que no hace al caso. (*Moniqueta y Juanillo, que iban á interrumpirle, callan satisfechos.*)

MON. Eso es.

ANT. Y es claro ¡cosas del taller! Todos toman parte en las disputas... y cada cual piensa lo que quiere. Y todo se habría acabado en paz y en gracia de Dios si éste no hubiera venido á charlárselo á don Carlos para que me pusiera á mí de patas en la calle. Y á don Carlos, como le ha picado la mosca... porque, pónganse ustedes en su...

MON. Bueno, bueno. Ustedes lo arreglarán. Vámonos.

ENR. Sigue, Antón, sigue.

ANT. Pues nada, que en lugar de echarme á mí solo, ha puesto también en la calle al charlatán que le fué con el cuento.

JUA. ¿Yo charlatán? ¿A mí me llamas tú charlatán? ¡Tú sí que lo has charlado todo en la fábrica!

MON. Salgamos.

ENR. ¿Pero qué es lo que ha dicho Antón?

DÉB. Vamos, habla, Juanillo.

JUA. ¿Madre? (*Como pidiéndola permiso para hablar.*)

MON. Cállate.

JUA. Madre, ¿quiere usted que le deje como un puerco? (Por Antón)

SAT. Yo le dejaría hablar. (Moniqueta dice que no con la cabeza.)

ANT. Este es de los que tiran la piedra y esconden la mano.

JUA. Mira si la escondo. ¡Cuéntalos! (Le da una bofetada.)

ANT. ¡Rediez! (Lanzándose sobre Juanillo.)

MON. ¡Deja en paz al chico!

ENR. ¡Antón!

ANT. ¡Mal rayo! (La Pepa le contiene.)

PEPA ¡No te pierdas, Antón!

DÉB. ¿Y de este modo queréis que yo me interese por vosotros?

ANT. ¡Es que me ha dado una bofetada!

JUA. ¡Por lengua larga!... ¡los cinco!

DÉB. Salid todos. Tú tienes la culpa, Juanillo.

MON. Mi hijo estaba á favor de la casa...

ANT. Para hacerme cantar á mí. Y por detrás charla más que los otros.

JUA. Tú, que decías que don Carlos...

ANT. Pero yo no iba en contra de doña Débora.

JUA. El pillo, que decía que doña Mery manda aquí en todos. (Moniqueta abraza á él para calmarle.)

ANT. Yo no he tocado para nada á doña Mery...

JUA. Sí, sí... Has dicho que ella se entiende con don Carlos.

MON. ¡Hijo! (Sigue la disputa entre ellos.)

JUA. (¡Se me ha escapao! ¡Se me ha escapao!)

ENR. ¿Pero qué dice este hombre?

DÉB. ¡Jesús!

JUA. ¡Yo no he dicho *na!* (¡Se me ha escapao!)

ANT. Me las pagarás fuera. Sal.

PEPA ¡Antón!

JUA. Sí que salgo.

SAT. (Orgulloso á Débora, que no le hace caso.) Ya veréis al chico, ya veréis.

MON. (Empujando á Saturnino.) ¡Suegro!

JUA. Yo no he dicho na. (¡Se me ha *escapao*!)

ANT. Yo he dicho la verdad.

JUA. (¡Se me ha escapao!) Yo no he dicho *na*. Y dispensar. (Las últimas frases fuera casi de escena los personajes.)

ESCENA VII

DÉBORA y ENRIQUE, impresionados y silenciosos lejos uno del otro

DÉB. (Llorando.) (¡Dios mío! ¡Dios mío!)

ENR. (¡Maldita gente! ¡Y se han atrevido á decir!...) (Va á lanzarse en pos de ellos. Se detiene al oir llorar á Débora.)

DÉB ¡Dios mío!

ENR. (Después de una pausa.) ¡Débora! (Pausa.) ¡Hoy mismo saldremos de esta casa!

DÉB. Sí, sí, hoy mismo.

ENR. No hace mucho que en este mismo sitio he hablado con Carlos. Y eso que yo no conocía tales murmuraciones.

DÉB. (Resuelta.) ¿Y qué ha contestado Carlos?

ENR. Como siempre; que no lo consentía, y que la mala situación de esta casa no iba á durar toda la vida.

DÉB. (Con odio.) Y usted al oirlo, se habrá resignado á esperar.

ENR. (Con dignidad.) ¡Débora! ¿Por qué me habla usted de ese modo? ¿Es que usted da crédito á lo que dice esa gente?

DÉB No le doy crédito porque sería ofender á Carlos. Porque yo tengo el amor de mi marido; ¿lo oye usted bien? tengo el amor de mi marido. (Disponiendose á salir. Se observa que los dos fingen no dar crédito á lo que han escuchado; pero á los dos les ha llegado al corazón.)

ENR. Permita usted, Débora... (Debora se detiene vacilando.) Tengo derecho á decirle á usted que no debe mirarme de ese modo; que yo no la he ofendido en nada; que soy un hombre honrado, tan digno como...

DÉB. ¿Como Carlos?

ENR. No lo sé. (Ella hace un movimiento.) ¡Ah! No me ha entendido usted... Menos, no. Más, mucho más, quizá sí. Y le perdono su sonrisa por la excitación en que se halla. (Exaltándose.) Pero esa misma excitación es un insulto

para mí. Y no lo consiento, no, no. Yo no lo puedo consentir; y no saldré de aquí hasta que usted me diga que no cree en las infamias de esa gente.

DÉB. Si yo las creyera no hablaría con usted. Usted sería para mí el hombre más despreciable del mundo.

ENR. ¿Yo? Igual que usted. Si usted lo creyese de mí, yo tendría los mismos motivos para creerlo de usted. Y en este caso usted también sería una mujer despreciable. (Ella se ríe.) De igual á igual. Póngase usted la mano en el corazón.

DÉB Y si yo fuese despreciable por tolerarlo... ¿no es eso lo que usted quiso decir?... si yo fuese...

ENR. (Interrumpiéndola.) No siga usted... no, no... ¡Si todo, todo es mentira! (Enjugándose el sudor.)

DÉB. (Insistiendo.) Si yo fuese esa mujer despreciable, ¿qué sería Mery? (Altiva, desafiadora.)

ENR. (Amenazador, dando un paso hacia Débora.) ¡Débora! (Después suplicante.) ¡Débora! (No, no... parece que me estoy disculpando de lo que no es verdad...) ¡No, no es verdad! ¡no puede ser verdad! (Reconociendo la escena y hablando en voz muy alta.)

DÉB. ¿Y quién duda de que no es verdad? ¡Yo estoy segura que no lo es! (Riendo con rabia sarcástica y por fin sollozando.)

ENR. ¡Lejos! ¡Lejos de esta casa! ¡La maldición cayó sobre ella al entrar nosotros!

DÉB ¡Carlos! (Dando á entender que viene. Va á salir.)

ENR. (Retrocediendo para no cruzarse con él.) ¡Ah! ¡No quisiera volverle á ver jamás!

DÉB ¡Enrique! ¡Enrique! ¿Usted lo cree?

ENR. ¡Ah, no, no!

DÉB ¡Usted lo cree!

ENR. ¿Y usted? ¿Y usted?

DÉB Ya está aquí. Calma.

ESCENA VIII

DÉBORA, ENRIQUE y CARLOS

CAR. (A Enrique.) ¡Ah! ¿Estabas aquí? Ya sé que me buscabas. He ido á esparcir un poco el ánimo carretera abajo. ¿Mery todavía no ha vuelto? (Interrogando con la mirada.)

ENR. Todavía no.

CAR. Considera mi angustia. Cuando no ha venido es que no ha encontrado dinero. (Enrique le mira fijamente.)

DÉB. (A su marido, quien no la habrá visto.) ¿Carlos?... ¿Sabes quiénes han estado aquí ahora mismo?

CAR. ¿Quienes?

DÉB. Juanillo y Antón el de San Martín.

CAR. Y te habrás negado á oirles, ¿verdad?

DÉB. No; me han dado lástima y les he dado esperanzas de que quedarán en la fábrica.

CAR. Pues has hecho muy mal, porque ahora tu situación va á resultar poco airosa. No volverán á entrar en la fábrica.

DÉB. ¿Qué han hecho?

CAR. ¿Qué han hecho? Que lo perturban todo. Que por culpa suya ya no había en el taller ni orden ni concierto.

ENR. Pues no sabes lo peor. Los obreros amenazan con dejar hoy mismo el trabajo si no se les vuelve á admitir.

CAR. ¡Era lo único que nos faltaba! Pero tú habrás procurado...

ENR. No; yo no he procurado nada. Hace mucho tiempo que te he dejado á tí solo la tarea de ocuparte de la fábrica.

CAR. Pero Enrique...

ENR. Y lo que ahora quiero es que hablemos largamente de muchas cosas.

CAR. (Con altanería.) Estoy siempre á tus órdenes.

ENR. Pues ahora mismo.

CAR. Ahora déjame salir, si es posible, de estos apuros. Hablaremos otro día.

ENR. (Descompuesto.) Otro día no. Te he dicho que hoy.

CAR. (A Débora.) Ya lo ves: mi mejor amigo. Como si no tuviéramos bastante con lo que nos sucede

ENR. Te repito que hemos de hablar hoy mismo.

CAR. ¿Pero qué pasa? ¿Por qué pones esa cara?

ENR. No grites, no grites. No puedo ser tu socio; pero tu criado no lo seré nunca.

CAR. ¿Tú mi criado?

ENR. Ya hablaremos. Y si te empeñas, hablaré delante de tu mujer.

CAR. En seguida iré á buscarte.

ENR. Te espero. (Vase.)

CAR. No parece sino que todos se han propuesto desesperarme.

DÉB. Carlos: te lo suplico por última vez. ¿Quieres perdonar á Juanillo y á Antón? Yo te lo ruego, Carlos.

CAR. (Colérico.) No. He dicho que no. Y si ahora me dejaras, me harías un gran favor. Tengo cartas que contestar... y... en fin... tengo mucho que hacer. (Procurando dominarse.)

DÉB. Está bien. Ya te dejo. Trabaja, trabaja.

CAR. ¡Débora! (Ella cree que se decide á ceder)

DÉB. ¡Carlos!

CAR. ¿No te vas enfadada conmigo?

DÉB. ¡Ah, no! Contenta, muy contenta. Ya te lo puedes figurar. Trabaja, trabaja. (Sale conteniendo el llanto y la indignación.)

CAR. ¡Cuánta monserga!... ¡Si no mirara!...

ESCENA IX

CARLOS, TOMÁS y después MERY

TOM. Señor: Doña Mery...

CAR. ¿Ha llegado?

TOM. Hace un rato.

CAR. ¿Por qué no me has avisado?

TOM. Como estaban aquí doña Débora y don Enrique...

CAR. (Después de mirarle severo.) ¿Qué quieres decir?

MERY (Muy alegre.) ¡Carlos, ya estoy de vuelta! Aquí me tienes. (Sale Tomás, lentamente.)

CAR. ¡Por fin! ¿Cómo has tardado tanto?

MERY (Riendo.) ¿He tardado, verdad? ¡Y si no hubiese vuelto nunca!

CAR. ¡Calla! ¡Calla!

MERY Has sufrido ¿eh? ¿Has sufrido un poco? (Riendo.)

CAR. Habla más bajo. (Señalando á la puerta por donde ha salido Débora.)

MERY Hubiese entrado en seguida. Figúrate. Pero me he encontrado ahí fuera á la gente de la Moniqueta y á Antón el de San Martín. Y mira, te aseguro que yo no puedo ver lástimas.

CAR. ¿Y del asunto de Barcelona?

MERY Déjame acabar y comprenderás por qué vengo tan conmovida. Nada: que les he dicho á Juanillo y á Antón que podían volver á la fábrica; que están perdonados, y que yo me encargo de todo. Y ahora, castígame tú á mí, si quieres. ¿Qué quieres que haga? ¿Quieres que me arrodille aquí mismo? (Riendo.)

CAR. Pero, mujer, si no es posible, si acabo de decirle á Débora que no podía ser.

MERY Pues figúrate si sera posible, que ya están los dos en el taller. Y hemos llorado todos de alegría, ellos y yo. ¡Ah! ¡cuánto me gusta ver llorar á los hombres! Y si ahora pudiera hacerte llorar á tí, dicha completa.

CAR. Ya me hiciste llorar... años atrás. Cuenta, cuenta.

MERY Pues... lo que yo me figuraba: que todo saldrá bien, muy bien; ¿qué más quieres?

CAR. ¡*Saldrá* bien, saldrá bien! ¡Eso es lo que me desespera! (Paseándose.)

MERY Ya verás: cualquier día de estos, recibiré letras á quince días, y negociándolas en cuanto lleguen, saldremos de apuros.

CAR. Es decir, que hoy por hoy...

MERY ¿Pero no te digo que todo va bien? ¿que estoy segura? ¿que negociando las letras ten-

dremos dinero al contado? Es cosa hecha, mira. He hablado con mis amigos de allá y he visto al cónsul.

CAR. ¿Y qué te ha dicho el cónsul?

MERY Que ya estaba enterado de mi pleito. Que toda la razón estaba de mi parte y que se fallaría muy pronto.

CAR. ¿Es decir, que todavía sigue ese pleito? ¿Pero no me habías dicho que ya estaba ganado y que se estaba haciendo la liquidación del capital y?...

MERY Sí, Carlos, sí. Pero este... es otro pleito. Sin importancia, ¿sabes?

CAR. En suma; no hay esperanza de salvación.

MERY ¿Pero no te estoy diciendo que estamos salvados?

CAR. Pero, ¿cómo estamos salvados?

MERY Con mi capital.

CAR. Pero, ¿dónde está ese capital?

MERY En América. Allí están mis propiedades. Junto al río de las montañas azules. ¿Quieres que te vuelva á enseñar los mapas y las cartas en que?...

CAR. ¡Ay, Mery, Mery! ¡Esta situación no se puede prolongar más! ¡Estoy desesperado! ¡No hay solución! ¡No hay solución!

MERY Pero, ¿qué te pasa?

CAR. ¿Y todavía me lo preguntas? Que aquí ya no queda nada por hipotecar: que es preciso pagar las obras de la fábrica, que hay pagarés vencidos y letras protestadas, y que puede venir la justicia, y vendrá de un momento á otro, á embargar todo.

MERY ¡A embargarlo todo! ¡Qué modo de exagerar las cosas! Deja, deja que venga esa justicia y los acreedores, y mándamelos á mí. Yo me comprometo á hacerles esperar hasta que lleguen fondos de América. Y todavía me darán las gracias.

CAR. ¡Y yo, que cuando te he visto entrar tan contenta, me figuré que el cielo se abría!

MERY Porque te había dicho que si no traía dinero, no volvería nunca.

CAR. Sí, Mery, sí.

MERY — ¡Qué quieres! No he podido resistir á la tentación de volverte á ver. Y no creas. Ya había comprado una postal, preciosa, con unas tórtolas y unas mimosas, para avisar á Enrique que me fuera á buscar, porque yo no pensaba volver nunca á la Miralta.

CAR. — No digas eso. No lo digas.

MERY — Pero, ¡quién podrá separarme de tí, queriéndote como te quiero!

CAR. — ¡Oh! ¡Qué vida más horrible la mía!

MERY — ¡Pobre Carlos! ¿Quieres, acaso, que yo me marche?

CAR. — ¡Calla! ¡Calla! Pero, ¿no comprendes, que yo no podría vivir sin tí? ¿Qué quieres que haga yo en esta casa, si tú me abandonas?

MERY — Te quedaría Débora.

CAR. — No hablemos de Débora. Débora es una santa á quien yo pondría en un altar; pero por tí, por tí... no puedo amarla como ella merece. (Mery ríe ligeramente.) Sí, por tí, por tí.

MERY — Ya lo se, ya lo sé... Si me lo repites todos los días.

CAR. — (Angustiado, enjugándose el sudor.) Sí, sí... Hablemos, hablemos de tí. De tí, que no puedes marcharte, porque estamos ligados para siempre. Y si te fueses, yo lo dejaría todo por seguirte.

MERY — ¡Oh, seguirme, seguirme! Te olvidas de que tengo marido.

CAR. — Nos iríamos los dos, solos... solos tú y yo, no se adónde, lejos de aquéllos á quienes hemos hecho desgraciados para toda la vida.

MERY — ¿Sabes que quizá fuera una solución?

CAR. — No, no, Mery. Cállate. Aquí, aquí. Yo necesito estar aquí y salvar esta casa. Y después... mira, después quizá sí... romperemos todos los lazos. Pero ante todo, salvar, salvar esta casa

MERY — Sí, sí. Tranquilízate, tranquilízate. Voy á ver á Enrique, que extrañará que aún no le haya visto.

CAR. — Ten calma, ¿sabes? No sé lo que le pasa á Enrique. Yo voy á ver Débora y á decirle que he perdonado á Juanillo y á Antón.

MERY ¡Embustero! ¡Soy yo quien los ha perdonado! (Va á salir por la puerta del centro.)

CAR. ¡Silencio! ¡Débora! De modo que usted, hoy por hoy...

MERY Pero estoy segura de que es cuestión de pocos días.

ESCENA X

MERY, CARLOS y DÉBORA, que entra por una puerta lateral

CAR. Es lástima, porque...

MERY Usted hablará con Enrique. Yo no entiendo de estas cosas... ¡Querida Débora!

DÉB. Ya sabía que estabas de vuelta.

MERY ¿Me has visto entrar?

CAR. Escucha, Débora: Juanillo y Antón ya están...

DÉB. Sí, sí; ya lo sé. Me lo ha dicho Moniqueta. ¡Si vieras Mery cuánto te lo agradece!

MERY ¡Pobre mujer!

CAR. Habiéndote empeñado tú no había más remedio que perdonarles.

DÉB. ¿Se lo has dicho ya á ellos?

CAR. Se lo diré ahora. (Va á salir.)

DÉB. No te molestes. Ya están trabajando. ¡Pobrecillos! No sabes, Mery, cuánto te agradezco que los hayas perdonado. Sobre todo por Juanillo: figurate: lo conozco desde que era así. Hemos jugado juntos.

MERY ¡Ah! ¡Los recuerdos de la infancia!... ¡qué hermosos son!... Mira tú; yo no debo haber jugado con nadie, porque no tengo ningún recuerdo como el tuyo... Solo me acuerdo de cuando estrenaba algún traje. Y adiós, que aun no he visto á mi pobre Enrique.

CAR. Sí, sí. Es preciso que conozca la situación.

MERY Débora, traigo unos figurines elegantísimos.

DÉB. (Indiferente.) ¿Ah, sí?

MERY Te los quiero enseñar en seguida, en seguida, para que me des las gracias y para que veas que pienso siempre en tí.

DÉB. Ya lo sé, ya lo sé.

MERY — Mira. Toma, entérate tú. Yo voy á buscar á Enrique. ¡Ay, pobre Enrique! Carlos, no le diga usted que hace rato que estoy aquí.

CAR. — (Riendo.) Pero si acaba usted de llegar...

MERY — (Riendo.) Sí, sí; tiene usted razón. (Vase.)

ESCENA XI

DÉBORA y CARLOS

DÉB. — (Arrojando los figurines.) ¡Qué asco!

CAR. — ¿Has visto qué cabeza la de esta Mery? Figúrate que ha hecho volver al taller á Juanillo y á Antón sin decirme nada.

DÉB. — Carlos, esto no puede seguir así. Hoy mismo es preciso que esa gente se vaya de la Miralta.

CAR. — ¿Qué gente?

DÉB. — Esa mujer; y si no se va ella, seré yo, yo, quien se irá de esta casa. Ahora ya lo sabes. Decide. Y no quiero hablar de lo que la gente murmura, porque me avergüenzo como si se tratase de una falta mía.

CAR. — Parece mentira que hagas caso de la gentuza.

DÉB. — No, no. A mí no me digas nada. Los tíos vendrán á hablar contigo.

CAR. — (Resuelto.) ¿Yo hablar con doña Natividad de asuntos míos?

DÉB. — Y míos.

CAR. — ¡Ah! no. Puedes decirle que no quiero verla. ¡Pues no faltaba más! ¡Y que se puede marchar por donde ha venido!

DÉB. — Está bien. Me iré con ellos. Y tú puedes quedarte con esa mujer.

CAR. — ¡Pero Débora! ¡Si su marido te oyese, desgraciada!

DÉB. — Su marido sospecha todo lo que yo sospecho. Y yo estoy sospechando que eres un miserable.

CAR. — ¡Débora! (Se oye hablar á doña Natividad.)

DÉB. — ¡Ah! La tía está aquí.

CAR. — Es inútil. Voy á ver á Enrique.

DÉB. — ¡Tía! ¡Tía!

ESCENA XII

DÉBORA, DOÑA NATIVIDAD, DON GREGORIO, y después SATURNINO

NAT. ¿Dónde está? Le he oído hablar.

DÉB. Se ha marchado.

NAT. Es claro, no tiene valor para mirarme frente á frente.

DÉB. ¡Ay, tía! No me abandone usted. Yo no puedo creer que me engañe. Cuando le tengo delante siento impulsos de arrojarme á su cuello y pedirle perdón. Que me repita cien veces que la gente murmura, y que él no ama á nadie más que á mí, á mí que estoy loca por mi Carlos y que le daría mi vida...

NAT. ¡Cálmate, cálmate! ¿Y no le has dicho que ese matrimonio está demás en la Miralta? ¿No le has exigido que se vayan?

DÉB. Sí, sí, se lo he dicho, pero no quiere escuchar ni una sola palabra.

NAT. ¿Ah, no? Pues llegaremos hasta las últimas consecuencias.

GREG. (Entrando.) ¿Qué hay de Carlos?

NAT. Mira cómo yo he sabido imponerme á éste. (A don Gregorio.) Hay, que le haremos apurar el cáliz hasta las heces. Pronto, Gregorio: ¿dónde está ese Saturnino?

GREG. Viene detrás de mí.

SAT. (Desde la puerta.) Que Dios Nuestro Señor les dé muchos años de vida y salud, con la compaña.

NAT. Entre usted deprisa.

DÉB. (Para que se acerque.) ¡Saturnino!

SAT. He venido sin que me vean, porque la nuera, la Moniqueta, se hubiera empeñado en venir conmigo, que dice que todo lo charlo.

NAT. Siéntese. (Le señala un asiento al lado de Débora.)

SAT. ¿Un servidor aquí, tan cerca de?...

DÉB. Sí, sí, que tú también eres de los míos y no puedes quererme mal. (Obligándole á sentarse.)

Tú has vivido siempre á la sombra de esta casa, y has tomado parte en nuestras penas y en nuestras alegrías.

SAT. Sí, sí, hijita, quiero decir, doña Débora.

DÉB. Débora, Débora.

NAT. (Este hombre chochea.)

SAT. Eso, eso... Débora; que el *doña* se me atraganta. (Riendo.) Yo te he llevado en brazos y te he tenido sobre mis piernas, y tú me tirabas del pelo y te arañabas tu cara bonita, refregándotela con la mía, áspera como los terrones del campo. (Poniéndose de pronto serio y con orgullo.) Y yo, yo he cavado la fosa de tu padre, que en gloria esté.

NAT. Basta, Saturnino, basta. No se trata ahora de llorar. Se trata de que Dios Nuestro Señor aborrece á los calumniadores porque la calumnia... ¿me entiende usted, Saturnino? ¿me entiende usted?

SAT. Así, así... Pero vaya, vaya diciendo...

NAT. (A Débora.) Ahora verás cómo me entiende. ¿Cómo es que usted con sus años ha hecho coro á los que murmuran que si aquí don?...

SAT. ¿Que yo he hecho .. coro? ¿Y qué quiere decir eso?

NAT. Que usted también, insensato, ha levantado falsos testimonios (En voz baja.) á don Carlos y á doña Mery... Y eso... eso, Saturnino, es de mal hombre.

SAT. ¿Que yo soy un mal hombre? ¡Cristo me valga! (Indignado.) Pues sí, sí. Eso sí que lo he dicho, sí señora. El que hace el mal que lo pague. Y se lo he dicho á todo el mundo. Por más que se lo he dicho á todos al oído... ¿Viene Moniqueta? (Con miedo de que su nuera lo coja charlando.)

NAT. (A don Gregorio.) Cierra. (Don Gregorio cierra la puerta.)

DÉB. Sigue, sigue.

SAT. ¡Estoy por no decir nada! ¡Por vida de!... Llamarme charlatán á mí...

DÉB. Habla, Saturnino.

SAT. Pues, sí: y lo diré por ti: que te han casado mal, y todo lo ha hecho la *Doña Fantasías* de

esta casa. Usted, usted, que es toda humo. Mírenla, mírenla tan oronda y tan satisfecha. Y perdonen.

GRÉG. (Furioso á Saturnino.) No consiento que...

NAT. Silencio, Gregorio.

SAT. Sí, mal casada, sí, lo diré cien veces; casada con ese gallo vanidoso, con ese maldito de Dios, que echó por tierra el molino que en gloria esté... con ese... fachendoso, que ni siquiera ha sabido darte un hijo. Y luego siempre calentándose los cascos por esa mala mujer, que es un demonio que lo ha embrujado. ¡Eso! ¡Un demonio! Y yo les he visto una noche á los dos, á los dos, ¡sí! Yo estaba llorando, de cara al cielo, tendido en tierra, en medio de las piedras del molino y ellos... ¡poca vergüenza! Se fueron acercando pasito á paso y se sentaron junto á mí, tropezando en mis pies al pasar... Y se decían cosas que yo no acertaba á entender; cosas que yo no le había dicho nunca—¡así Dios me salve!—á la de casa, ni cuando éramos marido y mujer. Y al oirlos se me escapó un gemido de la garganta, y ellos, siempre muy juntitos, se fueron alejando, alejando, ruinas adentro. Y otros les han visto después también, y hay quien cuenta que él le daba dinero á ella. Todos lo jurarían, todos, delante de un Santo Cristo. Y ahora, que me vuelva á llamar charlatán y murmurador esta doña... Babieca, que ya debe estar satisfecha, que ya tiene la fábrica, la fábrica, la fábrica. . y dispensar. (Mientras Saturnino habla, Débora llora amargamente con el rostro sobre el pecho de doña Natividad.)

DÉB. ¡Tía! ¡tía! Yo quisiera morirme. No hay remedio para mí.

NAT. Calla, Débora, por Dios.

GREG. ¡Natividad! (Para que haga callar á Saturnino, que sigue repitiendo la última frase.)

ESCENA XII

DICHOS y MERY

MERY ¡Ay, don Gregorio!... ¡Qué disgusto tan grande!

DÉB. ¡Infame! (Mery no la oye.)

NAT. ¡Por Dios!

MERY Es preciso que me ayuden ustedes, porque si no me ayudan, Enrique y yo nos vamos de la Miralta. (Saturnino, que está en un rincón, le hace la cruz.) ¿Pero no ven ustedes á este hombre? (Riendo.) Siempre que me encuentra me hace la cruz como al diablo.

SAT. Como que usted lo es.. Dios me perdone... (Se aleja más todavía.)

NAT. ¡Saturnino!

MERY Yo no sé lo que pasa. Cuanto más me quiere la gente de la fábrica peor para mí. Figúrense mi situación: los obreros me quieren obsequiar con flores, agradecidos por lo de Antón y Juanillo: y mi marido se empeña en que hemos de marcharnos. (Débora se ha dirigido á la ventana.)

NAT. (A Saturnino, que quiere hablar.) ¡Silencio, Saturnino!

MERY ¿Qué dices, Débora?

DÉB. No digo nada. Espero que venga su marido de *usted* para llevársela.

GREG (A doña Natividad, temeroso de que Débora se exalte.) ¡Por Dios!

MERY Ya ven ustedes qué situación más desesperada la mía. ¡Después de haber puesto aquí todo mi cariño!

NAT. Sí, sí.

MERY ¿Pero, qué pasa?

DÉB. ¡Y nos lo pregunta á nosotros, tía! ¡Y nos lo pregunta á nosotros! (Riendo furiosa.) ¿Pero no la oyen ustedes? ¡Mírenla! ¡Mírenla!

MERY ¡Es increible!

DÉB. ¿Han visto ustedes nunca serenidad como la suya?

MERY ¿Y por qué no? Veamos.

DÉB. Porque no. Porque usted...

ESCENA XIII

DICHOS y CARLOS

CAR. ¡Débora!

DÉB. ¿Ah, eres tú? No sabes cuánto me alegro. Tú faltabas.

MERY Carlos: defiéndame usted. No sé de qué me acusan. Me siento envuelta en una atmósfera desfavorable. (Débora sigue riendo.) ¿Qué he hecho yo? ¿Qué he hecho? (Dirigiéndose á todos.)

CAR. Débora... ¿qué es esto?

NAT. (Aterrada al ver á Débora enloquecida.) ¡Hija!... no... ¡hija!

CAR. (A Débora.) ¿Pero qué ocurre?

MERY ¡Sí! ¡Que lo digan!

DÉB. (A Carlos.) Que esta... señora... se despide porque ahora mismo se va de la Miralta.

MERY ¡No es verdad, Carlos! Yo no lo he dicho.

DÉB. Lo digo yo.

CAR. ¡Débora! ¡Sal de aquí!

DÉB. Primeramente ésta... y tú con ella si quieres.

CAR. Esta señora no se va de la Miralta. A esta señora hay que guardarle todas las consideraciones que merece. (Imperativo.)

DÉB. ¡Todas las que merece, todas!

CAR. (Gritando.) ¡Todas! ¡Todas! Por ella y por su marido, que es mi mejor amigo.

DÉB. (Revelándose contra su tía que pretende imponerla silencio.) ¡Su mejor amigo! ¡Y te atreves á decirlo delante de mí! ¿Y aun defiendes á esa mujer?

CAR. ¡Sí, sí! Y no se irán de la Miralta. Porque yo lo mando. (Cuando Carlos dice esta frase, Enrique está ya en la puerta. Se ha detenido junto á ella. Carlos no se ha dado cuenta de su presencia.)

ESCENA XIV

DICHOS y ENRIQUE

MERY (Casi haciéndose traición al ver á su marido.) ¡Carlos! ¡Enrique!

ENR. ¿Qué importa que yo le escuche? ¡Deja, deja que hable!

CAR. Volveré á repetir lo que he dicho. Mando, sí, mando que no os marchéis. Enrique, compréndeme. (Suplicante.)

ENR. Está bien. Está muy bien. Débora: me despido de usted. Mery: vámonos, Mery.

MERY ¡No! no. Enrique mío: te han engañado. Yo te lo explicaré todo.

CAR. Vamos, Mery, vamos.

MERY ¡Débora! ¡Tenga usted piedad, ¡Débora! (Débora se va apartando mientras Mery habla, lanzando exclamaciones de horror y repugnancia.)

DÉB. ¿Yo? ¿Yo piedad de usted?

MERY ¡Débora! ¡Tú creías en mí!

DÉB. No se acerque usted. No me toque con sus manos. Usted ha traído la perdición á esta casa y me ha hecho desgraciada para toda mi vida.

MERY ¡Carlos! ¡Que calle! (Carlos no sabe qué hacer viendo á Enrique.)

DÉB. ¡Invoque usted á su marido, no al mío, miserable!

ENR. (A Carlos, con odio.) ¡A tí te llama, á tí!

CAR. ¡Enrique, por Dios! (Se oyen fuera voces alegres.)

MERY Soy inocente, Enrique.

DÉB. ¡Escuche usted! ¡Escuche usted! Le traen flores á usted, á usted para tenerla contenta, porque así contentan al amo.

CAR. ¡Débora!

ENR. Mery: salgamos. (Va á cogerla por un brazo y ella huye.)

DÉB. ¡Que traigan aquí las flores! ¡Delante, delante de mí! (Abre.) ¡Flores! ¡Flores! ¡Adelante! ¡Aquí está Mery!

ESCENA XV

DICHOS, PEPA, JUANILLO, ANTÓN y varios obreros de la fábrica. No muchos

ANT. Para doña Mery. (Con su ramo.)
PEPA Tenga usted, y muchas gracias.
MERY (Cogiendo las flores.) ¡Pobre gente!
ENR. (¡En qué momentos!)
JUA. (Con un ramo.) Muchas gracias.
DÉB. (Con infinita amargura.) ¡Oh! ¡Juanillo! ¡Saturnino! (Carlos los hace salir á todos y cierra. Juanillo queda dentro.)
SAT. (Cogiendo el ramo de Juanillo antes que Mery.) ¡No! ¡Tú no! (Lo arroja.) Tú has nacido en la Miralta. Y esa mujer es la perdición de esta casa, que es la querida del amo.
MERY (Dando un grito.) ¡Carlos! ¡Defiéndeme!
ENR. (Haciendo ademán de lanzarse sobre Saturnino.) ¡Ira de Dios! ¡Malvado!
DÉB. (Abrazando á Saturnino y cubriéndole con su cuerpo.) ¡Sí, sí! ¡Aquí no mentimos! ¡La querida de Carlos! (Mery ha salido de escena huyendo.)
CAR. (Vacila, pero al cabo va a seguirla.) ¡Mery! ¡Mery!
DÉB. (Como loca á Enrique.) ¡Carlos la llama! ¿No oye usted que la llama?
ENR. ¡Carlos!
DÉB. (Lanzando á Enrique contra Carlos.) ¡Es su amante! ¡Es su amante!
CAR. No, Enrique.
ENR. ¡Infame! ¡Miserable! ¡Vil! (Fuera se oyen las voces de los obreros festejando á Mery.—Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero, con las siguientes variantes: donde estaba el molino y la casa de los molineros, se verá la fábrica y el pabellón de Enrique y Mery. Es por la tarde.

ESCENA PRIMERA

JUANILLO y SATURNINO, que salen de la casa; después MONIQUETA, que saldrá por el último término izquierda

SAT. (A Juanillo.) Sal, sal, que no nos vea nadie.

JUA. Yo lo hice sin mala intención. Fué Antón el que se empeñó.

SAT. No decir ná de lo que ha pasado aquí dentro, porque si tu madre lo supiese se desesperaría. Contigo por lo del ramo...

JUA. Es que yo...

SAT. Y conmigo, porque lo he contado todo.

JUA. (Por Moniqueta.) Ya le ha visto á usted. Mírela.

MON. ¿De dónde sale usted á estas horas?

SAT. (Echándoselas de enérgico.) De donde me parece. Y basta, que no estamos para músicas.

MON. Bueno, ya hemos hecho alguna. ¿Y cómo es que el muchacho no está en el taller? ¿Y á quién has dejado en el telar, desgraciado?

JUA. Es que... es que... (Después de mirar al abuelo.) Ya voy.

SAT. Espérate, que quiero echarte otro sermón.

JUA. ¿Otro?

MON. Sí, para sermones estoy con el trastorno que hay en la Miralta... Juanillo... nosotros chitón, y que se las compongan como puedan.

JUA. Sí... que se las compongan...

SAT. ¡Nuera! tú á casa, á casa te digo.

MON. (Sorprendida del tono de Saturnino.) ¿Qué es esto? Antes parecía usted una gallina mojada, y ahora...

SAT. ¿Verdad que soy otro? ¿Verdad que me echan lumbre los ojos? Pues es de rabia... ¿lo entiendes? Se acabó la gallina mojada; y ahora ya no cleqneo, que canto; y cantando como un gallo lo descubro todo.

MON. Deje usted al chico de una vez que se vaya al telar.

SAT. No; quiero que aprenda á ser hombre. Y mira, Moniqueta: te advierto que ya no me das miedo... No, no... Estoy orgulloso de haberlo echado todo á rodar.

MON. ¿Qué quiere usted decir?

SAT Pues eso. Que estoy orgulloso de lo que he hecho. Que me solté de tus faldas y me fuí á buscar á Débora. Y se lo he contado todo, todo.

MON. ¡Ay, Reina Santísima! ¿Qué ha hecho usted, alma de Dios?

SAT. Sí, sí... Y ahora siento que vuelvo á ser molinero.. y con cincuenta años menos... y lo he echado todo á rodar... y le he quitado la careta á don Carlos y á doña Mery...

MON. Pero no grite usted...

SAT. Y he salvado al chico de una gran vergüenza... porque éste iba también con su ramo para regalárselo á aquella... mujerota.

MON. ¿Tú? ¿Tú ibas con aquellos desvergonzados?

JUA. Fué Antón, madre, que siempre está pintando la cigüeña.

MON. ¡Virgen Santísima de los Desamparados!

SAT. ¡Anda! ¡Ahí lo tienes, tu hijo va contra esta casa tan honrada y tan noble! Gracias que tu suegro ha hablado en nombre de todos nosotros y de los que se han muerto, y la casa se salvará, como hay Dios en el cielo. Y si ahora la toman conmigo, que me cie-

rren la puerta y que me hagan el hoyo en el umbral, que allí descansarán en paz mis huesos.

MON. ¿Es decir que aquí todos andais en la danza menos yo?

JUA. A mí ya me ha regañado el abuelo.

MON. ¿Es decir, que usted se ha pasado la tarde charlando como una cotorra por allá dentro?

SAT. Sí, sí. Ha habido un jaleo que todo se lo ha llevado el diablo. Por mí, por mí. Y esa mujer ha escapado como una raposa, muerta de miedo; y ya no la veremos nunca más; que debe ir montaña abajo la maldecida.

MON. ¿Pero qué está usted diciendo, bendito de Dios? El Señor me perdone. No dice usted más que tonterías. A esa mujer no hay nadie que la arranque de la Miralta: está más agarrada que todos nosotros. Y ahora que se ha marchado su marido, todavía más. Yo, yo le he visto marcharse, solo, y más blanco que la cera.

SAT. Ya lo sé, ya lo sé. ¡Pobre hombre!

MON. Pero ella, no. Ella está ahí dentro. (Señalando el pabellón de la derecha.)

SAT. ¿Que no se ha marchado la poca vergüenza?

JUA. Puede que Antón acierte y que ella sea el ama.

SAT. ¡Calla, calla! Mira que te mato... Tú no eres mi nieto.

MON. Juanillo, hijo mío, á trabajar en seguida.

JUA. ¿Voy, abuelo?

MON. ¿Es que no basta que yo te lo mande? ¿Quién es tu madre? ¿Quién?...

JUA. Usted y el abuelo.

MON. ¡Al taller y basta de músicas!

JUA. (Dirigiéndose poco á poco á la fábrica.) Unas veces que tiene razón Antón, otras que no la tiene.

SAT. Juanillo, pasa lejos de esa puerta, que sale olor de azufre de ese infierno. (En el momento que Juanillo va á entrar en la fábrica comienza á oirse la campana que marca la salida de los obreros.)

ESCENA II

MONIQUETA, SATURNINO, JUANILLO, y después ANTÓN y PEPA, mezclados con otros obreros de la fábrica, que se van por los últimos términos de la derecha y de la izquierda, menos Antón y Pepa, que quedan en escena

MON. Escucha la campana. ¡Tarde perdida!

JUA. Tururú... Listos.

SAT. Vámonos á casa. No quiero ver á nadie de la fábrica. Crece mucha cizaña allá dentro.

JUA. Sí; que yo no quiero tropezarme con Antón. Porque si me insulta... (Echándoselas de valiente pero con miedo.)

MON. Deja en paz á Antón.

ANT. Juanillo, no huyas, no huyas.

JUA. ¿Que yo huyo? ¿que yo huyo? (Huyendo y escondiéndose detrás de su abuelo. Pepa y Antón se burlan de él.)

SAT. Acércate, acércate, que no nos da miedo.

ANT. Traigo buenas intenciones... ¿se entera usted? Yo solo quiero el bien de ese mocoso, que lo tienen ustedes esmirriado y se ha quedado corto de talla.

PEPA ¡Claro!

SAT. No te ocupes del chico, ¿sabes?

ANT. Lo que yo no quisiera, Saturnino, es que el día menos pensado me diesen orden de despediros á los tres de la Miralta.

SAT. ¿A ti? (Burlándose.) ¿Tú despedirnos á nosotros?

MON. A casa, á casa.

ANT. (Muy satisfecho.) Yo, sí, yo. Y acordaos de que os lo digo. Os echarán de aquí á puntapies.

MON. ¿Y quién nos echará? ¿quién?

PEPA Explícaselo.

JUA. Madre, ¿tendrán razón?

MON. Vete de aquí.

ANT. ¡Qué lástima me dais!

MON. Suegro: nos protege.

JUA. ¡Es que Antón sabe mucho! (Burlándose.)

ANT. (Siempre dándose tono.) Saturnino: usted que

tiene más mundo; escuche usted. (Se lo lleva aparte.)

MON. (Siguiéndolos.) Yo también quiero oirlo.

SAT. Puedes decirlo delante de todos: á mí me es igual. (Todos se acercan.)

ANT. Que doña Mery nos está muy agradecida. (Los del molino hacen un gesto de asco.) Y teniéndola á ella de nuestra parte, tendremos á don Carlos. Aquí no hay nadie que desbanque á esa mujer.

SAT. Quita de ahí. ¡Da asco de oirte!

PEPA Todo eso es envidia.

SAT. ¡Tunante! ¡más que tunante! ¡Comes el pan de doña Débora y hablas así de esa mujerzuela!

ANT. ¡Ella fué la que nos perdonó! Doña Débora, no.

SAT. No mientes á nuestra ama...

MON. (Para calmarlo.) ¡Suegro!

SAT. Porque viejo como soy...

ANT. ¡Si está usted chocheando!

PEPA ¡Envidias!

SAT. ¡Mal hombre! ¡mal hombre!

MON. No grite usted.

PEPA ¡Si hubiera aquí una piedra!... (Buscando en el suelo.)

JUA. ¿Al abuelo? ¿Tú al abuelo? (Encarándose con Pepa.)

PEPA Encárate con los hombres.

JUA. Sí, sí.

SAT. ¡Malvado! ¡Malvado! (Antón se ríe de Saturnino.)

ESCENA III

MONIQUETA, PEPA, SATURNINO, ANTÓN, JUANILLO y TOMÁS, que viene con una cartera al cuello por el último término derecha.

MON. ¡Que viene gente! ¡Que viene gente!

TOM. ¿Qué gritos son estos?

PEPA Es Tomás.

ANT. Nada, que hemos dejado el trabajo, y ya lo ves, hacemos lo que los chicos cuando salen de la escuela.

MON. Vienes muy cansado. ¿Has subido corriendo?

TOM. Casi, casi. Don Carlos me encargó que trajese en seguida las cartas.

SAT. Pues anda, hijo, anda.

TOM. Me he encontrado á don Eurique que atravesaba San Martín como un alma en pena. Ni siquiera me ha devuelto el saludo. (Antón y Pepa ríen. Moniqueta levanta las manos al cielo.)

SAT. Anda, anda, Tomas.

ANT. (Burlándose y siempre dándose mucho tono.) Es decir que no te ha saludado, ¿eh? Bien, hombre, bien. (Dándole golpecitos en la espalda.)

TOM. ¿Qué pasa?

ANT. Anda, anda. Tú harás carrera aquí, yo te lo fío. (Porque ha ido de prisa á llevar las cartas.)

TOM. (Mirándole de pies á cabeza.) ¡Qué franqueza gastas, chico! (Con malicia.) Con la Pepa si que la tengo, porque nos llevamos muy bien cuando servíamos juntos, pero contigo...

ANT. No te enfades, hombre. Ya me irás conociendo más cada día.

SAT. Tomás: te protege.

TOM. Parece que sí. (Entra en la casa.)

ANT. (A Pepa.) ¿Qué ha querido decir con eso de de que os lleváis muy bien?

PEPA No le hagas caso, Antón.

ANT. Que te hiciera fiestas el abuelo Saturnino casi me divertía, pero...

SAT. (Burlándose.) ¡Anda... vuelve por otra! Dale palmaditas á Tomás.

ANT. A la cama las criaturas.

SAT. Sí, sí, que á tí esas cosas no te quitan el sueño. Lo principal es que la Pepa tenga buen corazón.

ANT. ¡Vaya, vaya, se acabó! (Haciendo señas á la Pepa para marcharse.)

SAT. Y mira: puede ser que algún día te suban el jornal por la Pepa.

PEPA Abuelo, váyase usted á dormir.

ANT. (A Moniqueta.) ¿Sabe usted que el abuelo está charlando demasiado?

SAT. Y puede ser que don Carlos quiera que le sirva otra vez la Pepa.

ANT. (A Pepa.) ¿Pero no ves qué lengua? (Acercándose muy quemado á Saturnino.)

PEPA ¡Demonio de viejo!

MON. Dejad en paz al abuelo.

ANT. (Conteniéndose.) ¡Si no fuera porque chochea!

JUAN No te enfades, Antón.

PEPA ¡Ya verás cuando te encuentre!

ANT. Tenías razón Pepa; todo es envidia.

JUAN (Desde muy lejos.) Buenas noches, Antón y la compañía.

ANT. A buena hora vamos á cenar esta noche. (Saturnino y Moniqueta con Juanillo han salido de escena un momento antes.)

ESCENA IV

PEPA, ANTÓN y MERY

MERY (Desde la puerta del pabellón.) ¡Antón! ¡Antón!

ANT. (Que iba á salir.) ¿Quién llama?

MERY Yo, Antón.

ANT. ¡Doña Mery! ¡Usted! (La Pepa también ha vuelto.)

MERY (A Antón.) Escucha: tienes que hacerme un favor.

ANT. Mande usted, doña Mery. Disponga usted de mí y de la Pepa.

MERY. Vas á ir ahora mismo á buscar á don Carlos.

ANT. Sí, señora; sí.

MERY. Y le dices que necesito verle en seguida. Anda.

ANT. Sí, señora. ¿Nada más?

MERY. Deprisa, que viene doña Natividad. (Vuelve á entrar en el pabellón.)

ESCENA V

PEPA, ANTÓN, DOÑA NATIVIDAD, DON GREGORIO y SATURNINO.
Saturnino acecha desde el fondo izquierda

NAT. ¿Dónde vas, Antón?

ANT. Voy... voy á llevar un recado. Me han dicho que vaya en seguida. Y... me espera la Pepa.

NAT. (Después de mirar á Pepa y á Antón.) Anda, anda. (Sale Antón.) ¿Gregorio?

GREG. ¿Qué quieres?

NAT. (Después de mirar á Pepa.) Nada. (Muy enfadada.)

PEPA Dios la guarde, señora.

NAT. (Disimulando.) ¡Ah! ¿Ya habéis salido del trabajo?

PEPA Hace un rato, señora.

NAT. Y tu marido ha ido á...

PEPA Yo no sé nada, señora.

NAT. Ni yo te lo pregunto.

SAT. (Que se ha ido acercando poco á poco.) Y... ¿cómo ha dejado á doña Débora, señora?

NAT. ¿Cómo la he dejado? ¿Por qué? Si está tan buena como siempre.

SAT. Eso quería decir. ¡Por vida de...! Ya he metido la pata. (A Pepa.) Ahora no te querría ni con una espuerta llena de oro. (Pepa ríe con desprecio. Entretanto don Gregorio, resentido, ha interrogado á doña Natividad.—Vuelve Antón cantando entre dientes.)

ANT. ¿Ve usted, señora? Ya estoy listo. Y ahora si quieren bajar á San Martín, les convidamos á cenar.

PEPA Vamos, vamos. Ya debíamos estar allí.

ANT. ¿Verdad, Pepa?

PEPA Vamos, Antón.

ESCENA VI

DOÑA NATIVIDAD, DON GREGORIO y SATURNINO

SAT. (Se oye cantar á lo lejos á Pepa y Antón.) Miren los desvergonzados, cómo hacen gorgoritos.

GREG (A doña Natividad.) ¿Qué te pasa?

NAT. Que hubiera querido, que siguieras á Antón, disimuladamente, para ver lo que iba á hacer.

GREG. ¿Y por qué no lo dijiste?

NAT. Por no rebajarnos. Ahora tendremos que preguntarlo á los criados.

SAT. No, si yo lo sé. Iba á llevar un recado de esa mujerota.

NAT. ¿De Mery? ¿Cómo lo sabe usted?

SAT. Porque la he visto salir á la puerta y llamarle.

NAT. Pero, ¿todavía está aquí? ¿Pero no se ha marchado todavía?

SAT Antón dice que se quedará, y que se quedará para siempre.

NAT. ¡Pobre Débora! ¡Y ella que cree que ya está lejos de aquí! Se volverá loca, Gregorio; se volverá loca, si Dios no lo remedia. (Pausa.) ¡Y esa mujer aquí todavía! Y es claro que el recado sería para Carlos, con el cual querrá hablar.

GREG. Quizá te equivocas.

SAT. ¡No, no! Era para él, era para él.

NAT. Sí, porque abandonada por su marido, intentará hacer más estrechos los lazos que la unen á Carlos.

GREG. Puede ser que sí.

NAT. ¿Que puede ser que sí?

GREG. Puede ser que sí... y puede ser que no.

SAT. Todos debemos alegrarnos, como hay Dios en el cielo, que se vayan los dos de aquí para no volver nunca.

NAT. ¡Ay, no sé, no sé! Yo ya no sé lo que pienso ni lo que quiero. Y Débora tampoco. Ya le he dicho que quizá Carlos se fuera detrás de esa mujer. Y ella se ha desesperado todavía más. Y dice que no quiere, que primero le ahogaría. Ha sido su único amor. Y es su marido.

GREG. (Sentencioso.) Un marido siempre es un marido.

SAT. Pues á mí me gustaría verles huir juntos. Largo de aquí, les diría, á hacer daño á otra parte, que aquí ya lo habéis hecho bastante. Y para alumbrarles mejor el camino le pegaría fuego á la fábrica. Y cuando se hubiera hecho una buena hoguera, iría á despertar á Débora, y si no podía andar, la cogería en brazos, que aún tengo fuerzas, y nos acercaríamos los dos á ese tajo para ver á la pareja maldita y escupirle encima como ahora escupo yo. ¡Y ya estábamos todos sal-

vados! Y luego que fuera cayendo, cayendo el salto de agua para lavar la mancha.

NAT. ¡Por Dios, Saturnino! ¡que cuanto más le escucho á usted es mi pena más grande! Porque yo tengo la culpa de todo lo que sucede; ¡yo, yo sola!

GREG. Mira que Débora puede llamarnos, Natividad.

NAT. ¡Si no nos quiere ver! ¡Si hasta me ha hecho salir de su cuarto!

SAT. ¿Lo ven ustedes? ¿lo ven? ¡Como que se la hicieron ustedes muy gorda!

NAT. ¡Calla! ¡calla!

GREG Y si no te tranquilizas me enfado, ¡caramba!

ESCENA VII

SATURNINO y JUANILLO

SAT. ¡Ah! ¡fábrica! ¡fábrica! que has venido aquí á traernos tantos males. Maldita aquella pólvora que derribó el molino. Eso es lo que ahora haría falta: pólvora, mucha pólvora.

JUA. ¡Abuelo, abuelo! Vaya usted, que espera la sopa.

SAT. Cualquiera pasa un bocado con estas cosas. Por vida de..

JUA. Pues yo tengo una carpanta... Y es de contento que estoy, porque nos han dicho que pronto nos subirán el jornal.

SAT. ¿Quién lo ha dicho?

JUA. Antón.

SAT Maldito sea Antón y todos los Antones. Bueno, ven aquí, que te voy á echar otro sermón.

JUA. ¿Otro sermón? Oiga usted, abuelo, ya estoy cargado de que tóos me sermoneen y de que tóos me manden. Yo quiero mandar también, que tengo dieciocho años, y yo soy grande, y yo quiero casarme, pa pellizcar á mi mujer y que mi mujer me pellizque á mí. Yo quiero casarme, yo quiero que me pellizquen.

SAT. Tú verás cómo te voy á pellizcar yo.

JUA. Yo quiero casarme, abuelo.

SAT. ¿Y con qué cuentas tú pa casarte?

JUA. Con cinco reales que gano en la fábrica.

SAT. Buen puñao son tres moscas.

JUA. Y me van á subir una peseta.

SAT. ¿Quién lo ha dicho?

JUA. Antón.

SAT Pero ese Antón tóo lo sabe.

JUA. Abuelo, yo quiero casarme. Yo quiero tener una mujer. Todo el mundo tiene una mujer, y hay quien tiene dos.

SAT. Anda, anda, bruto. Anda á dormir.

JUA. Yo quiero casarme... (Han hecho mutis, y todavía se les sigue oyendo. La escena va quedando en sombras) pa pellizcar á mi mujer y que ella me pellizque...

ESCENA VIII

CARLOS y MERY. Carlos va avanzando en silencio hasta que sale Mery

MERY (Con ansiedad.) ¡Carlos! ¡Carlos!

CAR (Grave.) ¡Mery!

MERY Cuánto has tardado en venir.

CAR. Se ha ido ya esa gente... ¿verdad?

MERY Sí, se fueron. ¿Qué piensas hacer?

CAR. Escucha: todo se ha acabado en esta casa para nosotros. No podemos permanecer en ella ni un día más.

MERY Ya lo sé. Por eso te he llamado. (Carlos mira hacia todas partes.) ¡Eh! qué importa ya que se enteren...

CAR. Sí, sí; tienes razón. ¿Has visto tú á Enrique?

MERY No le he vuelto á ver. ¿Qué ha sucedido después?

CAR. Se lanzó sobre mí. Lo sujetaron. Yo no me hubiera defendido de él. No, no.

MERY (Sonriendo ligeramente despreciativa.) Sigue.

CAR. Se marchó diciendo que habías muerto para él, que nunca volveríamos á saber de él... que te dejaba para mí. (Carlos calla esperando que Mery hable.) ¿Qué dices?

MERY Nada.

CAR. Y todo se junta, todo. Más cartas de acreedores, insultantes, amenazadoras... Mañana viene la justicia á embargarlo todo.

MERY ¡Pchs! Están en su derecho. No cobran.

CAR. ¡Ah! ¡Qué desgracia más inmensa la mía! ¡Yo no debí nunca casarme con esta mujer! ¡Y si tú no hubieras venido la habría amado, le hubiera dado toda la ventura que merece! ¿Por qué viniste? ¿Por qué? Viniste para vengarte de mí, porque Dios te ha hecho perversa, y gozas con la desgracia de los demás. (Agarrándola por las muñecas.)

MERY ¡Me haces daño! Vine para saber qué quedaba de aquel Carlos que se encendía en llamaradas y que ahora llora delante de mí; de mí, que no sé si reir al mirarlo.

CAR. ¡Ah! ¡No te rías, no te rías!

MERY (Retrocediendo con rabia.) ¡Carlos! ¡Carlos! ¡Carlos! ¿Entonces por qué me perseguiste desde que llegué á esta casa? ¿Respetaste á mi marido? ¿Pensaste en tu mujer? Yo no te he buscado. ¡Has sido tú, has sido tú! (Acaba irónicamente.)

CAR. No hablemos, no hablemos más. Ya no tiene remedio.

MERY (Siempre irónicamente.) Creo lo mismo. Y acabemos de una vez. ¿Qué piensas hacer?

CAR. Marcharme. Marcharme contigo... ¡Oh, sí, sí! No tendría valor para verme de nuevo en presencia de esa desgraciada.

MERY Sí, sí; ahora mismo. ¡Era forzosa esta resolución, Carlos!

CAR. Huyamos, huyamos pronto... ¡Dios mío! ¡Dios mío!

MERY ¡Cobarde!

CAR. Escucha. Voy á mi cuarto un momento nada más. Necesito recoger algunos papeles; quemar otros.

MERY Sí, sí. Yo entre tanto recogeré mis joyas y haré un paquete con mis papeles. ¿A ver tu mano? ¡Tiemblas! ¡Te creía más fuerte!

CAR. ¡Es que me ahogo! ¡que me siento morir!

MERY ¡Valor, Carlos, valor!

CAR. ¡Oh, sí, sí! (Acercándose á la casa de la izquierda.) ¡Tomás! ¡Tomás! (A Mery.) Lo vas á oir tú misma.

ESCENA IX

MERY, CARLOS y TOMÁS

TOM. Señor.

CAR. Mira, Tomás. Tú mismo vas á enganchar el coche. Ha de estar preparado para dentro de una hora.

MERY Antes, antes.

TOM. Sí, señor. ¿Tengo que recoger los equipajes?

CAR. No. (A Mery.) Nosotros mismos.

MERY Sí.

CAR. Ten el coche allá abajo. Que nadie se entere, Tomás.

MERY Que no se oiga nada.

TOM. Bien, señora.

CAR. (A Mery.) Aprisa, Mery. Yo te llamaré.

MERY Estaré antes que tú. (Entra en su pabellón.)

CAR. (A Tomás que va á entrar en la casa.) Anda, no entres para nada en casa. (Desconfiado, señalándole el último término derecha.)

TOM. Está muy bien.

CAR. No es preciso que subas á avisarnos.

TOM. Esperaré abajo. (Carlos entra en la casa. Tomás sale por el fondo derecha.)

ESCENA X

TOMÁS, MONIQUETA y SATURNINO

MON. ¡Tomás! (Corre detrás de él y sale de escena.)

SAT. ¡Tráetelo, tráetelo! (Es preciso enterarse.)

MON. (Con Tomás.) Ya estamos aquí.

TOM. Abuelo, estoy que me pegaría un tiro.

SAT. ¡Tomás! Hijo, ¿qué sucede?

TOM. Que yo no soy una mala persona y me obligan á serlo.

SAT. ¡Habla, habla! (Abrazándose á él.)

TOM. (Medio llorando, indignado.) ¡Yo no estoy hecho á estas cosas, Saturnino!

SAT. ¿Qué te han mandado?

TOM. Ea: pues lo diré, sí; porque no me cabe en el pecho. Me han mandado que enganche el coche, porque don Carlos se va de aquí con esa mujer.

MON. ¡Ay, Reina Santísima, abandonar la casa!

TOM. No hable usted alto.

SAT. (Imponiéndose.) Silencio... y déjate de Reina Santísima y Reina Santísima. (A Tomás.) Tomás: ¿quieres creerme á mí?

TOM. Diga usted.

SAT. Pues yo me iría tan campante á enganchar el coche. (A Moniqueta, que va á protestar.) ¡Cállate! (A Tomás.) Me iría á engancharlo, y cuando se hubiesen subido hasta le daría un trallazo á la bestia para que se los llevase más deprisa á los mismísimos infiernos.

SAT. ¡Fuera, fuera de la Miralta esa peste! Si quieres á la de casa, deja que se los lleve el diablo y... ¡buen viaje!

MON. (Para que baje la voz.) ¡Suegro!

TOM. Yo vine aquí de pequeño: Me tomó el padre de doña Débora.

SAT. Pues figúrate que es su padre quien te pide que eches de aquí á ese hombre. (Saturnino, casi abrazado á Tomás, se va con él hacia el fondo.)

TOM. Haré lo que usted dice.

ESCENA XI

SATURNINO, DÉBORA y MONIQUETA, que se marcha casi en seguida

MON. ¡Ay, Jesús! ¡qué cosas tiene una que ver!

SAT. No; tú no vas á ver nada. Tú haces ahora lo mismo que Juanillo. A dormir. A dormir. (Débora sale de casa. Ha oscurecido un poco.)

MON. No sé quién viene.

SAT. Apartémonos.

MON. ¡Si es doña Débora!

SAT. Pues ahora más que nunca, tú á casa.

MON. Es que...

SAT. Es que soy tu suegro. (Moniqueta se va.) ¡Caramba!

DÉB. (Conociéndole.) ¡Saturnino, venía á veros!

SAT. Hija, me das una gran alegría.

DÉB. ¿Has visto á Carlos? ¿Ha hablado con esa mujer?

SAT. (Resuelto y muy serio.) Sí, señora.

DÉB. ¿Y qué han dicho? ¿qué han dicho, Saturnino?

SAT. ¡Oh!... ¡cosas!

DÉB. No, no; dímelo todo. Quiero saberlo todo. ¿Qué puedes decirme peor que lo que me han contado, por mi desgracia?

SAT. ¿Quieres hacerme caso, pequeña? Vuélvete y procura descansar.

DÉB. ¡Ah, no! ¡Si no puedo descansar! ¡Si no estoy tranquila en ninguna parte! La gente de casa, hasta los tíos, me causan disgusto. Me encerré en mi cuarto. Y ellos piensan que todavía estoy allí. Pero he abierto y he huido. Y no me moveré de aquí mientras esté en la Miralta esa miserable, esa infame, que yo quisiera hacer pedazos.

SAT. Escucha, escucha. Yo te prometo que antes de hacerse de día, esa mujer se irá de la Miralta.

DÉB. ¿Sí? ¿Cómo lo sabes?

SAT. Porque sí.

DÉB. Pero, ¿quién te lo ha dicho? ¿Le has hablado tú?

SAT. (Con terror.) ¿Yo? ¡Dios me libre!

DÉB. En fin, explícate.

SAT. ¡Lo sé! Por el alma de mi padre que esté en el cielo, te digo que lo sé.

DÉB. ¿Y se va? ¿Y dejará para siempre á mi Carlos?

SAT. (¡Malo!)

DÉB. ¿Por qué callas, Saturnino?

SAT. ¡Tu Carlos! ¿Y lo dices en estos momentos, desgraciada? ¿Y me lo dices á mí?

DÉB. Sí, sí; ya lo sé. Pero le he querido tanto, tanto, Saturnino... Si no puedo, si no puedo dejar de pensar en él...

SAT. Pues piensa, piensa en tanto que él está pensando en la otra. (Débora rompe á llorar desconsoladamente.) ¡Ay, señor! ¡Cuánto más valdría que hiciera el daño completo y se marchase esta noche con esa mujer!

DÉB. No, no se irá con esa mujer. Porque yo le cerraría el paso; y tú y todos me ayudaríais. No, no quiero que me deje. Soy capaz de arrancarle de los brazos de esa infame y de ahogarla entre los míos. ¡Sí... porque yo le amo! ¡le amo! (Sigue llorando.)

SAT. Débora, hija mía, no me hagas caso. Es ella la que se irá, ella sola.

DÉB. No, no se irá so... (Va á decir sola y se interrumpe.)

SAT. Mira si se marcha sola, que Tomás está enganchando el coche allá abajo.

DÉB. (Indagando.) ¿Y por qué allá abajo?

SAT. Porque... porque... Es para que tú no sientas el ruido.

DÉB. ¿Y por qué no he de sentirlo, si esa sería mi mayor alegría?

SAT. Pues entonces... no sé por qué será.

DÉB. Es orden de Carlos... ¿verdad?

SAT. Sí, se lo mando á Tomás.

DÉB. Está bien. (Pausa.) Me has convencido, Saturnino, y me vuelvo á mi cuarto.

SAT. ¡Ay, ángel mío! Y mira... yo que tú no hablaría con Carlos.

DÉB. Te juro que no le veré. Y tú, ¿qué vas á hacer?

SAT. Me voy con Tomás. A mí me gusta verlo todo.

DÉB. Entonces... buenas noches... Y que se marche... ¿sabes, Saturnino? que se marche.

SAT. Está tranquila. (Débora entra en casa.) No lo hubiera dejado huir... ¡Madre de Dios! ¡Qué tontas son las mujeres. (Mutis por el fondo derecha.)

ESCENA XII

DÉBORA y MERY

(En el instante en que desaparece Saturnino, vuelve Débora, agitada, riendo nerviosamente con risa contenida. Llama á la puerta del pabellón de Mery dos veces. Después se retira á un lado, Mery sale y avanza hasta el centro de la escena con un saquito de viaje.)

MERY (Orientándose.) ¿Dónde estás? (Pausa.) Carlos... ¿dónde estás?

DÉB. No es Carlos, soy yo.

MERY (Tratando de ocultar el saquito de viaje.) ¡Débora!

DÉB. Pero es igual Lo que tenga usted que decir á Carlos, me lo dice usted á mí.

MERY Sí, sí. Tiene usted razón; es claro. ¡Ay, Débora! ¡Qué tribulaciones, hija! Esto no se puede resistir. Usted, sufre por sus penas, y yo, por las mías. No parece si no que todas las desgracias han caído sobre nosotros; calumnias pérdidas de dinero, todo, todo en contra de... (Va á decir tí.) en contra de usted y de mí. Y nuestros maridos tan ciegos, que se matarán, sí, se matarán. Y nosotras sin culpa ninguna.

DÉB. Ninguna culpa, ninguna. (Sarcástica.) Usted y yo, somos inocentes. (Ríe frenética.)

MERY Yo no sé... Si usted quiere entrar en casa hablaremos.

DÉB. Hablemos aquí, Mery... (Hace ademán de lanzarse sobre ella y se contiene.) ¡Sí! ¡aquí, aquí que hay más aire para respirar! ¡porque yo me ahogo! ¡me ahogo! (Se desploma en un banco. Mery aprovecha el momento para arrojar lejos de sí el saquito de viaje.)

MERY Lo comprendo. ¡Tantas emociones en un mismo día!

DÉB. (Rápida, creyendo que Mery se marcha.) No, no; no se vaya usted.

MERY ¿Irme yo? ¿Dejarla en ese estado, Débora? ¡Cálmese usted, cálmese usted, por Dios!

DÉB. Sí, sí... No sé por qué me acaloro...

MERY Naturalmente.

DÉB. Si parece que soy yo la culpable... ¿verdad?

MERY Culpable, no; pero cualquiera al verla...

DÉB ¡Al verme á mí!... ¡Al verme á mí!.. Y en cambio á usted, al verla tan tranquila, casi con la sonrisa en los labios, se la podría tomar por la inocencia misma.

MERY Retírese usted. Está usted muy excitada... y el aire de la noche...

DÉB. (Riendo.) ¡El aire de la noche! ¡Pero si no es eso! ¡Si lo que yo quiero es que usted me diga por qué llamaba á Carlos, por qué esperaba á Carlos á estas horas!

MERY ¿Yo esperaba á Carlos? Se equivoca usted.

DÉB. Pues entonces, ¿por qué pronunciaba su nombre? ¿Qué quiere usted de mi marido? ¿Qué quería usted? (Acercándose furiosa y amenazadora.)

MERY ¡Pero, Débora!

DÉB. ¡Hable usted! ¡hable usted! Quiero que hable usted conmigo... ¡conmigo!... Las dos solas, solas, solas...

MERY Dispense usted. Ya que usted no quiere hacerlo, me retiro yo. (Dirigiéndose hacia su pabellón.)

DÉB. (Cerrándole el paso.) ¡Ah! ¡no! Por aquí no, por aquí no, por allí, por allí...

MERY Es increible... No se comprende en una persona como...

DÉB. ¿Y es usted quien me lo dice á mí? ¿Y se atreve usted á levantar la cabeza para mirarme á mí, á mí?...

MERY ¡Sí, sí! ¿Y por qué no?

DÉB. Porque usted es una mala mujer. Porque usted ha venido á deshonrar esta casa.

MERY (Queriendo retirarse.) Mi dignidad no me permite escucharla más.

DÉB. ¡Su dignidad! ¿Y habla usted de dignidad en estos momentos en que está esperando á mi marido para huir con él?

MERY ¡Eso es una grosera calumnia!...

DÉB. La mala hembra que tiene dos hombres.

MERY Los celos la extravían.

DÉB ¡Sí! ¡sí! ¡Eso sí! Celos honrados; porque yo, yo sola soy la esposa de Carlos.

MERY Sí. Pero si usted no ha sabido hacerlo suyo, de ustèd será la culpa.

DÉB. ¡La infame! ¡la miserable que ha tenido que abandonarla su marido!

MERY ¡Y qué! ¡De igual á igual! ¡A usted la deja el suyo!

DÉB. ¡Ah, víbora! ¡Eres una víbora!

MERY Carlos me quiere á mí... ¡á tí no! ¡á tí no! Huye de tí y ahora mismo nos marchamos juntos.

DÉB. ¡No huirás con él! ¡No!

MERY (Provocativa. Insolente.) ¿Que no? ¡Prueba á impedirlo! ¡Prueba!

DÉB. No huirás con él. Te irás sola. Te echaré yo sola, sola.

MERY Si te acercas le llamo, le llamo.

DÉB. ¿A mi Carlos para que te defienda?

MERY ¡Al mío! A mi Carlos para que me saque de esta casa.

DÉB. No huirás con él.

MERY Ahora mismo y delante de tí.

DÉB. Te ahogaré, te mataré.

MERY Déjame; que me dejes.

DÉB Viva ó muerta fuera de aquí.

MERY ¡Carlos!

DÉB. ¡Fuera de aquí, fuera! No huirás con él.

MERY ¡Auxilio!

DÉB No huirás con él.

MERY ¡Carlos!

DÉB. ¡Infame! ¡infame!

MÉRY ¡Auxilio!

DÉB. ¡No huirás con él!

MERY ¡Carlos!

DÉB. ¡Infame! ¡infame!

ESCENA ÚLTIMA

DÉBORA, MERY y CARLOS

MERY ¡Ya vienen! (Carlos aparece en la puerta.)

CAR. (Buscándola.) ¡Mery!

DÉB. ¡Aqui la tienes! ¡Aquí!

MERY ¡Carlos mío!

DÉB. ¿Carlos... tuyo? ¡Al infierno!

MERY (Dando un grito terrible.) ¡Ah! (Se han hecho pedazos los cristales de la galería cediendo al peso del cuerpo de Mery, que empuja Débora lanzándolo al abismo.)

CAR. ¡Mery!

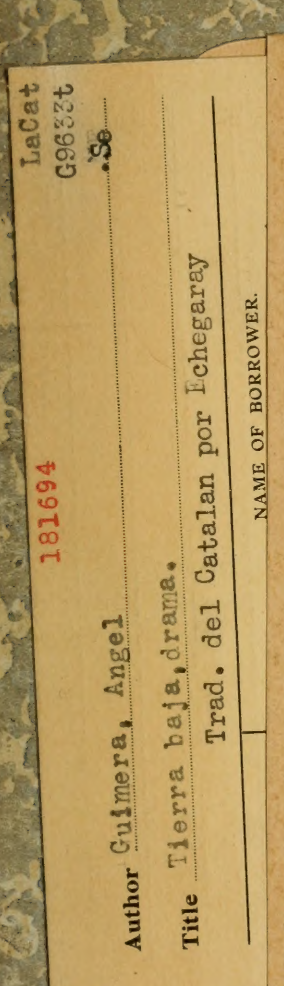
DÉB. ¡Allí, allí la tienes! ¡Abajo te espera!

CAR ¡Oh! ¡Dios mío!

DÉB. ¡Huye con ella!... ¡te espera!... ¡te espera!... ¡Abajo te espera! (Repite la frase enloquecida, en medio de la escena hasta que cae el telón.)

FIN DE LA OBRA




LaCat
G9633t
.Se
181694
Author Guimera, Angel
Title Tierra baja, drama.
Trad. del Catalan por Echegaray
NAME OF BORROWER.

